



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

VIVIR EN EL CAMBIO
VIDA VECINAL, PRÁCTICAS ESPACIALES Y ESPACIO PÚBLICO
EN LA PLAZA SAN JUAN Y SU ENTORNO,
CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

MAESTRO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

P R E S E N T A

LEÓN FELIPE TÉLLEZ CONTRERAS

DIRECTORA DE TESIS: DRA. CLAUDIA CAROLINA ZAMORANO VILLARREAL

MEXICO, D. F., NOVIEMBRE DE 2013

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, 3

CAPÍTULO PRELIMINAR

CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO, 7

Del proyecto, 7; El trabajo de campo, 10; Sistematización, ejes de interpretación y redacción, 18; Notas sobre la denominación del lugar y sus habitantes, 21

CAPÍTULO PRIMERO

TRANSFORMACIONES SOCIOESPACIALES, 24

Introducción, 24; *Síntesis del lugar: entre el acontecimiento, la técnica y la jerarquía de escalas*, 25; **El Mercado de San Juan. Desvanecimiento de la identidad barrial**, 28; *Un mercado antiguo*, 28; *La modernización de los cincuenta*, 31; *Especialización del mercado y desvanecimiento de la identidad barrial*, 33; **El Metro y la Torre. La experiencia de la alienación del lugar**, 37; *Un proyecto metropolitano*, 38; *Un proyecto nacional*, 40; *Invasión y expansión: la experiencia de la alienación del lugar*, 42; **La reconstrucción de la vivienda y los nuevos vecinos**, 45; *El sismo y la zona de transición*, 45; *El Programa de Renovación Habitacional Popular*, 49; *Negociar la producción del espacio*, 52; *Nuevas casas, nuevos vecinos*, 56; **El proyecto de revitalización: entre la élite y el pueblo**, 58; *Un producto de la élite intelectual, política y económica*, 58; *La mirada estetizante*, 60; *La voluntad política: los problemas comunes y su atención*, 63; *Una ciudad moderna y occidental*, 66; *La reconstrucción de la periferia colonial: el perímetro B*, 67; *Lo popular y el giro democratizador*, 70

CAPÍTULO SEGUNDO

RECONFIGURACIÓN DE LO VECINAL EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO, 74

Introducción, 74; *Modos de sociabilidad y proximidad física*, 75; **La representación de los vecinos: una diversidad con historia**, 78; *La vecindad: una «comunidad» antes del sismo*, 79; *La pérdida de las buenas relaciones*, 82; *La unidad habitacional: ya no somos los de antes*, 84; *Beneficiarios de la reconstrucción: vecinos bajo sospecha*, 86; *Mudarse como salida*, 88; *Vecinos alienígenas: entre la animadversión y la admiración*, 90; **Relaciones vecinales: conflicto y reconciliación en el tiempo**, 93; *Encuentros y actividades*, 94; *Las palabras también se cobran*, 97; *La autoridad: una mediadora indeseada*, 100; *Los niños y el juego como problema*, 102; *La fragmentación del festejo*, 105; **Pertenencia socioterritorial: el espacio apropiado**, 108; *Espacio, territorio e identidad*, 108; *Las micro-escalas: la calle y la vecindad*, 110; *Apropiación y uso del espacio*, 112; *Distinciones: consumo elitista y consumo popular*, 118; *El proyecto incierto, amenaza y oportunidad*, 121

CAPÍTULO TERCERO

PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO PÚBLICO Y DERECHO A LA CIUDAD, 126

Introducción, 126; *La escala micro de producción*, 127; *El espacio público*, 129; **La plaza San Juan como bien en disputa**, 131; *El proyecto y la participación ciudadana*, 131; *El conflicto y las transformaciones del proyecto*, 136; *Fluctuación y ambivalencia ante el espacio producido*, 142; *Las políticas de defensa del lugar, el arraigo y la nostalgia*, 146; **Actores y prácticas estigmatizados**, 148; *Jóvenes: el desplazamiento como solución*, 150; *Automovilistas y franeleros: tensa codependencia*, 154; *Indigentes: la fragilidad de la apropiación*, 158; *Mascotas y fauna nociva: la irresponsabilidad y las soluciones de los vecinos*, 161; *El predominio del comercio popular*, 164; *Comerciantes estigmatizados*, 167; **El espacio en el centro de la cuestión**, 171; *La “falta” de espacio y lo lúdico popular*, 171; *La lucha por el espacio “mínimo” cotidiano y el derecho a la ciudad*, 173

REFLEXIONES FINALES. VIVIR EN EL CAMBIO, 177

BIBLIOGRAFÍA, 183

ANEXOS, 193

INTRODUCCIÓN

Si reflexionamos sobre la experiencia de nuestro habitar en un entorno urbano nos encontramos con los fragmentos de cambios constantes. Cada uno de ellos da cuenta de un momento significativo de nuestra relación con el espacio dentro de un orden cronológico que responde en buena medida a nuestro propio envejecimiento social y biológico. Recordamos, con cierta precisión o dispersión, el momento en que tal o cual cosa fue demolida o construida en el terreno frente a la escuela, los años en que a nuestra casa le fue añadido un piso o un cuarto, o el sexenio en que el parque o el deportivo más cercano comenzó a deteriorarse. Estas transformaciones socioespaciales adquieren sentido como un conjunto de momentos significativos de nuestra existencia.

En este trabajo el lector encontrará un caso paradigmático de esta experiencia de cambio, la que considero que no le es ajena en tanto que productor del espacio. La singularidad del vivir en el cambio de los viejos residentes de los alrededores de la plaza San Juan se debe a la intensidad con que se han sucedido las transformaciones y por la manera como éstas han impactado importantes aspectos de la vida local. Quienes hoy habitan esta porción céntrica de la metrópoli han dotado de significados el espacio y la vida vecinal en función de sus respectivas transformaciones. Como lo hacemos muchos otros habitantes de la ciudad, también han configurado una parte de su materialidad de acuerdo a sus condiciones sociales, económicas, políticas y culturales.

Destacar la especificidad de estos procesos es una apuesta por el distanciamiento de las generalizaciones y esencialismos de algunos discursos oficiales, mediáticos, académicos y del sentido común. En las páginas siguientes el lector reconocerá un conjunto de continuidades y discontinuidades en las formas de habitar y representarse la ciudad, y no un conjunto de criterios que aspiren a retratar por única y última vez el motor de la vida social en la plaza San Juan y su entorno. Esto convierte el caso etnográfico en una oportunidad para introducir variables a las formulaciones que hacemos sobre la vida de los otros, teniendo como punto de partida el diálogo intenso con los propios habitantes del lugar. De tal diálogo pueden desprenderse múltiples consecuencias académicas y políticas, por ejemplo, aquellas relacionadas con el

acercamiento contemporáneo a las formas de sociabilidad de los considerados sectores populares y los efectos que tienen sobre ellas las transformaciones urbanas regidas por los criterios de la autoridad y el capital. Para quienes luchan por un cambio en las estructuras que condicionan las relaciones sociales actuales, acercarse a una interpretación antropológica sobre estas dimensiones de la vida local puede contribuir a visualizar de forma compleja la manera como se vinculan con tales sectores, por lo general normativa.

Con este trabajo se invita al lector a pensar en lo que es la experiencia de transformación de los entornos urbanos en una sociedad capitalista, en la que los centros históricos son un ejemplo de intervención donde los actores despliegan estrategias y tácticas diferentes y desiguales para negociar las condiciones de la renovación, el embellecimiento y la refuncionalización de espacios específicos como edificios, calles, plazas y parques, espacio públicos y privados, por igual. La invitación se extiende también al reconocimiento y análisis de la manera como ciertos procesos globales, nacionales, regionales, metropolitanos y locales moldean nuestros entornos por medio de la instalación de objetos técnicos, incluyéndonos o no en su definición. Se busca que podamos discernir cómo la jerarquía de escalas socioespaciales impacta nuestra experiencia del lugar, por lo general asociado a nuestra seguridad y estabilidad cotidianas.

Esto es de suma importancia si reconocemos que los procesos de urbanización son una solución a la sobreacumulación de capital y se manifiestan en las ciudades a través de la expoliación de derechos de los ciudadanos más explotados, segregados y discriminados (Harvey, 2011). Sus formas de habitar, su vida vecinal, sus prácticas espaciales, así como sus concepciones y usos del espacio público, son trastocadas sin ser comprendidas en plenitud, siendo reducidas a estereotipos que se incorporan a la experiencia de alienación del lugar resultante de las múltiples caras que tiene el despojo. Con esto en mente, lo aquí vertido puede ser también un marco organizador de experiencias significativas que pueden explorarse desde una perspectiva crítica y reflexiva para reconsiderar el tipo de relación que establecemos con las aspiraciones y necesidades de aquellos a quienes construimos como *Otros* dentro de la misma ciudad. Si atendemos esta dimensión de la vida social, podemos repensar la manera como

incluimos y somos incluidos en los procesos de participación política sobre lo que es hacer ciudad en nuestros días. En vista de lo dicho hasta aquí, se espera que la investigación antropológica haya logrado explotar una parte de la experiencia acumulada en otros estudios para servir de mejor manera a la comprensión de las personas con quienes convivimos, de nosotros mismos y de los procesos que marcan nuestro mundo actual.

No está de más advertir que las interpretaciones y representaciones aquí vertidas pueden estar limitadas e incluso distorsionadas, no obstante que a lo largo de este trabajo intento mostrar las ideas y prácticas de quienes habitan los alrededores de la plaza San Juan con integridad y fidelidad. Frente a esta parcialidad hermenéutica, baste con asumir mi plena responsabilidad. Finalmente, como sucede con todo trabajo académico, no pretendo que éste sea el definitivo o el que haya agotado el examen de esta porción de la ciudad, pues en realidad lo considero la apuesta inicial de una tarea, de hecho, más compleja.

Agradecimientos

Esta investigación pudo realizarse gracias al valioso apoyo ofrecido por los habitantes de los alrededores de la plaza San Juan. Sus palabras son la parte sustancial de este escrito, por esta razón, a ellos brindo mi más profundo agradecimiento. Especial mención merece mi directora de tesis, la Dra. Claudia Zamorano, cuyo compromiso y dedicación se vieron siempre reflejados en sus observaciones y críticas, a las cuales debo sobre todo el continuo enriquecimiento de mi formación. En este mismo proceso fueron valiosos los comentarios de mis lectores de tesis: la Dra. Ángela Giglia, la Dra. Alejandra Leal, y el Dr. Roberto Melville. A ellos tres les agradezco la lectura atenta y las sugerencias que, sin duda, han beneficiado este trabajo. A la Dra. Carmen Icazuriaga y a la Dra. Margarita Pérez Negrete quiero reconocerles el cálido acompañamiento y el diálogo constante a lo largo de estos dos años de estudio. A mis compañeras Akemi, Celia, Daniela, Maira, Ma-yek y Óscar les debo la buena compañía y su enorme disposición a hacer de los detalles fuentes indiscutibles de reflexión. Sin mis compañeros de generación la maestría no habría sido esa estimulante experiencia académica y profesional. A todos ellos también agradezco su confianza y amistad.

La realización de este trabajo se vio ampliamente beneficiada por el entramado institucional del CIESAS y del CONACyT, los cuales me proporcionaron los medios económicos para mi manutención y un sinnúmero de otros valiosos recursos durante los últimos dos años. La redacción de este documento recibió el apoyo del Colegio Internacional de Graduados (CIG) “Entre Espacios. Movimientos, actores y representaciones de la globalización”, gracias al cual pude realizar una estancia en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín entre abril y agosto de 2013. Quiero agradecer de forma especial el respaldo que obtuve de la Dra. Rachel Sieder, el Dr. Alberto Aziz, la Dra. Ingrid Kummels y el Lic. Rogelio Reyes, para participar en este intercambio. A Yadira Lazcano, Ricardo Mejía y Graciela Salgado quiero reconocerles el apoyo que me brindaron todo el tiempo que pasé en la biblioteca.

Mi familia ha sido una pieza clave en todo este trayecto. A Mayra quiero agradecerle que siempre estuviera cerca, pues su amor y sus palabras son una parte invaluable de esta experiencia. Mi madre, mi padre y mi hermano saben que este esfuerzo es compartido, que andamos juntos mientras cada quien hace sus cosas. Con Anabelí y Alejandro siempre tendré una deuda invaluable, fueron los mejores anfitriones que pude haber tenido durante esos meses de trabajo de campo. A Christian, Alberto, Johaan y Liliana les agradezco las muchas conversaciones en las que hicieron de la sociología la mejor acompañante de la antropología, ya fuera en México o en Alemania. A Alejandro Mateo le agradezco el haberme compartido todo lo que sabía de Berlín, no encontré persona más generosa y solidaria del otro lado del Atlántico.

CAPÍTULO PRELIMINAR

CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO

Descripción y explicación son inseparables. Lo que debe estar en el fundamento de la descripción es la voluntad de explicación, que supone la existencia previa de un sistema. Cuando este falta, lo que resulta en cada ocasión son piezas aisladas, distanciándonos del ideal de coherencia propio de una determinada rama del saber y del objeto de pertinencia indispensable.

—Milton Santos, *La naturaleza del espacio*, 1997.

El propósito de este capítulo es el de mostrar de forma sucinta el recorrido que ha permitido construir y reconstruir el objeto de estudio hasta esta versión final que sintetiza lo realizado en una porción del Centro Histórico de la Ciudad de México. La presentación de esta trayectoria está dividida en tres secciones para dar cuenta en cada una de las transformaciones a que puede estar sujeta una investigación de corte cualitativo. Este recorrido busca destacar la importancia de los estudios micro-sociales en el ámbito urbano por su potencial para desentrañar aspectos de la construcción del sentido de la vida y el lugar en un contexto cambiante atravesado por el conflicto. Esto es importante porque permite dar respuestas a las preguntas sobre la manera como son vividos y recordados los procesos de transformación socioespacial en las ciudades, asunto que en nuestros días tiene una gran relevancia por la fuerza con que las dinámicas de la asociación capital-estado están produciendo nuestros entornos.

Del proyecto

El proyecto de investigación con el que inicié tenía como propósito central estudiar la vida vecinal y las prácticas espaciales en unidades habitacionales de la periferia sur de la ciudad de México, a la luz de la reactivación de instancias gubernamentales y la creación de leyes y reglamentos cuyo objetivo es promover la convivencia y la participación democrática. A través de esta investigación quería conocer cómo estaban influyendo tales acciones regulatorias en diversos aspectos de la vida entre vecinos, en particular en la organización del espacio.

Durante el proceso de consolidación del proyecto se me presentó la posibilidad de hacer este trabajo en una unidad habitacional construida en los años posteriores al sismo de 1985 como parte del programa de Renovación Habitacional Popular. Ubicada

al sur-poniente del perímetro B del Centro Histórico (Véase Mapa 1), entre la calle Ayuntamiento y las avenidas Arcos de Belén, Balderas y Eje Central, la unidad me ofrecía la posibilidad de complejizar la apuesta analítica al ser parte de una apuesta de renovación urbana única en la ciudad. Aunque el acceso a ella no representó grandes problemas, debido a que tenía una formidable amistad con un compañero de la universidad cuya familia había vivido en los alrededores y todavía mantenía vínculos con los residentes, en ella emergieron algunas dificultades de orden teórico-práctico, como la de dotar de profundidad histórica los procesos relacionados con la producción social de esta centralidad, que en el momento de la investigación adquiría un sentido particular por el proyecto de revitalización emprendido por el gobierno y diversos actores del sector privado. Me exigió tener en cuenta que algunos de los vecinos con quienes me entrevistaría habían vivido en las antiguas vecindades donde ahora se erigían edificios de departamentos, y que la vida local está atravesada por una intensísima dinámica comercial, los discursos sobre el patrimonio cultural y un incipiente proceso de *gentrificación*.¹

Un conjunto de elementos contextuales tuvieron que ser integrados al proyecto de forma subordinada al problema concreto de la investigación: la vida vecinal de dos unidades habitacionales en el contexto de la revitalización. Con esta delimitación espacial y temporal tenía el propósito de definir el universo de actores con el que trabajaría, que entonces comprendía 80 familias, y destacar el posible impacto del proyecto gubernamental sobre sus prácticas espaciales. Ante todo quería observar las consecuencias de esta transformación socioespacial sobre la vida local, en particular sobre la de los viejos residentes.² Centrado sobre estos ejes, tenía ya un marco mínimo para hacer manejable la complejidad que percibía en el lugar.

¹ *Gentrificación* se refiere generalmente al “proceso mediante el cual las familias de clases medias poblaron los antiguos barrios vetustos del centro de Londres, en vez de residir en los suburbios residenciales según el modelo dominante hasta entonces para esas capas sociales” (Bidou-Zacharias en Zamorano, 2007: 4). En un célebre estudio se nos muestra que las condiciones de ese retorno pueden ser diversas, pero que comparten un patrón: la recentralización y reconsolidación de las clases alta y media en residencias de la ciudad central (Smith, 1996). Una postura que ronda entre la inducción de la *gentrificación* y la cualidad involuntaria de algunas consecuencias del mejoramiento del entorno urbano puede encontrarse en Morales (2013).

² Sobre esta forma de nombrar a los habitantes se profundizará en las *Notas sobre la denominación del lugar y sus habitantes*. Aquí sólo adelanto su clasificación por el tiempo de permanencia en la zona: entre 50 y más años: 6; 40 y 49 años: 7; 30 y 39 años: 4; 20 y 29 años: 5; 10 y 19 años: 4; 1 mes y 10 años: 6; quienes no especificaron el tiempo de permanencia: 4 (Véase Anexo 1).

Mapa 1. Zona de estudio en el Centro Histórico de la Ciudad de México



Fuente: Elaboración propia.

El trabajo de campo³

Comencé el trabajo de campo con estos lineamientos básicos, sin embargo, desde las primeras entrevistas, recorridos y registros etnográficos se amplió la reflexión. Esto sucedió debido a que mis interlocutores daban gran importancia a acontecimientos que no formaban parte del objeto de estudio inicial. Esto no significó la eliminación de los planteamientos base del proyecto, sino su inclusión en una nueva jerarquía de problemas teóricos y empíricos.

Fueron estos primeros encuentros con los vecinos de la unidad habitacional los me llevaron a reconsiderar el valor que había atribuido a determinados procesos dentro de la vida local, por ejemplo, al proyecto de revitalización, que tenía, desde mi perspectiva, un papel fundamental en la modificación de las dinámicas locales. Entonces, apoyado en las narrativas de las personas del lugar situé de una manera diferente los elementos del análisis.⁴

La riqueza de esta experiencia impuso ritmos y tiempos inesperados que pueden considerarse positivos en términos del aprendizaje continuo de lo que es vivir en esta parte de la ciudad. El 2 de agosto de 2012 empecé formalmente el trabajo de campo, un día después de instalarme en la colonia Doctores, a apenas unas cuantas cuadras de la zona de estudio. Aquel día ya tenía programada una visita a casa de la señora Laura (67, hogar, viejo residente). Con ella y con la señora Lucía (59, empleada, beneficiaria de la reconstrucción), quien también estuvo presente, hice la primera prueba de mi guión de entrevista semiestructurada (*Véase Anexo 2*). Dos cosas importantes sucedieron en ese encuentro: me subrayaron la importancia de un conjunto de transformaciones socioespaciales que consideraban determinantes en los cambios del lugar y de la vida vecinal, entre las cuales la revitalización era la menos significativa; más tarde conocí a Raúl (42, viejo residente), franelero y repartidor del mercado, quien me contaría en detalle parte de su vida y su relación con la gente, la vecindad, la unidad habitacional, los edificios, las calles y las plazas.

³ Todos los nombres y direcciones referidas en el trabajo han sido cambiados para preservar el anonimato de las personas que cooperaron con esta investigación.

⁴ Si parafraseara a Norbert Elias y a John Scotson, se trató de un momento en el que la experiencia de los viejos residentes me ayudó a resignificar los elementos que había puesto en juego dentro del proyecto: "Sociological analysis is based on the supposition that every element of a configuration and its properties are what they are only by virtue of their position and function within a configuration." (Elias y Scotson, 1994: 10).

Mi plática con Raúl fue fluida desde el primer encuentro, lo que permitió que se fuera afianzando el vínculo que me llevaría a conocerlo mejor. De acuerdo a Laura y Lucía yo resultaba una excepción en la manera que él tiene de tratar a los extraños, pues había mostrado mucha disposición a compartir cosas que con pocos comenta. La relación se extendió a lo largo del trabajo de campo y su compañía me permitió conocer a otros actores de la zona tomando como referencia su reputación. Ello no estuvo exento de tensiones que comprometieran mi posición como investigador, pues en diversas ocasiones me exigió evitar el contacto con quienes mantenía malas relaciones, pues a su parecer, esos vecinos no sólo no me ayudarían con la investigación, sino que la obstruirían.

Aunque las entrevistas con Raúl comenzaron casi dos semanas después de conocernos, la importancia de este contacto está en que me obligó a trascender el umbral de la unidad habitacional para realizar el trabajo de campo en las calles aledañas. Seguí yendo a visitar a los vecinos de la unidad para mantener ese frente de la investigación, pero la decisión de platicar con Raúl en su área de trabajo me hizo pasar buena parte del tiempo en una calle cercana a la plaza San Juan. Por ello pude registrar otras dinámicas de la zona y conocer nuevos actores, quienes me mostraron la conexión entre la vida vecinal y los procesos espaciales del lugar. Mi presencia en la plaza y sus alrededores dejó de ser algo pasajero para convertirse en un sitio privilegiado de observación de las prácticas espaciales que determinan la forma y el sentido del espacio público.

Estas visitas regulares me permitieron saber que Raúl también encontraba en los cambios socioespaciales las causas de la modificación de varias dimensiones de la vida local. Entre ellos estaban los impactos de la construcción del Metro, de la Torre de Teléfonos de México (Telmex), de las viviendas del Programa de Renovación Habitacional y de los proyectos ligados a la revitalización, que adquirieron su valor por la forma como las vinculaba a la vida vecinal y a su propia existencia. También integré la historia de los mercados y sus dinámicas a este conjunto de cambios, pues los vecinos me relataban su importante papel en la configuración de la vida cotidiana. Me contaron, por ejemplo, cómo han marcado la organización del comercio local y la situación en que se encuentran por el abandono de las autoridades y los locatarios, la

llegada y el retiro del comercio callejero y la apertura de un supermercado Chedraui en lo que fueran las instalaciones de la tienda del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE).

Estos acontecimientos adquirirían su sentido en función de las experiencias personales, familiares y vecinales, pasadas y presentes, por lo que me pareció necesario preguntar a otros actores del lugar para poder llenar los vacíos de mis interpretaciones preliminares, en particular las que establecían relaciones causales entre la vida actual y las transformaciones de medio siglo atrás. Fue entonces que entré a las instalaciones del Metro y a la Torre de Telecomunicaciones, platiqué con los locatarios de los mercados y los sacerdotes de las iglesias cercanas. Quería saber cuándo habían llegado, a qué se dedicaban, cuántas personas transitaban por las oficinas, cuándo comenzaron a inundar las calles de coches, cómo se relacionaban con los habitantes de las vecindades. También revisé documentos en archivos y obtuve información de carácter histórico sobre el lugar. Fue entonces que conocí sobre el antiguo barrio indígena de Moyotla y del interés que algunos vecinos tenían por el rescate de su pasado y sus mercados. La plaza San Juan, los edificios y los comercios, eran el producto de otros momentos de la historia de esta zona del Centro. También lo eran los cambios en la vida vecinal y en las prácticas espaciales, pues no habían quedado intocadas frente a los procesos de concentración de funciones en el lugar, como la construcción de las instalaciones del Metro, la Torre y el Metrobús, cuyas dinámicas asocian al antiguo barrio con flujos y tensiones de orden metropolitano y nacional. A estos debe añadirse la relación con lo global, en vista de la importancia patrimonial y turística que es explotada en el marco del rescate del Centro Histórico.

Este acercamiento me permitió conocer las disputas sobre el espacio público que están mediadas por la vida vecinal y por el pasado de las transformaciones socioespaciales. Un caso clave es el de un grupo de jóvenes de entre 14 y 30 años que se reunían casi todos los días a jugar frontón y a fumar mariguana frente a la iglesia de Buen Tono. Cuando logré platicar con tres de ellos me compartieron aspectos de sus dinámicas y me dieron la pauta para indagar sobre la percepción que otros actores tenían sobre ellos, como la idea de que eran causantes de problemas, al impedir el libre paso de las personas o el romper los vitrales de la iglesia. Un mes más tarde, los cerca

de 15 o 20 jóvenes fueron desplazados por la presencia de la policía, la cual había sido solicitada por un grupo de vecinos que desaprobaban sus actividades en la plaza.

Las dificultades del primer abordaje con un desconocido se repitieron en la calle de las bodegas de pollo, Aranda. Las referencias que me habían dado los vecinos de la unidad habitacional sobre las dinámicas de los polleros habían sido siempre negativas, por lo que me propuse indagar por propia cuenta. Lo problemático de su actividad consiste en que ellos imponen en la zona una imagen urbana ligada a los desperdicios de su negocio. Los encuentros con los polleros no fueron fluidos ni del todo fructíferos. De hecho podría decir que dentro de los márgenes de mi experiencia en el lugar se trató de un fracaso en términos de la construcción de *rapport*, ya que no obtuve de su propia voz la experiencia de la vida cotidiana. En tres ocasiones me cancelaron la entrevista apenas había llegado al local, y la conversación que pude sostener con uno de ellos, Pedro (ca. 30, pollero), fue un atropellado intento de quince minutos que sucumbió a las miradas inquisidoras de los otros trabajadores del ramo. Desde la segunda visita no tuve dudas de que mi presencia incomodaba, pero fue después cuando pude asociar su actitud con una especie de defensa, ya que son objeto de la mirada crítica de otros actores y de acciones gubernamentales, que aunque incapaces de regular su impacto en la zona, les estigmatizan; por ejemplo, en esos días corría el rumor de que los encargados del supermercado Chedraui presionaban a la autoridad para que se realizara el retiro total de las bodegas, pues eran una fuente de infección y afectaban la inversión hecha.⁵ El silencio de los polleros podría estar ligado a esto o, como también supe más tarde, a otras iniciativas vecinales que han buscado regularlos.

El registro de las transformaciones socioespaciales había tomado un lugar central en función de la relevancia que adquirirían en la voz de mis entrevistados. Cada transformación ocupaba un lugar más o menos establecido en el tiempo, cuya secuencia e importancia se me confirmó en dos nuevos encuentros. El primero se dio a finales de agosto, cuando conocí a Carlos (42, religioso, viejo residente del Centro). Las conversaciones que sostuvimos me permitieron tener un mayor conocimiento sobre la situación en los alrededores, la cotidianidad de sus habitantes y el papel de los

⁵ El supermercado Chedraui fue abierto en el 2008. En el Plan Integral de Manejo del Centro Histórico de la Ciudad de México (2011a) del gobierno de la ciudad es considerado un proyecto detonador del cambio en la zona.

negocios. De manera particular pude indagar sobre la iglesia de Buen Tono, su reciente restauración, sus acciones como centro religioso y la constante interlocución que el padre titular tiene con distintas autoridades de la ciudad. Uno de los temas que se convirtió en objeto de entrevista fue el de su papel activo en la reconfiguración de las prácticas espaciales y en la protección del patrimonio histórico de la zona, en especial del área de la plaza San Juan, el templo y el Mercado de Artesanías. Junto con vecinos, locatarios y comerciantes, ha sido partícipe de conflictos y negociaciones que intentan modificar las lógicas imperantes tomando como base el rescate del valor histórico del antiguo barrio de San Juan Moyotla y el deseo de reducir los problemas solicitando la intervención del gobierno. Es destacable que una de las cuestiones sobre la que me hizo reflexionar mi relación con Carlos fue el cómo era percibido por los residentes del lugar. Durante sus visitas a los feligreses preguntó a algunos de los vecinos que había conocido sobre mí, a lo que respondieron refiriéndose a mi persona como “el historiador” o el “joven que va para sacerdote”. Toda mención de mi formación como sociólogo o antropólogo social no parecía haber anclado en su percepción, y en cambio, señalaban las fotografías, los mapas y otros documentos antiguos que traía conmigo, así como mi manera afable de acercarme a ellos. Meses más tarde supe que también llegaron a llamarme “el pretendiente de Andrea”, una vecina joven del lugar, ya que la entreviste en varias ocasiones en la plaza y en un café. Las clasificaciones de que es objeto el investigador juegan un papel central en la construcción de la confianza e influye en las respuestas que obtiene en las entrevistas y conversaciones. En otra ocasión una vecina me entregó veinte pesos como apoyo para fotocopias, lo cual me devolvió a la posición que se puede asignar en general a los estudiantes como dependientes económicos. Algunas de estas denominaciones dan cuenta de cómo se inserta el investigador en la red de relaciones preexistentes y del tipo de esfuerzos que debe realizar para orientar los encuentros hacia los objetivos de su trabajo.

El segundo encuentro relevante sucedió el 3 de septiembre, cuando conocí al señor al señor Antonio (71, comerciante, viejo residente), un entusiasta cronista de los mercados de la zona, conocedor de los problemas del barrio, así como promotor y crítico de sus cambios. Mi relación con él se extendió desde ese momento hasta el cierre de la parte más intensa del trabajo de campo, en la que colaboramos para

presentar en la plaza una serie de fotografías que habíamos recopilado. Durante este largo periodo conversamos sobre la historia del antiguo barrio de San Juan Moyotla, la remodelación de la plaza en 2008 y la construcción del Metrobús, así como de su participación, como vecino y comerciante, en procesos previos de organización local.

Antonio me permitió el acceso a su pequeño archivo personal, con el que buscaba documentar las características del antiguo barrio y devolverle su valor en la historia de la ciudad, sobre todo desde un punto de vista que resaltara el papel de los cuatro mercados de San Juan. Si se afianzaba tal valor, él podría defender el carácter comercial de la zona frente a aquellos que enfatizaban otros usos y valores, como el habitacional, o demandar de manera enérgica la intervención de las autoridades en la dignificación de los mercados. Su claro posicionamiento me dio interesantes pistas para observar cómo se entrelazaban las experiencias personales como vecino del barrio, los cambios que éste ha tenido a lo largo del tiempo, y los problemas actuales en torno al espacio público, en particular el de la plaza.

Con este referente y con las delimitaciones del barrio indígena que se encuentran en la literatura sobre la ciudad, pude problematizar el sentido de vecindario y la identidad local, sobre todo ante el hecho de que la referencia al antiguo barrio de San Juan Moyotla estaba ausente del vocabulario cotidiano de la mayoría de los actores. Éste lugar no tenía el encanto nostálgico de los viejos barrios del Centro, como La Merced o Tepito, ni el peso de colonias como la Doctores o la Guerrero. La identificación de escalas de pertenencia socioterritorial era un nuevo problema a estudiar en torno a la vida vecinal y las transformaciones socioespaciales, el cual estaba ligado a la apuesta del señor Antonio de reposicionar el nombre tradicional en la vida social y comercial local, al ejercicio participativo del Fideicomiso del Centro Histórico que reconocía la existencia del barrio, y a la autoadscripción de los habitantes de la unidad habitacional a escalas menores de pertenencia, como la calle o la unidad habitacional donde se reside.

Estos encuentros me mostraron la importancia de mantener abiertas y flexibles las herramientas de investigación a los diversos temas esbozados por los viejos residentes. Por ello recorrí el perímetro correspondiente al antiguo barrio de San Juan Moyotla, el definido por el Plan Parcial Centro Alameda y el de la Zona de Actuación

San Juan – Ciudadela. Caminé todas las calles y traté de entrar a los edificios donde se desarrolla parte de la vida de la gente. Estuve en los puntos donde se acumula la basura, y en la bodega de reciclado, cerca de La Ciudadela y la plaza Carlos Pacheco. Estuve en las áreas donde se pasea a las mascotas y conocí el polígono que atiende el personal de limpia de ese sector del Centro. Observé la diferenciación de las calles por su especialización comercial, lo que me permitió tener a la mano un registro de los giros comerciales que marcan la vida económica del lugar. También anduve por los sitios que en años recientes fueron transformados por la acción del gobierno o los vecinos, como las calles de Ayuntamiento, Dolores, Balderas, las plazas San Juan, Santos Degollado, La Ciudadela y la Alameda Central.

De entre estos, el conflicto acontecido en torno a la plaza San Juan se convirtió en el más importante para la investigación. La plaza, asociada a la historia del lugar, fue el objeto de una remodelación promovida por un grupo de vecinos en 2008. Las entrevistas realizadas para ahondar en el tema me mostraron el enojo y la desconfianza que hoy marcan la relación entre promotores y opositores al cambio. Al hablar sobre el proyecto de remodelación conocí las diversas opiniones que desataron la evaluación del actuar de los involucrados y lo que devino una disputa que estremeció las reglas de interacción cotidiana y la definición de un conjunto de prácticas espaciales en el espacio público. La tensión ponía en juego las representaciones de vecinos y las características de unas relaciones vecinales mediadas por un marco institucional que apelaba a la participación ciudadana, la democracia y el bien común.

Era tal el nivel del conflicto que busqué conocer los pormenores de esta disputa de carácter socioespacial; sin embargo, no pude obtener el punto de vista de todos los involucrados, pues mis intentos para entrevistar a la señora Rocío (ca. 50, profesionista, 20 años en la zona) se vieron frustrados en varias ocasiones por su reticencia a hablar del tema. Este silencio me llevó a las Oficinas de Información Pública de la Secretaría de Desarrollo Social, donde, previa solicitud, pude conocer otros detalles del proyecto y entender los hechos que hicieron de la plaza un territorio en disputa, en el que la disposición de los objetos, las funciones de los mismos y la definición de las prácticas apropiadas o inapropiadas en el espacio público fueron aspectos centrales de un conflicto que tenía como actores principales a residentes, comerciantes y trabajadores

del área. Apoyados en nociones como el origen y la antigüedad, o en principios democráticos abstractos y procedimientos institucionalizados, opositores y promotores buscaban producir el espacio público. La lógica de la vida vecinal posibilitaba alianzas entre viejos conocidos y creaba contextos para hacer subsistir o eliminar determinadas prácticas espaciales, para avalar o controvertir los cambios propuestos, teniendo como trasfondo en varios casos las experiencias previas de transformación.

Imagen 1. Cartel de la exposición



La exposición permitió cumplir dos objetivos: mostrar al público en general el material fotográfico relacionado con la historia de la plaza San Juan y su entorno; y aprovechar el encuentro para construir un acervo de información gráfica, escrita y audiovisual de la percepción de las transformaciones socioespaciales. Foto del autor. 16/12/2012.

El trabajo de campo tuvo una duración de casi cinco meses (agosto-septiembre de 2012), en los que realicé 29 entrevistas individuales y 5 colectivas, con una duración aproximada de 37 horas. Tomé 933 fotografías del entorno físico y la vida social de la plaza San Juan y su entorno, que incluyen las unidades habitacionales, las calles, los comercios y un conjunto de plazas públicas y jardines. Consulté material en la biblioteca del Archivo Histórico del Agua, en las instalaciones del Sistema Colectivo Metro, en la Fototeca Constantino Reyes Valerio del INAH, en la Academia Mexicana de la Historia, en la Fundación del Centro Histórico, en el Fideicomiso del Centro Histórico de la

Ciudad de México y en archivos personales, de los que obtuve cerca de 280 imágenes relacionadas con el área de estudio. Esto me permitió disponer de material gráfico para trabajar con los vecinos y realizar el 16 de diciembre de 2012 la exposición fotográfica “Nuestro Barrio”. Este ejercicio, inscrito en los márgenes de la investigación y la actividad cultural, me ha permitido mantener abiertos los canales de comunicación con los habitantes, comerciantes y trabajadores del lugar, quienes incluso me han manifestado su interés por repetir la actividad.

Sistematización, ejes de interpretación y redacción

Una vez concluido este ciclo de trabajo de campo era necesario sistematizar todo el material. La información construida en los encuentros con viejos residentes, trabajadores de la zona y funcionarios públicos requería que encontrara caminos interpretativos relativamente estables para organizar los datos de corte cualitativo y cuantitativo. Había que evaluar los hallazgos de la investigación y repensar lo escrito en el proyecto a la luz de la experiencia de las personas. La profundidad histórica necesitaba ser reformulada, debía consolidar la noción de transformación socioespacial y definir la importancia de muchas prácticas espaciales que no tenía presentes antes, como las que producen el espacio público.

El ejercicio de sistematización era un proceso de selección de información que me exigía tener una jerarquía conceptual para poner a dialogar la teoría con el dato construido. Estas decisiones dependían del reconocimiento de las rutas que había tomado la investigación para identificar los aspectos que pudieran fructificar dentro de canales de interpretación adecuados, sin perder de vista los objetivos originales ni olvidar que la investigación social es un campo donde también se aprende de las contingencias. Tenía en mis notas, archivos de texto y fotografías un cúmulo de información cuyo valor estaba en función de las decisiones conceptuales que tomara, y ello implicaba saber qué tipo de dificultades y qué vacíos se habían formado una vez que ya no estaba en contacto directo con los vecinos.

La elección de las nuevas coordenadas teóricas se centró en la puesta a prueba de la hipótesis siguiente: las transformaciones socioespaciales de la zona sur-poniente del hoy llamado perímetro B del Centro Histórico de la Ciudad de México, han

impactado la vida vecinal, las prácticas espaciales y las formas de producción del espacio público de sus viejos residentes, siendo parcialmente el origen de formas de resistencia y adaptación al cambio. Para ello retomé la perspectiva de producción social del espacio y de lo estudiado en la línea de investigación Territorio y Sociedad del CIESAS-DF, así como los acercamientos de la antropología urbana con los que se han explorado los procesos constitutivos de la experiencia en las ciudades latinoamericanas, cuyos centros históricos pasan en la actualidad por procesos similares al nuestro.

En este sentido fue que se eligieron tres ejes de reflexión: las transformaciones socioespaciales, los modos de sociabilidad y el espacio público. Con ellos se ha procurado integrar el material de campo y el debate académico en discusiones fructíferas que den cuenta tanto de la experiencia de la gente como de la pertinencia de los conceptos. El primer eje puede resumirse de la siguiente manera: las transformaciones socioespaciales son definidas como procesos que impactan las distintas dimensiones de la vida de los pobladores de un lugar. Son el producto de los desarrollos de la técnica (Santos, 1997), teniendo entre sus características la ocupación de ciertas porciones del espacio y su materialización en objetos y acciones. Esta ocupación no se realiza en un espacio vacío, se trata de lugares dotados de significaciones y usos definidos social y culturalmente. El lugar existe en función de la jerarquía de las escalas, y sus transformaciones están relativamente condicionadas por las decisiones nacionales o globales (Santos, 1997). Una vez en marcha o tras su conclusión, las transformaciones socioespaciales modifican la vida local, sus reglas de convivencia y de encuentro cotidiano, así como las formas de apropiación y uso del espacio. En suma, los modos de sociabilidad. Este es el caso de la plaza San Juan y su entorno, donde las transformaciones son un tema que aparece de manera recurrente en las pláticas con los viejos residentes.

El acercamiento al análisis de los modos de sociabilidad (Simmel, 1977; Ayús, 2005; Vázquez, 1987; Gallino, 1995; Hillmann, 2005; Jodelet, 2010) tiene importancia en la medida que nos permite estudiar el conjunto de reglas que operan en distintos contextos de interacción y enmarcan la disposición de los seres humanos a establecer con los demás un tipo particular de relación social. Estas reglas y estos contextos de

interacción me propuse mirarlos a través de categorías operativas como vida vecinal (Keller, 1979; Safa, 2001) y prácticas espaciales (Lefebvre, 1991; Harvey, 2008a), de tal manera que pudiera enfocar aspectos prácticos y simbólicos de la sociabilidad de los viejos residentes del barrio y su conexión con las transformaciones mencionadas. Esto supuso otro nivel de desagregación analítica, la categoría de vida vecinal se separó en vecinos, relaciones vecinales y vecindario, con la finalidad de identificar los actores, las reglas de interacción y las pertenencias socioterritoriales que caracterizan a los viejos residentes del barrio, así como las formas de producción del espacio tanto en lo privado-común (intramuros) como en lo público (extramuros). Las prácticas espaciales fueron desagregadas para destacar las formas de apropiación, uso, control y dominio del espacio y poder observar las estrategias implementadas por los viejos residentes para incorporarse o distanciarse de la marea de nuevos actores y lugares, así como de las formas de sociabilidad que con ellos llegan.

Por último, el estudio del espacio público (Duhau y Giglia, 2008; Cordera, Ramírez, y Ziccardi, 2008; Subirats, 2012) buscó integrar al cuerpo de análisis un ámbito de la vida local que se ha vuelto problemático entre los vecinos. Aquí se enfatizan las formas locales de producción del espacio, pues en ellas participan diversos actores, incluidos los viejos residentes, quienes disputan los criterios de producción desde una política de defensa del lugar (Escobar, 2001) y desde las formas de resistencia y lucha por el espacio “mínimo” cotidiano (Haesbaert, 2011, 2012). Aunque la producción del espacio de la plaza San Juan y sus alrededores no se circunscribe al espacio público, adquiere importancia por su conexión con los discursos y programas gubernamentales de su rescate y con los procesos de democratización de la gestión de los recursos públicos. El espacio público materializado en plazas, calles y parques es visto como un bien en disputa donde se expresan conflictos y concordias, no obstante las múltiples regulaciones con que se pretende administrarlo. Así incorporado al análisis, se busca continuar la veta de estudio de los procesos de producción social del espacio en la escala micro (Zamorano, 2010).

El propósito de situar con cierta precisión estos ejes es mostrar la articulación de la experiencia del trabajo de campo con el recorrido intelectual que se realiza previo a la elaboración de un texto académico. Sin ella, no se alcanza un mínimo de coherencia en

su presentación, que es en realidad una trayectoria entre actores, lugares y situaciones diversas, las cuales son en sí complejas como fragmentos de los microcosmos que uno elige estudiar.

Notas sobre la denominación del lugar y sus habitantes

Arjun Appadurai (1996) hizo un importante llamado a los antropólogos a reflexionar sobre la poco problematizada colaboración que realizamos con la *producción de la localidad* a través del trabajo etnográfico. La etnografía, nos dice el autor, participa en la inercia que gobierna la producción del conocimiento de una localidad, en tanto proyecto social de reproducción de una materialidad y las subjetividades (sujetos) que la mantienen. El antropólogo que no problematiza esta colaboración contribuye de forma irreflexiva a repetir nombres de lugares, de fronteras y de otros espacios y recursos ligados a la reproducción (intencionada) de un orden o un proyecto espacial y social. No debemos descartar que estas acciones pueden realizarse en el afán de construir al *Otro* como un ser reconocible diferenciado de otros grupos por su localización, sin embargo, la alerta es pertinente para reflexionar sobre espacios donde las denominaciones del lugar y sus sujetos no parecen estar consensuadas y estables, como en el caso de lo que aquí denomino “la plaza San Juan y su entorno” y “viejos residentes”.

Appadurai (1996: 197) señala que la localidad y sus subjetividades son producidas y mantenidas a través de un complejo palimpsesto que incluye dinámicas locales y translocales. Esto parece evidente si observamos las múltiples denominaciones que singularizan el área donde se realizó el trabajo de campo, todas ellas referidas a distintos momentos históricos y a actores sociales con intencionalidades concretas. Los topónimos –observados en distintos mapas y documentos– son los siguientes: a) barrio de Moyotla, b) barrio de San Juan Moyotla, c) colonia Centro, d) AGEB 0875, e) perímetro B, y f) antiguo barrio de San Juan Moyotla. Cada nombre sintetiza una relación de poder y crea un tipo de sujeto específico: el habitante de uno de los cuatro barrios de la ciudad de Tenochtitlán, el indígena que habita en la parcialidad de San Juan Tenochtitlán –fuera de la ciudad española, el habitante de la cuna del mestizaje, el de una localidad urbana, el de la zona de amortiguamiento del perímetro A, o el que se reconoce como antiguo habitante de una

zona del Centro Histórico. Estas innovaciones lexicales, como las llama Christian Topalov (2013), permiten a cada actor valorizar o desvalorizar porciones específicas del espacio. Es claro que cuando un grupo de vecinos defiende la denominación “antiguo barrio de San Juan Moyotla”, lo hace dotándolo de un fuerte simbolismo para afianzar la forma de autopercepción, los intereses y las prácticas ligadas a la reproducción de su subjetividad. Tras este análisis decidí optar por hablar de “la plaza San Juan y su entorno”, pues me parece conviene al fundamento académico del escrito y permite el tratamiento crítico de las relaciones de poder inscritas en las denominaciones.

Un problema similar se enfrentó al adoptar el término “viejos residentes” frente a “antiguos habitantes”, “sectores populares”, “oriundos” u “originarios”, los cuales resultaban vagos dado el pasado prehispánico del poblamiento, la diversidad de edades de los protagonistas de este trabajo y la connotación dominantes de las últimas dos voces. Para sortear tanto la vaguedad como la inadaptación de los términos se recurrió a “viejos residentes”, el cual permite situar a los entrevistados en el contexto del debate académico sobre el Centro Histórico de la Ciudad de México, donde a partir del año 2000 se iniciaron las obras de revitalización, orientadas a hacer atractiva la zona a un conjunto de “nuevos residentes”, que aunque no son homogéneos, han sido identificados por un estilo de vida asociado a las clases medias y profesionales del país. Con el término “viejos residentes” no sólo se busca observar el contraste con respecto a esta nueva población, sino destacar las características de quienes han habitado el Centro por lo menos desde hace tres generaciones, siendo abuelos o padres los descendientes de quienes migraron del campo a la ciudad entre las décadas de 1930 y 1960. También se busca resaltar que estos “viejos residentes” poseen una íntima relación de apropiación con el espacio, la cual ha sido moldeada en parte por las transformaciones socioespaciales. Con esta aclaración se quiere evitar que el adjetivo “viejo” se identifique con un único rango de edad de los entrevistados. Deseo agregar que estos “viejos residentes” son la mayoría de los entrevistados, y aunque se puede afirmar que fueron buscados/seleccionados en función de los objetivos del proyecto, el hecho de que el trabajo de campo sea una *instancia empírica específica* que está llena de rupturas, tropiezos, *gaffes* y contratiempos (Guber, 2001: 18), inclinó la balanza

hacia un tipo de habitantes y dejaron sin representatividad a otros. Ello puede atribuirse a las condiciones de realización del trabajo de campo, de las cuales soy parte activa.

Quisiera recordar que esta tesis busca responder a la pregunta acerca del impacto que han tenido las transformaciones socioespaciales de la plaza San Juan y su entorno sobre la vida vecinal, las prácticas espaciales y las formas de producción del espacio público de sus viejos residentes. Para alcanzar tal objetivo, este trabajo se divide en tres capítulos. En el primero, denominado *Transformaciones socioespaciales* se busca contextualizar al lector con un conjunto de cambios experimentados por los viejos residentes del lugar, su manera de significarlos y de posicionarse frente a ellos. Se espera que reconozcamos cinco importantes procesos que, desde la perspectiva de los actores locales, han contribuido en los cambios de la vida vecinal y de las formas de producción del espacio público. En el segundo capítulo, *Reconfiguración de lo vecinal y lo espacial*, nos adentramos en las prácticas y representaciones de la vida vecinal que emergieron en los contextos de transformación socioespacial. Al analizar los tres ejes de la vida vecinal: concepciones del vecino, relaciones vecinales y formas de pertenencia socioterritorial, se espera que el lector observe la fluctuación de las formas de sociabilidad de quienes habitan los alrededores de la plaza San Juan, que aquí son consideradas expresiones de la adaptación y resistencia creativa de los actores a sus circunstancias. En el último capítulo, *Producción social del espacio público y derecho a la ciudad*, se presenta el caso de la remodelación de la plaza San Juan como un proceso reciente de transformación marcado por el conflicto, en el cual se movilizaron las diferentes concepciones que existían en el lugar sobre la vida vecinal, las prácticas espaciales y los cambios. Este caso permite conocer cómo se articulan estas diferentes experiencias en torno a la producción del espacio público en la ciudad de México, creando un entorno que hace necesario debatir las formas de inclusión y participación de los actores más vulnerables, es decir, de aquellos cuyas formas de apropiación y uso del espacio son frágiles. Sobre esta base es que se añade una última reflexión sobre el derecho a la ciudad y la lucha por el espacio “mínimo” cotidiano, como frente de estudio sobre las posibilidades de producir espacios propicios para lo lúdico, la felicidad y la igualdad.

CAPÍTULO PRIMERO

TRANSFORMACIONES SOCIOESPACIALES

La Historia exige dar una apariencia de orden al caos de nuestras memorias y de nuestras posturas. El género tiene sus mañas y sus convenciones pero nos deja elegir el recorrido.

—Serge Gruzinski, *La Ciudad de México. Una historia*, 2012

Introducción

Este capítulo se concentra en las transformaciones socioespaciales del entorno de la plaza San Juan durante la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del siglo XXI debido al lugar que adquirieron en la memoria de los entrevistados.⁶ El primer apartado se concentrará en la modernización y descentralización del antiguo Mercado de San Juan, cuyo destino está vinculado al desvanecimiento de la identidad barrial de los habitantes. El segundo presentará la manera como el proyecto modernizador de los años sesenta se materializa en el Sistema de Transporte Colectivo Metro y la Torre de Telecomunicaciones, cuyo impacto puede estudiarse como una experiencia de alienación del lugar. El tercer apartado mostrará los avatares de la reconstrucción de vivienda popular tras el sismo de 1985 y su impacto en la reconfiguración de la vida vecinal. Finalmente, en el cuarto apartado se delinearán algunas características del proyecto de revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México y el papel que actualmente juega en la producción del espacio local. Al dotar al estudio de cierta profundidad histórica nos encontramos con que la revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México puede ser vista como una transformación entre muchas otras, y que la experiencia acumulada por varias generaciones frente a las transformaciones socioespaciales juega un papel central en la emergencia de formas creativas de reapropiación cotidiana del lugar.

Para integrar la perspectiva de las experiencias de los viejos residentes y la investigación en fuentes secundarias, he optado por recurrir a algunos planteamientos teóricos de la obra de Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y Tiempo. Razón y Emoción* (1997). El estudio de las transformaciones socioespaciales de un

⁶ Esta delimitación temporal está vinculada a cuestiones generacionales, pues los habitantes más viejos que fueron entrevistados vivieron su infancia durante la década de los cincuenta. Cambios como la ampliación de la calle de López, por ejemplo, no figuran en sus recuerdos.

lugar requiere del encuentro de varias disciplinas, siendo los aportes más significativos los desarrollados en la geografía, la sociología, la historia y la antropología. En particular, sus puntos de encuentro permiten dar cuenta de los contextos sociohistóricos en que se produjeron varias transformaciones de relevancia para los habitantes de un lugar. Esto no supone necesariamente un recorrido exhaustivo hacia el pasado, sino de una reconstrucción de acontecimientos con la que se quiere destacar el constante vivir en el cambio de los viejos residentes del lugar. Este procedimiento reconoce la profundidad histórica de la experiencia de los habitantes, permite redimensionar la importancia de las transformaciones actuales dentro de esa experiencia, y ayuda a delimitar su construcción como problema de investigación.

La propuesta del geógrafo brasileño nos permite apostar por la articulación del espacio, el tiempo y la técnica en el estudio de los acontecimientos para poder interpretar con un eje común las transformaciones socioespaciales de la plaza San Juan y su entorno. Sus postulados darán la pauta para describir cada transformación, sus impactos sobre la vida de los pobladores del lugar, la emergencia de una nueva estructura espacio-temporal y la creación de estrategias que les posibilitaron a los viejos residentes reapropiarse material y simbólicamente del espacio.

Síntesis del lugar: entre el acontecimiento, la técnica y la jerarquía de escalas

En este trabajo, cada transformación socioespacial expresa la vinculación de estas tres «nociones fundadoras» al mostrarnos la eficacia espacio-temporal de la técnica, expresada en la manera como transforma el espacio al instalarse en él e incorporarle nuevos objetos y acciones.⁷ Cada instalación de la técnica en el espacio y el tiempo posee características distintivas. Los objetos técnicos instalados en los alrededores de la plaza San Juan tienen una intencionalidad y un fundamento social e histórico que es necesario describir en su singularidad.

Para realizar esta tarea y entender el sentido de las transformaciones es necesaria la identificación de los actores que intervienen en la definición, implantación y regulación del funcionamiento de los objetos técnicos. Durante el siglo XX, el Estado y

⁷ Milton Santos define *técnica* como “un conjunto de medios instrumentales y sociales con los que los seres humanos realizan su vida, producen y crean espacio” (Santos, 1997: 27), y *espacio* como un sistema indisoluble de objetos y acciones (Santos, 1997: 75-86).

las empresas privadas han tenido un papel preponderante en la modificación del espacio y la vida social al enlazarlos con sistemas técnicos especializados. Santos incluso denominó a este sistema de técnicas como “uno de los más invasores en la historia del mundo” (Santos, 1997: 185). El caso de los sistemas de abasto, transporte y telecomunicaciones, la vivienda masificada y la planeación urbana son ejemplos de formas hegemónicas de territorialización estatal y empresarial. Estas y otras implantaciones están llenas de tensiones entre actores porque modifican “las condiciones que ofrece [un lugar] para la producción, para la circulación, para la residencia, para la comunicación, para el ejercicio de la política, para el ejercicio de las creencias, para el esparcimiento y como condición de «vivir bien»” (Santos, 1997: 48).

Es importante decir que la instalación de la técnica en un lugar no es una mera imposición. El estudio de cada acontecimiento nos muestra las oscilaciones de la relación entre actores y fuerzas estructurales de orden político, económico, jurídico, cultural y social. La noción de jerarquía de escalas nos permite identificar estos matices en la dimensión espacial, ya que reconoce la correlación de las desigualdades entre espacios y ámbitos de decisión, sin perder de vista la dialéctica que organiza sus encuentros como conflictos o acuerdos. La jerarquía de escalas nos permite distinguir entre la escala de origen y la de incidencia de un acontecimiento, así como entre las fuerzas operantes involucradas en su producción y los impactos de su instalación en el espacio (Santos, 1997: 128). El caso paradigmático es el del binomio Estado-Nación y su relación con lo local, ya que no obstante que el primero convierta la escala nacional en un marco organizador de regiones y lugares, existe un margen de maniobra de estos últimos en la producción de los acontecimientos.

En su obra Santos explora las formas locales de apropiación de las técnicas y anuncia la tendencia a la alienación de lo local en el capitalismo debido al acelerado proceso de internacionalización desigual de las técnicas. Esta desigualdad, más que implicar una subordinación total del lugar a la nación o a lo global, observa importantes fluctuaciones en la lógica de la dominación por la emergencia de estrategias creativas de adaptación y resistencia a la nueva estructura espacial. Santos lo sintetiza así: "Los lugares [...] redefinen las técnicas. Cada objeto o acción que se instala se inserta en un

tejido preexistente y su valor real se encuentra en el funcionamiento concreto del conjunto. Su presencia también modifica los valores preexistentes" (Santos, 1997: 51).

Esta visión dialéctica permite revisar en forma breve la clasificación de los procesos de transformación socioespacial como incluyentes o excluyentes. Ya se ha planteado aquí que es imprescindible reconocer la agencia de los actores sociales, por lo que es posible observar la experiencia simultánea de la inclusión y la exclusión que tiene cada actor involucrado en un contexto determinado en función de los márgenes de negociación o de evasión del control de sus adversarios. Estos evitan considerar la distinción incluyente/excluyente de manera absoluta, y abre preguntas sobre el espectro de experiencias que pueden existir entre estos dos tipos ideales de relación social.

Tanto la negociación como el aprovechamiento de los intersticios del poder nos hablan de que en cada contexto la correlación de fuerzas permite reconocer cuánto se ha ganado o se ha perdido frente a las decisiones de los actores dominantes. Dos periodos emblemáticos que es necesario revisar son: 1) el identificado con el autoritarismo de los años sesenta y setenta en México (donde se inscriben la modernización del mercado, la construcción del Metro y la Torre, e incluso la reconstrucción de la vivienda), y 2) el de los años posteriores a la transición político-electoral en el Distrito Federal a finales de los años noventa (en el que se inscribe la revitalización del Centro Histórico). Si cada transformación socioespacial la observamos como un proceso en un campo de fuerzas donde cada actor social adquiere una posición, podremos reconocer en el movimiento de las tensiones los ámbitos de los que se encuentran excluidos o en los que están incluidos de acuerdo a la jerarquía de valores, espacios y tiempos considerados legítimos y dominantes. De esta manera, podremos observar que los actores con menores capitales explotan sus capitales para construir alternativas y resistir frente a actores más poderosos, no obstante que esto sólo signifique obtener una "inclusión precaria" en los contextos de interacción positivamente valorados (Haesbaert, 2011).

Al seguir esta perspectiva es que se puede situar con mayor precisión el desarrollo de este capítulo, pues aquí se reconstruirán, con el apoyo de las fuentes documentales y los registros de la memoria urbana (Jodelet, 2010; De Alba, 2010), los acontecimientos que han marcado la síntesis actual de la plaza San Juan y su entorno.

Para comprender el orden socioespacial actual –la concomitancia de actores, acciones y objetos– en esta porción del Centro Histórico de la Ciudad de México, es necesario dar cuenta de los impactos de las transformaciones socioespaciales y del horizonte de posibilidades que tuvo la población residente para alcanzar varias nuevas síntesis simbólicas y materiales, como en los usos del tiempo y el espacio y en la reconfiguración de sus dinámicas sociales cotidianas.

El Mercado de San Juan. Desvanecimiento de la identidad barrial

Los mercados de la ciudad de México son crisoles humanos en los que la vida urbana se modela.

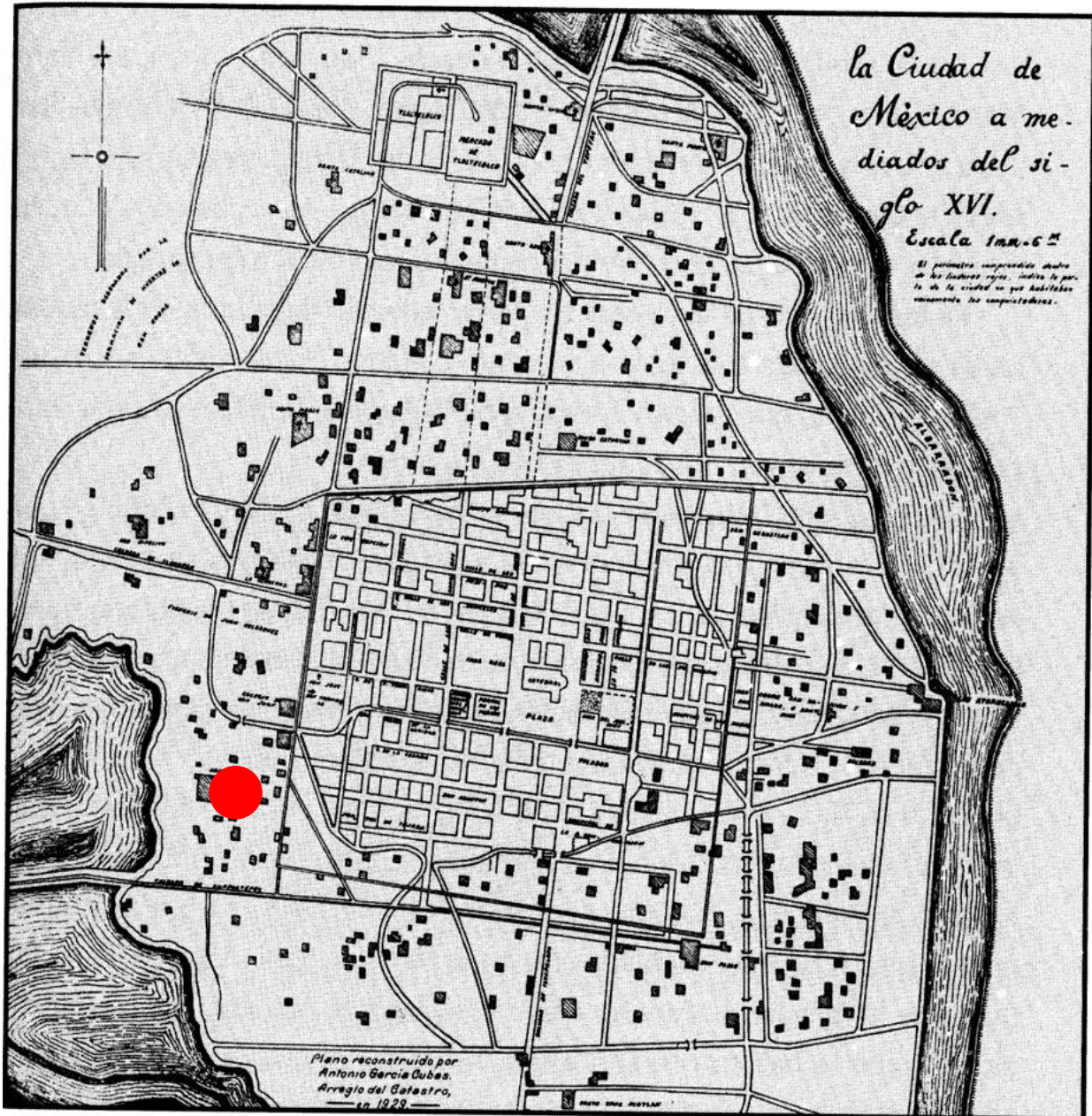
—Serge Gruzinski, *La Ciudad de México. Una historia*, 2012

Un mercado antiguo

Lo que actualmente conocemos como los Mercados de San Juan es el resultado de continuidades y discontinuidades en la producción social del espacio, en este caso vinculadas de forma directa con una visión de ciudad. De ello da cuenta la historia, la cual nos muestra cómo lo que hoy está disperso fue durante varios siglos una unidad espacial, social y económica de importancia relativa para el desarrollo de las actividades en la naciente urbe.

En tiempos prehispánicos se trató de un tianguis establecido en el barrio de Moyotla o Moyotlán, uno de los cuatro principales que conformaban la gran Tenochtitlán, junto a los de Teopan, Cuepopan y Atzacolco, situados respectivamente al sureste, noroeste y noreste. Su papel en el sistema de mercados estuvo relativamente disminuido por la importancia del de Tlatelolco, de cuya complejidad y tamaño tenemos ricas descripciones en los primeros escritos que se hicieron sobre la ciudad indígena. Sin duda, esta jerarquía no ha permanecido estática, por lo que su papel de apoyo o soporte se ve en ocasiones rebasado. Un momento clave es cuando los combates entre españoles e indígenas devastan Tlatelolco, razón por la cual el tianguis de Moyotla comienza a jugar un papel determinante en el abastecimiento de los pobladores. Oscilaciones de este tipo en las dinámicas de los principales centros de abasto de la ciudad dotan al mercado de San Juan de un nuevo valor en la red de comercio.

Mapa 2. Ubicación del antiguo mercado de San Juan



El Mercado de Moyotla, señalado con una círculo, satisfacía las necesidades de los pobladores del sur-poniente de la ciudad en expansión. Se encontraba a unos metros del canal que siglos más tarde sería convertido en el Eje Central Lázaro Cárdenas. Fuente: Iturriaga, José, *La categoría de Centro Histórico y su rescate*, 2012.

Una vez instaurado el poder español sobre la ciudad empieza el proceso de su reconfiguración espacial, social y simbólica, materializado en primera instancia en su nueva denominación "San Juan Moyotla". La división de la ciudad en las "repúblicas" española e india hizo quedar al mercado y la plaza dentro de la parcialidad de San Juan Tenochtitlán, con lo que estuvieron mucho tiempo asociadas al Tecpan y a la parroquia

de San José de los Naturales, que eran los principales centros de la autoridad y de la enseñanza religiosa y de oficios de los grupos indígenas (Véase *Mapa 2*). Los que allí comerciaban proveían de víveres a los habitantes del sur de la ciudad, entonces uno de los extremos ribereños. El entorno de este mercado estaba habitado en su mayoría por indígenas, y su traza no mostraba la majestuosidad que le reconocían los viajeros europeos a la ciudad española. Al respecto nos dice Gruzinski: “La ciudad indígena tiene algo de impenetrable y de enigmático gracias a su trazado tortuoso, a sus costumbres ancestrales, a su lengua e incluso a la pantalla formada por la administración india” (2012: Loc 4934).

La bien registrada historia de las transformaciones de la traza urbana de la ciudad y de las reglamentaciones de los mercados nos permiten ver la persistencia de este establecimiento comercial a lo largo de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX (Velázquez, 1997; Suárez, 1999). En tanto mercado de barrio, su importancia frente a otros similares estuvo marcada por la distancia que lo separaba de Tlatelolco. Mientras existió el mercado de las Vizcaínas (hasta 1734, cuando se decide la construcción del Colegio del mismo nombre), el mercado de San Juan era señalado en los mapas y planos con la denominación de “plazuela”. Más tarde, aunque en una posición abajo en la jerarquía frente al Parían o el Volador, su papel en el sistema de abasto del sur de la ciudad no decreció (Velázquez, 1997: 79).

En el siglo XIX, cuando las leyes de desamortización desarticulan los bienes eclesiásticos y los bienes comunales indígenas a favor de la propiedad privada, el mercado de San Juan se mantiene. En ese momento el sueño liberal intenta alcanzar algunos de sus objetivos impulsando la refuncionalización de parte de la ciudad con fines industriales y habitacionales. Sin embargo, el Ayuntamiento consideró que la permanencia del mercado era una buena forma de explotar el área (Velázquez, 1997: 74). Es en este lugar donde se construyó el Mercado Iturbide (1849-1850), el cual forma parte de otras importantes transformaciones urbanísticas, como la demolición de los acueductos y la creación de grandes avenidas y espacios públicos de la ciudad (Gayón, 2000: 132-133). Gruzinski considera que este periodo coincide con el paso de la ciudad colonial a la ciudad moderna.

Este mercado emblemático de la plaza San Juan fue producto del racionalismo y el utilitarismo decimonónicos de su diseñador, el francés Enrique Griffon, quien para entonces tenía cerca de 25 años habitando en la ciudad (Velázquez, 1997: 90). La obra de mampostería se mantuvo en pie en el mismo lugar que el tianguis hasta 1899, cuando el deterioro y el nuevo proyecto modernizador del país que encabezaba el general Porfirio Díaz dispusieron su demolición. El nuevo mercado de San Juan, que en la lectura de mediados del siglo XX sería el *antiguo*, fue una construcción de fierro y vidrio con 300 puestos integrados. En este mercado la venta estaba organizada de acuerdo a distintos ramos y abarcaba los puestos que se mantenían instalados en la plazuela y las calles aledañas (Rivera y Acosta, s/a). Este portento de la modernización y la higienización de los servicios públicos de la época tendría una vida útil de poco más de 50 años, cuando otro período de construcción de obra pública llevaría a su demolición. Esta vez la transformación socioespacial contendría nuevos criterios de distribución de los objetos y conduciría al desvanecimiento de lo que hasta entonces estuvo unido.

La modernización de los cincuenta

El comienzo de la regencia de Ernesto P. Uruchurtu se caracterizó por el impulso a las obras públicas, razón por la que esta etapa quedó grabada en la memoria de los capitalinos. En el primer período de una regencia que inició en 1952 y terminó en 1966, estableció un conjunto de prioridades que transformarían la vida cotidiana y la infraestructura urbana (Monroy, 2005). Sobre estos aspectos tratará lo siguiente, en especial el que concierne a la modernización y descentralización de los mercados, pues en aquella época, uno de los problemas que se había planteado resolver el gobierno de la ciudad fue el del abasto. Éste tenía que ver sobre todo con dos cuestiones: el suministro continuo de los bienes básicos de consumo y la infraestructura para su distribución. Modernizar requirió la construcción de una red de mercados locales y la eliminación de las antiguas estructuras que funcionaban como tales, cuyas medidas de higiene y estatus jurídico estaban cuestionadas.

En el caso de los mercados del Centro no se trataba de una modernización aislada, sino de un proyecto mucho más amplio que implicaba la remodelación del

primer cuadro. Otras medidas que acompañaban a la de los mercados fueron la salida del tranvía y los camiones de la Plaza de la Constitución, el cuidado de parques y jardines y el impulso de una imagen cosmopolita de la ciudad. Al modernizar los mercados también se apostaba por ordenar el comercio en la vía pública, que en concreto significaba desaparecer a los “puesteros”, para así imponer “la ley y la belleza ante la ilegalidad y la mugre, binomio inseparable para muchos” (Monroy, 2005: 56).

Ello implicó la desaparición del mercado de San Juan de 1899 y la construcción descentralizada de unidades especializadas: pescados y mariscos, aves, flores y artesanías. De esta manera, locatarios y vendedores callejeros fueron organizados por rubros en los cuatro mercados que fueron erigidos en cuestión de dos años. Esta obra singular del gobierno del regente Uruchurtu, ese barón Haussman mexicano, como lo llama Gruzinski, se inserta en una política nacional de obra pública encabezada por el presidente Adolfo Ruíz Cortines. Se dice que construyó ciento sesenta mercados, 308 kilómetros de avenidas, trece deportivos, rastros, redes de trolebuses, etcétera

Imagen 2. El Mercado San Juan–López



El Mercado San Juan No. 78, López y Arcos de Belén en la década de 1970 y en 2012. Puede observarse el recorte en la leyenda “Mercado”. Fuente: Fototeca Constantino Reyes Valerio y el autor.

(Gruzinski, 2012: Loc 6689). Fue así que una nueva campaña de higienización y modernización le dio a la ciudad cuatro mercados en los alrededores de la plaza San Juan. “En su interior los dotó con cámaras de refrigeración, baños y hasta guarderías, todo ello con la finalidad de contribuir a la construcción de una ‘nueva ciudad’”.

La salida de Uruchurtu en 1966 y la llegada de Alfonso Corona del Rosal traerían otra serie de cambios en estos mercados. Ahora serían el producto del período de obra pública que será asociado a la construcción de las primeras líneas del Metro. Esta magna obra metropolitana requirió de la reubicación y el recorte de dos mercados para poder construir una estación en la avenida Arcos de Belén. El mercado de artesanías y el de aves tendrían que adaptarse a las necesidades de la ciudad. El primero fue instalado en el antiguo lugar del tianguis, del mercado Iturbide y del porfiriano, con lo que volvería junto a la plaza. Poco después el de flores sufriría un cambio drástico debido a la baja calidad de su construcción. El edificio de una sola planta tendría desde entonces dos niveles y sería renombrado “El Palacio de las Flores”.

Especialización del mercado y desvanecimiento de la identidad barrial

Las constantes transformaciones del mercado de San Juan, y en particular la última modernización y su descentralización, han tenido un impacto sobre la organización de las actividades cotidianas de los viejos residentes y en las formas de apropiación simbólica del espacio. Lo que fuera una unidad en términos de la oferta de productos y un centro integrador de actividades que involucraba comerciantes, consumidores y vecinos, se convirtió en cuatro mercados con giros comerciales especializados y vínculos específicos con los consumidores y vecinos. Uno de los más importantes articuladores de la vida social, comercial y cultural del lugar fue rota con las políticas de modernización. Desapareció el mercado de San Juan.

Los cuatro mercados, no obstante que oficialmente son designados “de San Juan”, fueron cambiando de nombre y definiendo de manera diferenciada tanto su especialidad como su clientela. Los vendedores de flores fueron enviados al “Mercado de Flores”, también llamado “El Palacio de las Flores”; quienes se dedicaban a los pescados y mariscos están en la actualidad en el “Mercado de Especialidades” o “Mercado de San Juan – Pugibet”, por encontrarse en esa calle; quienes originalmente

poseían jarciarías y puestos de artesanías fueron agrupados en el “Mercado de Curiosidades” o “Mercado de Artesanías de San Juan”; los vendedores de aves fueron enviados al “Mercado de San Juan – López”.

La dispersión y especialización de la actividad económica no se mantiene tal cual fue pensada. Actualmente los mercados se han transformado en lo interno y en lo externo; los giros se han diversificado, como en el de Especialidades, que se ha distinguido por el comercio de productos gourmet, o el de aves, ahora lleno de fondas, restaurantes y rodeado por el comercio callejero. También su clientela se distingue, en unos encontramos a chefs, artistas y turistas, y en otros consumidores populares. Las distinciones que separan o acercan a estos mercados y sus consumidores están presentes en la voz de los vecinos cuando se trata de pensar en los precios y en la utilidad que le puedan dar a los productos que en ellos se expenden, pero también en la representación que tenía la antigua unidad comercial, social y cultural como un centro aglutinador de la experiencia del lugar.

Esto se ve acentuado por la “decadencia” que perciben algunos viejos residentes, como Armando (ca. 60, comerciante, 25 años en la zona), la cual es el producto de una especialización que no contribuye al flujo constante de consumidores, como en el de flores o el de artesanías, y debida a la instalación de tiendas de conveniencia y supermercados, identificados como competidores desleales de los mercados públicos. Lo anterior acentúa una experiencia que se percibe desde los años posteriores al sismo de 1985, cuando se identifican como causa de la “decadencia” el despoblamiento del Centro y la delegación Cuauhtémoc. Esta explicación local, expresada por Antonio (71, comerciante, viejo residente) y Daniel (59, comerciante, viejo residente), además de enfatizar el deterioro, está preguntando de forma regular por la inexistencia del apoyo gubernamental.

Este deterioro está repartido desigualmente en el espacio y se observa en la infraestructura. “El Palacio de la Flores” es el que más muestra el rostro de la “decadencia”. La pintura está cuarteada y desvanecida en todas sus paredes. Los anuncios están deslustrados. Más de la mitad de los locales no se abren o se abren sin cumplir el horario. A los locales del segundo nivel pocos se asoman, los beneficiarios son quienes poseen lugar abajo, al nivel de la calle. El agua de la cisterna se filtra por

varios puntos del techo dejando las huellas de la erosión en el piso. Apenas quedan diez personas de los que lo inauguraron, según me informó Daniel. El “Mercado de Artesanías de San Juan” luce un mejor aspecto. Sus paredes están más coloridas, sin embargo, se observa el mismo vacío que en el de Flores. Este edificio diseñado en espiral posee 170 locales, pero la mayoría permanecen cerrados o abren a deshoras. De vez en cuando entran algunos turistas, pero la posibilidad de que vayan al último nivel siempre es reducida. Los anuncios de gran tamaño que adornan la entrada están visiblemente deteriorados y es claro que los enormes ventanales del edificio no han sido limpiados en varios años y que pocas veces se recoge la basura de las inmediaciones del inmenso edificio.

Esta imagen de deterioro no está presente en los mercados de San Juan – López y San Juan – Pugibet, a los cuales acude más gente a lo largo de la semana, sin embargo, esto no los libra de la percepción de que tuvieron un pasado más próspero. El primero no estuvo rodeado de comerciantes callejeros, poseía muchos más puestos de frutas y legumbres y muchos menos de comida corrida o a la carta. En su interior no se habían modificado los locales ni se les habían agregado segundos niveles o cortinas metálicas a los puestos. Tampoco se le había recortado un pedazo al edificio y el exterior estaba más ordenado. Al segundo se iba a trabajar con gusto, como dicen Óscar (ca. 45, franelero, 20 años en la zona) y Raúl (42, franelero, viejo residente), porque se veía a artistas, políticos y extranjeros que gustaban de hacer sus compras ahí, a donde llegaban a pie o en sus autos. Años antes el Mercado de San Juan – Pugibet cerraba más tarde porque había más clientela, no se reducía la época de bonanza a las fiestas decembrinas o los viernes de quincena. Incluso los repartidores, como Pablo (ca. 40, repartidor, 25 años en la zona), salían a más sitios que ahora.

Estos hechos no conllevan la desaparición definitiva de toda identidad local. Se habla de desvanecimiento porque los viejos residentes han adoptado otras formas de pertenencia socioterritorial como articuladoras de su vida cotidiana. Se trata más bien del desplazamiento del uso prioritario de la pertenencia al barrio, debido a que los elementos materiales y simbólicos que le daban sentido se han dispersado a lo largo del tiempo, en particular por la descentralización del antiguo mercado de San Juan. Los viejos residentes utilizan otras formas de pertenencia socioterritorial y las privilegian

frente a las nociones de barrio o vecindario, como se verá en el capítulo siguiente. Mientras en otros lugares los habitantes combinan la pertenencia barrial con la del predio donde habitan, la vecindad donde viven o la calle donde realizan la mayor parte de sus actividades, en los alrededores de la plaza de San Juan simplemente no aparece de manera regular, muy pocos se adscriben como habitantes de este barrio.

Para enfrentar el deterioro de los mercados, algunos viejos residentes y locatarios, como Antonio, buscan el apoyo gubernamental, ya sea solicitando la construcción de un estacionamiento, la realización de actividades culturales, la reparación de los imperfectos o su mediatización según el principio de su potencial turístico. Estas acciones son respuestas a una transformación socioespacial cuya consecuencia más visible fue el desvanecimiento de la identidad barrial. A ésta se le ha opuesto el deseo de reconstruirla con la ayuda de la historia local y la del mercado de San Juan, en tanto elemento integrador de la vida económica, social y cultural. Se trata de la lucha contra el despliegue de un conjunto de técnicas urbanísticas ligadas al abasto y la higiene en la ciudad que concluyeron en la descentralización del mercado.

Una de estas respuestas fue la exposición que organicé en la plaza San Juan con un grupo de vecinos del lugar, quienes tenían un interés particular en reconstruir gráficamente el sentido histórico del “antiguo barrio de San Juan Moyotla”. Esta actividad tenía sus implicaciones más allá de lo académico, pues el uso de la plaza y de las fotografías se inscribió en un contexto de tensiones vecinales, las cuales serán desarrolladas de manera más amplia en el capítulo tercero. Aquí baste con señalar que esta situación revela aspectos de las negociaciones que hace el investigador con los actores locales durante el trabajo de campo, para quienes es importante que los resultados de la colaboración formen parte de ese conocimiento que posibilita la producción de una localidad y sus sujetos, como se dijo antes al retomar a Appadurai. Es por ello que es válido considerar que uno de los subproductos de la exposición fue afianzar el capital simbólico que poseen los defensores de la denominación de “antiguo barrio de San Juan Moyotla”. Esta circunstancia pone en cuestión las implicaciones de cualquier colaboración, pues aunque se justifique en el mantenimiento de las buenas relaciones investigador-actores locales, tiene consecuencias no esperadas dentro de las disputas vigentes del lugar. Esta tensión emergió con claridad el día de la

exposición, cuando Antonio comenzó a ofrecer en venta las copias de las fotografías expuestas. Mi incomodidad se intensificó cuando puso el dinero en mis manos, porque quedó claro que para él esta acción formaba parte de su concepción de la defensa del lugar y de la explotación comercial de la historia local, de las cuales él mismo podría obtener un beneficio, simbólico, económico y político.

El Metro y la Torre. La experiencia de la alienación del lugar

La ciudad de México es uno de los lugares en donde mejor se puede pasear por la modernidad del siglo XX, captar las aportaciones y las aberraciones —más contribuciones que monstruosidades, sin duda—.

—Serge Gruzinski, *La Ciudad de México. Una historia*. 2012

Como se vio al principio de este capítulo, las transformaciones socioespaciales responden a problemas e intereses múltiples que desembocan en la instalación de objetos técnicos en sistemas de acciones y objetos preexistentes que pueden ser de escala local, como el lugar. En los alrededores de la plaza da San Juan se instalaron durante el sexenio del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) dos desarrollos técnicos altamente especializados. Estos objetos respondían a un contexto nacional de modernización en telecomunicaciones y transportes y a una política metropolitana vinculada a dos coyunturas deportivas: la realización de los XIX Juegos Olímpicos de 1968 y el Mundial de Fútbol de 1970.

La llegada de la técnica a un lugar puede estar asociada a formas de alienación de las decisiones al establecerse el predominio de las escalas nacional y regional sobre lo local. Este es el caso de la construcción de las primeras líneas del Sistema de Transporte Colectivo Metro (STC Metro) y de la Torre de Telecomunicaciones (también llamada Torre de Telmex). Su edificación, al menos en parte, puede entenderse como un problema de relación entre escalas socioespaciales. La experiencia vivida por los habitantes del lugar frente a estos portentos de la técnica adquiere matices muy diferentes a los del difundido en el discurso oficial. En aquel momento existe una enorme distancia entre la determinación de construir en ciertos espacios de acuerdo a requerimientos técnicos, y el reconocimiento y valoración de las opiniones de quienes vivirán el proceso de transformación y sus consecuencias. Esto crea nuevas dinámicas sociales y espaciales con las que habrán de convivir los viejos residentes, de este

encuentro emergerán estrategias de sobrevivencia y explotación de las nuevas condiciones. En los términos de Milton Santos, se logrará una nueva síntesis llena de contradicciones y problemas.

Un proyecto metropolitano

En el discurso de la toma de posesión como presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz estableció una premisa que movilizaría recursos humanos y financieros a escala nacional: “Activar nuestra economía, amerita una resuelta política de obras públicas”. Esta política se expresó en la ciudad de México con ambiciosos proyectos de infraestructura de transporte, los cuales darían soporte a los eventos deportivos que tendría sus principales sedes en la capital. A este impulso también se integró la política social del sexenio. La ciudad tenía que prepararse para participar como el gran escenario de las justas deportivas que serían retransmitidas vía satélite gracias a la construcción de la estación terrena Tulancingo I (Esteinou, s/f).

Con la llegada de Alfonso Corona del Rosal a la regencia del Departamento del Distrito Federal en 1966 no sólo termina el largo y emblemático periodo de gobierno de Ernesto P. Uruchurtu, sino que se trastoca la política urbana y se da el banderazo a la construcción de tres líneas del STC Metro. La negativa previa del presidente de la república al proyecto encontró una salida financiera y política con el nuevo regente, quien estableció una sólida interlocución con el ingeniero Bernardo Quintana, director de Ingenieros Civiles Asociados (ICA) y principal promotor y encargado de la obra, así como con instituciones crediticias francesas.

Este impulso al sistema de transporte masivo tenía como trasfondo una evaluación de las condiciones de la movilidad en la ciudad en los años sesenta. El crecimiento de la ciudad y el consecuente aumento de la demanda de este servicio no podía ser cubierta por el llamado “pulpo camionero” (Alianza de Camioneros), que había sustituido al sistema de tranvías décadas antes (Vidrio, 2010: 44). La insuficiencia de este sistema para trasladar a la creciente población y su contribución a la lentitud del tráfico, fueron los principales justificadores del proyecto del Metro, no obstante su alto costo y las dificultades técnicas que conllevaba su construcción en un ciudad con pasado lacustre.

El 29 de abril de 1967 se crea el STC Metro como un organismo descentralizado, se designa como su director al licenciado Leopoldo González Sáenz. Meses más tarde, el 19 de junio, en el cruce de las avenidas Chapultepec e Insurgentes, se realizó la ceremonia de inauguración de los trabajos. El mismo Corona del Rosal prevé el impacto: “se trataba de una obra no exenta de riesgos y que produciría inevitablemente molestias temporales a la población, derivadas de las excavaciones por efectuar en las arterias más transitadas de la capital” (Corona del Rosal, 1995: 182).⁸ Éstas concluirían en diciembre de 1969 con la inauguraron del primer tramo de la línea 1 Zaragoza-Chapultepec; y con las de la línea 2 y 3 el 1 de agosto y el 20 de noviembre de 1970.

Imagen 3. Edificio administrativo del Sistema de Transporte Colectivo Metro



En el cruce de las calles de Delicias y Buen Tono se encontraba el baldío donde se construirían un estacionamiento, un comedor y una estancia infantil. Fecha: ca. 1974 *Fuente:* Fototeca Constantino Reyes Valerio.

⁸ El proceso de construcción de la obra adquiere un carácter imponente en voz del regente de la ciudad: “Hubo semanas durante las cuales trabajaron simultáneamente en la obra 800 técnicos, 10,000 obreros y más de mil empleados administrativos, trabajando jornadas dobles, incluyendo los domingos” (Corona del Rosal, 1995: 184).

La forma directa y definitiva como impactó esta obra a la plaza de San Juan y su entorno, fue la construcción del edificio administrativo y del Puesto Central de Control I (PCC I), en el que se instaló el equipo de mando para la operación del sistema y para la distribución de la energía eléctrica. Estas instalaciones estratégicas para la ciudad se construyeron donde estuviera la Cigarrera El Buen Tono S.A. A ellas arriban diariamente, desde hace 43 años, casi un millar de trabajadores distribuidos en tres jornadas de trabajo. Estos edificios fueron complementados más tarde con el PCC II, la conversión de una vecindad en oficinas administrativas, un Centro de Desarrollo Infantil (CENDI) y un comedor, éstos últimos exclusivos para los trabajadores. Con el complejo técnico especializado que se iba instalando, la periferia sur-poniente del Centro se convirtió en un área estratégica cuyo valor no dependía de su inclusión en la zona patrimonial.

Un proyecto nacional

En el contexto de fuerte inversión pública en infraestructura fue que se inició la construcción de la Torre de Telecomunicaciones. Aunque financiada con capital privado, el 7 de agosto de 1969, el secretario de Comunicaciones y Transportes, José Antonio Padilla, colocó la primera piedra de lo que sería el Centro Telefónico San Juan. Con este complejo especializado se apuntalaría la escasa oferta, así como la calidad y eficacia de los servicios de comunicación de la ciudad y el país, de cara a las necesidades tecnológicas que imponía el modelo de desarrollo nacional.

La importancia del papel de los privados en su construcción se debió a la participación minoritaria del Estado en la Compañía Teléfonos de México en aquellos años. Ello no obscurece el hecho de que la obra se realizó en un período (1965-1970) en el que el gobierno mexicano realizó una inversión millonaria en el sector de cerca de 2,660 millones de pesos de la época (Secretaría de la Presidencia, 1970: 78-79). La Torre, que una vez terminada alcanzaría poco más de 100 metros de altura, sería el centro neurálgico de las telecomunicaciones, ya que en ella se instalarían “todas las antenas de los sistemas de microondas de alta, mediana y baja capacidad. Habría también un edificio de operadoras, servicios especiales, departamentos técnicos del Valle de México y un auditorio” (Historia de la telefonía en México, 1878-1991, 1991).

La estructura de concreto reforzado y sus edificios serían administrados por el gobierno en 1972, cuando éste se vuelve socio mayoritario de la compañía. Este paso no sólo otorgó al gobierno el control nacional de la red, sino que permitió consolidar a la ciudad de México como la capital de las telecomunicaciones (Gobierno del Distrito Federal, 2011d: 156). El Centro Telefónico San Juan marcaría un hito en la historia de la telefonía y destacaría su impacto en la periferia sur-poniente del primer cuadro de la ciudad, pues se sumaba a la importante presencia de las oficinas de la calle Victoria, en el Centro, y las de la calle Madrid, en la colonia Tabacalera.

Durante una entrevista con dos trabajadoras del Centro Telefónico, Patricia (ca. 55, operadora, 32 años en la zona) y Ana (ca. 55, operadora, 27 años en la zona), quienes llegaron en 1979 y 1985 respectivamente, se pudo constatar la centralidad del complejo de telecomunicaciones. Para ellas, la importancia del Centro y zona sur-poniente en la cuestión telefónica se debe a que cumplió con los requerimientos técnicos que otros puntos de la ciudad no poseían: se trata de una zona donde existe buena recepción por la ausencia de edificaciones altas, centros aeroportuarios, y la lejanía de obstáculos geográficos como el Cerro del Chiquihuite. Puesto que se trata de un espacio abierto, fue posible que el Centro Telefónico se convirtiera en el punto nodal de las operaciones en la zona metropolitana y que concentrara el servicio de larga distancia nacional e internacional por varios años.

Para las entrevistadas, San Juan era “el ombligo del mundo”, “por aquí entraban todas las llamadas”. Como matriz de operaciones, San Juan requería de un gran número de trabajadores, que en la actualidad incluyen a quienes realizan la interconexión de compañías competidoras. No obstante este flujo de gente, la cantidad les parece poca, debido a que las recientes políticas de innovación tecnológica, contratación y retiro de la empresa han disminuido el personal de ciertas áreas, como el de las operadoras internacionales.

Esta centralidad fue parcialmente amenazada tras el sismo de 1985 y sus réplicas. Al dañarse gravemente las principales sucursales de operación, la comunicación con el resto del país y el extranjero estuvo suspendida varios días. Meses después repararon estas instalaciones reduciendo la altura de los edificios y reforzando la Torre. A ello se agregaría progresivamente la descentralización del sistema y la

construcción de soportes en otros puntos de la ciudad y el país (Gobierno del Distrito Federal, 2011d: 161).⁹

De acuerdo a la información proporcionada por las entrevistadas, la importancia de San Juan en las telecomunicaciones del país sigue intocada debido al tipo de servicios que concentra: comunicaciones internacionales y servicios de interconexión de compañías competidoras de Teléfonos de México, los cuales funcionan todo el año las 24 horas del día. Nuevamente estamos frente a un objeto técnico especializado cuya instalación ha marcado las dinámicas de la vida cotidiana en la plaza San Juan y su entorno. Para las entrevistadas, la llegada del Metro y la Torre, contribuyeron a la aparición de fonditas y al fortalecimiento del mercado de San Juan – Pugibet, como nos lo relata Patricia: “ayudamos por tener un sueldo que nos da un poder adquisitivo, que nos manejamos en la zona”, “Entonces, somos como una... parte de ayuda económica a la gente que vive aquí”, “entre los del Metro y nosotros somos su clientela básica, todo, porque aquí concentramos nuestra vida, y tenemos que concentrar la mitad de nuestros problemas”.

Su presencia cotidiana en la zona marca la intensidad de los flujos comerciales y los usos del espacio público, pero también evidencia las diferencias y desigualdades sociales. Por un lado observamos la inexistencia de un estacionamiento con capacidad suficiente para todo el personal de la empresa, por el otro la existencia de actividades exclusivas para los trabajadores del complejo (exposiciones de la Fundación Telmex), cuyo acceso está regulado por las normas y filtros propios de un centro estratégico para las telecomunicaciones del país. Ana, nos da un indicio al respecto: “Telmex, ahorita ya no lo ha hecho mucho, pero Telmex, para que veas el poder del dinero, nos pone exposiciones sólo para nosotros [...] tampoco es para todos, es para nosotros”.

Invasión y expansión: la experiencia de la alienación del lugar

El impacto de las transformaciones socioespaciales y la concepción que de él han construido las trabajadoras encuentra divergencias en la experiencia de los vecinos. Esta puede leerse como una experiencia de la alienación del lugar para los viejos

⁹ Actualmente hay en el D.F. más de 300 centrales telefónicas destinadas a la comunicación local (Gobierno del Distrito Federal, 2011d). En caso de suceder otra catástrofe y resultar dañado el Centro Telefónico San Juan, la ciudad contaría con los centros alternos de Rojo Gómez y Lindavista para comunicarse con el resto de la república y el mundo.

residentes del lugar por la forma como se tomaron las decisiones que condujeron a la construcción del Metro y la Torre de Telecomunicaciones. Mientras las justificaciones de los funcionarios y los ingenieros encuentran sentido en los problemas metropolitanos y nacionales, la recepción de las obras entre los viejos residentes significa, entre otras, la invasión y la expansión de intereses ajenos a los suyos.

Quienes construyeron criterios de apropiación y uso del predio baldío donde se encontraba la Cigarrera El Buen Tono, se vieron forzados a eliminarlos o a trasladarlos a otros espacios con la construcción del Metro y la Torre. Si bien la imagen no es tajante por el conjunto de oportunidades (económicas, simbólicas, sociales) que crearon ambas obras en la nueva síntesis del lugar, sí es posible reconocer el descontento causado por la refuncionalización del predio al servicio de la ciudad y la nación. Si antes se podía jugar en el descampado o en la calle, subir a la barda, echar cascajo o basura, cruzar hacia el mercado, o hacer “la bolita” de amigos, con los proyectos originales y su progresiva “expansión” (la construcción del CENDI, el comedor, y la colocación de rejas), fueron suspendiéndose esos usos y posibilitándose otros.

Esto destaca en varias entrevistas con viejos residentes, como Raúl (42, franelero), Saúl (46, franelero) y Octavio (ca. 30, empleado), quienes contaron cómo se expresan esas intenciones expansionistas de ambos organismos, las cuales los han despojado de un espacio. Aquel terreno baldío poco a poco se fue llenando con edificios que lo harían cambiar completamente. Su especialización no pasó desapercibida entre ellos, el PCC “¡Es un peligro!” y “un robot” de mucha importancia, como dice Octavio, pues se trata de instrumentos sofisticados. Durante aquellos primeros años aún se podía pasar por entre los edificios, los niños podían acercarse a las fuentes que decoraban el acceso principal, y mientras se permitió la instalación de una feria, entrar al patio central del conjunto. Más tarde, cuando se colocó la reja fue imposible solicitar el paso, sólo quedaba rodear el edificio.

La percepción de la “expansión” se asocia a la construcción de un estacionamiento, una guardería y un comedor hacia el oriente de los edificios principales, y más tarde, a la compra y remodelación de lo que fuera una antigua vecindad donde vivieron amigos y familiares. Este edificio fue transformado en oficinas administrativas en años recientes y se bloqueó el acceso de las que fueran las puertas

hacia la calle. Estas nuevas construcciones hicieron desaparecer pequeños lugares que habían adquirido una significación local, como “La Piedra del Sacrificio” o “El Arbolito”.¹⁰ A esta invasión y expansión están asociadas las transformaciones de la vida en la calle: de más tranquila a más agitada, de menos autos a más autos, de menos a más peatones, lo que finalmente afectó el uso del arroyo vehicular como espacio de reunión y juego, como lo registra Ángel (55, franelero, viejo residente): “Antes se podía jugar en domingo y se utilizaba la calle como cancha de fútbol. Ahora el domingo está igual [lleno de carros]”.

Estas evaluaciones también son aplicadas a la población que llega a laborar a estos lugares, expandiendo la experiencia de la alienación a los encuentros cotidianos entre personas. Se debe considerar que las opiniones son muy diversas, aunque es notable que los puntos de vista cierran filas sobre los adjetivos englobantes para caracterizar la relación con esa población de más de dos mil personas. Octavio comenta que los trabajadores de Telmex y el Metro no socializan con la gente del lugar, pues al tener su comedor evitan consumir en la calle, y en el caso de quienes traen auto, suben y bajan de ellos sin mayor diálogo que el saludo y el pago por su lavado y cuidado. Algunos sólo han visto la gran cantidad de gente que se encuentra en los edificios cuando tiembla o cuando hay simulacro de sismo o incendio. La inmediatez y la distancia con que clasifican estas presencias también incluyen una inestable percepción de tranquilidad, que adjudican a las rutinas de los trabajadores o a la imagen que éstos se hacen de las “bolitas” de chavos que se juntan en la calle.

La experiencia de la alienación de lo local de los habitantes de este lugar recae en la materialidad del espacio transformado y en los encuentros con grandes poblaciones cuya lógica cotidiana está asentada en el trabajo. Esta experiencia debe estudiarse con sus matices, pues los viejos residentes señalan tanto los procesos “invasivos” y “expansivos” de estos sistemas técnicos especializados sobre un predio baldío, como el conjunto de ventajas y oportunidades laborales y comerciales que el flujo continuo de personas detonó en la zona. Los encuentros con los trabajadores de estos complejos son otra muestra de los matices, entre ellos y los viejos pobladores se

¹⁰ “La Piedra del Sacrificio”: al parecer se trataba de un bloque circular con un orificio en el centro que se utiliza como un peso estabilizador en las grúas de construcción. “El Arbolito”: un árbol con una banca alrededor en el que las personas se daban cita para platicar y donde los niños jugaban.

han consolidado relaciones solidarias y amistosas, dando cuenta de otras formas de dependencia mutua producto de las síntesis del lugar a que han conducido la llegada del Metro y la Torre, por ejemplo, el ayudar a acomodar los autos como franeleros, o con la venta de sándwiches y desayunos a los trabajadores.

Imagen 4. El Centro Telefónico San Juan



Desde su construcción, este complejo ha formado parte de las instalaciones estratégicas en telecomunicaciones de la ciudad y el país. *Fuente: Historia de la telefonía en México, 1878-1991, 1991.*

La reconstrucción de la vivienda y los nuevos vecinos

Y a los que más mal les fue el jueves 19 y el viernes 20 fue a los más pobres.

—En *Nada, nadie. Las voces del temblor*, de Elena Poniatowska, 2011

El sismo y la zona de transición

A las 7:19 horas del 19 de septiembre de 1985, un temblor de 8.1 grados en la escala de Richter sacudió a la ciudad de México. La devastación que los capitalinos pudieron ver esa mañana se recrudecería la noche del día siguiente. Mientras muchos habitantes

solidarios participaban en las tareas de rescate y el gobierno intentaba minimizar la pérdida de vidas humanas y los daños a la infraestructura urbana, una réplica de 7.3 grados hizo que las estructuras parcialmente afectadas se vinieran abajo, dejando partes de la ciudad, entre ellas y principalmente el Centro, en una parálisis sin precedentes en el siglo XX.

Los movimientos telúricos no sólo removieron las bases de la organización popular, también plantaron dudas en torno al modelo de urbanización y al cumplimiento de las obligaciones de las autoridades frente a la catástrofe. En esos días se hicieron visibles los problemas e inconsistencias de las formas de antropización acumuladas en la Cuenca del Anáhuac. El crecimiento de la ciudad sobre un lago desecado, la corrupción en los procesos de construcción, la falta de mantenimiento a viejos edificios, el inesperado terremoto y la parálisis gubernamental dejaron en la ciudad a miles de familias sin hogar, sin medios de comunicación y frente a problemas que la sola solidaridad popular no podía resolver.

Un caso dramático es el de quienes habitaban las zonas conocidas como de transición y lacustre del Distrito Federal (Rivas y Salinas, 1987b: 158-159). El material arcilloso con alto contenido de humedad y las características de las viviendas –centenas de viejas vecindades deterioradas por el paso de los años–, dejaron, tras el temblor, la evidencia de las desigualdades sociales preexistentes inscritas en el espacio.

A través de una investigación que se hizo sobre la población damnificada que se encontraba en albergues durante el proceso de reconstrucción (Renovación Habitacional Popular, 1988) podemos conocer algunos detalles del estado de sus viviendas, su condición de vida y, en general, hacernos una idea de la magnitud de la catástrofe.¹¹ La pérdida total de viviendas en la zona central de la ciudad de México se calculó en cerca de 30,000. Unas 180,000 familias fueron afectadas por esta situación, 50,000 tuvieron que ser reubicadas temporalmente. Las pérdidas causadas por los sismos provocaron un incremento del 4% en el déficit de vivienda en el D.F., que ya

¹¹ El conjunto de estos datos no pueden ser considerados como definitivos debido al contexto de su producción. Alicia Ziccardi señaló hacia aquellos años que “Había que aceptar información lo más rápida posible y con el mayor grado de precisión, pero dentro de las condiciones impuestas por una ciudad en gran medida destruida. Lo fundamental era que esta información tenía un destino social preciso: contribuir a mejorar con la mayor rapidez posible las precarias condiciones de vida en las que quedaron miles de familias capitalinas.” (en Coulomb y Duhau, 1988: 57).

entonces requería de unas 800,000 unidades para satisfacer la demanda (Rivas y Salinas, 1987a: 170). De acuerdo a los datos proporcionados por los entrevistados, aquellas viviendas que quedaron inutilizadas, parcial o definitivamente, tenían en promedio una superficie de 32 m²; una cuarta parte sólo tenía entre 16 y 20 m²; 48% tenía un cuarto, y 32% dos. Únicamente el 21% había vivido en una casa de 40 m² o más. El promedio de ocupantes era de 4.6 personas. Estas diferencias que podrían parecer nimias, como el tipo, tamaño y calidad de las viviendas, se convertirían en aspectos importantes una vez que el gobierno presentara los prototipos que se utilizarían en el momento de la edificación.

El mismo estudio mostró que en 69% de los casos existía un vínculo estrecho entre los daños del sismo y el deterioro preexistente de las viviendas afectadas (Renovación Habitacional Popular, 1988: 35), lo cual nos puede dar una idea de la capacidad socioeconómica de los habitantes para mantener su morada en buen estado, y de los impactos de la política de renta congelada. Martha Mier y Terán y Cecilia Rabell (1987) resumen sus características. En la delegación Cuauhtémoc las vecindades estaban densamente pobladas, cada vivienda contaba con 3.6 habitantes. En los cuartos de azotea, el promedio era ligeramente menor con 3.3 habitantes; mientras que los departamentos y casas tenían 2.1 y 2.3 habitantes, respectivamente.

Las autoras calcularon que alrededor del 90% de los ocupantes de cuartos de azotea y de vecindades pagaban menos de \$10,000 pesos al mes en aquella época, mientras que por los departamentos de edificios, en seis de cada diez casos, se pagaba una suma similar. Hacia 1985 era más barato vivir en un cuarto de vecindad que en uno de azotea, debido a las rentas congeladas (Mier y Terán y Rabell, 1987: 163). Por su parte, los datos que arrojó el estudio del Programa de Renovación Habitacional Popular nos muestra otros detalles: el 97% de las personas censadas rentaban su vivienda antes del sismo, de ellas, 30% pagaba menos de \$500 pesos mensuales, y un 25% entre \$500 y \$2,000 pesos de la época. El promedio de pago calculado fue de \$4,500 pesos, que en aquel momento representaba 9% del salario mínimo, que era de \$1,650 pesos diarios. Si al pago de la renta se agregaban los servicios, el gasto total ascendía al 20% del salario mínimo (Renovación Habitacional Popular, 1988: 31).

diversas formas de la desigualdad, lo que dio pauta a que el sismo inutilizara de forma definitiva o parcial sus ya deterioradas vecindades y edificios.

El Programa de Renovación Habitacional Popular

En 1987, el exregente de la ciudad, Manuel Aguilera Gómez, exponía la óptica gubernamental sobre la reconstrucción de la siguiente manera:

Los sismos exhibieron la desnudez de una parte de Centro de la Ciudad. La solución no era esconder a los pobres en los suburbios, sino cobijarlos con vivienda digna. Para alcanzar esta meta, todos aprendimos a conciliar lo deseable con lo posible. Aprendimos a escuchar con detenimiento e interés los sentimientos de la parte de la Nación asociada a la Reconstrucción (Renovación Habitacional Popular, 1988).

Sus palabras son ejemplo de la interpretación que buscó atenuar la lucha que diversas organizaciones emprendieron para hacer una demanda conjunta: el derecho a la vivienda digna. El halo conciliador y paternalista del exregente pareciera negar las dificultades que enfrentaron los sectores populares y la presión que tuvieron que ejercer sobre el gobierno para no ser expulsados de una zona, que tras el sismo, resultaba nuevamente apetecible para especuladores y propietarios sometidos por las rentas congeladas. El Programa de Renovación Habitacional Popular iniciado en 1985 no fue un simple acto de bondad gubernamental, fue, sobre todo, el producto de estas luchas populares, que aunque temporales y limitadas, demostraron una fuerza e intensidad inusitadas, como lo señaló Alicia Casalis (Coulomb y Duhau, 1988: 135).

Como se indica en otros trabajos (Díaz, 2012; Ángel Mercado en Coulomb y Duhau, 1988), el programa no logró (no intentó) romper con las expresiones socioespaciales de la desigualdad del Centro de la ciudad, fue, de hecho, su reproductor; mantuvo la segregación de los sectores menos favorecidos por la estructura socioeconómica del país. La negativa de continuar con la expropiación en zonas con alto valor del suelo respondió a ello, lo que significó un alto a la adquisición de predios hasta el término del programa en 1988.¹² No obstante estas limitaciones, el programa se convirtió en una posibilidad para obtener vivienda dentro de los marcos del sistema político mexicano imperante, pero con una cierta novedad: el margen de

¹² El Programa de Renovación Habitacional Popular es dividido en 5 etapas en la literatura oficial, desde su creación como un programa emergente para contrarrestar los efectos sociales de la catástrofe hasta su liquidación como ente público emergente. Las etapas son las siguientes: I. Octubre 1985-Marzo 1986; II. Abril-Diciembre 1986; III. Enero-Marzo 1987; IV. Abril-Septiembre 1987; y V. Octubre 1987-Abril 1988 (Renovación Habitacional Popular, 1988).

negociación que permitió a los grupos solicitantes no aceptar de manera inmediata y dócil la oferta gubernamental, dada su mayor politización e iniciativa para proponer soluciones, como destacó Priscilla Connolly (Coulomb y Duhau, 1988: 133).

Una vez decretada la expropiación de 4,321 predios a favor del Departamento del Distrito Federal (DDF) por mandato del presidente Miguel de la Madrid, el 22 de octubre de 1985, inició un largo periodo de búsqueda de acuerdos para transformar tanto la calidad de la vivienda en el Centro de la ciudad como para regularizar el estatus jurídico de sus habitantes. El programa tendría el objetivo de ayudar a los damnificados al canalizar los recursos reunidos en el Fondo Nacional de Reconstrucción, el cual hasta el 15 de agosto de 1986 había acumulado un total de 42,898 millones de pesos y 14 millones 112,000 dólares de la época (Rivas y Salinas, 1987b: 160-161).

Todos los procesos que orientaron el flujo de estos recursos hacia obras concretas estuvieron mediados por la heterogeneidad de actores que se definían como damnificados. La presión estuvo articulada por diversas organizaciones de afectados, de vecinos, políticas y partidarias, pero no sólo allí, la demanda se desbordaba en muy distintos escenarios. Uno de ellos, de los que los funcionarios han dejado constancia, es el de los encuentros cara a cara entre servidores públicos y habitantes de albergues provisionales, beneficiarios alojados con familiares y excluidos del programa (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, 1987). La complejidad de la situación buscó contenerse con salidas técnicas y políticas, sin embargo, la incertidumbre se hizo presente sobre los más diversos aspectos de la reconstrucción, como el tamaño de las viviendas, la asignación de las mismas, la posibilidad de separación de grupos familiares, la permanencia en el barrio, la obtención de la propiedad o los acabados de la construcción. En la nueva síntesis socioespacial habrían de intervenir los viejos residentes de los barrios y contribuirían de manera directa en la producción de *su* espacio.

Frente a ello, el gobierno hizo un despliegue de procedimientos técnicos para identificar los predios expropiables, sus tamaños, las condiciones del subsuelo y el potencial constructivo. Se empeñó en reconocer las condiciones socioeconómicas de los posibles beneficiarios y las características de sus antiguas viviendas. Los residentes de las vecindades y los edificios no permanecieron inmutables, hicieron uso de

estrategias que pudieran beneficiarles, como fue el caso de familias enteras que originalmente compartían un mismo cuarto de vecindad, y que frente a la reconstrucción vieron la oportunidad de desdoblarse para obtener su propio espacio. Las redes de parentesco, de vecindad y amistad jugaron un papel en la búsqueda de oportunidades para los hijos e hijas de los titulares de cada grupo.

Estas estrategias chocarían con las condiciones del decreto y los derechos de los particulares, los cuales restringieron, por un lado, las posibilidades de adquisición de

vivienda de los grupos familiares, y por el otro, los predios susceptibles de expropiación. En el caso de los últimos había un conjunto de características que debían identificarse: que fuera un predio con vivienda plurifamiliar en mal estado, con evidencia de daños por el sismo, con altos niveles de deterioro, con ausencia de servicios o uso comunal de los mismos, o bajo régimen de arrendamiento. Donde esto era comprobable se hacía una evaluación para determinar si procedía la rehabilitación o la demolición y reconstrucción del inmueble. Las posibilidades de que se realizara una u otra estuvo siempre limitada por el dicho gubernamental de hacer un uso eficiente de los limitados recursos, por ello, la restitución de vivienda se hizo sólo donde hubiera derrumbes, daños graves y lotes baldíos.

Una de las características más importantes del programa fue su apuesta por convertir a los beneficiarios en sujetos de crédito. El fundamento del esquema crediticio era convertir en propietarios de nuevas viviendas a los antiguos arrendatarios. Así, cerca de 50,000 familias serían beneficiadas con la certeza jurídica sobre la propiedad.

Imagen 5. Antiguas vecindades



Una parte importante de los habitantes de los alrededores de la plaza San Juan fueron beneficiados con vivienda nueva tras el sismo de 1985. Destaca el nombre del negocio de la vecindad: “El Metro”. Fecha: ca. 1974. Fuente: Fototeca Constantino Reyes Valerio.

Sin embargo, en un principio, este esquema no era una oferta que favorecería a todos por igual. El gobierno propuso que el derecho a acceder a una vivienda de mayor o menor superficie dependiera de las posibilidades de endeudamiento del titular de la antigua vivienda. Los ingresos comprobables de éste serían el criterio a seguir, por lo cual, las familias tendrían acceso a viviendas de entre 25 y 50 m², las cuales pagarían en períodos de 7 a 11 años.¹³

La presión popular evitó que este esquema se aplicara, y en cambio logró que los beneficiarios tuvieran acceso a viviendas de entre 40 y 50 m² con plazos de amortización mayores de acuerdo al tipo de intervención en el predio. Los términos finales del pago fueron los siguientes: 5.5 para obras de reparación menor, 8 para rehabilitación, y 8.5 para obra nueva. Así fue como los ingresos del titular dejaron de ser un parámetro de exclusión, y se estipuló que serían plazos máximos, ya que dependiendo del porcentaje anual en el aumento de los salarios mínimos, dichos plazos podrían reducirse. La lucha popular no sólo se debatió en la arena de la participación política democrática, de la amplia lucha por los derechos civiles, también se jugó en el terreno de la producción del espacio, el cual cambiaría su manera colectiva de habitar.

Negociar la producción del espacio

El Programa de Renovación Habitacional Popular impidió que se cumpliera el deseo de algunos interesados en reformar la vida del Centro Histórico (Gruzinski, 2012). Aquel impidió que el sismo se convirtiera en una oportunidad para la élite. Por el contrario, para ella el sismo representó una causa mayúscula que contribuyó a su despoblamiento y a la acentuación del deterioro de los edificios patrimoniales. La lucha de los viejos residentes les aseguró la permanencia y la propiedad, e hizo prevalecer la vivienda y el comercio popular. Sin embargo, el triunfo de los sectores populares no estuvo exento de negociaciones sobre las dinámicas de su vida cotidiana, ya de por sí trastocadas por los sismos. De eso podemos dar cuenta si recapitulamos brevemente lo que significó participar en la producción del espacio y en el paso de la vecindad a la unidad habitacional.

¹³ Este fue uno de los factores que hizo contrastar las cifras de los salarios mínimos que los habitantes decían tener, pues en aras de asegurar su vivienda implementaron diferentes tácticas que les permitirían negociar un mejor convenio (Coulomb y Duhau, 1988: 62-63).

Para el gobierno la reconstrucción representó la oportunidad de reordenar el espacio urbano, lo que implicó la delimitación práctica de las necesidades de las familias para traducirlas en propuestas específicas de vivienda. Desde la óptica gubernamental, los prototipos de vivienda jugaron un papel fundamental, ya que respondían a las necesidades técnicas y sociales que emergieron en los meses posteriores a la expropiación. Con cuatro prototipos base y 12 variantes, los arquitectos e ingenieros buscaron enfrentar la diversidad de superficies disponibles, cuyas dimensiones variaban tanto de frente como de fondo, y cuya composición del suelo modificaba el potencial constructivo entre predio y predio.

Los prototipos utilizados fueron elegidos porque permitían maximizar la velocidad de construcción, racionalizar la compra y uso de materiales, seguir las nuevas regulaciones de construcción de la ciudad, y solventar la norma mínima de habitabilidad, uso y función del espacio para una familia de cinco miembros. Siguiendo estos criterios se esperaba garantizarles una adecuada ventilación, iluminación e incorporación de servicios en la vivienda. Los prototipos podían constituirse de módulos de 25 y 30 m², un tercero de 50 m², o bien un cuarto con superficie única de 40 m². Estos se combinaban en los predios de acuerdo a sus condiciones, lo que permitía un sembrado tanto vertical como horizontal (Renovación Habitacional Popular, 1988: 36-37).¹⁴

En aquel contexto crítico de la vida política y social de la ciudad, se modificaron los Programas de Desarrollo Urbano el 6 de julio de 1987. Para el caso del centro de la ciudad y las zonas de alto riesgo se estableció la exención del cumplimiento de la norma de estacionamientos en los predios destinados a la construcción, reconstrucción y rehabilitación de vivienda de interés social (Renovación Habitacional Popular, 1988: 91). Esta medida debió contribuir a acelerar el lento avance de la construcción, que un año antes, no obstante que se habían entregado 23,000 certificados de derechos y 15,000 estaban en proceso, estaba generando impaciencia, incertidumbre y desconfianza hacia el gobierno entre la población afectada por el sismo: “el tránsito de

¹⁴ Estos no fueron los únicos prototipos propuestos. El 9 de diciembre de 1985 se convocó a universidades y grupos técnicos a presentar proyectos alternativos para la edificación de vivienda con el nombre de Muestra de Arquitectura Popular “El Rostro de los Barrios”. Las aportaciones que allí se presentaron fueron descartadas por el gobierno debido a que los prototipos elevaban los costos al mejorar los acabados y los materiales de construcción (Renovación Habitacional Popular, 1988: 38).

la condición de demandantes a la condición de beneficiarios no es visto como un trámite lineal y coherente, sino, al contrario, como un procesos azaroso, lleno de incógnitas y de contradicciones.” (Giglia, 2012: 116).

La zozobra fue una constante que se debió afrontar durante este período. Los viejos residentes tenían que esperar a que funcionara la articulación de los entes de gobierno encargados de los recursos y la construcción, y simultáneamente, definir los mecanismos con que se organizarían como vecinos para intervenir en negociaciones puntuales sobre la edificación que habrían de recibir. Había decisiones que requerían de su consentimiento, el cual estaba enmarcado por sus expectativas sobre la calidad y el tamaño de la vivienda. Un ejemplo de ello fue la negociación con quienes se sentían insatisfechos porque habían habitado viviendas de mayor tamaño que las que recibirían. Otra muestra son los reportes del Programa en los que se habla de la modificación de 150 proyectos que previamente habían sido aprobados por los vecinos (Renovación Habitacional Popular, 1988: 58).

El cuestionamiento inicial a los canales de comunicación y a los proyectos específicos se centró en los dictámenes técnicos sobre superficies y prototipos, pues estos determinarían el tamaño de la vivienda y el número de familias que allí se quedarían. Más tarde, las controversias se enfocaron en la selección del tipo de escaleras, la provisión de cisternas y tinacos, el diseño de las áreas comunes, la colocación de los tendederos o el tipo y color de las fachadas (Renovación Habitacional Popular, 1988: 59-60). Las asambleas de vecinos se encargaron de definir muchas de estas cuestiones, pero había otras no previstas cuya resolución imponía nuevos tiempos de espera al comienzo de la edificación o al término de la obra.

Habría que resaltar que autoridades, arquitectos, ingenieros y encargados de las obras poseían un imaginario particular sobre las zonas atendidas, las construcciones y los pobladores el cual se reflejaría en algunos detalles del proyecto. Se buscaría mantener un aire de vecindad y para ello el proyecto tenía propuestas arquitectónicas como los acabados con aplanado y pintura, o el diseño del portón de acceso. Estos respondían a un “criterio tradicional de la vivienda en cada zona” (Renovación Habitacional Popular, 1988: 40). Para el perímetro B los proyectos de obra nueva contarían con una propuesta específica de fachadas con el fin de lograr su integración

formal al contexto de la zona. El resultado fue que los prototipos fueron adaptados bajo la idea de que resultaran compatibles con el entorno urbano.

La cuestión del color y el diseño de los accesos de los edificios fueron determinantes en esta concepción. Así expresaban su unión en la producción del espacio urbano los cronistas del proceso:

Es importante enfatizar que la obra de RHP [Renovación Habitacional Popular] se distinguió de otros programas masivos de vivienda, por una imagen visual que logró incorporar la heterogeneidad del entorno donde se realizó. Los elementos más importantes de esa concepción fueron los pórticos o accesos a los inmuebles, y el uso del color. [...] Las normas básicas para el diseño de los pórticos resaltan la dimensión y preponderancia de este acceso en relación con los otros elementos de la fachada, rescatándolos como característica distintiva de las vecindades del Centro de la Ciudad. (Renovación Habitacional Popular, 1988: 74)

Limitar a estas nociones la experiencia del proceso de reconstrucción de los viejos residentes del Centro sería un error, sin embargo, el discurso oficial la fragmenta y ofrece una versión relativamente estable de satisfacción, como en el libro *Los actores de la reconstrucción. Reconstrucción de vivienda popular. Sismos del 19 y 20 de septiembre de 1985* (1987). Allí se habla de participación y corresponsabilidad, de entendimiento mutuo y búsqueda de soluciones colectivas. Una mirada diferente podría darnos cuenta de la multiplicidad de opiniones que se constituyeron alrededor del paso de vecindad a unidad habitacional, bajo la premisa de que se trastocaron diferentes dimensiones de la vida local.

Ochenta cuatro viviendas que conformaron una vecindad en 1985 se convirtieron en ochenta departamentos de una unidad habitacional en 1987. Los antiguos patios se convirtieron en pasillos, el área sobre la cisterna se convirtió en una plazuela, ahora tenían que subir hasta dos niveles para entrar a su hogar. Ya no tenían que compartir los baños ni los lavaderos y el deterioro visible había desaparecido. Ahora cada edificio tenía un nombre y el antiguo portón de madera había sido sustituido por dos accesos con rejas de metal. Los negocios que estaban al frente de la vecindad ya no se encontraban dentro de antiguos cuartos, sino en accesorias con cortina metálica.

Durante una entrevista con Octavio, recordó que en 1987, el 4 o 5 de septiembre, les entregaron la unidad. Cuando se instaló en su departamento vio que no todos regresaron inmediatamente, que pasaron más o menos tres meses para que el lugar se volviera a llenar. El retorno implicó para varios tener que ir a las bodegas que la delegación Cuauhtémoc había rentado para que guardaran sus pertenencias. En

aquellos primeros días el acceso del lado oriente se encontraba tapiado, en el del lado poniente estuvo un policía durante casi dos meses, con el propósito de proteger las cosas de eventuales robos en lo que las personas se volvían a instalar en el predio.

Meses más tarde, en una conversación en la que se contaba con material fotográfico de la antigua vecindad, Lidia (ca. 45, hogar, viejo residente), llamó a su hijo –actual habitante del predio– y exclamó “¡Tu casa hijo! Les dieron un palacio, ¿ya viste?” Después agregó, dirigiéndose a todos los presentes: “Le dieron palacios a esa gente. Mira, si así estaba por fuera, cómo estaría por dentro”. Sus palabras hacían un llamado a notar “la fealdad” de la antigua construcción, y el “a esa gente” nos muestra un detalle sobre quienes ocupan la vivienda. Este último tema fue el producto de difíciles decisiones entre los damnificados: ¿quién tenía a derecho a obtener una vivienda? Las autoridades buscaron el mecanismo que les permitiera determinar a los beneficiarios directos del programa, y para ello congregaron a los habitantes de cada predio para que les informaran sus decisiones al respecto. En algunos casos existía documentación comprobatoria, en otras sólo la palabra de los vecinos presentes daba esa constancia. Esto no dejó de constituir un problema para el registro de los beneficiarios, así como una prueba de la fortaleza de los vínculos entre vecinos, familiares y amigos al interior de cada vecindad y edificio, pues la mención de las familias no presentes por razones diversas dependía completamente del testimonio que de ellas se diera en las asamblea.

Nuevas casas, nuevos vecinos

La decisión sobre quiénes conformarían la nueva unidad territorial no tuvo su última palabra en los vecinos, en vista de que las condiciones de la construcción no se ajustaron al número original de viviendas de cada predio. Algunas familias se vieron obligadas a integrarse a otros predios que incluso estaban fuera del lugar donde habían vivido, razón por la que quienes se perfilaban como nuevos vecinos resultaron una fuente de conflictos. Estos hechos se debieron a la presión que generaba el déficit de vivienda preexistente y las intenciones de las familias originales de aprovechar la situación para desdoblarse dentro de la nueva unidad. Los que llegaban de fuera los despojaban de esa posibilidad. Está claro que la llegada de nuevos vecinos confronta

los códigos compartidos, las historias en común y la lógica de la pertenencia, y que sólo la convivencia podría contribuir a que paulatinamente el trato mutuo forje nuevos criterios de relación, como lo ha demostrado Ángela Giglia (2012: 106).

Otras dificultades entre vecinos que detonó esta transformación socioespacial se ligó a la asignación de la vivienda. Aunque las autoridades procuraron mantenerse al margen, sugirieron a los vecinos el uso de parámetros como la antigüedad, el número interior original, la edad, el número de hijos, el sorteo o las discapacidades, para definir la nueva distribución. Ésta, como en el caso de la unidad de estudio en los alrededores de la plaza San Juan, estuvo ligada a las relaciones de parentesco y a las jerarquías preexistentes en el interior de la vecindad. Una forma visible de ello fue la posición que mantuvieron las familias administradoras de los recursos o los contactos con las organizaciones políticas o partidarias. En noviembre de

1985, cuando el Programa estableció de manera unilateral el régimen de propiedad y administración condominal, se detiene la propuesta emergente de otros grupos, que entonces proponían el régimen de copropiedad y patrimonio familiar no enajenable (Renovación Habitacional Popular, 1988: 44-45).

Los viejos residentes del lugar fueron parte del entramado de demandas populares, negociación de la producción del espacio y reconfiguración de la vida local que marcó el período entre la catástrofe y la reconstrucción. Su lucha había dado frutos hasta ese momento. Lo que vendría después, una vez que en 1988 se liquidó el

**Imagen 6. Unidad habitacional:
vivienda nueva**



La vida en las nuevas unidades habitacionales implicó una transformación en la convivencia cotidiana entre vecinos y una modificación radical del espacio habitable. Foto del autor. 06/12/2012

organismo público y se buscó que la resolución de conflictos quedara en manos de las administraciones de cada unidad, estuvo marcado por una nueva estructura espacial de lo cotidiano y la presencia de nuevas fórmulas que buscaban reformar las costumbres preexistentes. Esta vez la técnica había intervenido el espacio íntimo de la vida local, tanto en lo espacial como en lo social, como nos lo demuestra el papel que tuvieron las trabajadoras sociales en la redefinición de las prácticas:

A parte de eso damos pláticas de condominio para capacitar a la gente, porque, pues, ya ha dejado de ser una vecindad, ahora son condominios... entonces hay que explicarles desde ¿qué es un condominio? ¿Cómo se debe vivir en un condominio?, porque hay gente que lo confunde... a mí me ha tocado ver, por ejemplo, cuando yo llego a un condominio, escojo alguna vivienda y la señora está bañando al bebé en el fregadero donde se lavan los trastes... es lógico que se afloje... ¿no?... entonces nosotros tenemos que dar pláticas, tenemos que dar indicaciones, para que esto no suceda, también vamos condominio por condominio, a ver cómo está, estar checando porque mucha gente es muy difícil que se le quite la costumbre de hacer tendaderos o en las mismas bardas tienden ropas, entonces es mucho muy difícil.” (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, 1987: 81)

La técnica invocada a través de los expertos (ingenieros, arquitectos, urbanistas) forjó un espacio nuevo, y en el nexo con las prácticas, tuvieron que participar otros (trabajadores sociales, médicos, sociólogos, antropólogos). La técnica había permitido moldear un nuevo entorno, el cual, desde la óptica del gobierno, requería de otras costumbres. Como lo hizo notar Antonio Azuela (Coulomb y Duhau, 1988: 67, 145), la nueva configuración espacial (el condominio de interés social) y el régimen de propiedad, darían la pauta para un nuevo patrón de relación social que sentaría las bases de la organización social hasta entonces creada.

El proyecto de revitalización: entre la élite y el pueblo

Liberales o conservadores, los jefes de entonces deseaban que la ciudad de México se volviera, lo más pronto posible, una capital occidental y moderna. Pero también era una ciudad con componentes indígenas y mestizos, con costumbres y creencias de todo tipo y distracciones que constituían un patrimonio heteróclito del cual las élites no querían volver a saber, y cuyos únicos depositarios seguían siendo los sectores populares

—Serge Gruzinski, *La Ciudad de México. Una historia*, 2012

Un producto de la élite intelectual, política y económica

Uno de los aspectos más interesantes del actual proyecto de revitalización es que en él resuenan los intentos infructuosos del pasado con los que se quiso rescatar un patrimonio deteriorado o destruido por acciones que incluso se remontan dos o tres

siglos en el tiempo. La obra del Cronista Emérito de la Ciudad de México, Guillermo Tovar de Teresa, es un magnífico ejemplo, en especial *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido* (1991), o aquel número 791 del suplemento *México en la Cultura*, en el que varios personajes de las letras y la política apoyan el proyecto de rescate que en 1964 presentara José E. Iturriaga (2012).¹⁵ Las posturas de estos dos historiadores son muy claras: se denuncia la desidia institucional y la ignorancia colectiva que pone en vilo el patrimonio arquitectónico de la ciudad, y con ello, uno de los pilares de nuestra historia como nación.

Las obras de esta élite intelectual y política marcan la pauta de estas preocupaciones hasta nuestros días. El reconocimiento de que son objeto va de la mano de su aporte a la conservación de la “historia cultural de México” materializada en edificios, monumentos, plazas y calles. En su historia, las principales víctimas son los monumentos, las iglesias, los conventos, los hospitales, la traza urbana que definió Hernán Cortés respetando la indígena. Con su parcial desaparición a lo largo de los siglos se han creado vacíos en la comprensión de la cultura indio-española y de la riqueza arquitectónica. En su recuento de las transformaciones por las que ha pasado esta ciudad, unos cuantos se convierten en los próceres que la han engrandecido, entre ellos el Conde de Revillagigedo, Porfirio Díaz, y los últimos jefes de gobierno de la ciudad y presidentes de la república.¹⁶ Estos encuentros práctico-discursivos acerca del rescate y la revitalización a lo largo del tiempo no son meras coincidencias, se trata de proyectos para los que las élites intelectual, política y económica han movilizado múltiples recursos, lo mismo los criterios estéticos con que han sido educados, que su capacidad de interlocución con actores de distintas esferas del gobierno y la empresa.

Este origen elitista de la categoría de Centro Histórico y la justificación del rescate es algo que debe ser destacado, pues como señala Serge Gruzinski (2012), se trata sobre todo de un programa a implementar, cuya intencionalidad parte de dos intereses centrales: la transformación del espacio y la modificación de las costumbres de la población que lo habita. Un enfoque interesante de esta dimensión es el de

¹⁵ En la presentación de esta obra que reedita los artículos de aquel número de *México en la Cultura* se le atribuye a José E. Iturriaga el haber acuñado el concepto mismo de Centro Histórico.

¹⁶ Jefes del Gobierno del Distrito Federal: Andrés Manuel López Obrador (2000-2006), Marcelo Ebrard Casaubon (2006-2012); Presidentes de la República: Vicente Fox Quesada (2000-2006) y Felipe Calderón Hinojosa (2006-2012).

Alejandra Leal (2011a), cuyo trabajo nos muestra la forma como funcionan los imaginarios de clase y raza en los discursos y prácticas asociados a la revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México.

El programa a implementar, además del trasfondo nacionalista que ya se mencionó, justifica el inicio de prácticas propias del mundo occidental, moderno y globalizado. Estas representaciones reinantes entre los intelectuales y las élites políticas plantean la necesidad de rescatar el pasado y ponerlo al servicio de objetivos comerciales concretos vinculados al turismo. Durante su participación en la instalación del Consejo Consultivo para el Rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México, el 14 de agosto de 2001, el historiador José E. Iturriaga sintetizaba esta perspectiva en el siguiente eslogan: “México debe vender paisaje y cultura, que nos dan prestigio y moneda fuerte, no recursos agotables” (Iturriaga, 2011: 28).

El rescate del patrimonio arquitectónico, la historia, la cultura y el turismo tiene que entenderse en su conexión estrecha con el interés económico. Se trata de un entramado complejo en el que conviven intereses de diversa índole con las trayectorias de vida de los integrantes de estas élites (Pérez, 2010: 14-17). En la literatura sobre el rescate uno puede encontrarse con la inmensa pasión y la profunda preocupación que le provoca a las élites hablar del Centro Histórico (Gobierno del Distrito Federal, 2012). En algunos textos, como el del ingeniero Carlos Slim (2011), se revive con nostalgia la experiencia de haber vivido en el Centro durante la infancia, en otros se trata con erudición la riqueza artística plasmada sobre las piedras, en unos más se destaca la rica vida social que en él se conserva. Muchos de estos observadores privilegiados discuten los problemas que cruzan el espacio público y proponen soluciones entre lo arquitectónico y lo social.¹⁷

La mirada estetizante

Las soluciones que se construyen para resolver los problemas del Centro Histórico adquieren un cariz muy particular por el perfil sociocultural de estos grupos privilegiados. Cada propuesta adopta los patrones de sus propias prácticas sociales, las

¹⁷ Este entrelazamiento puede encontrarse en algunas de las más de 20 propuestas de remodelación del Mercado de Artesanías de San Juan que realizaron estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la UNAM como proyectos de titulación entre 2010 y 2011.

que los distinguen de otros grupos con los que comparten el espacio social. Una de ellas es la estetización de sus productos. No deja de ser sorprendente que la definición de las nuevas funciones con que quieren dotar al espacio se presenten en la forma de simplificaciones. Se intenta que múltiples usos sean erradicados para hacer valer otros:

Alentada por la presencia diaria de una población flotante de alrededor de 1.2 millones de personas, la competencia por el usufructo de rentas centrales afecta incluso los espacios abiertos, en donde distintos usos irregulares o no regulados (comercio en vía pública, estacionamiento 'tolerado' de automóviles en las calles) tienden a quitarle su *esencia* al centro: *el disfrute del paseo peatonal*. (Coulomb, 2000: 531-532) (*Subrayado mío*).

Al imaginarlas e integrarlas al programa a implementar, las nuevas funciones aparecen como conexiones entre proyectos y prácticas. Hablar de la explotación turística del Centro se encuentra regularmente unido a la apuesta por la peatonalización, la cual alcanza el grado de necesidad. Si entendemos ésta como condición inmutable de las cosas, entonces tenemos una contradicción; sin embargo, su presencia en el discurso invoca más una dimensión normativa: con ella se pide se imponga lo que no existe en la práctica.

Este disfrute del paseo peatonal encuentra su antecedente en la práctica del *flâneur*, que es una forma de reconstrucción nostálgica de la experiencia de la ciudad.¹⁸ En 1964, José E. Iturriaga soñaba con la peatonalización de la calle de Moneda para así poder apreciar con atención la primera imprenta y la primera universidad de la Nueva España. Lo interesante es cómo estas nociones normativas de clase y grupo se articulan con el lenguaje académico para identificar los problemas y encausar las soluciones. Así se priorizan aspectos de la vida social ("Empujado por la escasez de empleo bien remunerado, el comercio ha invadido masivamente las calles y banquetas"), o de la técnica ("El tema de los vendedores ambulantes ha hecho olvidar, sin embargo, que el primer depredador del patrimonio edificado es el automóvil" (Coulomb, 2000: 535), y la solución es la misma.

En otras obras, como las que publica la Fundación del Centro Histórico (Braunštajn, 2008), se puede captar esta mirada estetizante cuando se trata al lugar por su potencial explotación artística. Ésta consiste en aprovechar el espacio construido y la vida que en el acontece (el comercio popular, los mercados, la pobreza) para

¹⁸ Esta práctica estetizante del sector letrado posee referentes contemporáneos inigualables, por ejemplo, Salvador Novo con *Los paseos de la ciudad de México* (1974), Andrés Henestrosa con *Cara y cruz de una ciudad* (2001) y Vincente Quirarte con *Amor de ciudad grande* (2012).

significarlos dentro del campo del arte. La revitalización, sus logros, sus pendientes, así como la búsqueda de la experiencia estética del Centro predominan en las palabras y acciones de artistas de muy diversas edades. En unos casos se renueva la mirada sobre el estado de cosas y de esta manera se las transforma simbólicamente.

Una cuestión recurrente de esta experiencia estética es el llamado a “levantar la mirada”. En su aportación al libro *Centro Histórico. 10 años de revitalización* (2011), el expresidente Felipe Calderón pide que despeguemos la mirada del piso para apreciar la riqueza arquitectónica y la síntesis de la historia de nuestra cultura plasmada en los muros. Sólo así llegaríamos a comprender el significado de “la ciudad de los palacios”. Esta sensibilidad estética, como nos recuerda Pierre Bourdieu,

no se constituye si no es en una experiencia del mundo liberada de la urgencia y en la práctica de actividades que tienen en sí mismas su propio fin, como los ejercicios escolares o la contemplación de las obras de arte. Dicho de otra manera, esta disposición supone la distancia con respecto al mundo que constituye el principio de la experiencia burguesa del mundo (Bourdieu, 2003: 51).

El contraste adquiere sentido cuando se compara la experiencia del Centro Histórico que tienen los integrantes de la élite y la de quienes se encuentran en él con menos recursos para apropiárselo según los patrones de las clases dominantes. Un caso que nos permite ilustrar estas diferencias es el proyecto “De la vía pública a la Vía Láctea” (Muriedas, 2009). El trabajo realizado por la organización *Territorios de Cultura para la Equidad* nos permite llevar el contraste más allá de lo metafórico, pues las tareas de las barrenderas disponen que su mirada esté dirigida al suelo como condición de la revalorización del proyecto elitista de Centro.¹⁹ El proyecto de la organización busca “incluir como públicos de la oferta cultural a sectores ignorados y despreciados, como son las trabajadoras de intendencia, las policías, las oficinistas, las inmigrantes, comerciantes y vecinas”, con ello reconoce la distancia existente entre ellas y el disfrute culto de la revitalización (Territorios de Cultura para la Equidad, 2012).

Fundadas en este criterio, las obras en el Centro Histórico materializan una necesidad que atraviesa una preocupación de las élites intelectual, política y económica de la ciudad y la nación. Es cuestión de preguntarnos qué se destaca con la iluminación de edificios, con la poda de los jardines y la restauración de monumentos. Se definen

¹⁹ Sobre otros proyectos de la organización: <http://www.territoriosdecultura.org.mx/sys/> (Consultado el 25 de marzo de 2013).

acciones prioritarias que inciden sobre el valor de los objetos y las acciones, lo cual se acompaña de una búsqueda incesante por crear las condiciones para que esta experiencia del Centro sea posible, entre ellas, las que refuerzan la seguridad pública. Esta sensibilidad estética se reconoce en los encuentros y crea la continuidad entre los hombres, los discursos y las acciones:

el gran impulso que ahora recibe el rescate de nuestra antigua capital fue propuesto por el gran empresario Carlos Slim, quien posee la visión, la sensibilidad y la conciencia de darle nuevo esplendor a la ciudad elogiada por el sabio Humboldt hace 200 años, en los albores del siglo de nuestra Independencia. (Tovar, 2011: 14)

La voluntad política: los problemas comunes y su atención

Aquel 14 de agosto de 2001 en el Palacio Nacional, no sólo se hizo énfasis en la función económica de un Centro Histórico revitalizado, también se celebró la voluntad política puesta al servicio de una noble labor. Los asistentes a la reunión que marcaba el inicio de los trabajos de revitalización fueron testigos de la aparente supresión de las diferencias ideológicas que en los años posteriores distanciarían al Presidente de la República, Vicente Fox Quesada, y al Jefe de Gobierno de la ciudad, Andrés Manuel López Obrador.²⁰ Para el cardenal Norberto Rivera Carrera, era esta voluntad la que hacía falta para emprender la “ardua” tarea de rescatar el Centro y combatir de frente la delincuencia y el abandono que lo azotaban (Rivera, 2011: 10). A esta iniciativa de la élite política mexicana se sumaba la sociedad civil, “representada por más de cien profesores universitarios, arquitectos, empresarios, comerciantes, artistas e intelectuales” (Fundación Carlos Slim, 2011: 25).

Esta disposición pública a colaborar ha sido una constante no sólo entre los integrantes de diferentes orientaciones partidistas o niveles de gobierno, sino también de gremios, profesiones y escuelas de pensamiento. ¿Qué es lo que ha posibilitado ese encuentro tan prolongado? Sin duda en ello hay diversos factores, uno ha sido la obsesión de décadas de esta élite por acabar con los problemas que aquejan al Centro, que en la actualidad es indisociable de la difusión de una solución global rentable al deterioro de los centros históricos. Convergen en su enumeración los promotores de la

²⁰ En los primeros meses del año 2004 comenzó una confrontación política entre el entonces Presidente de la República, Vicente Fox Quesada, y quien fuera Jefe de Gobierno del D.F., Andrés Manuel López Obrador. Cuando este último se convirtió en 2005 en el candidato a la presidencia de la Coalición por el Bien de Todos, la intensidad de la disputa no disminuyó, e, incluso, se extendió más allá de las elecciones de julio de 2006. Estos acontecimientos contrastan con el trato previo sostenido en torno al proyecto de revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México.

revitalización, se trata de la delincuencia, el comercio callejero, la basura, el deterioro de los edificios, la fauna nociva, la contaminación auditiva y visual, el narcomenudeo; y han ido acompañadas de sus respectivos productores: los jóvenes sin empleo, los viejos habitantes, los morosos, los indigentes, el incumplimiento de la norma.

Uno de los actos de convergencia más recientes es el de la creación del Plan Integral de Manejo del Centro Histórico de la Ciudad de México (Gobierno del Distrito Federal, 2011a). Con él no sólo se satisfizo un requisito de la UNESCO para preservar el título de Patrimonio de la Humanidad, sino que actualizó ese compromiso colectivo de colaboración para enfrentar los problemas. El Plan logró integrar en un marco general las acciones de más de veinte instituciones públicas y privadas de los tres niveles de gobierno. Se podría decir que organizó lo disperso, pues integró en un discurso uniforme acciones del pasado, el presente y el futuro que realmente respondían a facultades y obligaciones muy heterogéneas.

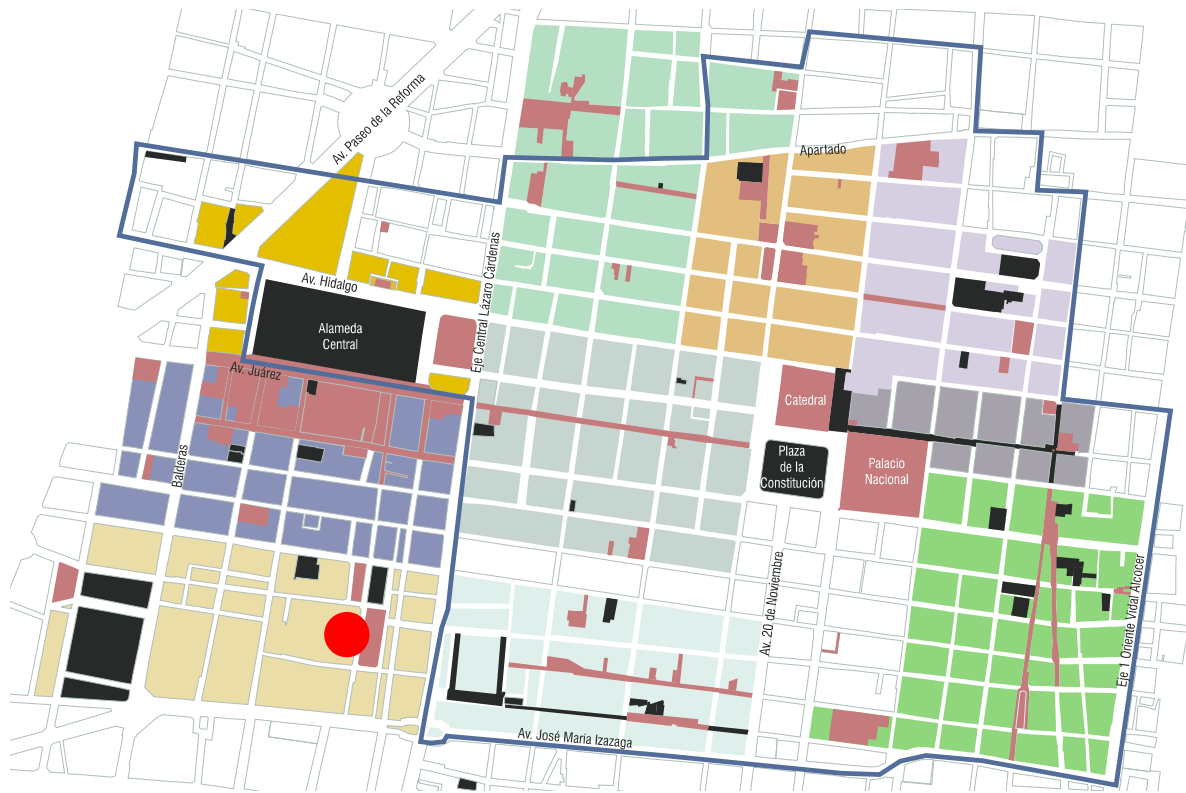
Los criterios regulatorios de las acciones en los perímetros A y B marcaban una nueva etapa de colaboración entre las esferas pública, privada, y sus liderazgos de ideologías divergentes. La voluntad política se ponía al servicio del deseo de refuncionalizar el Centro Histórico según las lógicas de la patrimonialización (Delgadillo, 2012), la transnacionalización de espacios urbanos (Parnreiter, 2011: 17 ss.; Pérez, 2010: 63), y de las aspiraciones de clase media y alta (Zamorano, 2012; Leal, 2007; López, 2007).

La erradicación de los problemas o la regulación de lo existente tenía un frente de batalla prioritario, y en ello coincidían los integrantes de la élite: había que reordenar el espacio y reformar las costumbres. En el primer aspecto se ha tratado de atender la calidad de la infraestructura y de implantar un nuevo orden espacial en las calles, plazas, parques y edificios. En el segundo se ha buscado contener prácticas sociales por medio de la fuerza pública y la capacitación. Lo anterior está contenido en las seis líneas estratégicas del modelo de gestión: 1) Revitalización urbana y económica por Zonas de Actuación, 2) Habitabilidad, 3) Patrimonio, 4) Movilidad, 5) Prevención de riesgos, y 6) Vida comunitaria y ciudadana.

Cada una de ellas tiene objetivos y acciones concretas sobre el espacio público, la vivienda, la calidad de los bienes muebles e inmuebles, las calles, el transporte

público, la cultura cívica, la vida comunitaria, los valores culturales y la vinculación académica. El Plan es visto como un instrumento abierto, dinámico y moldeable que puede crear un balance entre la realidad cambiante y la necesidad de preservar y acrecentar la autenticidad e integridad del Centro. Sin embargo, como lo ha demostrado Alejandra Leal (2007: 31), los discursos y las prácticas de rescate de los centros históricos llevan implícitos una serie de violencias simbólicas y materiales que no han podido ser subsanadas.

Imagen 7. Zonas de actuación gubernamental



- Madero y sector financiero
- Catedral - Moneda
- Regina
- Antigua Merced
- San Ildefonso - Loreto
- Santo Domingo
- Garibaldi - Lagunilla - República de Cuba
- Alameda - San Hipólito
- Sur de la Alameda
- San Juan - Ciudadela
- Proyecto ejecutado
- Proyecto por realizarse
- Perímetro A

Las Zonas de actuación son parte de la representación del espacio utilizada por el gobierno de la ciudad para organizar su transformación. A través de ellas se construye una jerarquía del espacio que puede ser apreciada en el número de proyectos “detonadores de cambio” que las caracterizan. *Fuente:* Plan de Integral de Manejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2011a.

Si recordamos que detrás del proyecto de revitalización existen imaginarios orientados a buscar soluciones a problemas y a mejorar la calidad de vida de las personas en abstracto, hemos de reconocer que parte de sus resultados pueden ser entendidos como consecuencias no deseadas. Entre ellas podemos identificar el despliegue de distinciones sociales (Bourdieu, 2003) que detona la llegada de integrantes de las clases media y alta al Centro, conocida como *gentrificación*. Éstas no corresponden al tipo de acciones encaminadas a afianzar de forma consciente privilegios o subordinaciones, como con la especulación inmobiliaria.

Podemos decir que lo que acontece en el Centro Histórico abre las puertas a una serie de oposiciones en ámbitos como el consumo, el habitar, la escolaridad, el estilo de vida, los gustos o la forma de apropiarse del espacio. Consciente o inconsciente, el deseo de trastocar el orden social crea las condiciones para que los viejos residentes experimenten formas de exclusión, discriminación, marginación o conflictos, o por el contrario, formas de inclusión, beneficio o solidaridad que reconfiguran la vida local. La apuesta colectiva que es producto de esta voluntad política para movilizar recursos humanos y financieros induce estos procesos y explicita los lineamientos de su acción simplemente visibilizando sus posibles beneficios.

Una ciudad moderna y occidental

El Ángel de la Independencia, emblema de la ciudad gobernada por la izquierda desde 1997, fue encargado a Francia por el dictador Porfirio Díaz para celebrar el centenario de nuestra Independencia. Este monumento decoraba los nuevos barrios burgueses del poniente de la ciudad y preconizaba el acercamiento de la capital mexicana con sus semejantes europeas. Hoy significa la pertenencia de la ciudad a la vanguardia que se adapta a las necesidades globales, que también implica el rescate de sus centros históricos, donde se puede, y su reconversión en espacios de consumo turístico.

En este contexto nos preguntarnos junto con Serge Gruzinski, ¿qué identidad le corresponde a esta capital latinoamericana? Lo que los procesos de transformación impulsados por las élites nos muestran no es radicalmente distinto de la búsqueda de una identidad moderna y occidental que pone los ojos en las ciudades europeas y norteamericanas (Gruzinski, 2012; Pérez, 2010). La condena que se hace al

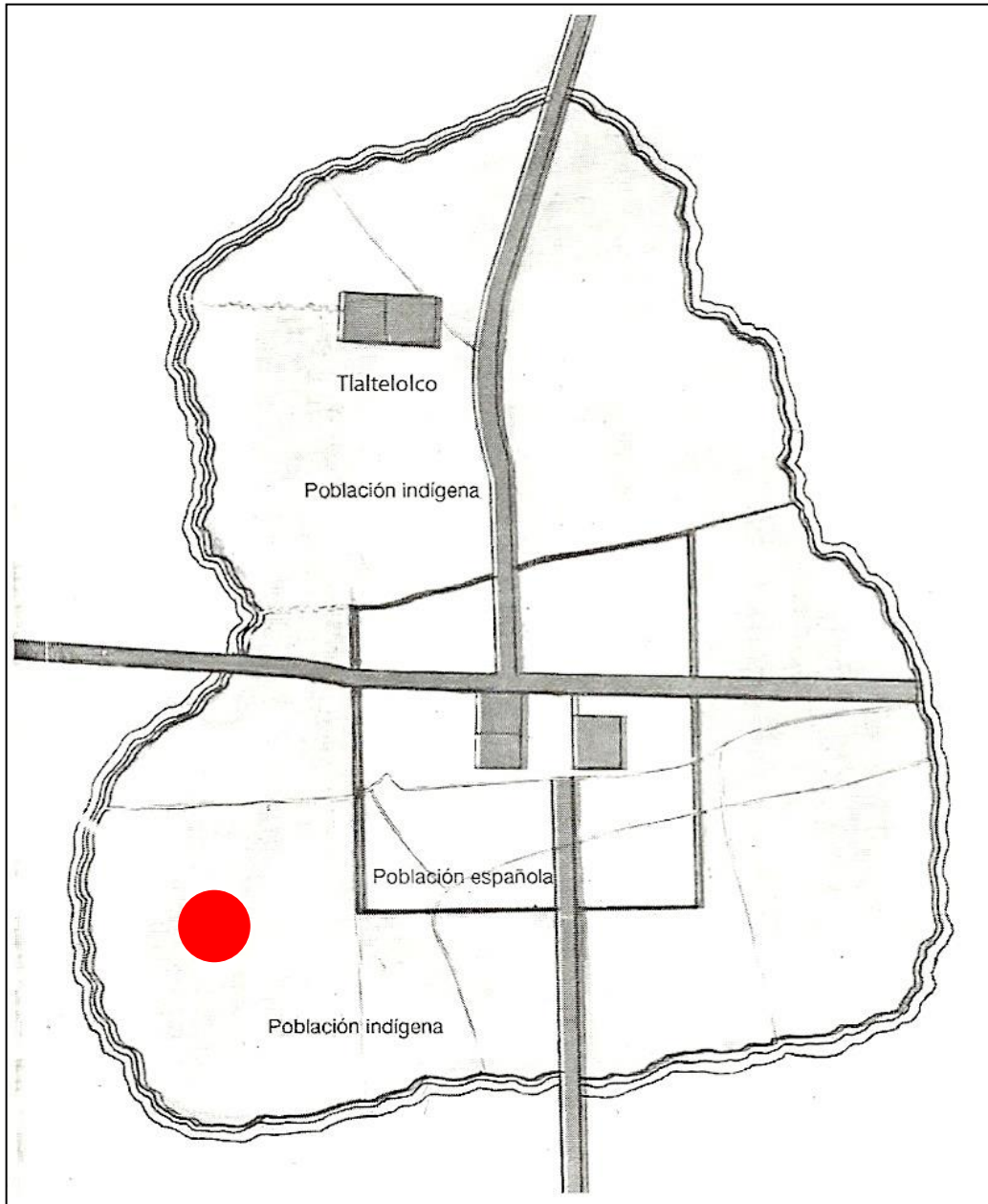
provincialismo y la autarquía acompaña la admiración del cosmopolitismo y la globalización de nuestra cultura por medio del turismo (Pricewaterhouse Coopers, 2005). El elitismo construye sus modelos de espacio y conducta en constante comunicación con los estilos de vida, la moda y los espectáculos europeos y norteamericanos (Leal, 2011a).

Una singularidad de estas comparaciones interminables entre la experiencia de vida en las ciudades globales y la nuestra es la mediatización de lo que podemos ofrecer al mundo. Eso que se muestra nos conecta con él, no obstante que se trate de un espacio diminuto. Lo que lo hace enorme es que se ha vuelto protagónico en términos mediáticos (Díaz, 2012: 3). Ese es el perímetro A del Centro Histórico de la Ciudad de México, aunque también otros lugares dispersos que con acciones públicas y privadas logra enfatizarse su papel conector, como Coyoacán o Santa Fe. Un ejemplo de ellos es la publicidad que se le hace al Mercado de San Juan – Pugibet (Flores, 2009a). Su historia está revestida con el encuentro de las cocinas de los muchos migrantes que a lo largo del tiempo han llegado a la ciudad, así como con su conversión en el lugar del gusto distinguido por la alta cocina, ventaja culinaria de una clase privilegiada. La mediatización de estos lugares opera de manera similar al mecanismo publicitario con que se venden conjuntos habitacionales para clase media y alta en zonas cercanas a colonias populares (Zamorano, 2012): la imagen simula una realidad sin entorno, pues de la imagen promocional se eliminan los sectores caracterizados por infraestructura deteriorada o usos populares. Si se les mencionara jugarían en contra de la pulcritud y el orden que se busca inscribir en el espacio representado.

La reconstrucción de la periferia colonial: el perímetro B

La elaboración de todo plan de transformación social y espacial pasa por la definición de fronteras administrativas para la gestión de poblaciones y territorios (Hoffmann y Salmerón, 1997). En este sentido, la historia del perímetro B nos remonta a la división colonial que separó a los españoles de los indígenas, creando para los primeros una ciudad central, y para los segundos dos parcialidades, San Juan Tenochtitlán y Santiago Tlatelolco (Lira, 1983; Gruzinski, 2012).

Imagen 8. Las delimitaciones de Tenochtitlán, siglo XVI



La traza de la ciudad de Tenochtitlán (en 1523), es actualizada en las representaciones académicas y gubernamentales del proyecto de revitalización del Centro Histórico. *Fuente:* Legorreta, Jorge (coord.). *La Ciudad de México a debate*, 2008.

El posterior crecimiento de la ciudad no consideró como prioritaria la conservación de esta división, aunque seguiría revelándose en los usos del suelo y la ciudad, por ejemplo, en los intentos de separación entre las zonas habitacional, patrimonial y comercial. Las formas de urbanización de la segunda mitad del siglo XIX y de casi la totalidad del XX contribuyeron a que el pasado indígena y colonial de esta

periferia se fuera difuminando. Fue hasta el 11 de abril de 1980 que se reeditó la división socioespacial con el decreto presidencial publicado en el Diario Oficial de la Federación, el cual estipuló que el Centro Histórico sería considerado a partir de entonces zona de monumentos históricos. Con este paso en el proceso de patrimonialización del Centro se delimitan el perímetro A, que concentra la mayor parte del patrimonio histórico, y el perímetro B, que abarca los antiguos límites de la ciudad decimonónica.

El perímetro B cubre 5.9 km² en los que se concentra la mayor densidad de población y comercio popular del Centro Histórico. Sus transformaciones sociales y urbanísticas la definen como un área heterogénea con arquitectura de patrimonio no monumental (Campos, 2004). En esta área, donde se encuentra la plaza San Juan, existen prácticas y estilos de vida que hasta antes de la revitalización podían observarse en el perímetro A. Con la reedición de la división espacial se volvió a hacer visible la división social que había dominado a la ciudad durante varios siglos. Su función quedó vinculada a su definición como “zona de amortiguamiento” (Gobierno del Distrito Federal, 2011a: 5).

Sobre este aspecto es interesante retomar las conversaciones sostenidas con Alfredo, un funcionario del Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México (ca. 45 años). Para él no sólo era evidente que la autoridad había desatendido el área, sino que la noción de zona de amortiguamiento hacia vagas las posibilidades de actuación sobre la vivienda, el espacio público y el comercio. En su opinión, el perímetro B había acumulado diez años más de deterioro, a diferencia del perímetro A, donde las acciones de la revitalización son notorias.

Es de llamar la atención que durante nuestra conversación él sustituyera la noción de “amortiguamiento” por la de “porosidad”. Esta cualidad del perímetro B, señaló, lo ha hecho incapaz de detener realmente las fuerzas que podrían afectar al perímetro A, como pueden ser los comerciantes ambulantes. El paralelismo entre la división espacial que la conquista española dejó en la primera traza de la ciudad, y la que hoy nos plantea la delimitación de ambos perímetros, es sumamente sugerente si se reflexiona sobre el tratamiento de las diferencias y desigualdades inscritas en lugares y tiempos concretos. Destaca que para el funcionario era fundamental revisar lo

que estaba impidiendo al perímetro B cumplir su función de amortiguamiento. Sin esta revisión, enfatizó, la política pública no evitará que las dinámicas erradicadas en el perímetro A se asienten en el B.

La labor académica y política para tener un esquema de gestión administrativa del patrimonio desembocó en la reconstrucción de la periferia colonial y en su atención secundaria, tanto de lo urbanístico como de lo social. Los criterios histórico-institucionales utilizados han privilegiado un tratamiento mucho más abstracto y distante de la heterogeneidad, lo que incluye un desvanecimiento de su pasado indígena.

Lo popular y el giro democratizador

La profunda preocupación de las mentes de la élite sobre lo que le ha ocurrido al patrimonio histórico desemboca en visiones que a veces encuentran forma en la noción de crisis. El 17 de octubre de 2012, durante la presentación de un protocolo de primer contacto con poblaciones callejeras, el director del Fideicomiso del Centro Histórico, Inti Muñoz, destacó el papel del proyecto de revitalización en la superación de “la profunda crisis urbana” que lo había marcado. Tal crisis se sustenta en los problemas concretos que crea el encuentro de cierto perfil de habitantes, comerciantes y usuarios, cuya imagen y condición está asociada a lo popular.

Como veremos, las opiniones de los revitalizadores sobre la crisis y lo popular tienen continuidades y discontinuidades en el tiempo. Cuando en 1964 José Iturriaga y otros personajes ilustres presentaron a la opinión pública su propuesta de rescate, se preocuparon poco por matizar sus palabras. Lo que miran en el Centro les lleva a combinar su erudición, compromiso y enojo en resueltas ideas que afectaban directamente a los sectores populares, en especial su vivienda y sus espacios de esparcimiento. Iturriaga mismo dice “En Belisario Domínguez puede contemplarse una sucesión de viejas casonas coloniales, cuyo uso antieconómico y adaptación antiarquitectónica está destinado para casas de vecindad, esto es, hoteles para gente pobre que pueden ser rehabilitados con sentido hotelero más rentable”. El escritor Jaime Torres Bodet lo acompaña imaginando que “desaparecidos también los figones y las cantinuchas, y los establecimientos comerciales mal aderezados, y los hoteluchos, y las casas de vecindad donde toda incomodidad tiene su asiento”, se hará realidad el

deseado “oasis de paz” (Iturriaga, 2012: 55, 63). En ese mismo sentido presentan su opinión otros ilustres personajes, como el economista e impulsor del Fondo de Cultura Económica, Eduardo Villaseñor, o el arquitecto y presidente del Comité Organizador de los XIX Juegos Olímpicos, Pedro Ramírez Vázquez. Más de treinta años después, en 2001, Iturriaga diría que “la mayoría de las clases populares veía el rescate urbano con simpatía” (Iturriaga, 2011: 27), lo cual nos hace pensar en si aquellas tuvieron acceso a las palabras escritas en aquel lejano 1964.

Una voz disonante dentro del espectro intelectual es la de Carlos Monsiváis, quien en la reunión del Consejo Consultivo para el Rescate del Centro Histórico antepone al optimismo un escepticismo crítico. En su discurso afloran los contrastes que conviven en el Centro. Sin hacer una defensa expresa de lo popular, sí reconoce su aporte en la construcción de esa parte de la ciudad. En sus palabras expone la relación que existe entre las peculiaridades de estos pobladores que se negaron a abandonarlo y las desigualdades de nuestra sociedad. Él se niega a que lo popular sea proscrito al dudar “del horizonte de la Sociedad Respetable” que le ha añadido el adjetivo Histórico a El Centro. Dice:

Aquí, las costumbres han persistido porque sus practicantes todavía no desocupan el cuarto, y aquí, la así llamada sordidez se mantiene porque el presupuesto familiar no da para más. En El Centro nada ha sido suficientemente viejo ni convincentemente nuevo, y las experiencias también se desprenden del ir y venir de las migraciones, del asumir el deterioro habitacional como un proyecto de fuga, del canje del nacionalismo por el folclor urbano. (Monsiváis, 2011: 34)

Lo que se quiera *extirpar* del Centro, independientemente de lo que tengan en mente los revitalizadores, no deja de estar atravesado por las profundas desigualdades socioeconómicas de nuestra sociedad.²¹ Su presencia marca la desigual participación de los sectores populares en la definición de políticas públicas hasta nuestros días, no obstante que hemos sido testigos del despliegue de formas institucionales de inclusión. Este giro democratizador ha creado una diferencia en la relación con las clases populares y una frágil solución gubernamental a la incompreensión de sus dinámicas y los conflictos.

²¹ Alusión a la opinión de Enrique de la Mora y Palomar, Premio Nacional de Arquitectura 1947, sobre el proyecto de rescate en 1964: “la idea de Pepe Iturriaga [...] es ya el principio de una gran acción quirúrgica a escala urbana que habrá de extirpar de nuestra vieja ciudad todos los tumores y excrescencias que la vienen aquejando desde hace medio siglo” (Iturriaga, 2012).

Este marco obliga, al menos en lo formal, a escuchar lo que tengan que decir los integrantes de esos sectores, pues se impuso un marco de valoración y respeto de distintas formas de reproducción de la vida en un país y una ciudad caracterizados por la desigualdad. El Centro Histórico es parte de este discurso y sus prácticas. En documentos recientes se habla de “un espacio vivo en proceso de reinención democrática”, cuya particularidad, ser Patrimonio Histórico, no es obstáculo para lograr en armonía el mejoramiento de la ciudad (Gobierno del Distrito Federal, 2010: 210).

La apuesta del Fideicomiso del Centro Histórico por una Escuela de Formación Ciudadana y Conservación del Patrimonio forma parte de estos procesos institucionales (Gobierno del Distrito Federal, 2011a: 101-102). No obstante la amplitud de objetivos que definen este campo de acción en el Plan Integral de Manejo, es importante resaltar que durante la entrevista con Alfredo se destacaron dos cosas: la creación de vínculos entre habitantes y comerciantes de ambos perímetros y autoridades, y la concientización de la gente sobre el valor patrimonial de los espacios y edificios. Este tratamiento de los sectores populares que habitan el Centro supone esa necesidad: educar en una forma de ser ciudadano, mostrándoles, por un lado, sus derechos, y por el otro, buscando modificar algunas de sus prácticas socioespaciales, con lo cual su concientización sobre el valor patrimonial del Centro Histórico estaría cercana a la condescendencia, es decir, a una forma de valoración simbólica ejercida por los dominantes sobre los dominados (Thompson, 2002: 229-240). En tanto la apuesta política, económica y estética sea ordenar el espacio y las costumbres, el giro democratizador puede tener un uso distinto según la correlación de fuerzas beneficie o afecte la estrategia dominante de la élite.

Tras este recorrido por algunas de sus características, es válido seguir preguntándose sobre las condiciones del vínculo entre el proyecto de revitalización y las prácticas y representaciones populares. Esto significa también reflexionar sobre la relación que existe entre la élite intelectual, política y económica con las clases populares, sus necesidades y sus condiciones, pues en los espacios donde inevitablemente se encuentran es donde unos, con su arsenal político, social, cultural, escolar y económico dominante, plantean soluciones a problemas de índole

socioespacial que impactan sobre la vida de los otros, los que menos recursos dominantes tienen.

Para delinear la envergadura de la transformación actual enumero las principales obras terminadas o en proceso en las inmediaciones de la plaza San Juan hasta finales de 2012: restauración y remodelación de la Biblioteca México “José Vasconcelos” y de la Academia Mexicana de la Historia, introducción subterránea de fibra óptica, rehabilitación de las plazas Santos Degollado, San Juan, Ciudadela y Tres Guerras, apertura de centros comerciales (Cinemas Teresa, Diru, Plaza Centenario), nuevos edificios habitacionales, reorientación comercial de antiguos negocios populares (pulquerías y cantinas), deterioro o reconversión de los giros de los mercados populares, restauración de la Basílica Menor de San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón y de la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe “El Buen Tono”, construcción de las líneas 3 y 4 del Metrobús, apertura de un supermercado, instalación de estaciones del sistema Ecobici, creación de azoteas verdes y entrada en operación del Corredor Cero Emisiones.

Este conjunto de cambios es la base que permitirá entender algunos aspectos de la vida vecinal y de las prácticas espaciales que trataremos en los capítulos siguientes, pues son ellos los detonadores de nuevas relaciones entre actores, acciones y objetos. La construcción de nuevos mercados, de los complejos especializados de transporte y telecomunicaciones, de vivienda popular y de infraestructura urbana, es un componente que ha dado forma a los modos de sociabilidad que han constituido diferentes síntesis del lugar a lo largo de varias décadas. Al establecer esta vinculación se busca destacar que las transformaciones aquí detalladas explican, en parte, los cambios que han percibido los viejos residentes en sus dinámicas vecinales y en las formas de significar y usar los espacios que habitan. Con este puente también se reconoce la importancia que fueron dándole los habitantes a cada una de las transformaciones socioespaciales para explicar las causas de sus alegrías e infortunios.

CAPÍTULO SEGUNDO

RECONFIGURACIÓN DE LO VECINAL EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

En ellas [las ciudades], la co-presencia y el intercambio están condicionados por las infraestructuras presentes y sus normas de utilización, por el mercado territorialmente delimitado y por las posibilidades de vida cultural localmente ofrecidas a partir del equipamiento existente.

—Milton Santos, *La naturaleza del espacio*, 1997

Introducción

Como vimos en el capítulo anterior, las transformaciones socioespaciales delinean sus consecuencias sobre lugares específicos, pero ello no implica una definición total de las lógicas que habrán de configurarse con el paso del tiempo. En realidad, éstas son el producto de la suma de acciones conscientes de los actores y de las contingencias que resultan de sus encuentros y desencuentros en contextos marcados por dinámicas que trascienden la escala local. Para conocer con mayor detalle los impactos que las transformaciones socioespaciales han tenido sobre la plaza San Juan y su entorno, se analizará desde la óptica de los viejos residentes las fluctuaciones que han tenido los criterios que guían la vida vecinal y las prácticas espaciales, entendidos como modos de sociabilidad que regulan la vida cotidiana. Así conoceremos la experiencia de estos habitantes frente a las síntesis del lugar, y tendremos un panorama preliminar de algunos parámetros que guían sus formas de producción del espacio, tema que será revisado como mayor amplitud en el capítulo 3.

Para alcanzar este objetivo se empezará con una breve reflexión sobre la articulación de los modos de sociabilidad con la proximidad física, pues representa una arista del vínculo indisoluble entre lo social y lo espacial, y ayudará a entender una condición de posibilidad de la existencia de clasificaciones entre vecinos, de tipos de relaciones vecinales y de significaciones del espacio habitado. Esto dará la pauta para un análisis que contempla tres dimensiones de la vida vecinal que han sido impactadas por las transformaciones socioespaciales: la representación de los vecinos, las relaciones vecinales y las formas de pertenencia socioterritorial. Como veremos en las siguientes páginas, esta ruta de reflexión permitirá, en primer lugar, visualizar los cambios que han experimentado las clasificaciones que utilizan los vecinos para distinguirse unos de otros a través del tiempo. El impacto de las transformaciones

socioespaciales presentadas en el capítulo 1 se revisa a la luz de las tensiones que marcan la emergencia de nuevas reglas de interacción, de apropiación y uso del espacio, las cuales definen las relaciones vecinales de los viejos residentes. La última dimensión analizada en este capítulo, la pertenencia socioterritorial, permitirá profundizar en la dimensión espacial de la vida vecinal, en particular en las prácticas y representaciones concretas que dan cuenta de la apropiación simbólica y material de la plaza San Juan y su entorno. El estudio de estas tres dimensiones en los siguientes apartados revela los saltos escalares de la misma investigación, pues aunque exigió la presencia constante en la unidad habitacional para conocer los pormenores de estas prácticas y representaciones, en distintos momentos rebasó este ámbito y fueron reelaboradas las categorías en función de actores que podríamos decir que estaban fuera de la vivienda colectiva. Como se verá adelante, estos tránsitos entre el adentro y el afuera dependen también de las transformaciones socioespaciales, como en el caso de los nuevos vecinos y el proyecto de revitalización.

Modos de sociabilidad y proximidad física

En este trabajo se siguen algunos planteamientos de la tradición simmeliana, por lo que se considera que la vida vecinal y las prácticas espaciales son modos de sociabilidad (Simmel, 1977). Su estudio es el de las formas empíricas de “estar-con-otros”, de la construcción de las interacciones y de sus significados. El principal interés por estas formas de encuentro cotidiano se debe a que crean contextos interaccionales que actualizan en forma dinámica las instituciones, es decir, las reglas de la vida social (Ayús, 2005: 15, 32-33). Cada encuentro activa de manera flexible el conjunto de reglas que hemos interiorizado en los procesos de socialización.²² En cada situación, como Erving Goffman (1966: 18) denominaría a cada encuentro, los actores generan marcos de interacción sin perder de vista las reglas que prevalecen en su sociedad y su cultura.

²² No obstante que en diversos diccionarios especializados se toman como sinónimos *sociabilidad* y *socialización*, este trabajo se apega a la distinción que ha hecho la crítica post-simmeliana y que se sintetiza aquí con bastante claridad: “La sociabilidad respecto de la socialización es un fenómeno que tiene más que ver con la configuración de relaciones sociales y los espacios para desarrollarlas que con el aprendizaje social y la internalización de patrones y normas conductuales. Aunque estos últimos transcurren merced a esos espacios y a las acciones sociales que conllevan las relaciones sociales. [...] para [Georg Simmel] la sociabilidad es la forma lúdica de la sociedad, en el sentido que es la que conduce al ‘estar-juntos porque sí’. El nexo entre sociabilidad y socialización es de interdependencia, es decir, se aprende a vivir en sociedad y a enfrentar situaciones sociales específicas por medio de contextos interaccionales y espacios de significación propicios.” (Ayús, 2005: 62-63).

Los trabajos que se han abocado a estudiar los modos de sociabilidad han subrayado el papel del espacio en la construcción de los encuentros. En algunos estudios clásicos (Hall, 1965; Hall, 2001; Knapp, 1972), el espacio participa sobre todo como marco de la interacción ejerciendo una influencia sobre los comportamientos de los interlocutores. Desde esta perspectiva, el espacio adquiere un papel determinante en la definición de la situación (caracteres fijos y semifijos del espacio) y de la comunicación (*object language*). Este punto de partida es también el del enfoque de la producción social del espacio, con la diferencia de que matiza el determinismo espacial al enfatizar la relación dialéctica que tiene con la sociedad.

Modos de sociabilidad y formas de producción del espacio aparecen fundidos, de allí que sólo puedan disociarse analíticamente las formas de la vida vecinal y las prácticas espaciales. En este aspecto juega un papel explicativo la proximidad espacial. Ella participa en los encuentros cotidianos de los vecinos de un lugar, y, aún más, es la condición material de la experiencia de la vecindad. Las características que adquiera esta relación de vecindad dependerán de muchos otros factores, pero estará condicionada siempre por la cercanía física:

La noción de co-presencia, de la que la sociología ha venido sirviéndose desde sus fundadores y que fue realizada por Goffman y retomada por Giddens, adquiere una nueva dimensión cuando se asocia a la noción y a la realidad geográfica de la vecindad, esa «condición de vecindad» aludida por Sartre en *Questions de Méthode*. El territorio compartido impone la interdependencia como praxis, y esa «base de operación» de la «comunidad», como dice Parsons, constituye una mediación inevitable para el ejercicio de los papeles específicos de cada uno, según indica B. Werlen (Santos, 1997: 272).

La inevitabilidad de la copresencia activa modos de sociabilidad en una constante comunicación con las reglas de interacción de cada sociedad. Esto garantiza, nos dice Milton Santos, la coexistencia de la diversidad y posibilidades múltiples de comunicación. Así, la condición de vecindad crea y mantiene relaciones, quizá no las que hemos idealizado como positivas, pero relaciones sociales que oscilan entre la solidaridad, la indiferencia y el conflicto. La fusión de los modos de sociabilidad y el espacio es de una riqueza finita alimentada por el tiempo, que nos permite verlas oscilar cuando la vecindad es una cuestión de años, lustros o décadas. Por ello se torna necesario hacer un análisis de corte diacrónico de las relaciones marcadas por la proximidad física, para evitar que los estudios de la vida vecinal sean fotografías que pierden de vista las fluctuaciones de todas las relaciones humanas. Esto es aún más

evidente en el caso de este estudio, donde las transformaciones socioespaciales son consideradas las detonantes de movimientos en las lógicas de la vida vecinal y las prácticas espaciales. En el estudio de estas dos dimensiones, el presente trabajo reconoce el aporte que ha hecho Ángela Giglia (1998; 2012) desde los análisis de la cultura popular urbana y la cultura ciudadana, que ella asocia de manera directa a la condición de vivir juntos en contextos urbanos. El aporte más importante para el desarrollo de esta investigación es el poder mirar a través de las representaciones y prácticas específicas la formación de un tipo particular de urbanidad en el que la vivienda de interés social es central. Con ello la autora destaca que en el encuentro las personas –distintas y desiguales– aprenden a convivir y a comunicarse “mediante códigos compartidos, a inventar y a compartir una historia común, propia a su vecindad en cuanto localidad de pertenencia” (Giglia, 2012: 106), fenómeno, que señala ella misma, es una dinámica presente en otras ciudades del mundo.

Con este acercamiento se busca atender dos cuestiones, por un lado, la preocupación de autores como Suzanne Keller, que cuestionaron las “suposiciones [producto del determinismo espacial y el desconocimiento de la vida vecinal en la planeación urbana] –la mayor parte sin probar– sobre la manera en que la gente se relaciona entre sí, qué necesidades existen en los diferentes grupos, cuáles de ellos tiene prioridad, y cómo puede estar influida la sociedad por el trazado físico” (Keller, 1979: 2). Por el otro, la posibilidad de realizar hipótesis más amplias sobre la fusión entre sociedad y espacio en la ciudad a partir de la identificación de regularidades en la vida vecinal y las prácticas espaciales de un microcosmos como el de la plaza San Juan y su entorno, como hicieron en Inglaterra Norbert Elias y John Scotson (1994).

Para desarrollar ambos tópicos se ha tomado de manera crítica la propuesta de distinguir entre el rol del vecino, las actividades asociadas a ese rol y el vecindario (Keller, 1979: 14-15). Los cambios a la propuesta de Keller tienen que ver, en primer lugar, con alejarlos de su fundamento funcionalista, que entonces la llevó a tratar de identificar sus funciones latentes; en segundo, con la consecuencia de este enfoque, que llevaba a una reducción interpretativa de la riqueza explorada en los estudios de caso; en tercer lugar, la necesidad de desprenderse del origen norteamericano de su noción de vecindario; y en cuarto, la posibilidad de aprovechar el material etnográfico

propio con un enfoque que atienda las dimensiones simbólicas y materiales de estos modos de sociabilidad. Por ello es que aquí se habla de *representaciones de los vecinos*, *relaciones vecinales* y *escalas de pertenencia socioterritorial*, y se asocia a las definiciones que han hecho los estudiosos de la producción del espacio sobre las formas de su *control*, *dominación*, *apropiación* y *uso*. En los siguientes apartados se harán precisiones a cada concepto y se indagarán cuestiones centrales de los modos de sociabilidad con el apoyo del material etnográfico y las entrevistas. Además, el lector podrá distinguir diversas temporalidades que atraviesan estas experiencias, como las ligadas al antes y después de las transformaciones socioespaciales analizadas en el capítulo 1. Esto es relevante en la medida que nos permite reconocer cómo se construyen criterios locales de diversificación poblacional.

La representación de los vecinos: una diversidad con historia

¿Qué está más cerca de la verdad para cierto tipo de gente:
«amar al vecino como a ti mismo» o «buenas vallas hacen
buenos vecinos»?

—Suzanne Keller, *El vecindario urbano*, 1979

Una idea fundamental que atraviesa esta revisión de las representaciones de los vecinos es que se trata de clasificaciones que simplifican la diversidad de personalidades y la calidad de los encuentros cotidianos. Ello no significa que se empobrezca la definición que los habitantes pueden hacer en forma singular de sus vecinos, sino que se trata del uso de marcos generales que ayudan a dotar de sentido la vida caracterizada por la proximidad física. Vivir los unos al lado de los otros durante años pone en funcionamiento estos marcos, les hace cobrar sentido al ser aplicados a las personas con quienes uno se encuentra regularmente. Se puede decir que éstos se crean y recrean continuamente mientras se aplican a las experiencias vividas.

Entre los viejos residentes, la activación o desactivación de las representaciones de los vecinos están ligadas a las transformaciones socioespaciales porque ellas han favorecido la llegada de nuevas personas o la salida de las antiguas, así como la creación de conflictos, tensiones, alianzas y divisiones internas, como se mostró en el apartado sobre la reconstrucción de la vivienda tras el sismo de 1985. La comprensión de esta experiencia podrá completarse con la descripción de las clasificaciones que

emergieron tras acontecer los cambios y que en la actualidad son parámetros que guían los encuentros y permiten evaluar las prácticas espaciales.

Es importante destacar que algunas de las clasificaciones que realizan los vecinos en su vida cotidiana pueden partir de criterios normativos, idealizaciones o visiones nostálgicas. Tales construcciones no deben ser desdeñadas, porque a través de ellas se nos comunica algo del presente y de la realidad a la manera de puntos de vista contrafácticos, lo que nos acerca a la evaluación que han hecho de los cambios en los tipos de personas con las que se encuentran. Esto que nos habla de las expectativas que se depositan en el vecino se asemeja a la definición de vecino como “rol”, justo aquella de la que nos alejamos en lo teórico para evitar la cristalización del concepto en una sola versión y explorar los matices de la experiencia a lo largo de varios años, como proceso, como construcción, regido por la proximidad física.²³

No se trata, entonces, de designar un tipo de rol, sino los horizontes de representación y acción asociados a los vecinos, tan diversos como las relaciones humanas en cualquier otra esfera de sociabilidad, como el amor, la amistad o el trabajo. Si bien el vecino puede ser designado como quien vive en la puerta siguiente, esta condición abre un abanico de relaciones posibles en el tiempo –mientras la vecindad exista–, y como veremos en las siguientes páginas, fluctúa en cierta consonancia con las transformaciones socioespaciales.

La vecindad: una «comunidad» antes del sismo

Para los viejos residentes del lugar de estudio, las vecindades conformaban una parte cotidiana de su realidad. Estas viviendas estuvieron caracterizadas por su precariedad y sus heterogéneos habitantes, en general pertenecientes a los sectores más desfavorecidos de la ciudad. Habitar una vecindad significaba tener un espacio reducido para las actividades reproductivas y un sistema colectivo de servicios domésticos, aspectos que tuvieron sus ventajas y sus desventajas dentro de la representación que se ha ido conformando tras su desaparición. Entre estas

²³ Al circunscribir la definición de vecino a la condición de proximidad física evitamos separar esta experiencia de la de vivir junto a un familiar o un amigo, como sugirió Keller (1979: 26, 29-30). Si esta separación fue planteada se debió al afán funcionalista de encontrar los caracteres definitorios de un “rol” entre otros “roles”; en cambio, aquí se parte de la simultaneidad que engloba la experiencia de vecindad. No aceptamos, como dice Keller, el que no pueda surgir el concepto de vecino si existe una relación de parentesco, pues en realidad sí surge, con la particularidad de que el vecino es un amigo o un pariente.

evaluaciones, una fundamental es la relacionada con la definición del tipo de vecinos que se tuvo, la cual está asociada a la estructura de la vecindad recordada, la distribución de las personas en ella y sus señas distintivas.²⁴

La vecindad se encontraba en un predio de poco más de 2,600 m², a unos 300 metros de donde estuviera el antiguo mercado de San Juan. Constaba de cinco patios y cerca de 84 viviendas. Éstas eran en su mayoría cuartos de vecindad, aunque algunos estaban derruidos y otros eran utilizados para el comercio. Estos últimos albergaron una carpintería, una tienda de abarrotes y una tortería. Tenía un único acceso que iba en línea recta atravesando por la mitad del predio hasta el tercer patio, donde perdía continuidad y se recorría hacia el extremo oriente. Aquí se encontraban los lavaderos y los baños colectivos. Al fondo, en “el patio de cemento”, estaban las tres únicas “casas” de toda la vecindad. Quienes allí vivieron coinciden en que esos cuartos de adobe y vigas eran suficientemente altos como para construirles un tapanco.

La mirada de sí mismos que tienen estos habitantes se orienta a pensarse como integrantes de una “comunidad”. Mientras existió la vecindad era común que se conformaran grupos de jóvenes que realizaban actividades conjuntas. Entre los años cincuenta y ochenta, los niños asistieron a las mismas escuelas y los adultos se encontraron en los bailes de los patios y en las fiestas de las parejas que se unieron dentro de la vecindad. Este sentido de “comunidad” es un eje central de la representación actual que tienen de aquellos años en los que era común organizar actividades religiosas y civiles como colectividad; además, la percepción de apoyo y seguridad encontraba un mayor soporte en las redes de parentesco que se habían extendido con la permanencia de las nuevas familias en el lugar o sus alrededores.

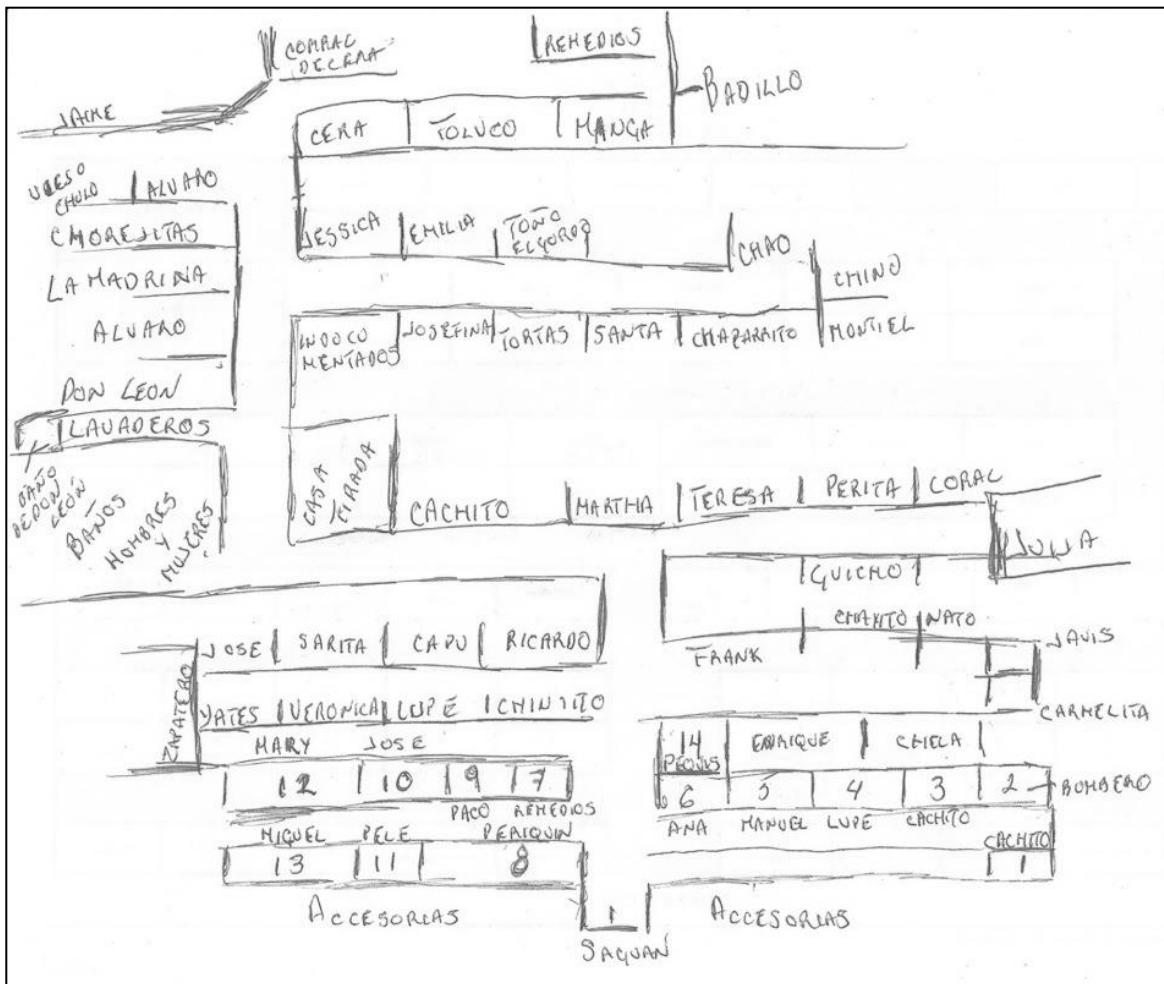
Los vecinos de ese entonces se reconocían entre sí, como lo comenta Raúl (42, franelero, viejo residente): “Aquí todos me conocían, conocían a mis hermanos, a mis padres, que llegaron aquí. Éramos los Ramírez, aquí nosotros éramos los Ramírez. Una familia conocida y respetada. Éramos los alfareros o los cazueleros, como nos

²⁴ En este sentido es destacable la conexión que uno puede encontrar entre la experiencia de los viejos residentes de los alrededores de la plaza San Juan y la que tuvieron los entrevistados por Oscar Lewis en el barrio de Tepito en la década de los cincuenta (Lewis, 1961). Ello no significa equipararlas, sino invitar a pensar en determinadas lógicas de la precarización de la vida que continuaron por muchos años en la periferia del primer cuadro de la ciudad de México, las cuales, representadas varias décadas más tarde por sus habitantes, hacen que las descripciones de los vecinos parezcan dotadas de significados similares. Un ejemplo sintético lo realiza Claudio Lomnitz en la edición conmemorativa de *Los hijos de Sánchez* (Lomnitz, 2012).

decían, pero siempre nos respetaban porque nunca nos dejábamos o porque nunca nos metíamos en problemas... más que si nos buscaban”. Este detalle final nos permite apreciar que no había un marco de solidaridad y amabilidad imperante, sino que la vida cotidiana se encontraba mediada por múltiples problemas entre vecinos, incluidos los del parentesco: “Donde hay pura familia, puros pedos” (Ángel, 55, franelero, viejo residente). No obstante estas dificultades, en la actual representación dominante se han desvanecido algunos de las calificaciones individuales para favorecer una interpretación positiva de las cualidades de aquellos vecinos. Aquí algunos ejemplos:

Era muy bonita porque había mucho, había vivienda y había muchas derrumbadas, muchas abandonadas, pero la gente era más tranquila, más... [...], por ejemplo, en Navidad nos íbamos a darle el abrazo a toda la unidad y venían y subían y todo. (Rebeca, 67, comerciante, viejo residente)

Imagen 9. La antigua vecindad y sus habitantes



Croquis de la vecindad elaborado por Octavio (ca. 30, viejo residente, empleado), en el que se muestra la distribución de los habitantes a lo largo del predio. La elaboración de este material estuvo acompañado de comentarios sobre el tipo de personas con quienes se convivió, la calidad de la construcción, el tamaño de los cuartos y las actividades que realizaban en patios y pasillos. Fecha: 23/11/2012.

Antes era muy convivido el ambiente, más sociable, se socializaban entre ellos, tanto en una vecindad como en otra se conocían. [...] Esa era una vecindad y en esa vecindad vivían muchas gentes que yo llegué a convivir, a hacer mi infancia con los chavillos de allí, [...] tuve mucha convivencia con ellos. Eran muy buena onda. Jalaban para todo. (Raúl, 42, franelero, viejo residente)

Este vecino idealizado es ante todo el producto de una evaluación de la experiencia de la vida vecinal en las décadas posteriores al sismo de 1985, al parecer intocado por los cambios en el mercado o por la construcción de la Torre y el Metro, su valor para los vecinos está atado a la máxima “todo lo pasado fue mejor”, por lo que juega un papel normativo y crítico frente a la realidad actual. La relevancia analítica de esta representación reside justo allí porque facilita ver el contraste con las vivencias posteriores y las que en los últimos años han predominado entre los viejos residentes. Que las barreras comunicativas y las jerarquías de la vecindad ocupen un lugar secundario en el discurso no niega el hecho de que fueron parte de los encuentros cotidianos, ni que se usaran criterios estéticos o raciales como diferenciadores que ponían a prueba a la “comunidad” de vecinos.

La pérdida de las buenas relaciones

El sismo de 1985 marcó un hito en la vida de los habitantes de la vecindad. El proceso de transformación socioespacial iniciado con el Programa de Renovación Habitacional Popular tuvo consecuencias materiales y simbólicas que forman parte de la historia de estas personas. Procesos que se desarrollaron en todo el Centro, como el despoblamiento y la sustitución de la población, tuvieron un impacto determinante en las distintas dimensiones de la vida vecinal. Durante los años transcurridos entre la demolición de las vecindades y la construcción de las unidades habitacionales fueron integrándose los elementos que dotarían de nuevas características a los vecinos. Una de ellas fue la salida de personas que vivieron en la vecindad durante décadas, quienes al irse, crearon un hueco dentro de la normalidad de presencias y encuentros.

Entre los viejos residentes de la vecindad se subrayó la salida de vecinos emblemáticos o cercanos, pues no se tienen recuerdos precisos de todos aquellos que se fueron. Coinciden en que el sismo fue la causa determinante que dio inicio a esta transformación: “Me imagino que les dio miedo”; o en que la salida de algunos no fue inmediata, sino que se esperaron a la entrega de los departamentos en 1987 para

poder traspasarlos. Así hicieron, por ejemplo, “El Bombero”, “El Zapatitos Mayorga”, “La Jarocha” y los Díaz, según contó Octavio (ca. 30, empleado, viejo residente). Este procedimiento de traspaso se ha repetido hasta nuestro días, razón por la cual llegaron nuevos habitantes a la unidad. Algunos eran familiares de los ya establecidos y otros arrendatarios de los que poco se sabía. Con su llegada confirmaban que algunos viejos residentes habían partido.

La investigación ha permitido mirar la relevancia de este proceso de desarticulación de la antigua “comunidad” en la vida de quienes se quedaron. Las narraciones han permitido reconstruir la atmósfera de vacío que imperó al desvanecerse las relaciones vecinales forjadas en la vecindad, como nos comenta Raúl: “Todos mis amigos siempre han sido de ahí. En realidad yo he tenido uno o dos amigos que fueron, ya no viven ahí, en realidad... Tuve muchos que son compañeros, porque la amistad la valoro con los tiempos de antes. Ahora ya no creo que haya amistad, puro compañerismo... Para encontrar amigos como los míos, ya está difícil”.

Los vecinos eran aquellos con los que se había crecido y construido una amistad en el lugar, con los que se compartió la infancia, la juventud y la pertenencia al lugar. Estos vecinos tenían nombre, apodo y una historia singular conocida por todos:

Éramos alrededor de 15, de 20, chavillos. José, Aarón, Rodrigo, que se fueron del edificio donde antes vivía [...] de la gente, te digo, ya cambió mucha. [...] Casi mucha gente desapareció con la que me llevaba bien. De aquí de la esquina, de aquí enfrente de lo que es el Metro, conocí a un chavo que se llamaba Jaime, fue el que me trajo aquí al mercado. Siempre me llevé bien, lo veo y lo saludo. Buena onda. Siempre nos llevamos bien. Gente de allí que era de Guadalajara, me llevaba bien porque conocían a mí papá y nos tenían un respeto, nos tenían en buen concepto, pero todos ellos se fueron, después del temblor. [...] Éramos como 15 o 20 chavos que andábamos juntos, ya no, porque a muchos nos hacía juntarnos la incompreensión que teníamos en la familia. [...] Era mi amigo José, que le decían “El Jabo”, Andrés, que le dicen “El Mani”, mi amigo Arturo Hernández, que le decían “Arroz”. Era “El Jabo”, que era José, Andrés que era “El Mani”, “El Arroz”, que era José, era uno que se llamaba José Luis, y era mi cuñado, le decíamos “El Taco”. (Raúl, 42, franelero, viejo residente)

No todos se fueron para no volver, algunos salieron del barrio o de la vecindad y mantuvieron sus redes por razones laborales, de negocios o amistad. Entre los primeros están viejos residentes de la vecindad que han trabajado en los mercados o en las calles del Centro, aun viviendo en el Estado de México. Participan de manera directa o indirecta en las historias de encuentros y desencuentros de las unidades habitacionales por los viejos residentes que se encuentran en la zona, o les otorga un mayor grado de comodidad a sus actividades cotidianas, como poder utilizar un baño o

una cocina. Otros más salieron del lugar sin perder sus sólidas relaciones de amistad, razón por la que visitan a sus vecinas y vecinos con cierta regularidad para platicar o solicitar apoyo emocional o económico. En este grupo se encuentran algunos viejos vecinos más prósperos (“gente de dinero”), cuyos negocios siguen funcionando en la zona; porque vuelven a ver cómo andan las cosas en la panadería, el comedor o la peluquería, se les puede encontrar en las calles del barrio.

La unidad habitacional: ya no somos los de antes

La representación de los vecinos de la antigua vecindad que permanecieron en la unidad habitacional es quizá la que dio el giro más radical. El que la proximidad física se mantuviera contribuyó a la emergencia de una versión contrastante entre el pasado y el presente. Los que se quedaron reevaluaron con la llegada de nuevos vecinos la consistencia de esa “comunidad”, de ese “nosotros”. Que estos trajeran nuevas formas de interactuar contribuyó a la recomposición de los viejos residentes, quienes llegaron a la conclusión de que ya no eran los mismos, que lo que les permitía identificarse como grupo había sido trastocado por los impactos del sismo y la reconstrucción. Estaban frente al desvanecimiento de criterios que habían dado fuerza a la emergencia de un espíritu colectivo. Esta disminución de la solidaridad ha sido observada en otros contextos de lucha popular por el derecho a la vivienda, y se caracteriza por la atomización de la organización, la hipervaloración de la propiedad y el “estallido de las sospechas, las comparaciones y los resentimientos acumulados durante y después de la lucha colectiva. De acuerdo a Ángela Giglia (1998: 155, 165) parece una reacción a la solidaridad y a la unidad forzosa de la época de lucha. Estos hallazgos están presentes de alguna manera en este caso, dotados de un sentido propio.

Esta percepción del cambio comenzó por la condena de la “gente que se quería prestar para la vendimia del terreno” antes de la reconstrucción, o la de aquellos que permitieron la llegada de gente nueva “porque el mismo familiar ya le había rentado el departamento porque ya no querían vivir allí o ya le había vendido”, como recordó Raúl. A ello agrega que la presencia de “Mucha gente que no conocíamos [...] del interior de la república, hasta de otros estados” se debía a aquellos vecinos que decidieron no compartir un destino conjunto, así que quienes se quedaron lo fueron “sobrellevando”.

Un rompimiento se estaba gestando y las tensiones escalaron: “muchas veces chocas, porque pues ya no... aunque te conozcas, pues tú tienes indiferencia...”. En este contexto se hicieron visibles las barreras comunicativas y las jerarquías preexistentes, un grupo de vecinos estaba dispuesto a vender.

La definición del “nosotros” comenzó a articularse a estas experiencias y a llenarse de caracteres negativos: “Ya mucha gente de ellos está herida”. Raúl percibió como un cambio de “estado de ánimo” que eliminaba la alegría de años anteriores y hacía imperar la amargura y la molestia: “Creo que eso hizo que cambiara la gente, tanto económicamente, moral y espiritualmente”. Hicieron su aparición el “resentimiento”, la “desconfianza” y las “rencillas por querer ocupar el espacio, o tener más espacio, o ‘yo soy más’”. El trato y la caracterización de los vecinos correspondieron a una nueva síntesis de la vida vecinal. Cambiaron las relaciones y el espacio, y con ellos la representación de los vecinos. De la exaltación de un pasado armónico en la vecindad se pasó a la desvalorización de quienes se encuentran en la unidad habitacional.

Desde esta óptica, los vecinos se volvieron chismosos, irritables y mandones. Sus actitudes se atribuyeron a la posesión del departamento, al desarrollo escolar y económico de algunos habitantes, a alguna inestabilidad emocional, y más tarde al envejecimiento. En el punto de vista de la señora Laura (67, hogar, viejo residente) pueden reconocerse algunos de estos elementos:

Las personas chismosas, nomás, pues nada más están viendo, “Es que este niño fue y agarró esto”, “Es que este niño hizo esto”, “Ay, no, ¿no viste cómo está hablando de fulana?”. [...] Son personas que tienen, para mí, delirio de persecución, porque si tú ves una persona que se te queda viendo piensas que está hablando de ti. A lo mejor no le gusta el vestido que traes y todo eso, pero pues a la gente no le interesa cómo te vistas ni cómo andes, ¿verdad? La vista es muy natural, nada más que muchas veces nosotros sentimos que la gente habla de nosotros, [...] que está de chismosa, conversando, que nomás está viendo cómo vives, cómo estás con tus hijos... para mí es gente chismosa que anda contando cosas que no le incumben.

Estos comportamientos atribuidos a los habitantes de la unidad habitacional se pensó que estaban contenidos en ellos desde que eran vecinos en la vecindad, se les vinculaba a prácticas que no pudieron erradicar aun teniendo un nuevo entorno que podría propiciarlo. Estas personas no lograron tomar la conversión del espacio como un punto de partida que incluyera nuevas formas de actuar. El carácter de esta gente se reprodujo en el nuevo contexto espacial, siguieron siendo gente “sucía”, “mugrosa”,

“descuidada”, “grosera” y “ratera”. En tono sarcástico dijo Lidia (ca. 45, hogar, viejo residente), mamá de uno de los vecinos de la unidad: “Son finísimas personas [...] Con esa gente sales sin fotos, cámara y tenis”.

Beneficiarios de la reconstrucción: vecinos bajo sospecha

Los nuevos vecinos, beneficiarios de la lucha por la vivienda en 1985, llegaron a la unidad habitacional para ser los depositarios de varios estigmas. Esta experiencia se vio intensificada por las características de los viejos residentes, quienes no obstante que con el paso del tiempo vieron mermado su número y su solidaridad, formaban grupos relativamente unidos por el parentesco y la lucha por permanecer en el lugar. Quienes llegaban habían sido “impuestos” por el gobierno a través de la redistribución de las familias y reducían las posibilidades de permanencia de los grupos familiares originales. A esto habría que sumar que se les calificó como personas de una cuestionable reputación por sus prácticas o su condición socioeconómica.

Con su incorporación a la vida vecinal modificaron los códigos de interdependencia de los viejos residentes, los cuales ya se encontraban inestables; las relaciones de poder habrían de traducirse en la distinción de un “nosotros” y unos “otros” (Elias y Scotson, 1994: XV). Quienes integraban el “nosotros” eran viejos residentes que por su permanencia se adscribían a un grupo con estatura moral y valor humano que no estaban dispuestos a reconocer en los “otros”. Los nuevos vecinos estaban fuera de esta autoidentificación que creaba una superioridad simbólica. La desconfianza fue trasladada a los nuevos, así que el establecimiento de relaciones vecinales tersas, la conformación de amistades u otro tipo de vínculos afables no fue inmediato. Entre estos vecinos había temor y animadversión.

De parte de los nuevos habitantes de la unidad también hubo reacciones. Llegaban a un nuevo lugar con personas desconocidas cuyos lazos sociales no pasaban desapercibidos. No llegaban en mejores condiciones, aunque también habían participado en la lucha por la vivienda, todavía tenían una gran variedad de necesidades que subsanar. Lucía (59, empleada, beneficiaria de la reconstrucción) recuerda ese momento: “fue una lucha, una lucha terrible, con niños en brazos, con todo lo que tú quieras, pero nos enfrentamos a ellos [al gobierno]” para obtener la

vivienda y un mínimo de seguridad jurídica: “yo con mis niños, pero con mi certificado de derecho”. Ahora seguía instalarse en el nuevo hogar y negociar la vida cotidiana en un marco socioespacial donde la evaluación de las prácticas era una actividad mutua y constante orientada a establecer las reglas de las interacciones y las jerarquías entre vecinos. El acercamiento de Lucía lo narró en estos términos:

No conocíamos a nadie. De hecho, nosotros veníamos en calidad de reubicados, y a nosotros nadie nos dijo que viniéramos a pedirle permiso a nadie. Nosotros no sabíamos que había dueño. [...] Entonces llegué aquí, me dieron las llaves [...] Yo llegué durmiendo al suelo con mis niños. Al ras del suelo llegué. Tú sabes que uno es humilde, ¿no? Yo a la gente la empecé a conocer pues después, al paso de los días. Yo era un poco huraña porque venía yo así, yo veía a la gente que empezaba a gastar ahí, algunos iban llegando, otros ya estaban allí. Pero yo como vivía enfrente no tenía necesidad de voltear a ver a nadie. Y con el miedo, el temor, ahí llegué. Con el paso del tiempo viviendo y conociendo a esa señora Carmen, que la veía muy altiva, pero ahí andaba haciendo sus pininos con el señor Rocha [un político local]. El señor Rocha cuando me vio ahí me dijo “¿Ya estás bien, Lucía?”, le dije “Sí”, y bajé a verlo, por educación. Y me dijo “¿Todo bien?”, le dije “Pues por el momento todo bien, licenciado”. Y me dice “Te voy a pedir un favor. Ten mucho cuidado con esas señoras gordas que viven al fondo, porque parece que son víboras, pero como tú no te sabes dejar...”. Le dije “No, víbora con víbora no se pueden picar”.

Este comienzo llevaba las tensiones y la desconfianza de un lado al otro. Encontrarse por fuerza de las circunstancias frente a un proceso de construcción de relaciones de vecindad parte de una serie de expectativas poco estructuradas que se abren a encuentros y tipos de personas todavía poco definidos. Esto rompe con los paradigmas, pues no se podía esperar que todos se unieran para apoyar al prójimo ni que todas las relaciones se mantuvieran distantes. Los encuentros entre nuevos y viejos residentes fueron más diversos que lo marcado por los límites de la representación, al punto de haber algunos con propiedades opuestas a las esperadas, como el que a continuación describe Lucía:

Entonces al principio de los días yo entraba, yo salía, veía a la gente [a sus vecinos], no para nada, ni para saludarles, o sea, grosera en una parte, y huraña en otra. De repente me encuentro que se vino a vivir una señora que puso su tienda aquí, que se llama Rita. Yo la conocí precisamente en el albergue, cuando Victoria Reyes, una diputada, y una tal Carmela, que eran diputadas del PRI [Partido Revolucionario Institucional], también nos andaban corriendo de ahí. Y ella trabajaba aquí, en el distrito 33 con ella. Eran, pues, uña y mugre. Me la encontré allí. “Oye, ¿eres Lucía?”, me dijo. Le dije “Sí, te acuerdas. Eras de las que andabas con las diputadas para sacarnos”. “Es que comprendeme, es parte de mi trabajo”, me dijo. “Sí, pero no lo lograron porque aquí estoy”. “¿Dónde vives?”, “Aquí en la entrada”. Y me dice “Estoy a tus órdenes”, y subió a ver dónde vivía y vio que no tenía nada. Yo le tengo un grande agradecimiento, ¿no?, porque agarra y me dijo “¿Qué pasó?”, y le dije “No, pues tú sabes que vengo de un albergue y yo no me iba a traer porquerías del albergue”. Dice “No te preocupes”, y ya bajó, y cuando la vi, subió con sábanas, cobijas, colchonetas, o sea, me proveyó de todo. Trastes, todo, y más que nada, su amistad. Más que nada una mujer que hasta el día de hoy me ha defendido con uñas y dientes, a pesar de que yo, pues nunca quise dejarme de ella. [...] Y ella siempre estuvo a mi lado, contra viento y marea.

Estas distensiones que se alejan de la representación dominante sobre aquellos años podrán observarse con mayor detenimiento en los apartados sobre las relaciones vecinales. Aquí se puede anotar que tienen su origen en acontecimientos que hacen oscilar las definiciones que tiene un grupo de vecinos, o un vecino en particular, de los otros. Estos acontecimientos pueden estar o no vinculados a lo que sucede en el espacio inmediato de la unidad habitacional, sin embargo, son la base para que la evaluación mutua cambie de horizontes, afianzando una buena opinión sobre las prácticas o generando representaciones adversas de lo que es la vida vecinal.

Mudarse como salida

Antes se habló de quienes “aprovecharon” el contexto del sismo para salirse de la vecindad, pero esa no ha sido la única experiencia que expresa el deseo de no permanecer en un espacio donde la vida vecinal está asociada a formas populares de convivencia y conflicto. Existen muy diversos factores que impulsan a una persona a buscar desentenderse del ámbito espacial de sus relaciones vecinales originarias, por ejemplo, Suzanne Keller (1979: 76) señaló tres clases: 1) cambios generales en valores e instituciones; 2) cambios en la forma de vida de los individuos y de los grupos, debidos a la movilidad social y residencial, y 3) cambios a lo largo del tiempo, tanto para los individuos como para las nuevas comunidades. En el caso de quienes pudieron salir de la unidad habitacional encontramos a quienes lo justificaron en la aspiración de estar en un mejor lugar. Sin duda esto se asocia a la búsqueda de mejores condiciones de vida y a la reestructuración de los valores que guían los gustos individuales.

Un caso paradigmático de estas aspiraciones en la literatura antropológica es el de Consuelo, una de las mujeres inmortalizadas en *Los hijos de Sánchez*. En diversos puntos de la obra ella revela su profundo deseo de salir de la vecindad donde ha vivido todas sus alegrías e infortunios. Este deseo encontró su límite en las condiciones socioeconómicas y culturales que marcaron su vida, materializadas durante mucho tiempo en las prácticas y visiones de sus hermanos, a los que ella vio como irremediables satisfechos con su pobreza (Lewis, 1961: 274, 414); pero no sólo en ellos, también en todo el entorno de vecindades donde creció. Esto nos refiere el

universo de estilos de vida dentro de una sociedad desigual y los conflictos que estos desatan dentro de núcleos familiares o vecinales.

Desde el punto de vista de Andrea (20, estudiante, viejo residente), la vida asociada a la unidad habitacional representa una reproducción de prácticas que limitan la libertad de las personas, sobre todo la de las mujeres. Para ella, en el lugar “se reproduce la lógica machista” en prácticas “muy consolidadas” que impiden que cambies tu futuro, por lo que “Allí no hay salida”. En la secuencia argumentativa de aquella entrevista, las actividades de las mujeres se restringen al cuidado del hogar y los hijos, y las de los hombres a la búsqueda de un trabajo que no implique “mucho esfuerzo”. Estas restricciones también las impone la distribución de tareas en el hogar, que exige una participación en la resolución de los problemas cotidianos que rebasan a esta joven que vivió cerca de una década en los Estados Unidos y que ahora estudia una carrera universitaria.

El distanciamiento toma la forma de una incompreensión de sus “objetivos de vida” y en un choque en sus concepciones de “trabajo”, una asociada al mercado popular y otra al estudio. En el centro de las tensiones existen cuestiones muy concretas que tiene que ver con la valoración de las salidas por la noche, la compra de productos “caros, de marca”, la participación en las tareas del hogar, la posesión de ropa y su destino tras su vida útil, así como los tiempos de sueño y actividad. La vecindad asociada al parentesco hace surgir ámbitos de conflicto no percibidos más que en el entramado de las relaciones familiares, cuyas discrepancias alcanzan niveles que ponen en entredicho la continuación de la proximidad física, situando entre la presión y el deseo la búsqueda de un nuevo lugar donde vivir.

Tales rompimientos activan la aplicación de las representaciones del vecino y el deseo de permanecer o distanciarse del lugar donde suceden estas tensiones entre individuos. Las prácticas no se asocian de manera indistinta a la totalidad de los vecinos, sino a personas en particular que encarnan la representación y las valoraciones de las actividades legítimas e ilegítimas establecidas dentro de ese grupo de habitantes.

Vecinos alienígenas: entre la animadversión y la admiración

La llegada de nuevos vecinos a los alrededores de la plaza San Juan ha sido una constante desde el siglo XVI. Al ser la periferia de la ciudad de México durante varios siglos lo convirtió en el resguardo de migrantes de muchos lugares, caracterizándose por poseer una diversidad socioeconómica y étnica que contrastaba con la “república española”. Quienes han llegado a esta zona del Centro han dado la pauta para recomponer las jerarquías clasificatorias de aquellos con los que se vive en proximidad física. Estos recién llegados se han distinguido de los viejos residentes en sus costumbres, que incluyen las reglas de su vida vecinal y sus prácticas espaciales. Los “fuereños” no han sido sólo mexicanos, también han pertenecido a otras nacionalidades, y ello constituye un primer aspecto a resaltar al ser representados como nuevos vecinos. Por la plaza San Juan y su entorno han pasado, según el registro de los entrevistados, jaliscienses, poblanos, mexiquenses, españoles, y más recientemente, chinos, coreanos, haitianos y cubanos.

Las causas que han llevado a que individuos o grupos de otros lugares se instalen en esta zona encierra un conjunto de factores que van de los contextos sociopolíticos o los desastres en sus países de origen a los mecanismos de apoyo transnacionales que permiten a diversas comunidades iniciar una nueva vida en México.²⁵ La construcción de la representación de estos vecinos está unida a otras dimensiones de la existencia de estas personas, como su origen étnico o sus condiciones socioeconómicas. Su incorporación a la vida vecinal pasa por el filtro de la demanda de integración, al igual que se exigió a los damnificados que se quedaron en la unidad habitacional. Por lo general se espera que los recién llegados adopten las normas y creencias locales, que demuestren una disposición a seguir las reglas de vecindad (Elias y Scotson, 1994: 17), lo cual impacta la forma de concebir el lugar y la unidad habitacional.

El caso de los orientales tiene relevancia para la descripción de este proceso, pues su definición como vecinos se alterna entre la animadversión y la admiración.

²⁵ Durante el trabajo de campo fueron mencionadas algunas causas de la presencia de extranjeros en la zona. En el caso de los refugiados españoles se habló de la dictadura franquista y de su arribo a México entre 1939 y 1942. En el de cubanos y haitianos se identificó a los huracanes y la situación política de sus países. La llegada de orientales se vinculó a redes de apoyo transnacional cuyo trasfondo es la solidaridad entre familias.

Estos polos expresan formas de denigración y de idealización de un grupo de pobladores al que no se distingue con claridad. No se sabe si son chinos, coreanos, vietnamitas o de alguna otra latitud del Lejano Oriente, lo que se reconoce es que “nos invaden”, que “Estamos invadidos de esos culeros”, que “¡Esos chinos están tomando todo, ya ni me hables de ellos!”. El número de estos vecinos es impreciso, pero una masa amorfa nos da cuenta de su multitudinaria presencia en el barrio. Así lo explica Rebeca (67, comerciante, viejo residente):

O sea, estamos invadidos por puros chinos. Creo que ese departamento ya está lleno de puros chinos, porque yo veo puro chino que entra y sale de ahí. Casi uno ve mucho chino, hay mucho negocio de chino. Qué bueno que ponen negocio, hacen su vida aquí. Pienso que a mí no me perjudica, es otro tipo de comida la que ellos venden, pero sí estamos invadidos de chinos.

Su presencia, de acuerdo a varias opiniones, es el anuncio de su ímpetu por controlar el espacio. En esto participan las redes de apoyo que han construido, como lo comenta Iván (53, comerciante, viejo residente): “Ya lo apartaban el departamento con dos, tres meses de adelantado. Entonces algún vecino que decía ‘¿Te vas a ir? ¿Déjame, no?’, ‘Sí, vamos a las oficinas’. Ya estaba apartado, ya hasta está pagado”. Si poseen un negocio, disputan el frente de la calle, esperan poder utilizarlo en su propio beneficio. Esto crea y actualiza la representación que Raúl posee de ellos: “Y los chinos me quisieron hacer lo mismo. Ya después de que se fueron los de la cantina vinieron los chinos, vinieron a ponerse aquí que porque ellos tienen el local tienen derecho a que su carro, su camioneta, esté afuera. Eso es incierto. Eso no cierto”. El caso paradigmático de esta relación entre orientales y control del espacio es la peatonalización del Barrio Chino. Allí empezaron “dos, tres chinitos que tenía ahí negocio” y ahora “todo el barrio es de los chinos”.

Su presencia, poder y capacidad de apoyo mutuo causa admiración. Son tales que “la calle la mandaron cerrar porque ahí se prestó el presidente”, la cerraron “por sus fueros”. Se les reconoce su disposición a trabajar y en ello se funda una idea de lo que son. Sólo así dejaron de ser empleados y se convirtieron en patrones de cafeterías y restaurantes, dice Antonio (71, comerciante, viejo residente): “Chinos, coreanos... esta gente oriental es una gente muy trabajadora, muy persistente, muy tenaz, muy audaz, muy dada a sacrificar parte de su vida y comerciar. Nosotros no somos así, nosotros

somos más reservadones, más conformistas, más de que ‘Pues ahí la llevo, para qué voy a trabajar’”.

La animadversión también forma parte de la representación de algunos nuevos vecinos que han llegado a la par del proceso de revitalización del Centro. La construcción de su representación desde la óptica de los viejos residentes está en consonancia con la figura de la violencia que ha estudiado Alejandra Leal (2007: 34), y del establecimiento de criterios para regir los encuentros cotidianos. Si bien su presencia puede asociarse al proceso de *gentrificación* que ha puesto el énfasis en la población de jóvenes artistas y profesionistas (Leal, 2011a; Díaz, 2012), en el antiguo barrio la heterogeneidad de estos nuevos vecinos debe considerarse en su singularidad, pues también se trata de empleados de Telmex, del Metro y del gobierno que han trabajado en la zona varias décadas.

Algunos de los nuevos vecinos de la unidad habitacional tienen cerca de 15 años viviendo ahí porque existió la posibilidad de rentarles un departamento a los viejos residentes. Lo que marca una diferencia central con los más recientes vecindados es la percepción de que estos últimos vienen a “imponer sus reglas” y a ostentar su poder adquisitivo. La calidad de sus viviendas, cuando se trata de edificios nuevos, representaba un despliegue de riqueza (“Ellos sí tenían para agrandarse, para pagar un departamento de esos”), cuando se trata de departamentos renovados es un despojo a quienes se vieron afectados por la eliminación de las rentas congeladas. Si abren un negocio, se trata de un abuso que trasgrede la organización de los encuentros cotidianos al integrar criterios de distinción entre vecinos, como los que destaca Raúl:

También la chava llegó y porque tenía el dinero. Era una chava guapa y todo, estaba muy bien de cuerpo y todo, pero no por eso vas a dejar que te humillen, no por eso vas a dejar que te sobajen. Pues también tú vales. Aunque no tengas nada, pero el derecho de que te respeten, y que respeten. Ellos llegaban y no, que porque puse mi cantina, mi antro aquí, yo tengo el derecho.

La clasificación de estos vecinos recientemente venidos de fuera fue tomando forma según se observaban sus prácticas. Su imagen no sólo estaba permeada por la “prepotencia” y la “riqueza”, se les asoció a prácticas condenables como el tirar la basura en la calle a escondidas o no recoger el excremento de sus mascotas. Estos hechos alimentaron la animadversión que sentían los viejos residentes. Sin embargo, como con los vecinos extranjeros, había aspectos que hacían positiva su presencia.

Para los locatarios de los mercados de insumos básicos, esto abría la posibilidad de que se incrementara la población del Centro, proceso que repercutiría de manera favorable en sus ingresos y en el aspecto de la plaza San Juan y su entorno por las noches, cuya situación evidencia Iván de la siguiente forma: “No sé si te has dado la vuelta en la noche, es una ciudad fantasma porque no hay gente. Aquí pasa al revés que en las colonias, aquí en el día hay movimiento, pero vente en la noche y no hay”.

La representación de los nuevos vecinos que se han instalado en el barrio sigue planteando ambigüedades similares a las que marcaron la definición de quienes llegaron como parte del programa de reconstrucción. Este recorrido muestra las clasificaciones que se han puesto en funcionamiento entre quienes han tenido encuentros regulares debido a la proximidad física. Las concepciones que de sí tienen los vecinos han oscilado junto con las transformaciones socioespaciales y con las condiciones de vida de quienes formaron parte de la “comunidad” que habitaba la vecindad. Con el recorrido se ha buscado que destaquen estas variaciones para evitar el efecto estático que supone una revisión sincrónica de las representaciones de la vida vecinal. La materialidad de las relaciones vecinales es indisoluble de las representaciones de los vecinos y las formas de apropiación simbólica e instrumental del espacio. Ellas se articulan para formar los encuentros y las actividades que los vecinos pueden organizar dentro de la unidad habitacional o en sus alrededores.

Relaciones vecinales: conflicto y reconciliación en el tiempo

Ya es una desunidad. No logró el cambio que conllevó. Se supone que era para estar más unidos [...] Si me preguntaran, yo escogería lo de antes
—Octavio, habitante de la unidad habitacional

Cada interacción o actividad puede pensarse como una expresión de la historia de los diferenciales de poder entre vecinos, es decir, como la desigual distribución de algunos recursos materiales y simbólicos para la definición de las situaciones. Las desigualdades se observan en la distribución de los medios que permiten a algunos vecinos o grupos de vecinos tomar el control de las decisiones sobre las actividades o delinear el desarrollo de los encuentros durante periodos largos o cortos. Esta distribución desigual de los medios es variable, por lo que crea distintas correlaciones de fuerza en torno a la disputa por los bienes y los capitales mejor valorados en un

determinado momento de la historia de una unidad habitacional y su entorno. Esto quiere decir que no siempre se puede asociar el capital económico al dominio, éste se alterna y se vincula a otros, por ejemplo, el capital simbólico, en la forma del derecho de antigüedad, que se convierte en el determinante de la definición de los usos de un espacio o en la organización de las festividades.

El tiempo es una variable fundamental en la comprensión de las relaciones vecinales, su referencia nos permite destacar cómo se transforman los bienes y los capitales en juego en los encuentros y actividades. Los medios que sitúan a grupos o vecinos en la cúspide de una jerarquía social tienen que estudiarse en esta escala micro como parte de un movimiento en la historia singular de las relaciones. Con ello se destaca el carácter cambiante de las relaciones vecinales, las oscilaciones que llevan a las personas a vincularse dentro de los márgenes de su proximidad física, es decir, a incrementar o a disminuir sus interacciones, así como a entender el ascenso y descenso de grupos de vecinos que parecían haberse afianzado bien en las posiciones dominantes del lugar. Al visualizar estos movimientos en la narración de quienes han compartido el espacio será posible apreciar el decaimiento de reglas que dominaron los modos de sociabilidad durante un tiempo y la manera como se cuestiona la normalidad de las jerarquías materiales o simbólicas de los vecinos y las actividades.

Con el tiempo de por medio, los encuentros diarios e inesperados, los momentos de crisis o las actividades planeadas que dan la pauta para la estructuración de relaciones vecinales, son reevaluadas según las reglas de los encuentros sean puestas bajo el efecto de nuevas condiciones institucionales, nuevos grupos de vecinos o cambios generacionales. Para acercarnos a ello fijaremos la lente en la unidad habitacional estudiada, misma que fue vecindad antes del sismo de 1985, con la finalidad de reconstruir las relaciones a través de sus conflictos y reconciliaciones, del papel de la resolución legal de los problemas, del desencuentro entre niños y adultos, y de las reglas que rigen actualmente la organización de los festejos.

Encuentros y actividades

Suzanne Keller (1979: 43) señala que las actividades vecinales “dan lugar a una cantidad de relaciones o lazos más o menos fuertes entre los vecinos [que] dan a un

área determinada una característica trama de relaciones sociales”. A las actividades hay que añadir los encuentros, en su calidad de fortuitos u organizados, pues todos ellos van configurando el modo de sociabilidad que caracteriza por un periodo la vida social de un lugar. Sin embargo, antes de tomar ambas categorías, es necesario despojarlas del trasfondo normativo que el funcionalismo dejó en ellas al imputarles funciones latentes. Con este tratamiento de los conceptos se observará que los conflictos, el trato mínimo y la indiferencia son también formas de relación vecinal, y no sólo aquellas vistas como positivas por estar orientadas a mantener la cohesión social.

Durante el estudio fue común identificar que los encuentros fortuitos seguían un patrón de trato mínimo, “de cortesía”, debido a que se llevan estilos de vida diferentes que impiden el alargamiento de las interacciones. Se trata de intercambios de saludos en los que el reconocimiento mutuo está implícito, pero no trasciende hacia formas de interacción como las que se dice caracterizaron la vida en la vecindad. La indiferencia entre vecinos o el trato mínimo, como expresión de una relación vecinal, reduce la calidad de los encuentros a fórmulas, o establece qué es “lo mínimo” para la consecución de la vida cotidiana, que significa cuánto y de qué hablo con mis vecinos, qué papel les doy al cruzarnos en el pasillo o la calle:

Conviví, sí, con las vecinas. No convivir en meterme, sino en platicar las cosas, porque pues la verdad no me gustaba irme a meter porque tengo mis cosas, tengo mi casa. Esa era la intención. Pero sí, a todas las vecinas les hablo, a todas. Unas te contestan bien, otras te contestan, la verdad es que ni te contestan, ni saludan, pero pues tú sigues siendo ahora sí que el mismo, ¿no?, hablándoles. Si no te hablan pues no les hablas. (Laura, 67, hogar, viejo residente)

Los encuentros organizados están institucionalizados en la forma de la asamblea y se espera que contribuyan a la solución de problemas como el alumbrado, el pintado de la unidad, el agua, el servicio de limpia o la recepción de un beneficio gubernamental. Esta expectativa es regularmente rebasada cuando se trascienden los objetivos institucionales y convierte cada encuentro en un punto de expresión de afinidades y animadversiones entre vecinos, eso que Giglia (1998: 165; 2012: 111) reconoce como la “superposición entre el plano de la administración y el plano de la vida cotidiana vecinal”, la cual desemboca en una gestión de los servicios comunes que oscila entre los reglamentos formales escritos y los usos y costumbres o reglas informales. Otros encuentros organizados dan lugar a actividades religiosas o civiles, como la peregrinación a Chalma, que trasciende las puertas de las unidades

habitacionales y busca atraer participantes entre trabajadores y locatarios de los mercados.

Estos encuentros nos muestran aspectos de lo prioritario y lo secundario en la vida vecinal. En función de las cualidades de la actividad se amplía o reduce la convocatoria y se delimita el grado de interdependencia, así como la agenda de prioridades que se debe determinar. Es necesario advertir que los lazos de interdependencia pueden ser inestables o estables de acuerdo al tipo de vecinos y de la noción de reciprocidad de las personas con que uno se encuentre, que actúan como el conjunto de expectativas que permiten saber hacia dónde se puede orientar un encuentro o una actividad. Por ello se puede esperar que al proponer una actividad haya indiferencia, animadversión, envidia o competencia, y no sólo lo que la lectura normativa dicta: solidaridad, entusiasmo y corresponsabilidad.

Desde este enfoque, las relaciones vecinales no sólo dan una respuesta a las crisis personales o a las emergencias colectivas (Keller, 1979: 40), sino que en ocasiones son su origen, por ejemplo, es posible ver como la diversidad de vecinos, los intereses antagónicos y los bienes en disputa se convierten en el centro de los problemas, lo cual puede ser percibido como constitutivo de su cotidianidad. Esto hace que el explicitar la separación física y social marquen la representación del vecino como conflictivo y predominen las prácticas de desencuentro. La distancia social toma una forma concreta en la “división de los patios” en tanto disputa por bienes colectivos, y en el menosprecio de los otros “supuestamente más pobres”, como se observa en las palabras de Laura (67, hogar, viejo residente): “todas las personas que te digo que son conflictivas vivían hasta atrás. Entonces no nos querían a los de adelante, porque supuestamente éramos los más pobres, porque hasta mandaron a poner una puerta para que no pasaran [...] es gente que se sentía de más”. Las huellas que estas relaciones vecinales dejan en la vida de las personas son elementos que se reconstruyen y alcanzan a los descendientes: “son las gentes conflictivas, ahora que te digo que sigue habiendo. Esas personas que estaban allí son las mismas que siguen siendo. Ahora ya no son los papás, sino son los hijos”.

Un caso extremo es aquel en el que el conflicto perdura hasta que estalla la violencia. Ésta marca de manera definitiva las relaciones vecinales de todos los

habitantes de la unidad. Las animadversiones se instalan en los adultos y en sus hijos, se van añadiendo elementos que hacen escalar el conflicto hasta causar una crisis, como la que narra Lucía:

Ah, tengo otra vecinita que es bien polémica. Yola, la que encontramos. Entre ella y esa señora, mi vecina, pues siempre han tenido las grandes fricciones del mundo, por los niños, también. Pero allí el chamaco aventó balazos... casi se podían haber muerto los niños... porque tú sabes que si a ti te agreden a tu mamá, tú la defiendes. Pues allí también el chamaco defendió a su mamá, lo que sea. Aunque su mamá sea lo peor del mundo, es su mamá. Y esa vecina, así como la ves, se ha peleado con medio mundo a trancazos, a golpes. [...] Hasta la fecha ella, con los que viven ahorita aquí en la casa, ya se agarraron a golpes.

Las palabras también se cobran

La vida vecinal puede estar conformada por relaciones basadas en la desconfianza y la hostilidad, no obstante, hay otras experiencias en las que se puede apreciar la capacidad reconstructiva de las relaciones tras haber vivido años de conflicto y animadversión. Con estos casos podemos ver cómo se articulan y cambian los parámetros de los encuentros y las representaciones de los vecinos a lo largo de varias décadas, así como las adaptaciones creativas que permiten a los vecinos situarse ante las transformaciones y construir una nueva síntesis socioespacial.

El caso clave que aquí reconstruiré es el de dos vecinas que en un lapso de 26 años vivieron entre la tensión, la tolerancia y el apoyo mutuo. Estos son movimientos representativos de muchas relaciones vecinales en donde la proximidad física juega un papel en las posibilidades comunicativas de estas personas, cambiantes ellas mismas. Vivir frente a frente, en la puerta de al lado, en la misma unidad o en el mismo edificio, se convierte en un condicionante que posibilita la reestructuración de las relaciones, ya sea en el sentido de la conformación de amistades y solidaridades o en el sentido de la producción de conflicto y violencia. Durante mi estancia en la plaza San Juan y su entorno pude observar el buen estado de la relación entre las señoras Lucía y Carmen, pues estuve presente en algunas de sus conversaciones. A través de ellas no se podían percibir los problemas presentes y pasados que las vinculaban, ya que a mis ojos se trataba de una amistad de viejo cuño. Esto tomó aristas insospechadas cuando la señora Lucía me habló de los conflictos que habían marcado su relación en una ocasión al salir de casa de Carmen. Esto es lo que presentaré a continuación.

La señora Lucía llegó el 23 de marzo de 1987 a la unidad habitacional con cuatro hijos y un embarazo. Ella fue de las damnificadas que recibió vivienda en un lugar distinto de aquel donde había vivido los años anteriores. Le asignaron un departamento en el segundo nivel de un edificio cercano a la entrada, en un entorno dominado por un grupo familiar que había vivido en la antigua vecindad y había luchado por permanecer allí. Durante las primeras semanas los comportamientos de la señora Lucía tomaron como punto de partida la desconfianza y la distancia hacia quienes allí se encontraron, en particular hacia la señora Carmen, quien por su liderazgo familiar logró afianzar una posición dominante dentro de la unidad. Esta señora, según nos cuenta Lucía, “Era una cacique” que buscaba controlar la distribución de los departamentos y las directrices de la vida vecinal.

En lo que podría mirarse como un choque de personalidades e ideologías, puesto que la señora Lucía venía de la lucha en contra del PRI, nos encontramos que la condición de vecindad las hizo señalar los límites de la relación inicial: “Entonces la señora empezó a hablarme, la señora Carmen, yo no le hablaba, y me dijo un día ‘Señora, usted casi no le habla a la gente’, ‘No tengo que hablarles señora, yo no las conozco’”. Esta respuesta marcó la pauta para el reconocimiento mutuo, se definen los vecinos y se exhibe la disposición para participar en las actividades colectivas: “Pero yo vengo a hacerle una propuesta [...] vengo a decirle que le vamos a hacer una comida a Victoria, a la diputada, a Carmela y al diputado”. La respuesta de Lucía contribuye a poner las bases de la relación durante mucho tiempo: “Ay, no sé señora, le voy a pedir un favor, no tengo dinero, yo tengo 5 niños [...] Simplemente no le voy a dar un peso”.

Con este comienzo se dividen los bandos, se ponen en alerta y se preparan para reaccionar ante cualquier situación. Este es el inicio de la relación vecinal: “Y empezaron mis diferencias con la familia de ella”. Cada encuentro se convirtió en una posibilidad para reeditar lo pendiente, pero en la forma de una ofensa, un golpe o la amenaza que insinúa hasta dónde se está dispuesto a llegar si se exacerban los ánimos. Lo que se pudieron decir durante los años de tensión se reconstruye en la memoria como una cuenta pendiente que podrá saldarse más tarde. “Un día me gritó ‘Que yo para qué quería tantos hijos, que ya tenía muchos’, y yo me la guardé”, me contó Lucía. Como en una pila donde se acumulan las ofensas y los problemas

vecinales uno encuentra prioridades, incluso las más insospechadas desde el punto de vista del investigador. Además de las relacionadas con los hijos, existen otras que se narran de forma articulada sin temporalidad precisa. A los comentarios sobre la vida familiar Lucía integró los que Carmen esgrimió acerca de su llegada a la unidad: “Y a los que siempre nos trataron pues como arrimados, ¿no?, porque supuestamente ellos habían nacido allí”.

La señora Carmen lograba controlar los recibos del agua, la luz y el predial, y definir el uso de los patios, los tendederos y los pasillos. Lucía llamó a ese orden “cacicazgo” porque todo pasaba por sus manos, incluidos los apoyos para las fiestas y los beneficios que le traía su vinculación con organizaciones políticas. No se trataba de una aceptación tácita de la dominación, pero los intentos por cambiar el orden de la relación vecinal fueron infructuosos: “Fíjate, nos unimos en un tiempo de estos, nos unimos contra ella los dieciséis [vecinos] y no pudimos, no pudimos contra ella”. Las relaciones vecinales de la unidad no podían pensarse sin esta acumulación de capitales que le permitía a un grupo dominar los ejes de los encuentros y las actividades. Incluso Lucía se encontró inmersa en la lógica de apoyos condicionados de la señora Carmen. En 1988, a punto de parir y sin el apoyo de su pareja, Lucía tuvo que pagar los servicios del hospital con el dinero que le prestó Carmen con la condición de entregarle el bebé más tarde. Lucía utilizó el apoyo, pero se negó a aceptar el requisito.

Esta deuda saldría a flote muchas veces a lo largo de los años, sería un punto de interdependencia que no existía antes. Con ello no se eliminarían conflictos futuros, incluso los incentivaría y elevaría la intensidad de los problemas. Uno de estos problemas surgió cuando la señora Lucía albergó en su departamento a Tania, una niña que vivía con Carmen pero que ésta había corrido después de una discusión. Al dejarla vivir allí y protegerla se incrementó la tensión: “Allí empezó mi guerra con la señora, allí empezó ella a echarme encima a las vecinas de allí [...] ahí fue donde yo entendí, ahí me dijo ‘Es que usted me debe dinero de cuando nació ese bebé, porque este bebé es mío, a mí me costó’”. El hostigamiento y su respuesta hicieron escalar la animadversión en esta relación y con otros vecinos; los encuentros en los patios o la calle se convertían en un intercambio de ofensas.

Años más tarde Carmen “difamó” a Lucía diciendo que había robado las pertenencias de una señora de avanzada edad a la que ella ayudaba a peinarse y vestirse. Según lo cuenta la afectada, Carmen no interpuso demanda alguna, sino que inventó la historia y contrató a unos “agentes” para amedrentarla: “O sea, hizo un caos ahí con todos mis vecinos, una difamación espantosa”. Al descubrir el engaño y responder con una demanda, Lucía logró que Carmen se retractara frente a los vecinos para devolverle su “credibilidad”. Lucía quitó la demanda como parte de su perdón y por compadecer a Carmen, que tiene un hijo “drogadicto y diabético”.

En este momento Lucía comenzó a pagar la deuda del parto con todo e intereses, lo que hizo fluctuar la relación; entonces Carmen la ayudó a enfrentar diversos problemas económicos y familiares, lo que ha implicado aprovechar su “cacicazgo” para intentar resolver los problemas de Lucía con otros vecinos. No obstante, había cuentas pendientes, no sólo era el incumplimiento de una deuda monetaria, también había palabras de por medio que había que cobrarse:

Lucía: ‘Yo tengo una deuda con usted y me la voy a cobrar y le voy a recordar cuando usted me dijo [...] que yo tenía muchos hijos, que por qué había tenido muchos hijos, que qué iba a hacer con ellos, que qué les iba a dar de comer. En su momento no le contesté, señora, pero ahora es mi momento y le voy a contestar. Mire, le he estado demostrando lo que son mis hijos, a dios gracias yo doy porque mis hijos llegan y duermen en su cama. Lástima me da usted porque noche con noche en todas las calles buscando un hijo, y yo a todos los que tuve los tengo conmigo. ¿Qué cree? Que no tengo ningún borracho, ni un drogadicto, ni un vago. ¿Y qué cree? Que todos van para arriba, que todos son esto, esto y esto. Esto fue lo que hice con mis hijos. Dígame usted qué ha hecho con uno’, ‘Con mi hijo no se meta’, ‘Usted se metió con cinco de los míos. Así que usted decide, señora’.

León: ¿Cuántos años te tardaste para esto?

Lucía: Veinticuatro años.

La autoridad: una mediadora indeseada

La intermediación de diversas instituciones en la solución de los problemas vecinales es una realidad que comparten los habitantes de la unidad habitacional. El gobierno de la ciudad posee instituciones, como la Procuraduría Social (PROSOC) (Gobierno del Distrito Federal, 2011b y 2011c), que se suman a aquellas donde los vecinos pueden presentar sus problemas a la autoridad, como el Ministerio Público o la Delegación. Antes pueden pasar por la organización interna, como la administración del condominio, aunque esto depende de la valoración de los hechos que hagan los vecinos.

En 1988, al ser finiquitado el Programa de Renovación Habitacional Popular, se buscó que la resolución de los problemas quedará en manos de los habitantes de cada

unidad, sin embargo, los vecinos han acudido a las autoridades para intentar resolver sus conflictos. La posibilidad de recurrir a esta intermediación tiene efectos sobre las relaciones vecinales, como poner en acción valoraciones sobre las reglas que debieran regir la vida vecinal y las formas legítimas de solucionar los problemas. Es interesante mencionar que Ángela Giglia (1998:175) recuerda que el uso de las reglas formales, imprevisible e irregular, pareciera guiarse por la fórmula de Benito Juárez, “Al enemigo la ley”. Esto sienta la base para que algunos habitantes cuestionen la intermediación, lo que permite observar las representaciones en juego y las expectativas de los encuentros. Para abordarlo recuperaremos las experiencias de Raúl (42, franelero, viejo residente) por causa de dos problemas, uno con el señor Ortiz (ca. 50, empleado, viejo residente) y otro con Octavio (ca. 30, empleado, viejo residente).

En el centro del primer problema está la posesión de mascotas en la unidad. Raúl ha sido señalado por sus vecinos por no recoger los excrementos de sus perros y no ponerles correa. Apenas abre la puerta de su departamento, sus perros andan por los pasillos y las jardineras de la unidad, lo cual está bien registrado por los demás. Él se defiende diciendo que los lleva desde temprana hora al parque y que no sólo él tiene cachorros: “Mira, yo llevo a mi perro a tal hora y si le andas cuidando la cola, cuídasela desde que yo salga de la casa para que no haya problemas”. La causa del problema con el señor Ortiz fue cuando éste salió con su perro a pasear. En el camino se le acercó una de las perras de Raúl, al tratar de ahuyentarla y agacharse para levantar a su perro, recibió una mordida. Ante esta situación, el señor Ortiz decidió demandar a Raúl, quien fue llamado días más tarde a presentarse en la delegación. Para Raúl esta experiencia en la delegación fue una pérdida de tiempo, y agregó que hasta la autoridad se percató de lo “ilógica” que era la situación: “el señor le exageraba [...], y los mismos policías y el ministerio público se reían de él, [...] porque hembra y macho no se pelean. Lo único que te digo es que el señor fue y me demandó”.

Entre Octavio y Raúl las cosas no corrieron mejor y también terminaron ante la autoridad. Para Raúl la causa de lo sucedido “no tuvo ni chiste”, pero los acontecimientos expresaron tensiones que involucraron a toda su familia y los posicionaron frente al resto de los vecinos. Aquella tarde el cuñado de Raúl salió a comprar una cerveza y de regreso al departamento la destapó. Esto lo vieron Octavio y

un amigo, quienes comenzaron a reclamarle el beber en el espacio público. Esto detonó una riña que Raúl relata de la siguiente forma:

Se comenzaron a aventar un tiro [...] el chavo con el que se peleó mi cuñado pues está más fornido, más grande, y pues sí le pegó a mi cuñado. Pero nunca fue un pleito a golpes, sino que este chavo entró en la lucha y se le fue encima del cuerpo y lo quiso destajado del cuerpo. No sé qué le quiso hacer, nunca le metió las manos, puras llaves. No lo dejaba que se moviera. Entonces, al momento que no lo dejaba que se moviera, mi cuñado le pegó en la cabeza. Lo estaba ahorcando [al cuñado], lo estaba asfixiando, entonces muchos nos dimos cuenta y le tuvimos que pegar para que lo aflojara. Al ver eso, Octavio también se metió y nos quiso agredir, agredió a mi hijo, le pegó, y mi hijo le contestó, mi esposa también, y yo también.

Octavio llamó a la policía y les explicó lo de la cerveza, los insultos, la pelea, y agregó que durante el alboroto le habían robado unas alhajas. Raúl negó todo, pero Octavio denunció al hijo de Raúl y terminaron en el ministerio público. La denuncia no procedió porque faltaron pruebas, pero las consecuencias de la apelación a la autoridad para resolver los problemas habían dejado su marca sobre las relaciones vecinales. La posibilidad de que te demanden pone en suspenso los criterios que en otro contexto temporal permitía solventar los problemas, como lo señala Raúl:

Muchas veces ya ni nos peleamos porque, yo al menos, le tengo más miedo a la boca de uno de los vecinos, que [...] a liarme a golpes, porque yo sé que no me dejo y sé que no se va a dejar él. El hecho de que te estés golpeando y que hayas terminado de golpearte, y queden como en buenas partes, como buenos amigos, ahora no, ahora van y te demandan y te inventan de más.

Frente a la posibilidad de jugar con la misma carta ante la autoridad y “ponerle un cuatro” a Octavio, Raúl y su familia se abstuvieron porque lo consideraron un desgaste innecesario que les implicaría gastos. Una venganza a través de la intermediación de la autoridad no sería más que un “beneficio para los de la delegación”, que recibirían dinero por mantener el proceso legal abierto. El agravio que sintió la familia de Raúl por la obstinación de Octavio tuvo que expresarse por otros medios. En los encuentros cotidianos dentro de la unidad se conformaron alianzas en contra de la familia de Raúl, unos y otros se evadían en los pasillos o volteaban la mirada en la calle, así se impusieron el silencio.

Los niños y el juego como problema

En la apuesta por explorar la vida vecinal se ha buscado reconstruir el papel que tienen los niños y sus actividades en las relaciones vecinales, en particular el juego, lo que nos da la oportunidad de conocer cómo se articulan las diferencias de edad, el ciclo familiar y las tradiciones sociales entre vecinos, así como los cambios en los usos de pasillos,

plazas, calles y patios. La relación que establecen los niños entre sí es una síntesis de la vida vecinal, pues son sujetos de las disputas de la representación y objetos de la disputa por la organización del espacio. Dentro de la unidad provocan simpatías y antipatías con las actividades y los resultados de sus encuentros cotidianos, más o menos regularizados según su sexo y edad. Aunque aquí no se desarrolla el tema, baste mencionar que estas situaciones se dan en un contexto de transformación global de las concepciones de niñez y vejez, en la cuales predominan discursos sobre los derechos que poseen frente al Estado y en la sociedad.

Los niños y niñas de la unidad han sido portadores creativos de las formas de solidaridad y conflicto entre vecinos, que responden en parte al tamaño de las familias y las condiciones de hacinamiento en las viviendas. Con ello se quiere expresar que son reproductores de las diferencias y desigualdades, aunque también actores que las trascienden porque son capaces de forjar sus propios códigos de vecindad. Ejemplo de lo anterior es que mientras los vecinos adultos entran en conflicto, las dinámicas de juego y escuela de los niños pueden mantenerse o verse muy poco afectadas, contraviniendo incluso los dictados de los adultos. En tanto reproductores de las desigualdades imperantes entre vecinos encontramos que son catalizadores de las distinciones que ayudan a tomar posiciones dentro de la jerarquía social local con que se contrastan capitales:

siempre estaban [las vecinas con el tema], porque ellas desde el kínder empezaron a meter a sus hijos que al Anglito-Español. Has de haber oído de ese tipo de colegio. El Anglito-Español, y que las Vizcaínas, y que esto. [...] ‘Oye, Lucía, a esa niña tan bonita la deberías de mandar al Anglito’ [...] Y aunque se quedaran sin comer, pero el Anglito. Y yo sabía que no iba a poder con el Anglito. [...] Me llenaban de cabeza así, pero no les hacía caso. [...] Pero te voy a decir una cosa, y a lo mejor peco de soberbia, pero mis hijitos no tuvieron Anglito, ni Vizcaínas, ni nada que se le parezca, pero, ¿qué crees?, que todos van por algo, pero estos niños, hasta el día de hoy, pues no hay ningún título, ni nada que se le parezca. A este chamaco lo mandaron al UNITEC después, todas las colegiaturas se las gastaron, y no entraba a la escuela. Y hasta el día de hoy no es nadie porque ni la preparatoria terminó. La otra, pues, en una escuela patito, pero pues ahí va, reprobando y volviendo a pagar, porque siempre hay que pagar para que a su hijo le pasaran de año. (Lucía, 59, empleada, beneficiaria de la reconstrucción)

Estas jerarquías atraviesan las relaciones de los niños, en ellas se apoyan para significar los encuentros en los que desarrollan actividades lúdicas en apariencia libres de estas discriminaciones. En esta dualidad es que se miraban las relaciones entre infantes, dice Sandra (24, estudiante, viejo residente), “todos éramos amigos con todos”, “todos jugábamos”, y sin embargo, una u otra niña “era la rica de ahí” porque

tenía las casas de muñecas, u otro se distinguía por su comportamiento: “Ellos no [juegan] porque siempre están con los mismos juguetes. De seguro se portan mal y nunca les traen”. Estos contrastes se atenuaban con los vecinos niños cuando se podían establecer similitudes, por ejemplo, las que marca Lucía: “los niños en escuela pública”, “pues era muy bonito porque allí no había colegios particulares”.

Existe una relación problemática entre adultos y niños, en particular con los ancianos. Las complicaciones son el producto de las dinámicas que los niños tienen cuando se encuentran y cuando organizan actividades. Sus formas de organización para el esparcimiento son las que más trastocan el modelo de vida vecinal que impera entre los adultos de la unidad habitacional, por lo que las rencillas involucran diferentes edades y a vecinos cuya fase del ciclo familiar es disímil. En ocasiones se trata de adultos que defienden las actividades infantiles en la unidad, lo que les contrapone a otros adultos cuya sensibilidad se ve vulnerada por el ruido de los juegos en los pasillos, las escaleras y las azoteas. Dice Raúl: “Te digo, los niños son... pues van creciendo. No puedes impedir el crecimiento o la ansiedad de querer jugar, de querer hacer esto, saltar y brincar. Te lo digo sinceramente porque la gente de aquí ya como que se siente que está muy amargada, es muy adulta para aguantar a un niño o a unas personas más chicas que ellos”.

Los intentos de control son específicos, buscan atender detalles de las actividades que vinculan a los niños: andar en bicicleta en los pasillos, jugar pelota, subir a la azotea, gritar, pegarse o insultarse, tocar las puertas, mojarse, etcétera. No sólo la “amargura” es la causa de las molestias, y eso lo reconocen los vecinos, pues los reclamos provienen de “gente mayor” cuyas necesidades pueden ser irreconciliables con ciertas actividades dentro de la unidad, como el que jueguen sobre todo por la tarde-noche, como dice Andrea (20, estudiante, viejo residente), cuando “ya es hora de descansar [y] ya deberían estar en su casa”. Frente a este escenario marcado por los problemas hay quienes buscan evitarlos ejerciendo un control directo sobre sus hijos, nietos o sobrinos.

Los niños, por su parte, no se quedan inmóviles, reaccionan dotando de propiedades la imagen de aquellos a quienes se enfrentan. Ante las constantes amenazas de impedirles jugar en el patio porque pueden romper las macetas, los niños

violentan simbólicamente al adversario, en este caso la señora Bertha, vecina a la que califican de “amargada”. Además, se burlan de su forma caminar, la cual se vio afectada por una enfermedad sufrida en la niñez. Sandra lo justifica: “éramos niños crueles y le poníamos ‘La Campana’, porque ella era grosera con nosotros, entonces nosotros también [...] Nos regañaba muy feo”.

Aunque en apariencia antes había más libertad y tolerancia para que los niños realizaran diversos tipos de encuentros y actividades dentro de sus propios marcos, en la actualidad pareciera haberse recrudecido el control de sus dinámicas debido al envejecimiento de una numerosa cantidad de vecinos. La atmósfera es otra, considera Sandra: “antes había muchos, éramos muchísimos [niños], y éramos un desastre. [...] Ya parece un lugar ahora sí como para gente adulta [...] Cuando yo era niña había muchas cosas que podríamos haber roto, y rompíamos”.

La fragmentación del festejo

En la unidad habitacional, como antes en la vecindad, se han realizado diversas actividades festivas, las cuales son reconstruidas por los antiguos vecinos como gratos recuerdos. La gente recuerda que se celebraban bodas, XV años, presentaciones, confirmaciones, cumpleaños, quinces de septiembre, navidades, posadas y días de muertos. Cuando se construyó la unidad comenzó a festejarse el día de su entrega con comidas, aguas de sabor y música. De acuerdo al relato de varios vecinos, estas actividades participaban un buen número de vecinos, si no es que todos. Estas fiestas organizadas en colectividad parecieran estar extinguiéndose; sus formas de esparcimiento se están transformando y no son más los grandes despliegues de solidaridad de años atrás. En su propio contexto, Suzanne Keller (1979) atribuye la disminución de su importancia al incremento de la autosuficiencia familiar e individual y a la segmentación de las actividades de cada individuo dentro de la urbe, lo cual impactaría directamente las formas vecinales de pertenencia, autoidentificación y diferenciación (Safa, 2001: 135). El carácter ritual de la fiesta pareciera estar en vilo, lo que coloca en la mesa de discusión el hecho de que los criterios de colaboración en los alrededores de la plaza San Juan se han visto trastocados por las transformaciones socioespaciales específicas de la zona y por los cambios en ámbitos generales como la

percepción de la inseguridad, la difusión de medios tecnológicos como la televisión y el desarrollo de estilos de vida centrados en lo familiar o individual.

En la memoria de los entrevistados, cuando se celebraba algo en la vecindad parecía que la gente estuviera unida con firmeza, había un motor que permitía la organización colectiva que daba sentido a fiestas “humildes” pero fastuosas. Si había que gastar, se gastaba, y si había que amanecer bailando, se amanecía. Había un ímpetu por hacer de una fiesta familiar una fiesta vecinal. No se cerraban las puertas a nadie, por eso se usaban los espacios comunes. Los vecinos buscaban lucirse, pasar de lo pequeño a lo grande, como dice Lucía (59, empleada, beneficiaria de la reconstrucción): “Eso sí, eh, los convivios de mis hijos fueron los más sonados en este predio, los más sonados, porque no había un cumpleaños que no se hiciera un reventón”. Y hasta el pastel se presumía: “Eso sí, estas dos mesas se tenían que unir porque el pastel era de acá a allá, de tabla”. En todos los casos se ponía música, se adornaban los patios, se invitaba la comida y se compartía la bebida. A veces las vecindades tenían su propio “sonido”, se “sacaba guaracha y cumbia” hasta el amanecer. No evitan suspirar cuando diferencian el antes y el ahora: “Muy bueno, antes, en aquellos años. Ahora ya no”.

Cambiaron las relaciones vecinales, pero no sólo por el control de las fiestas. Sandra, que volvió a la vecindad después de varios años fuera, expone el contraste, mientras que Laura cuestiona el estado de las cosas:

Ya no se ve movimiento. De pronto paso y no hay gente, casi nadie sale. Además, antes había música [...] Toda la gente se para y pone música. Mi mamá ponía, pero si no ella, la Sofía, Carmen. Siempre había música. Ahorita voy y no hay ruido, pero nada, está muerto, muerto, muerto. Había hasta competencia de canciones.

Ya no son esas personas que cooperen como antes [...] Muchas veces les digo “Aquí en lugar de ser una unidad debería ser un asilo de ancianos”. No quieren esto, no quieren lo otro. Hay mucha gente que es joven todavía, nomás que porque se paran a las cuatro, cinco de la mañana a trabajar... ¿Quién les manda buscarse un trabajo con esas horas?, ¿no?, la verdad. Entonces yo pienso que aquí ya no puedes hacer un baile como antes que porque hasta las 12, que porque hacen ruido. Hay una señora que no pueden dormir. Gente que pues, ya, ya, ya, en lugar de darse ánimos, se están caducando ellas mismas. “Ya se les apago el entusiasmo. Ahora les molesta el ruido”.

Entonces los festejos fueron limitados a las 2 o 3 de la mañana, no podrían realizarse más en la plazuela –que era donde por lo común se comía y se bailaba, para restringirse a los departamentos y los pasillos, en una versión más familiar que vecinal. Raúl se ha quejado de estas condiciones reflexionando de esta manera: “la misma

gente que se pone de payasa 'Que no puedes hacer esto aquí, que no puedes hacer lo otro acá'. Entonces ya la gente misma hace la fiesta afuera de su casa, en el cacho que les toca, ahí lo hacen [...] para no estar buscando problemas”.

Los festejos acotados por la decisión de una mayoría de vecinos nos hablan de la evolución de sus planteamientos sobre los usos de los espacios, es decir, de las prácticas asociadas a ellos, como lo son las fiestas. El administrador quedó facultado tras esta determinación para detenerlas a las 2 de la mañana, y si continúa el festejo, los vecinos pueden salir o hacer un llamado a la policía. Los afectados por estas medidas, como Raúl, no dejan de recordarle al administrador que cuando era chavo hacía sus fiestas, “hasta el otro día, y con sus cuates y acá”, y que ahora, ya mayor y envuelto en la disputa por el control de las reglas que rigen la vida vecinal, “es el primero que se para de puntas y dice y hace”.

Una experiencia similar de lo que aquí se ha llamado la fragmentación del festejo es la que han vivido los locatarios de los mercados, cuyas actividades lúdicas y de esparcimiento colectivo popular se han modificado. En un primer momento la descentralización de los mercados fue la causante de la separación de los festejos y las celebraciones religiosas asociadas a ellos, más tarde, el incremento de las fracturas internas por cuestiones políticas y económicas contribuyó a definir otro tipo de fiestas. Dejaron entonces de alquilar un sonido, de hacer ellos mismos su comida y de decidir quiénes serían los invitados, pues algunos grupos de locatarios decidieron introducir formas de celebración en espacios privados. El caso más drástico fue la renta de un salón en el Hotel Fiesta Americana, al cual se podría asistir pagando \$500 pesos por boleto. Iván (53, comerciante, viejo residente) lo expuso exclamando:

te imaginas, si tú ya vas, luego como viste uno, luego se siente uno menos. [...] Mucha gente está inconforme con ese estilo de fiesta [...] Ahora sí que desde que está la nueva mesa trataron de subirnos, pero nosotros seguimos siendo pueblo. Y ya para ir ahí, pues ya ves, la mayoría son de pueblo, entonces como que allí no. Desde la entrada, si tú llevas un vochito, entonces pues, ah. [...] Tú traes en efectivo, la mayoría que está allá adentro van a pagar con tarjeta. [...] Se cohíbe uno.

La forma de realizar los festejos, tanto en la unidad habitacional como en el entorno de la plaza San Juan, ha cambiado de manera radical a lo largo del tiempo. La comparación constante que se hace entre el presente y el pasado nos habla de una temporalidad mediada por la proximidad física, la cual considero es también visible en

los otros casos presentados. La experiencia personal de las relaciones vecinales, la manera como se integran a la biografía, también nos muestra cómo fluctúa la evaluación que hacemos de ellas, cómo las colocamos en un tiempo que se intersecta con procesos más amplios, tengamos o no conocimiento preciso de qué los causa o cómo se vinculan de manera más específica con nuestra vida cotidiana. Lo que nosotros vivimos de primera mano son los efectos que tienen sobre nuestra individualidad, nuestra vida familiar y vecinal, y en un segundo nivel, nuestra generación. Surgen de este contraste las visiones nostálgicas de lo local, lo propio inmediato.

Pertenencia socioterritorial: el espacio apropiado

Yo había vivido aquí toda mi vida y era todo mi mundo. Cada calle era algo para mí: Violeta, donde nací y donde todavía tenía las caricias de mi madre; Magnolia, donde los Reyes me trajeron mis primeros juguetes y me hicieron dorada mi niñez; Sol, me recuerda una canción, “Amor perdido, si como dicen que es cierto...”, que una vecina estaba cantando cuando mi mamá iba rumbo al panteón; las calles donde mis familiares, mis amigos y mis novias vivían.

—Manuel, en Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 2012

Espacio, territorio e identidad

La constitución de la identidad pasa por el establecimiento de distinciones, autonomías y demarcaciones, con las cuales se señalan atributos culturales valorizados que poseen una relativa estabilidad en el tiempo (Giménez, 2007: 61). Por medio de la identidad, individuos y colectivos pueden diferenciarse de otros en una búsqueda continua de lo que se ha llamado «unicidad idiosincrática del sujeto». Su permanencia depende de la reproducción de atributos de cada grupo o individuo, procesos que para nada son coherentes e integrados, sino cambiantes y contradictorios, y que requieren del reconocimiento social, en tanto operación fundamental que permite constituir identidades (Giménez, 2007: 66).

El espacio y el territorio, pensados como productos sociales y contextos de representación y acción variables, son dos elementos constitutivos de la definición de las identidades. Son tanto un soporte material como un producto simbólico y práctico de las identidades, es decir, estructuras estructuradas y estructurantes, para pedir prestada la famosa fórmula de Pierre Bourdieu. Esta relación dialéctica está inscrita en

el campo de poder, lo que significa que toda forma de apropiación y valorización del espacio y del territorio asociadas a una identidad es un bien en disputa entre los actores.

Esta asociación íntima entre el espacio, el territorio y la identidad toma forma en la noción de pertenencia socioterritorial. Con ella se ha buscado mostrar el carácter mutuo de su constitución, al resaltar cómo los actores efectúan una apropiación simbólica y material del espacio que se ancla en las formas del arraigo, la memoria y la acción colectiva, y como éstas, a su vez, permiten producir el espacio y el territorio como unidad de una colectividad. En este sentido, la definición de identidad vecinal de Patricia Safa (2001: 58-59) como “representación y práctica de pertenencia a un lugar”, permite reconocer algunos de los anclajes socioterritoriales asociados a la vida vecinal: el vecindario, el barrio, la colonia y el pueblo. A través de esta dimensión espacial de la vida vecinal, los habitantes logran comunicar un orden en el que se organizan en lo instrumental y lo simbólico las formas de control, dominio, apropiación y uso del espacio.

Si bien el vecindario o el pueblo son vehículos de la identidad vecinal, no podemos olvidar que la naturaleza escalar del espacio permite a los actores dotar de mayor o menor significado y valor a otros ámbitos de la pertenencia, como la calle, la casa, la ciudad o la nación. Los lazos de arraigo que se crean en torno a una escala espacial dependen de la vida social que allí se desarrolle, lo que incluye la vida vecinal, razón por la que es necesario escuchar lo que los habitantes tengan que decir sobre estas pertenencias. Sin duda hablarán del espacio en consonancia con su experiencia personal, como lo ha anotado Martha de Alba (2010: 49), lo que lleva a asumir que las demarcaciones subjetivas serán el medio de reconocimiento de las escalas más importantes de pertenencia socioterritorial, del cambio de las fronteras simbólicas y materiales del lugar, y de las prácticas espaciales que lo han caracterizado.

Este apartado se apoyará en las obras de autores como Henri Lefebvre (1991) y David Harvey (2008a) para introducir de manera más puntual la relación dialéctica entre espacio y vida vecinal. La obra seminal de Lefebvre, *La producción del espacio*, delimita tres dimensiones: el espacio experimentado, el percibido y el imaginado, las cuales deben ser tratadas en conjunto para lograr una comprensión de las prácticas que lo

producen en una sociedad capitalista. Harvey retoma estas dimensiones y destaca que el control, el dominio, la apropiación y el uso del espacio son prácticas espaciales fundadas en criterios de percepción, pensamiento y acción relativamente reguladas en un mundo desigual. Estas prácticas son aprehendidas por los actores y les permiten reproducir las condiciones objetivas y subjetivas de la producción del espacio.

Las prácticas espaciales, en tanto modo de sociabilidad, son generadoras de contextos de negociación y conflicto entre los actores, pues en ello se determina parte de la producción de una geografía de la vida cotidiana. Así es que la distinción de las formas de control, dominación, apropiación y uso del espacio nos hablan de las tendencias que definen las prácticas legítimas que pueden imperar en un lugar, y en contrapartida, las que están excluidas de la producción del espacio. Habitantes, trabajadores, propietarios y autoridades se encuentran en el foco de cada una de estas formas, atendiendo prioridades distintas y buscando todos construir un orden socioespacial cercano a sus concepciones del mundo.

Las micro-escalas: la calle y la vecindad

En el primer capítulo de este trabajo se habló del impacto relativo que tuvieron las transformaciones socioespaciales en el desvanecimiento de la pertenencia barrial, en particular la desaparición del antiguo mercado de San Juan. La pérdida de esta relevancia entre los viejos residentes del barrio debe entenderse dentro de un proceso de desterritorialización y reterritorialización (Haesbaert, 2011), ya que no supuso la pérdida del sentido territorial de las relaciones y las representaciones vecinales, sino su ajuste a otras escalas de pertenencia, las que aquí se denominan micro-escalas. Éstas deben entenderse de manera contextual, ya que la calle y la vecindad adquieren su pleno sentido en función de la escala macro que puede ser un barrio, una colonia, un pueblo, etcétera.

El decaimiento del uso de la denominación de barrio de San Juan Moyotla como escala de pertenencia socioterritorial no es definitivo. Como ya se mencionó, en la actualidad es retomado de manera persistente por algunos vecinos y funcionarios del gobierno de la ciudad con la intención de reposicionarlo en el marco de la revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México (Gobierno del Distrito Federal, 2011e).

Algunos habitantes del barrio, como Antonio, percibieron que sus vecinos fueron dejando de usar el nombre y lo atribuyeron a la ausencia de “comunicadores y cuenteros de historias”, que eran los encargados de transmitir y reproducir las denominaciones. El hecho es que en la vida cotidiana el barrio de San Juan Moyotla perdió presencia.

No se trata de que una escala de pertenencia socioterritorial sustituya a la otra, pues es común observar cómo las personas las hacen convivir. Esto es lo que sucede con las micro-escalas, su aparición está engarzada en las narraciones, no obstante que los márgenes que las delimitan sean más o menos variables y puedan seccionarse incluso al nivel de un cuarto o un rincón. Esto es importante en un lugar donde en ocasiones se comparte el espacio con una gran cantidad de personas y es necesario negociar su uso sobre todo en función del tiempo, por ejemplo, en los sanitarios, la zotehuela o los tendedores.

Una de las más importantes escalas de pertenencia socioterritorial la constituye la calle. En ella se ha crecido, jugado y trabajado. Se le reconocen características únicas a través de la apariencia del espacio o de la población que en ella habita o transita; incluso se le secciona para identificar con precisión lo que se ha visto con los propios ojos y para situarse uno mismo. La calle así apropiada es lo contrario al lugar muerto que algunos autores identifican con el Centro de la ciudad, y que hoy forma parte de la justificación de la revitalización. En realidad podría asociarse al ideal liberal de punto de encuentro de la diversidad, sólo que no en un sentido cosmopolita, sino popular. En estas calles apropiadas uno constata lo que ha vivido, no en el barrio, no en la colonia, sino entre tal y tal esquina. Raúl nos permite descubrir esta relación íntima cuando responde a la pregunta sobre las características de cada calle de la zona:

Sí, más que nada, la calle de Delicias pues es muy reconocida porque siempre ha sido céntrica, siempre ha habido gente, y más que nada siempre ha sido de barrio de clase baja, de clase media, porque mucha gente que vivió ahí era demasiada... Había más vecindades antes, eran demasiadas, y todos nos conocíamos, pero más que nada a esta calle, lo que es la primera de Delicias, que es del Eje Central a López, la segunda de Delicias, es de López a Buen Tono, y tercera de Delicias es de Buen Tono a Luis Moya. Pues la primera ha tenido muchas concurrencias, que hay negocios, se conocen entre ellos, pero muchas veces nunca nos llevamos, nunca nos llevábamos. Digo, nos llevábamos porque yo me considero de la segunda o tercera de Delicias, porque siempre me junté con ellos, nunca nos llevábamos con las demás calles. Desde que yo tengo recuerdos, siempre la calle de Delicias fue famosa por sus grandes amigos o grande barriada que había ahí. [...] Yo ahí me críe y yo sé que toda esa gente no se deja, nunca se ha dejado, y siempre ha sido aguerrida.

En la calle se conoce a los vecinos, se les saluda o se les ignora, dependiendo de los términos en que estén las relaciones vecinales o las representaciones del otro. Quienes habitan alrededor son los de Buen Tono, Luis Moya, Aranda y López, y los de más allá no son sólo de la colonia Doctores, están los de Gabriel Hernández, Andrade, Vértiz y Lavista. La calle particulariza, dota de sentido a los habitantes y éstos la dotan a ella de su reputación.

Pero la calle no puede entenderse desligada de la vecindad o la unidad habitacional. A esta escala de pertenencia socioterritorial también recurren los vecinos de los alrededores de la plaza San Juan para identificarse. Aquí el número de la vivienda adquiere un carácter prioritario. Mientras en otras partes de la ciudad se indica “Casa de la familia Martínez”, “Quinta Morales”, “La Prosperidad”, en esta parte del Centro ser del “22”, del “70”, del “102” o del “58”, posee un valor diferencial que jerarquiza el espacio y atribuye propiedades a sus habitantes. Esta nomenclatura fue de uso corriente cuando predominaban las vecindades y jugaban este papel en la diferenciación de espacios, como lo demuestran las palabras de Laura: “Ese que está aquí al lado era otra vecindad. Era el 89, le llamaban la vecindad del jardincito, ¿por qué?, porque ellos estaban aquí, su casa, y aquí tenían, como ahora nosotros así, afuerita [un jardincito]”.

Con tales elementos identificadores las personas se siguen reconociendo, y en el caso de los alrededores de la plaza San Juan tienen un papel primordial de orientación espacial y social. Su aplicación alcanzó el interior de las vecindades, y alcanza en la actualidad el de las unidades habitacionales. Mientras la forma de asumir la pertenencia no encuentre en el antiguo barrio un canal efectivo que articule la identidad vecinal, en la vida de los habitantes de la zona seguirán superponiéndose de forma dominante las de la calle, la vecindad, la colonia Centro, la delegación Cuauhtémoc o el perímetro B.

Apropiación y uso del espacio

Es necesario empezar por establecer el contraste entre el control, el dominio, la apropiación y el uso del espacio como categorías diferenciadoras de las prácticas espaciales. Cuando se habla de control y dominación podemos recordar el apartado sobre la experiencia de la alienación del lugar del capítulo primero, en el que vemos la

relación desigual entre escalas espaciales, de decisión, y las transformaciones socioespaciales. La instalación del Sistema Colectivo Metro y la Torre de Telecomunicaciones es un ejemplo paradigmático en la medida en que se explican a través de la siguiente definición: “El dominio del espacio refleja la forma en que individuos o grupos poderosos dominan la organización y producción del espacio, por medios legales o extra-legales, a fin de ejercer un mayor grado de control sobre la fricción de la distancia o sobre la manera en que el espacio es apropiado por ellos o por otros” (Harvey, 2008a: 246).

La dimensión del poder en las transformaciones socioespaciales aparece por completo a través de estas líneas, aunque sobre todo en sus manifestaciones materiales en los alrededores de la plaza San Juan, donde la instalación en sí misma es ya una forma de control: ambas empresas, dice Raúl, “se comenzaron a adueñar de mucho terreno”, dentro de un sistema de propiedad privada que establece los marcos que así lo permiten. Son expresión del control y la dominación la colocación de una reja, que “ahorita ya está más agregada porque los del Metro siempre han querido privatizar y hacer sus cosas aparte”; o los letreros de advertencia contra la sujeción de objetos a la reja, “se van adueñando poco a poco de las cosas. En ese cacho se metían las motos, y todo”. Otro ejemplo drástico del control del espacio es el de una antigua estudiante del Colegio de las Vizcaínas, Alma (67, comerciante, viejo residente), quien me contó recostada sobre el mostrador de su negocio que intentó entrar 50 años después: “¡No me dejaron pasar! [...] Entonces pasó un señor que trabaja allí en la escuela, y otra vez le comenté ‘Yo quiero conocer mi escuela, ver mi escuela por dentro’, ‘Cuando haya un evento yo le voy a avisar, tiene que pagar su entrada’. Ahora para entrar voy a tener que pagar. ¡Qué barbaridad!”.

Uno podría imaginar sólo a las grandes corporaciones y al Estado logrando el control y la dominación del espacio, sin embargo, es una multiplicidad de actores la que lo puede hacer, diferenciándose por la escala en que lo realizan y en el alcance de sus consecuencias. En el caso del antiguo barrio los principales actores asociados a estas prácticas espaciales fueron o son los propietarios de mudanzas, los sitios de taxi, los concesionarios del transporte público, las redes del comercio callejero y los propietarios de bodegas de pollo. Es importante subrayar que el control y la dominación lo ejercen

en el espacio público, como sucede en la calle de Aranda, donde trabaja Pedro (ca. 30, pollero, 20 años en la zona), quien explica al respecto: “Aquí era el centro de distribución [de pollo], pero eso lo quitaron, porque aquí era un desastre [...] no se podía ni pasar. Toda esta calle era el centro de distribución del pollo. Camiones, cajas. Unas 50 o 70 cajas de camión. En todo”.²⁶ Frente a este proceder es importante destacar el papel de la autoridad, la cual, dentro de los marcos del paternalismo, el corporativismo, el clientelismo y las prácticas de corrupción en México, ha demostrado una inclinación a favor de los intereses particulares antes que los públicos. Esto ha devenido en la emergencia de diversas formas de manipulación de la norma para permitir múltiples modalidades de control del espacio (Giglia y Duhau, 2008: 510-516), las cuales son observables en múltiples puntos de la metrópoli, como en los paraderos de autobuses, taxis y grúas o los alrededores de los mercados públicos.

Imagen 10. Mecanismos de regulación



Advertencia en el enrejado de las instalaciones de Teléfonos de México S.A. La colocación de estas placas está relacionada con el uso intensivo de bicicletas y motocicletas como medio de transporte de las mercancías del Mercado de San Juan – Pugibet, el cual se encuentra enfrente. Foto del autor. 10/08/2012.

²⁶ El retiro de bodegueros aludido en la cita se refiere al traslado de pescaderías y pollerías al mercado que se encuentra por Calzada de la Viga y Roa Bárcenas, delegación Cuauhtémoc, cuando Rosario Robles Berlanga era Jefa del Gobierno del Distrito Federal (1999-2000).

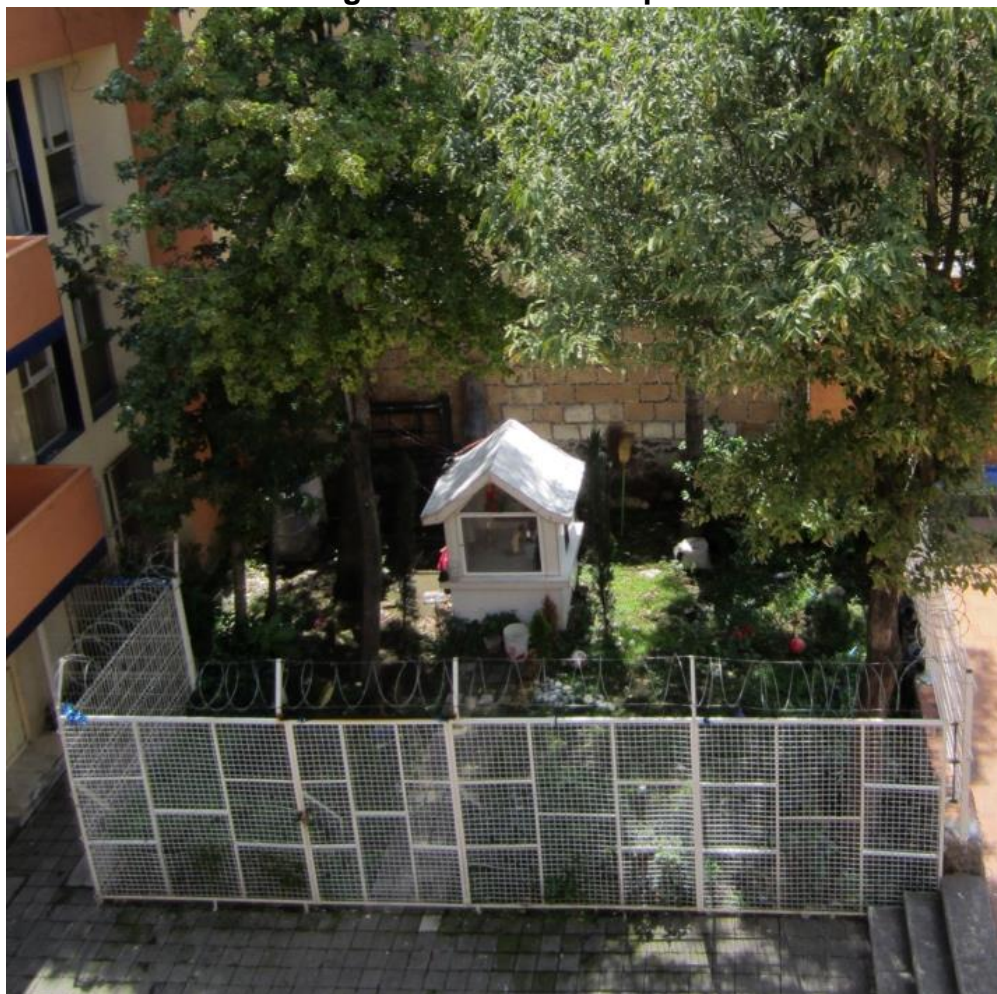
Aunque la apropiación también se define como una forma de control y regulación del uso del espacio (Safa Barraza, 2001: 168), esta práctica espacial es más informal en el conjunto de normas que la orientan. La apropiación nos remite sobre todo a la voluntad que aprovecha los intersticios del control y la dominación para trasgredir la norma o la posesión y así utilizar el espacio con fines diversos (lúdicos, habitacionales, comerciales, etcétera). Como hemos visto, quienes viven en proximidad física establecen reglas de apropiación y uso del espacio que reflejan sus intereses, gustos y deseos, las cuales serpentean entre los marcos de control y dominio de algunos grupos poderosos. Estas prácticas espaciales no son exclusivas de un grupo en particular, y pueden asociarse a la oposición al ejercicio del poder.

A través de la apropiación, los actores buscan construir entornos de seguridad y estabilidad para el desarrollo de su vida cotidiana, sin embargo, entra en juego con otras formas de apropiación que se superponen en el tiempo y el espacio, tanto en lo simbólico como en lo material. Algunos se disputan el carácter amplio o reducido de la vivienda de reconstrucción en contraste con los cuartos de vecindad, por ejemplo, en esto que destaca Raúl: “hasta las mismas [viviendas] de renovación están muy reducidas”, “[las que teníamos] Eran vecindades, pero estaban más espaciosas, porque hasta tapanco les hacían”. También ocurre con la definición de un segunda escala: “Simplemente en el 63, gente que le decía la vecindad, ‘No, no, no es vecindad, es una unidad’”.

Por medio de la ocupación y adecuación del espacio se complican algunas relaciones, se movilizan representaciones, pues el hueco debajo de una escalera, la azotea, el pasillo, la barda o la jardinera son bienes en disputa, cuya apropiación puede justificarse como lo hace Laura: “Tú sabes que en un predio si tú tienes cosas pues las sacas afuerita y ya tienes, porque no tienes dónde ponerlas, como nosotros que tenemos un jardín. Entonces este señor [el administrador] no quiere que haya nada. No quiere que haya nada, pero él sí tiene por dentro. Él no ocupa aquí afuera, pero excavó abajo de las escaleras”. Quien vive arriba tiene sus ventajas al hacer válido un acuerdo tácito de apropiación de tendederos, como lo explica Andrea: “Los que están en lo que le dicen el cuadro [...] son del vecino de arriba, y del otro lado son de la vecina de al lado de nosotros, pero los otros vecinos no tienen tendederos, ¿quién sabe dónde

tiendan sus cosas?” (Andrea, 20, estudiante, viejo residente). Los procesos de apropiación pueden estabilizarse y alcanzar el control y la dominación del espacio, como cuando los vecinos se organizaron y votaron que para impedir que los niños jugaran junto al nicho de la virgen y que los vecinos arrumbaran sus pertenencias junto a los árboles, era necesario ponerle una cerca y unas púas al jardín.

Imagen 11. Cercar el espacio



Las disputas entre vecinos orientadas a regular las prácticas espaciales se objetivan en el espacio con la creación de fronteras físicas y simbólicas. Foto del autor. 06/06/2012.

Los habitantes también se apropian de calles y plazas en una repartición que oscila entre el trabajo y el esparcimiento. Un vecino dedicado a acomodar autos en la calle se apoya en las relaciones vecinales para obtener, temporal o definitivamente, botes, cajas y otros objetos a fin de “apartar” lugares. Sin embargo, no siempre es así, algunos, en cambio, son causantes de problemas: compraron un auto y le han quitado un lugar. Los guacales son un distintivo de esta práctica, detalle que no pasa

desapercibido para la señora Alma (67, comerciante, viejo residente): “En la mañana está lleno de guacales”. Su ligereza y fácil sustitución en una zona de mercados saturada de automóviles los hace un excelente instrumento de trabajo. Los vecinos que se apropian la calle en este sentido viven de realizar esta actividad, y por ello su práctica se orienta hacia una forma de control del espacio; sin embargo, no podría afirmarse que lo es si nos atenemos al grado de inestabilidad que atraviesa el uso de la calle con fines comerciales al margen de la norma. Para ellos, la apropiación consiste en un medio de estabilidad y seguridad mínimo para la supervivencia. Raúl lo aclara:

Por decir, yo me voy a otro lado, y para hacerme de un trabajo como el que tengo, me costaría unos cuatro, seis años, y a mí ya no me conviene salirme ni quitarme de aquí, porque ya estoy establecido, ya me gané a la gente, ya hago mis movimientos. Ya sé, si yo no vengo en la mañana, vengo en la tarde y yo saco lo del chivo. Si vengo en la mañana aprovecho el tiempo y el día, porque ya voy a tener dinero de más, dinero de sobra.

En cuanto a la apropiación con fines lúdicos vale la pena resaltar que implica usos que rompen los paradigmas del control y el dominio privado o estatal del espacio. Calles, plazas y terrenos baldíos, “que no eran realmente para eso”, son tomados temporalmente para jugar fútbol o frontón, para encontrarse con los amigos, “la bolita”, y para fumar marihuana o beber alcohol, abiertamente o con cautela. La historia de la apropiación de la calle para jugar es significativa de las variaciones temporales de los usos, pues los cambios en la zona muestran el desplazamiento de unas prácticas por otras. Con el incremento del flujo vehicular y el uso del arroyo como estacionamiento, niños, jóvenes y adultos dejaron la calle “por los carros que tapan”. Para salir a andar en bicicleta o jugar futbol se trasladaron a otros espacios, sin que ello fuera una desgracia total. En la calle reapropiada por los dueños de los automóviles y los franeleros, los niños encontrarían una diversión, como recuerda Sandra: “[se podía] jugar escondidas porque, como había coches, ahí te podías esconder”.

Una revisión de las prácticas espaciales como las que se describieron antes nos permite observar como los actores reestructuran voluntaria e involuntariamente el orden socioespacial de un lugar. Estas formas de control, dominación, apropiación y uso están articuladas a las que son resultado de dinámicas económicas, políticas y sociales generadas a través de proyectos globales, nacionales y regionales. En la síntesis que acontece en el lugar se observa cómo dentro de los marcos de la diferencia y la desigualdad los actores renuevan el sentido práctico y simbólico del espacio.

Distinciones: consumo elitista y consumo popular

Entre los viejos residentes de los alrededores de la plaza San Juan hay un aspecto de la apropiación del espacio que expresa formas de distinción en el consumo: la representación de los mercados de López y Pugibet.²⁷ Detrás de cada representación hay un conjunto de prácticas de consumo que vinculan de manera desigual a los habitantes del barrio con su entorno, en concreto, el poder adquisitivo que permite acceder de manera regular a determinados productos. Con este acercamiento recuperamos el planteamiento de Ramfis Ayús (2005: 51), cuyo trabajo invita a apreciar los mercados como *procesos* definidos por prácticas, intercambios y vivencias sociosimbólicas que trascienden sus estructuras arquitectónicas.

A los intentos que gobierno y privados realizan con la intención de reconducir los significados y prácticas de consumo del Centro (Leal, 2007: 31; López, 2007: 23), habría que añadir los procesos por los cuales los viejos residentes confieren sentido a sus consumos y a sus lugares de abasto. Esto nos estimula a rastrear el universo simbólico que envolvía al antiguo mercado de San Juan, sin embargo, aquí sólo retomaremos la voz de Antonio (71, comerciante, viejo residente) cuando subraya y recuerda. “En los mercados no se pasa hambre [...] Íbamos con la señora de la cremería y la salchichonería ‘Rosita’, ‘Ya vienes, tú. Dale a este muchacho, ándale’. De los recortes que quedaban nos hacíamos unas torta, joven, unas teleras, ¡pero así! [...] Y nunca pasamos hambre”.

Este tipo de apropiaciones hoy suceden teniendo por base la descentralización de los mercados y el tipo de productos que expenden, pero ante todo, la experiencia de consumo posible según los medios que se posean. En este contexto es que se han constituido en el barrio un mercado elitista, el de San Juan – Pugibet, y un mercado popular, el de San Juan – López. Ambos son contrastados por su origen y transformaciones, por sus problemas y necesidades, lo que a su vez explicita la cercanía física y la distancia sociosimbólica que los diferencia.

Al mercado elitista se le nombra regularmente como el mercado de San Juan, sin apellido, o por su apelativo, el Mercado de Especialidades. La variedad y sofisticación

²⁷ El abordaje de este vínculo entre espacio y distinciones tiene como trasfondo el de la producción del efecto de lugar del que habla Pierre Bourdieu (1999).

de sus productos llaman al asombro de cautos e incautos, quienes una vez que lo conocen lo sitúan fuera del grupo de mercados sucios, deteriorados y anticuados de la ciudad. Este privilegio es parte de la exaltación de su exotismo, resumido en el listado de productos que allí se expenden, “que son de otras calidades, más ricas y más caras”, como dice Joel (ca. 70, religioso):

Pero hay este otro Mercado de San Juan que es elitista, totalmente elitista. Aquí, no sé cuál es la calle... Pugibet. Es muy interesante porque el mercado es un bellissimo mercado en donde encuentras de todo, y encuentras cosas que no encuentras en ningún otro mercado de la ciudad de México. Inclusive, artículos o animales para comer que no encuentras en ningún otro lado. Encuentras tiburón, faisán. Encuentras venado, encuentras jabalí, cocodrilo... para comer, eh.

O sea, es increíble. Naturalmente, tú entenderás que a un precio prohibitivo para muchos de nosotros. Pero es muy interesante, porque las fresas mismas que encuentras allá, en el Mercado de San Juan (López), pues, buenas, frescas, a un precio, acá encuentras unas fresas bellísimas, grandísimas, hermosísimas, que van desafortunadamente, para los restaurantes de lujo, que los vienen a traer a cualquier precio, porque pues lo vas a poner a cualquier precio en un restaurant de lujo. Y carnes muy especiales, todo, ¿verdad?

Ojalá que puedas ir algún día. Existen dos cremerías en donde venden unas tortas muy especiales, paninos podríamos decir, al nivel italiano, de jamón serrano, de carnes muy finas, etcétera. Saben deliciosamente, pero pues no, en otro mercado, en otro lugar, en los puestitos de afuera te venden las tortas de \$10 o \$20 pesos, y ahí te cuestan \$192. Sí. Pero muy interesante, también por las personas que frecuentan el mercado, que frecuentan el otro mercado, o sea, hay para todos los gustos, ¿verdad?

Se distinguen el mercado, los productos y las personas que consumen, quienes destacan tanto por su capacidad de compra como por su gusto culinario. Al mercado pueden entrar todos, pero en 2011 una persona necesitaba 15 o 18 mil pesos para adquirir un kilogramo de angulas, y entre mil y mil 100 pesos por uno de cangrejo Alaska (Hernández, 2011).²⁸ El consumidor ideal de este mercado pertenece a una “élite”, de acuerdo al marco interpretativo de los viejos residentes. Se trata de extranjeros, artistas, chefs renombrados, personas de abolengo, altos funcionarios de gobierno e integrantes ilustres de la religión, “Ellos son los que consumen en esos lugares”.

A unos metros del mercado elitista está el Mercado de San Juan – López, al que un vecino llamó “de chile, tomate y cebolla” para enfatizar su carácter popular. “Ese es popular porque encuentras de todo, pero me refiero a todo lo que comemos, o lo que comemos normalmente: frijoles, huevos, lo más acostumbrado”, allí quien va “somos nosotros”, dice Laura (67, hogar, viejo residente). Los artículos de consumo del

²⁸ Un detalle destacable es que muchos de los puestos no exhiben los precios sobre sus mercancías, como sucede en otros mercados públicos de la ciudad, donde se utilizan creativos anuncios con frases y exclamaciones dirigidas al consumidor. En este mercado uno debe preguntar al despachador el precio de cada producto.

mercado de López no sólo son ordinarios, de uso cotidiano, son “puras cosas nacionales”, incluso sus transformaciones acentúan este carácter popular, pues durante los años en que el comercio callejero estuvo instalado en las banquetas del Eje Central Lázaro Cárdenas, el mercado fue dando un giro hacia la venta de comidas. Locales donde antes se vendían insumos básicos fueron modificados para poder cocinar en ellos los alimentos que necesitaban quienes comerciaban en las banquetas. Otros fueron convertidos en verdaderas cocinas económicas o restaurantes, que incluyen locales con segundo piso y decoración. Iván aclara al respecto (53, comerciante, viejo residente): “Ahora ya es mercado de comida, pura comida. Ya casi no hay muchas cosas como... sólo para ir a comer, nada más. Puro puesto de comida”. En este mercado no hay paninos ni carnes finas, sino menús, comidas corridas, tacos, aguas y tortas. A esto se suma que en sus inmediaciones todavía están instalados integrantes de dos organizaciones de comerciantes callejeros, que ofrecen películas, accesorios diversos, ropa, celulares y música.

Imagen 12. Mercancías que hacen la distinción



Los tipos de mercancías, sus precios y su presentación nos revelan la manera como las distinciones sociales están inscritas en los espacios. Esto nos da indicios del tipo de clientes que tiene cada mercado. Folleto promocional del Mercado de San Juan – Pugibet y local del Mercado de San Juan – López. Foto del autor. 10/12/2012.

Las distinciones podrían hacerse sólo entre las condiciones físicas de los mercados o sus productos, pero en la apropiación simbólica que han efectuado los viejos residentes, éstas son impensables sin la asociación con sus propias prácticas de consumo y de uso del espacio. No obstante la crisis en que se encuentran los mercados públicos (Ibarra y Balderas, 2010) o los intentos por desaparecerlos (Gómez, 2013), siguen siendo “marcas urbanas insoslayables o puntos de encuentro social, económica y culturalmente significativos” (Ayús, 2005: 43) que desencadenan, como en el caso de los alrededores de la plaza San Juan, espacios de distinción, espacios que es necesario recordar que también cambian de acuerdo a las nuevas necesidades. Los comerciantes de estos lugares también se adaptan o resisten.

El proyecto incierto, amenaza y oportunidad

Desde hace algunas décadas, han pervivido en los alrededores de la Plaza San Juan diversos rumores relacionados con proyectos de refuncionalización de amplias porciones de la zona. Este proyecto a veces tiene nombre y sentido claro, a veces no, por lo que se convierte en una fuente de incertidumbre sobre el futuro. El cambio correspondería a la creación o aplicación de un proyecto arquitectónico y urbanístico impulsado por el gobierno en asociación con inversionistas privados. Frente a ello han tenido que posicionarse los habitantes, pues trastocaría las formas de apropiación material y simbólica que les unen al lugar. Esto lo han hecho de maneras distintas, en algunos casos se mira esta posibilidad de cambio como una oportunidad y en otros como una amenaza, aunque hay entre quienes la posición es ambigua, en particular, por las experiencias pasadas para enfrentar el cambio.

Los rumores sobre este radical cambio en el Centro Histórico tienen su origen en los sismos de 1985, los cuales no resultaban del todo inverosímiles si recordamos que había grupos interesados en librarse de los viejos residentes. En *Nada, nadie. Las voces del temblor*, Elena Poniatowska retrata el tipo de comunicaciones que iban de boca en boca alertando a la gente:

Han oído hablar día tras día de la zona dorada, un plan gubernamental para hacer de la Alameda a Tlatelolco un gran parque con museos, edificios coloniales (los que ya existen) y una zona comercial dirigida fundamentalmente al turismo. Los colonos de la Guerrero y la Morelos lo viven como una amenaza; son proyectos que se hacen sin consultarlos y sin proponerles alternativas. En México, los pobres no tienen alternativas. Ser pobre, en nuestro país, es una verdadera desgracia. (Poniatowska, 2011: 277).

En aquellos años este rumor fue un elemento articulador de la oposición de las organizaciones de damnificados que buscaban hacer valer el derecho a la vivienda de los más pobres. Era claro que un proyecto de este tipo beneficiaría sólo a los propietarios, los especuladores y a los promotores del rescate del Centro Histórico, mientras que la gente sin vivienda sería expulsada. El proyecto del que hablaron los vecinos, como Rebeca (67, comerciantes, viejo residente), tiene resonancia en aquellos rumores pasados acerca de “desalojar la zona centro” de todo el comercio y los oficios pequeños: “Estaba programado que nos iban a quitar [...] Iba a ser una zona turística. Entonces era de allá a acá, y de acá era de aquí de Arcos de Belén a la Avenida Juárez. Era todo lo que empezaban así, iban a quitar, según. Se iban a quedar los que tuvieran [dinero]”. Casinos, bancos y hoteles conformarían este complejo, un verdadero centro financiero y turístico, “áreas comercialmente exclusivas”. En ello intervendría el multimillonario Carlos Slim, quien convertiría la Torre de Telmex, según Asunción (ca. 60, comerciante, viejo residente) “en una mini plaza [comercial]” con mirador; edificios maltrechos como los de Aranda “ya están sentenciados” a desaparecer.

En otra versión no habría cambio radical, sino transformación por etapas, en donde lo hecho como parte de la revitalización tendría un lugar específico en un mediano o largo plazo, y donde el deterioro persistente y el abandono gubernamental tendrían su lugar dentro del plan. Pero la llegada del Metrobús o la peatonalización del Barrio Chino no serían las únicas señales que identificarían los viejos residentes de que este proyecto estaba realizándose por etapas. A ellos llegaron en distintos momentos ofertas de compra de departamentos y accesorias de supuestos funcionarios del gobierno, quienes les ofrecieron, dice Rebeca, “nomás pagar el departamento a precio catastral, que es un bicoca”. La reubicación de las bodegas de pescados y pollo de la calle de Aranda en el año 2000 también es parte del proyecto, pero en complicidad con los chinos, que según “ya habían comprado todo eso”.

Ante esta lluvia de información de origen incierto las personas se han encontrado ante la encrucijada de vender o no hacerlo. Algunos consideraron que “ya dependía de cada quien si les vendía”, no obstante que esos interesados dejarán a su suerte a los otros. En esta evaluación también se escucha el eco de la experiencia pasada, tanto aquella de los que querían vender el terreno de la vecindad como el de los que

vendieron su departamento. Tampoco se le escapa a la memoria el caso reciente de la venta que permitió la construcción del Complejo Juárez. Estas experiencias forman parte de un repertorio que les permite visualizar su campo de acción ante la posibilidad de que esta transformación radical se emprendiera. Raúl (42, franelero, viejo residente) hace sus apuestas y se pronuncia: “Pues llegan propuestas, pero ya la gente ya no es tan tonta, ya sabe que está valuado el piso de aquí. Es caro el piso de aquí. Es más caro que irte a vivir a Las Lomas. Irte a vivir a Las Lomas les salió barato a los que compraron allá, y tienen amplio patio y todo”.

Hay una oportunidad para salir ganando si uno se resiste a la venta inmediata, aunque a los ojos de un crítico resulte una victoria pírrica sobre el capital inmobiliario y financiero. Así lo dicta la experiencia de quienes se salieron de sus edificios cuando ya estaban construyendo, como recuerda Lucía (59, empleada, beneficiaria de la reconstrucción): “les dieron más de millón y medio de [viejos] pesos de las casitas que les hicieron”. Se reconoce el precio del suelo y pareciera que al ser propietario no se pudiera evitar la ambigüedad ante la oportunidad que ello representa. Por el contrario, cuando no se tiene la propiedad, la amenaza se materializa aunque el proyecto sea incierto, como en el caso de Antonio (71, comerciante, viejo residente) al referirse a la relación con el gobierno: “A la autoridad realmente lo que le interesa es que se pierda la actitud de responsabilidad de ellos para con nosotros, y así la gente vaya saliéndose de aquí, porque esto es una millonada en dólares, ¡en dólares! ¡Es el Centro!”.

En el marco de los rumores sobre este proyecto incierto de transformación radical de la plaza San Juan y su entorno, los viejos residentes interpretan las propuestas existentes que tienen a mano a la luz de sus aspiraciones y sueños. Por ello, una versión del Programa Parcial de Desarrollo Urbano Centro Alameda o un tríptico de la empresa Reichmann International en el que se ilustra la construcción del Complejo Juárez es visto como un proyecto integral que les beneficiaría. De acuerdo a la interpretación de Antonio:

Este es el proyecto Alameda, ¿sí? “Tres Nuevos Símbolos para la Ciudad de México. Una tradición que continuará...” [...] Alameda Urbana, Reforma-Chapultepec y Santa Fe. Ese es el proyecto que algún día la gente tenía... así iba a quedar. [...] todo esto iba a ser peatonal, desde Juárez hasta aquí. Iba a haber, iban a cerrar calles, sí iban a hacer puentes, peatonales, para que la gente pasara al mercado, pasara... etcétera. [...] Aquí está todo lo que se iba a llevar a cabo. Revitalización económica, proyectos catalizadores, imagen urbana plaza San Juan, patrimonio histórico, etcétera.

Imagen 13. Imágenes abiertas a la interpretación



Vista aérea sobre la Alameda
Los instrumentos de la planeación urbana, como esta ilustración de la empresa Reichmann International, son objetos que los actores se apropian dotándolos de sentidos múltiples en función de sus concepciones del mundo, sus recursos y aspiraciones. Foto del autor. Sin fecha.

Estos escenarios de transformación, en proceso o inciertos, ponen en duda la continuidad de las formas de apropiación y uso del espacio y la vida vecinal de los viejos residentes del lugar. La posibilidad de que se sacudan las reglas que organizan estas dimensiones de la vida social conduce a imaginar salidas en un contexto de información fragmentada e incompleta que ellos interpretaran de la mano de sus redes y de sus recursos escolares, culturales, económicos y políticos, que como hemos visto, toman como ejemplo los márgenes de lucha y resistencia que detonó una transformación socioespacial como la reconstrucción de la vivienda.

Este recorrido por las formas de pertenencia socioterritorial nos ofrece un panorama de las prácticas existentes en los alrededores de la plaza San Juan, las cuales nos revelan la manera como los actores, en particular los viejos residentes, negocian los parámetros que regulan las formas de control, dominación, apropiación y uso del espacio. El observar algunas de las prácticas y representaciones relacionadas

con el usufructo de este recurso nos ha permitido conocer un conjunto de jerarquías y desigualdades socioespaciales, así como la manera en que los proyectos que apuntan a reorganizar el espacio trastocan las bases de la estabilidad y la seguridad necesarias para el desarrollo de las actividades cotidianas.

CAPÍTULO TERCERO

PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO PÚBLICO Y DERECHO A LA CIUDAD

Si hay producción de la ciudad y relaciones sociales en la ciudad, ello no es otra cosa que producción y reproducción de seres humanos, mejor aún que producción de objetos. La ciudad tiene una historia; es obra de una historia, es decir de personas y grupos muy determinados que realizan esta obra en condiciones históricas.

—Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, 1978

Introducción

El conflicto surgido entre los vecinos a propósito de las recientes transformaciones socioespaciales de la plaza San Juan y su entorno nos traslada hacia la relación que existe entre éstas, la vida vecinal y el espacio público. Por medio de la indagación sobre el proceso que desembocó en la redefinición material y simbólica de una plaza pública, se pudo observar la confluencia de las dinámicas de la vida vecinal, los intereses de varios actores sociales de la zona y las prácticas gubernamentales que producen el Centro Histórico de la Ciudad de México desde la perspectiva de la revitalización.

La participación de los viejos residentes en este proceso de transformación socioespacial adquirió un cariz particular en la medida que utilizaron estrategias de producción social del espacio en las que su posicionamiento ponía en juego la experiencia de los cambios pasados, y, en buena medida, el universo de clasificaciones y relaciones que organizan la vida vecinal. Éstas atravesaron la producción y siguen definiendo el valor de espacios y actores hasta nuestros días, en particular los que conjugan esparcimiento, trabajo y comercio. En este sentido, la reflexión sobre cómo los actores producen y se apropian del espacio público es el centro del problema, porque de ello se desprende su condición de espacio de conflicto o concordia. Una disputa sobre el terreno de la producción del espacio tiene relevancia en cuanto al reconocimiento de los múltiples actores que valoran el espacio existente y el probable — el que la técnica y la imaginación permiten producir— en tanto bien integrado a las formas de reproducción de la vida local, como lo puede ser una plaza o una calle.

Para analizar la conexión entre transformación socioespacial, vida vecinal y proyectos gubernamentales, primero se presentan los aspectos fundamentales de la escala micro de producción social del espacio público. En el siguiente apartado se

exponen distintos momentos del conflicto que llevó a la producción de un espacio público –la plaza–, de tal manera que sea visible el vínculo con las tensiones entre vecinos y la emergencia de una política de defensa del lugar. Enseguida se presenta al conjunto de actores y prácticas que han sido estigmatizados en estos procesos por el tipo de participación que tienen en la producción del espacio público local. Esta es una arista de las consecuencias de la lucha por el control, dominio, apropiación y uso del espacio público en la plaza San Juan y su entorno. El último apartado articula los elementos previos para debatir la importancia del derecho a la ciudad y el estudio de las resistencias por el espacio “mínimo” cotidiano. Esto nos da la oportunidad de conocer las evaluaciones que hacen los viejos residentes de los usos de lo público en diferentes temporalidades y las consecuencias que tienen sobre lo lúdico popular y la percepción del recurso espacio que se posee.

La escala micro de producción

Uno de los riesgos que se corre al enfocarse en la capacidad productiva del espacio que posee el ser humano es la de sobredimensionar el alcance de la voluntad individual o de la determinación social que orienta las acciones. Investigar los efectos de uno u otro no es tarea fácil, y en los estudios urbanos existen propuestas que dan cuenta de los contextos sociohistóricos de producción del espacio sin olvidarse de la agencia de la acción humana. A este respecto, la obra de Emilio Duhau y Ángela Giglia (2008; 2012), y en particular su definición de la *ciudad del espacio disputado*, permite identificar el marco de producción de los viejos residentes de los alrededores de la plaza San Juan a través de las características fundamentales del orden urbano de esta porción de la metrópoli.

La importancia de la definición de este orden se debe a su relevancia en la generación de tensiones y contradicciones con los procesos que rigen las otras escalas de producción, de las cuales ya hemos visto algunos ejemplos en el primer capítulo.²⁹ La escala micro de producción social del espacio de un fragmento del Centro Histórico

²⁹ En la definición de Duhau y Giglia (2012: 166) el orden urbano es "el conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a algún nivel del orden jurídico) como convencionales, a los que los habitantes de la ciudad recurren, explícita o tácitamente, en su interacción cotidiana en el espacio urbano y por medio de las cuales establecen sus expectativas y organizan sus prácticas relacionadas con los usos, la apropiación y los significados atribuidos a los espacios y artefactos de la ciudad".

de la Ciudad de México se incorpora a la llamada síntesis del lugar en tanto conjunto de prácticas y representaciones de quienes la habitan en su singularidad posibilitando una organización del espacio. Entre las principales características que identifican a la *ciudad del espacio disputado* pueden señalarse las siguientes: *a)* es un área a la que se atribuye un alto valor histórico y patrimonial, *b)* conserva un carácter central para toda la metrópoli o para una región dentro de ella, *c)* es un tipo de contexto urbano de gran conflictividad y de un equilibrio precario por la competencia de usos del espacio (Duhau y Giglia, 2012: 182-183), *d)* es objeto de dispositivos reglamentarios específicos, *e)* muestra un aglutinamiento residencial relativamente estable de parientes, amigos y conocidos, y *f)* posee espacios públicos intensamente habitados con un déficit regulatorio en su gestión (Ibíd.: 232-263).

El tipo de conflictos y resistencias que emergen de estas condiciones de producción del espacio público en el Centro Histórico, se encuentran, como advierten los autores de *Las reglas del desorden*, en una coyuntura marcada por la renovación urbana, los cambios de uso de suelo y la proliferación de nuevas actividades y formas de habitar. La participación de los viejos residentes del lugar en los procesos de producción del espacio público tendrá la impronta de otras fuerzas sociales y de sus propias experiencias en un contexto socioespacial que ha cambiado de manera constante en las últimas décadas. Por ello es que las relaciones sociales, como apunta Claudia Zamorano (2010: 38), toman la forma de “diálogos entrecortados” entre actores, que, como sucede en el caso de esta investigación, alcanza un nivel de conflicto cuyo efecto se percibe hasta nuestros días.

Trabajar la escala micro de producción social del espacio supone ante todo el reconocimiento de los actores que entran en la disputa por la producción misma, tomando en cuenta que a través de ella se busca responder a necesidades materiales y simbólicas. Desde esta perspectiva, es necesario trascender la noción de “usuarios que ocupan el espacio público”, para ubicarnos en un enfoque de actores sociales que se lo apropian, utilizan y transforman en contextos que implican relaciones de poder (Zamorano, 2010: 35; Haesbaert, 2011: 214). Este punto de partida permitirá que el estudio en la escala micro muestre algunas aristas de los procesos de territorialización en una sociedad capitalista, marcada por el desigual acceso a lo público y por la

existencia de un espectro de clasificación de actores que oscila entre los dominados y los dominadores, entre los que pueden controlar el espacio y los que sólo pueden apropiárselo de forma precaria.

El espacio público

Hablar de la producción del espacio público supone definir lo que se entiende por él. Esto es una necesidad en el ámbito académico porque el concepto ha tenido una relevancia innegable en el debate filosófico, sociológico y urbanístico. El reto para la antropología urbana es mantener la conexión entre las dimensiones materiales y simbólicas del espacio, con la finalidad de que el análisis pueda hacer fructificar la experiencia integradora que poseen los viejos residentes del lugar en su habitar cotidiano. Así, los espacios públicos pueden ser tratados como bienes con características físicas transformables por medio del trabajo y la tecnología, por ejemplo. Son espacios a los que se atribuyen propiedades que pueden cuantificarse, compararse y jerarquizarse (por su extensión o la cantidad y calidad de sus objetos). Esta caracterización, que sin duda es una forma de representarlo, le otorga un valor junto a otras representaciones que pueden partir de parámetros distintos. Éstos no pueden dissociarse de las acciones que producen el espacio público, pues se trata de un «espacio de actividad», como indica Joan Subirats (2012: 729). Las prácticas económicas, políticas, culturales y sociales lo distinguen con una materialidad y temporalidad con cualidades singulares en un momento histórico.

Desde la perspectiva de Erving Goffman (1966), esta materialidad y representación del espacio público tiene una importancia determinante en la observación de las reglas de interacción que dominan en las diferentes culturas. Los «lugares públicos», calles, parques, teatros, tiendas u otros puntos de reunión, son cualquier «región de una comunidad» a la que tienen libre acceso sus miembros, donde el científico social puede observar las «más difusas formas de la organización social» (Goffman, 1966: 3-4, 9; *traducción mía*). La estructura de relaciones sociales que otorga legitimidad a ciertas prácticas y hace ilegítimas otras se expresa en el espacio público a través del reconocimiento mutuo de los actores sociales; esos *otros* que están presentes en el espacio público representan prácticas con su sola apariencia. En esos

momentos se evalúan en la apariencia y el comportamiento, marcando los puntos de inflexión entre lo esperado y lo acontecido, que a su vez, da la pauta para la emergencia de conflictos y disputas por el monopolio de la producción y la organización del espacio.

Al ser el espacio público un bien en disputa, forma parte de las luchas por la definición de los usos del suelo, que, como hemos visto, están asociados a cuestiones como la pertenencia socioterritorial y la construcción de entornos de seguridad y estabilidad entre sus habitantes (Safa, 2001: 175). A la disputa por los criterios que orientan la producción del espacio público, se suman aquellos que delimitan los usos que han de predominar en el espacio y el tiempo, aun sea en términos ideales. El espacio público desde esta perspectiva se convierte en un «recurso» que puede devenir escaso según la demanda existente, al grado incluso de provocar la «insostenibilidad» del régimen que lo gestiona (Subirats, 2012: 730). Este fenómeno, atado a la distribución del aprovechamiento del recurso, crea privilegios y formas de inclusión precaria entre los actores congregados en torno a él.

Este régimen de gestión se funda en las reglas formales que facultan a la autoridad para ordenar el espacio público, pero principalmente en el uso de reglas informales, consuetudinarias, con las cuales diversos actores se orientan para la producción del espacio y la regulación de las prácticas urbanas que en allí acontecen (Duhau y Giglia, 2008: 502). Esto constituye el pilar de lo que estos autores reconocen como ambivalencia en la gestión del recurso espacio, en la que mucho tiene que ver que la mayor parte de la ciudad ha sido producida de manera informal a través de múltiples intervenciones particulares. Como se mencionó antes, la ambivalencia es el resultado de la falta o la parcialidad del arbitraje de la autoridad, pero también del hecho de que muchos actores sociales prescinden de las reglas formales para seguir premisas de beneficio grupal o individual.

Con base en estos referentes es que se hizo el registro de experiencias específicas de la disputa por la producción del espacio público, lo que permitió detectar cómo crecen las tensiones entre los actores que lo han integrado a la reproducción de su vida cotidiana. Esto incluye no sólo el conflicto entre vecinos, sino las estrategias de negociación sobre estos espacios compartidos, parcialmente gobernados por las

autoridades y por la complejidad de las prácticas espaciales. Es por ello que a continuación se presentarán los pormenores de un caso donde la disputa por la producción activó las dinámicas de la vida vecinal y la experiencia de las transformaciones socioespaciales.

La plaza San Juan como bien en disputa

Esta plaza, cuya existencia se encuentra ligada al comercio y la religión desde tiempos prehispánicos, ha sido el centro de disputas diversas que no están registradas con toda precisión, y sólo a través de la historia del mercado hemos podido apreciar algunas de las transformaciones que conllevaron momentos de negociación intensos. La plaza no sólo dejó de ser el espacio para el tianguis indígena, dejó de serlo también para los mercados novohispano y porfiriano, y así abrir paso al proyecto de jardín e iglesia del empresario francés Ernesto Pugibet, quien en calles aledañas tenía la Cigarrera El Buen Tono S.A.

En la actualidad, la plaza San Juan sigue siendo objeto de disputas diversas que aglutinan a actores locales, regionales, nacionales y globales, pues en sus 4,937.73 m² y sus alrededores se desarrollan múltiples actividades que fueron trastocadas por una propuesta vecinal de transformación del espacio público. Tanto la propuesta como el conflicto alcanzaron grados que mostraron cuán escaso es el «recurso espacio» ante la diversidad de actividades que allí existen. Entre ellos se encuentran viejos y nuevos residentes que se presentaron como primeros interesados y actores centrales de la disputa, y en consecuencia, expresaron de distintas maneras su postura ante los cambios propuestos y realizados.

El proyecto y la participación ciudadana

Acceder a la información del proyecto de renovación de la plaza no fue fácil. Varios intentos tuvieron que hacerse para poder platicar apenas unos minutos con su principal promotora, Rocío (ca. 50, profesionista, 20 años en la zona). La reticencia a comentar su experiencia en el proceso de alguna manera se resume en una corta frase, “Tuvimos que romper con muchos intereses”, que sólo pudo ser comprendida en pláticas posteriores con los opositores al proyecto y con información pública sobre el periodo 2008-2010, como veremos adelante.

El proyecto que encabezó la señora Rocío formó parte de las convocatorias 2008 y 2009 del Programa Comunitario de Mejoramiento Barrial de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal. Esto sienta un precedente en cuanto que esta iniciativa ciudadana de organización del territorio posee el respaldo del gobierno.³⁰ La alianza, guiada por una serie de criterios administrativos y financieros, buscaba influir en el mejoramiento de lo que se ha llamado «la infraestructura de la vida cotidiana» (Horelli, 2007: 176), con la intención de ayudar a los habitantes de barrios con grados medios y altos de marginación a superar las desventajas socioeconómicas y urbanas, en otras palabras, una dimensión de la pobreza (Ziccardi, Vázquez, y Mier y Terán, 2012).

Este programa gubernamental, ganador de varios premios internacionales, es considerado exitoso por el modelo de participación ciudadana para la gestión de los recursos públicos, “en particular la realización de asambleas vecinales donde se aprueba el proyecto de construcción de nuevo espacio público o renovación del existente” (Ibíd.: 703-704). Quienes desearon participar, como hizo el grupo de vecinos, tendrían que construir una lógica de participación plural e incluyente en un contexto de heterogeneidad de actores con el fin de alcanzar sus objetivos de remodelación de la plaza. Estos se fundaban en un diagnóstico somero de las condiciones de vida de la gente y de la calidad del espacio público, entre las cuales destacan un cúmulo de necesidades socioeconómicas insatisfechas y una demanda popular de espacios de descanso, esparcimiento y recreación para la población joven (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2008: 4-5).³¹

Meses más tarde el proyecto resultaría ganador y sería dotado el primer año con 1 millón de pesos, y el segundo con 1 millón 100 mil pesos para su realización. Cada uno tendría un objetivo central en términos de la producción del espacio público: el rescate y remodelación de la plaza San Juan, y la peatonalización de las calles de Buen Tono, Aranda y Puente de Peredo. Como en un juego de opuestos, cada remedio

³⁰ El análisis de esta arista impone muchos más desarrollos en la medida que la asociación entre Estado y Sociedad puede observarse como una forma de incorporación de una territorialidad tradicional a “la máquina despótica” de la territorialidad estatal (Haesbaert, 2011: 162); o como sugieren Horelli (2007: 176) y Sánchez (2012: 683), una alianza positiva que da certeza a la propuesta ciudadana y coloca al Estado como garante de derechos.

³¹ El documento citado forma parte del expediente del proyecto presentado por los vecinos a la Secretaría de Desarrollo Social del Distrito Federal. En él se encuentran también las facturas, los informes y otros pormenores del proceso de remodelación de la plaza San Juan, a los cuales tuve acceso previa solicitud de información pública.

mayor atendería un problema mayor, por un lado, la subutilización y el deterioro de la plaza, por el otro, el dominio de los franeleros y el vandalismo. Esto se traduciría, de acuerdo al proyecto, en: *redistribución* de espacios, *retiro* del comercio ambulante y de los elementos modernos que rompan la imagen de la plaza, *sustitución* del mobiliario urbano, *reubicación* de la base de peseros y de los bustos de los locutores, *construcción* de un kiosco, *colocación* de un módulo de vigilancia, de una cancha de fútbol y una de basquetbol, *uniformización* de la imagen con una gama de colores y *reducción* de los elementos agresivos del entorno (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2008: 13-16).³² Con este conjunto de criterios, el grupo promotor manifestaba su deseo de incorporar la zona y la remodelación de la plaza al programa de rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2008: 32), pues consideraban que el proyecto estaba pensado para adherirse a este “plan con perspectiva integral”.

La producción del espacio público en estos términos se convino en distintas reuniones vecinales que debían ceñirse a las normas establecidas en leyes y programas gubernamentales, las cuales se orientan hacia «la vigorización de los Centros de Barrio» y la «regeneración de zonas decadentes» de la ciudad.³³ En este sentido, la autoridad no sólo evaluó el contenido del proyecto y su viabilidad en términos urbanísticos, económicos y de seguridad pública, sino que, de acuerdo al reglamento del programa, verificó que se cumplieran las condiciones político-sociales para el inicio de las obras. De las asambleas se tiene la constancia protocolaria en los archivos del gobierno de la ciudad, mas no de los detalles del desarrollo de estas actividades públicas. Las dudas sobre estos procedimientos se convirtieron en el foco de las críticas de la oposición al proyecto y un punto de inflexión en el mecanismo de participación ciudadana implementado.

El reclamo realizado por el grupo de vecinos opositores, viejos residentes y comerciantes de la zona, cuestiona la manera como se buscó involucrar a la población

³² Los bustos forman parte de la Rotonda de los Locutores Ilustres, cuya creación fue promovida por la Asociación Nacional de Locutores en el año 2000 para rendir homenaje a la voces que dieron vida a la radiodifusión mexicana. Destacan figuras que participaron en dos importantes compañías que operaban en la zona: la XEW y la XEB.

³³ En el proyecto se mencionan los siguientes programas, leyes e instituciones: Programa Delegacional de Desarrollo Urbano, Del. Cuauhtémoc; Programa de Seguridad Pública para el D.F. 2006-2012; Ley de Desarrollo Urbano del D.F., SEDUVI; Ley de las y los jóvenes del D.F. (25 de julio de 2000); Ley de Residuos Sólidos del D.F. (22 abril de 2003); Secretaría de Obras y Servicios del D.F.; Secretaría de Desarrollo Económico del D.F.; y Secretaría de Desarrollo Social.

local en este proceso ciudadanizado de producción social del espacio público. La aparente exclusión de un sector de vecinos es en buena medida el anuncio del conflicto, más no sus causas más profundas, pues éstas las encontramos en los modos preexistentes de sociabilidad y en las prácticas espaciales instauradas en momentos previos de la transformación. Mientras los vecinos promotores del proyecto se colocaban a la vanguardia de la interlocución con las autoridades y del simbolismo vinculado a la revitalización del Centro Histórico en términos de lo local, se veían enfrentados a lógicas vecinales que atendían otros intereses y visiones del entorno. La vida cotidiana preexistente en los alrededores de la plaza San Juan ponía en entredicho la concepción de participación ciudadana y de disminución de las desigualdades socioespaciales que habían adoptado los vecinos promotores y el gobierno de la ciudad.

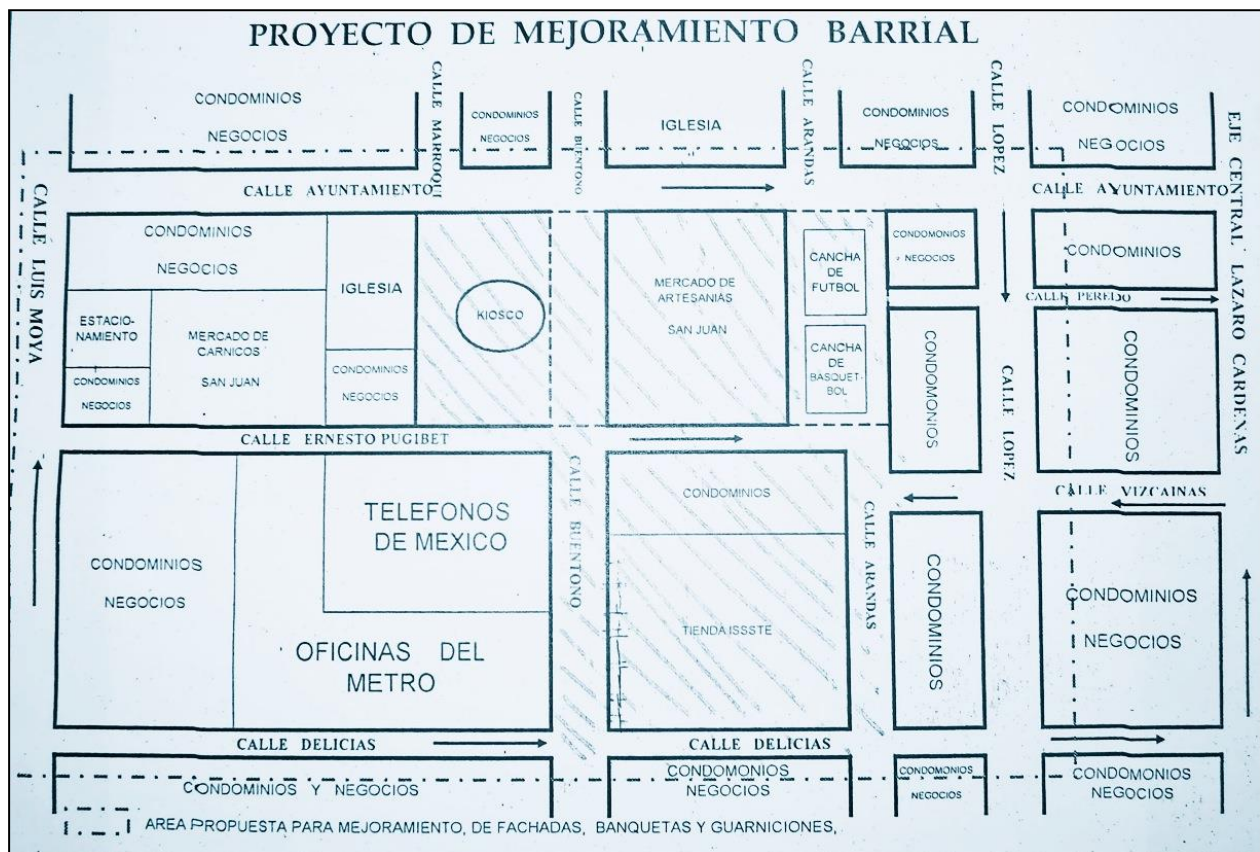
La *innovación política* de la democracia territorial regional-local de la que habla Jordi Borja (2012: 615-616) no es un signo de la remodelación de la plaza, los vecinos promotores aún tenían que enfrentarse a las resistencias de formas organizativas anteriores –vinculadas sobre todo a las redes de apoyo de los viejos residentes.³⁴ Si bien los promotores del proyecto de la plaza no conformaban un grupo con características socioeconómicas homogéneas, sus aspiraciones en torno al tipo de espacio público y las prácticas locales coincidían con aquellas que caracterizan a los nuevos residentes de clase media de otras áreas del Centro Histórico (Leal, 2011b; Zamorano, 2012). En términos generales, se trata de superar la crisis del espacio público para poder volver a él de acuerdo a un modelo relativamente consensuado de limpieza, seguridad, iluminación, prácticas recreativas y descanso.

A través del proyecto de remodelación de la plaza los vecinos promotores encontraron un camino para convertir el lugar donde viven en un referente de identidad, seguridad y estabilidad. Su síntesis *ideal* del lugar suponía la erradicación de prácticas y actores que lo habían dominado los últimos años, a quienes no se buscó o difícilmente se logró incluir en el proceso de participación ciudadana, como fue la población callejera, los jóvenes del frontón, los franeleros y un sector de comerciantes y

³⁴ En su apuesta más amplia por el «urbanismo de la gente», el autor barcelonés dice: “La participación ciudadana sólo progresa si cuestiona y transforma la vida política local.” (Borja, 2012: 618-619).

vecinos. Esto nos habla más de las distancias sociales que buscan materializarse en el espacio aprovechando los canales institucionales y los discursos dominantes sobre lo público, que de la constitución de una comunidad dialógica capaz de encontrar soluciones negociadas en condiciones de igual acceso a la información y a la capacidad de decisión. Jerónimo Díaz (2012: 13) nos recuerda que se trata de los «meandros de la política local y popular» confrontada con los modelos democráticos virtuales dominados por los sectores instruidos y con mayores capitales. El problema emerge de los intentos por superponer un modelo al otro, o de la atribución de características irreductibles a uno u otro (como la consabida horizontalidad o verticalidad en la toma de decisiones), que pueden ser los fundamentos liberales occidentales de la democracia participativa o el autoritarismo inscrito en algunas formas de poder popular.

Imagen 14. El área a remodelar



Los promotores del proyecto crearon su propia representación abstracta del espacio con el apoyo del gobierno y de la Universidad Nacional. En ella delimitaron el área y señalaron las acciones que planeaban realizar dentro del ejercicio de producción ciudadanizada del espacio público local. Fuente: Secretaría de Desarrollo Social, 2009.

Si atendemos el planteamiento de Borja sobre la *necesaria* transformación de la política local, tendremos que preguntarnos, en términos generales, sobre el sentido y los medios para alcanzarla, y, en términos particulares, sobre la correlación de fuerzas que marcan las alianzas y las confrontaciones entre actores locales, regionales, nacionales y globales, que en distintos ámbitos están presentes en el Centro Histórico.

El conflicto y las transformaciones del proyecto

La literatura de los estudios micro-sociales nos muestra que existe una serie de variables que pueden dominar la emergencia de conflictos entre habitantes de un lugar, así es que pueden predominar las de índole económica, cultural, social o simbólica. En torno a esta última, Elias y Scotson (1994: LI) señalaron que las diferencias en las normas y estándares de comportamiento, en nuestro caso en el espacio público, pueden generar tensiones entre vecinos por la amenaza que representan para la vida social local presente o futura. Estos procesos de distinción concluyen en clasificaciones que establecen quiénes son los “buenos” vecinos y quiénes los “malos” ciudadanos, o como vimos anteriormente, quiénes los invasores y quiénes los originarios. Asimismo, los conflictos evidencian las alianzas preexistentes, las emergentes y las animadversiones entre actores sociales, que pueden ser traducidas por el observador como los grados de cohesión que permiten alcanzar los objetivos de uno u otro grupo.

Entre quienes se opusieron al proyecto hubo un personaje clave: Antonio, un comerciante de 71 años que habita en la zona desde temprana edad y que ha participado de forma activa en otros procesos de transformación de la plaza. Él no sólo cuestionó el procedimiento de participación ciudadana, también lo hizo con todo el Programa Comunitario de Mejoramiento Barrial, y con las intenciones de los promotores del proyecto. Para el señor, la manera de integrar a los otros vecinos fue laxa, pues se creía bien fundada la propuesta en vista de la participación del Posgrado en Urbanismo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en su creación. Considera que era necesario “hacer una encuesta, hacer una visita domiciliaria y tocar [puerta por puerta]”, pues “todos tenemos necesidades como seres humanos. Aquí había franeleros, como los hay ahí [en Aranda], como Gustavo... ¡Gustavo es franelero!, mas sin en cambio participa como ciudadano, ofrece, da alternativas de solución”. Sin esta

consideración de la voluntad individual, sin lo que llamó “una recopilación de necesidades”, no era posible apoyar tal idea de espacio público, pues desde su punto de vista, se trataba sólo del cierre de una calle.

Por otra parte, criticó el modelo del programa por no ser una solución integral a los problemas de la gente: “Pero imagínese, vea usted las calles, ¡¿qué es un barrio?! El barrio es de Juárez a Arcos de Belén, Lázaro Cárdenas a Balderas, ¿sí? De Juárez a acá, ese es el área que había que arreglar, que remozar, ese es el programa barrial. ¿Una calle y un parque? Por favor”. El modelo de gestión de los recursos económicos fue alcanzado por la duda sobre su origen y destino, siguiendo la idea de que la realización del proyecto apuntaba a un beneficio privado y no público, como lo considera Raúl (42, franelero, viejo residente):

Es como te digo, los proyectos de Regina, de esta plaza que cerraron [San Juan], a todo le ven beneficio pero porque ellos ganan beneficios de la construcción. La señora que te digo que supuestamente ella que donó los juegos. ¡Eso es mentira! Todos sabemos que los que donaron los juegos mecánicos fueron los chinos. Esa estructura es china, no es mexicana. Sí, todo eso es chino. Todo eso ellos lo donaron para que se cerrara la calle. Hubo como un *business*, una conveniencia para que se hiciera. Ellos dieron el presupuesto, las bases, para que se hiciera lo más pronto posible y no dieran paso a la gente que estaba inconforme de que se cerrara. Así como hay gente que quiere que se cierre, también hay gente que no quiere que se cierre.

La sombra de los intereses privados sobre los públicos, real o ficticia, constituyó un pilar de la oposición y el descontento hacia la obra, la cual se asoció a la peatonalización de la calle de José María Marroquí a principios del año 2000, frente a la iglesia del Buen Tono. En aquel momento se adjudicó esta acción a los intereses de los sacerdotes, a quienes se les consideraba agentes externos deseosos de cambiar las reglas de la interacción cotidiana en el lugar “para que les convenga a ellos”. Parte de esta percepción es la idea de que las obras de remodelación se iniciaron sin previa autorización de los vecinos, razón por la que hubo que actuar con rapidez para impedirlos. En ese momento se activó la organización de los opositores y se construyeron los argumentos que “demuestran” la inviabilidad del proyecto desde una idealización del estado previo del lugar como arbolado y útil, producto del trabajo de quienes allí habitan y trabajan, y no de las intenciones de una persona extraña que no vive en el lugar.

El día que llegaron los materiales y los trabajadores a la calle de Aranda fue cuando se expresaron de manera organizada las redes de apoyo preexistentes, las

cuales sumaron vecinos y comerciantes, formales e informales. La afrenta se evaluaba en términos personales, como lo expresa Antonio: “Pero no sabía la señora que tenemos ‘vichas’, nosotros, en la colonia.³⁵ ‘Toño, vente’, sean tres de la mañana, chin... yo vivo aquí a dos cuadras”. Entre ellos había elementos en común, todos comercian en la calle o la calle, y se aglutinan en torno a esa práctica amenazada por la peatonalización, así que se buscaron las alianzas y los comerciantes de López se unieron a la oposición para impedir las obras.

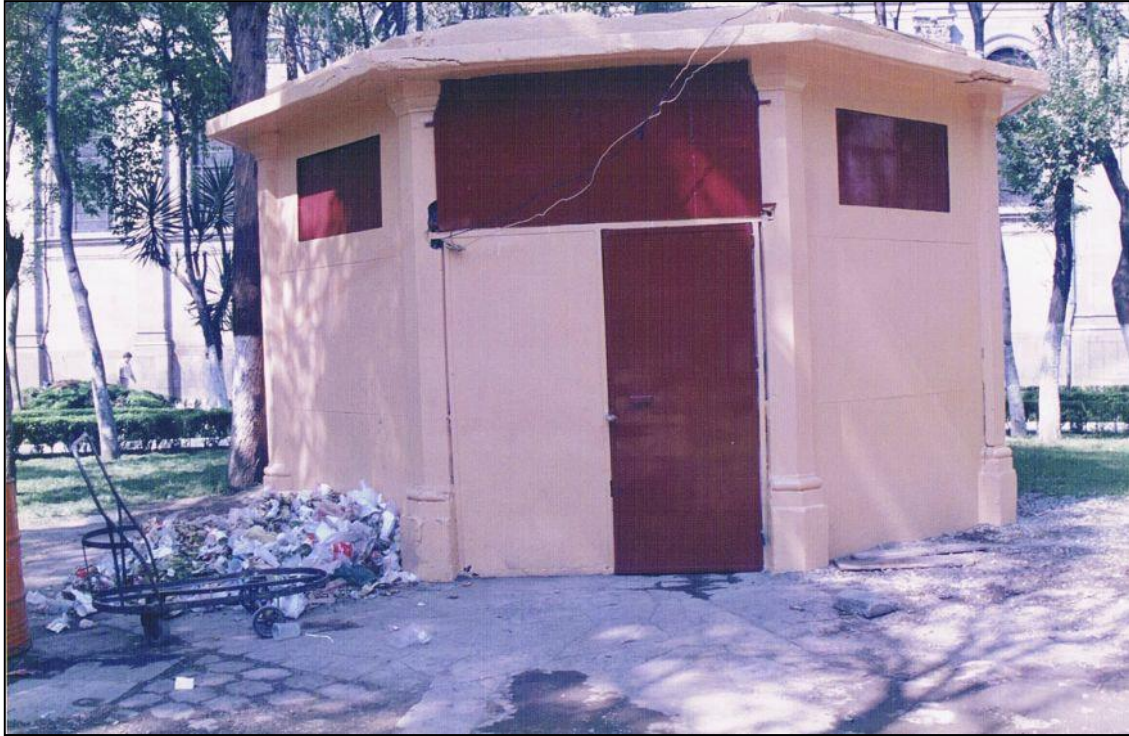
Había un conjunto de argumentos en contra que partían de la especulación, aunque eran sentidos como realidades problemáticas y amenazantes que se traducían en reclamos a los intentos por reordenar el espacio y la vida local. Que hubiera la intención de construir unas canchas de fútbol no se cuestionaba sólo por las afectaciones a las lógicas de carga y descarga de mercancías o al tránsito vehicular, sino también en función de la posibilidad de que llegasen jóvenes de otras colonias a drogarse o a beber alcohol. En el caso más explícito sobre las afectaciones a los mercados se resaltaron aquellas que limitaban el espacio de estacionamiento de los clientes, como expresó Armando (ca. 60, comerciante, 25 años en la zona), o Carlos (42, religioso, viejo residente del Centro) en torno a los problema de circulación vehicular y el cierre de las calles, lo cual contraviene la necesidad de hacer fluido el tránsito por el Centro.

Un grupo de comerciantes y franeleros de la calle Aranda fueron enérgicos opositores al proyecto. La personalización del conflicto alcanzó los niveles más precisos con el caso de Gustavo, viejo residente, comerciante y franelero de cerca de 45 años. Para él, la principal impulsora del proyecto era una “pinche vieja” que “había desmadrado” la plaza y las calles. Como comerciante y franelero de Aranda, Gustavo veía amenazado el manejo de un espacio redituable a lo largo del año, pues su negocio sólo funciona en la temporada navideña. Las cuatro hileras de automóviles que podía estacionar con sus asociados estaban bajo el acecho de un proyecto que pretendía la peatonalización y la creación de espacios deportivos para jóvenes y niños. Su posición fue intransigente, el proceso ciudadano significó para él una iniciativa sin consulta

³⁵ El entrevistado se refiere con “vichas” a vecinas que avisaron sobre la llegada de la maquinaria a los opositores al proyecto de remodelación de la plaza.

pública promovida por personas ajenas al barrio (“pinche vieja de afuera, que ni vive aquí”), razón por la que estuvo dispuesto a ejercer presión y tomar acciones contundentes, como boicotear la obra. La intensa oposición al cierre de este tramo de las calles Aranda y Puente de Peredo se sostuvo hasta el final, impidiendo el desarrollo de la segunda etapa del proyecto.

Imagen 15. Objetos útiles, pero no bellos



Estructuras con una estética y funcionalidad asociada a un contexto de producción del espacio público previo fueron demolidas para ampliar la explanada de la plaza San Juan, como fue el caso de este kiosco, donde los trabajadores de limpia guardaban sus herramientas de trabajo. Foto del Antonio (71, comerciante, viejo residente). Sin fecha.

Una parte de este conflicto quedó registrado en los archivos de la ciudad, permitiéndonos comprender algunas de las partes álgidas de la situación y conocer la persistencia de los promotores hasta finales de 2010. Si bien convivieron con la oposición desde la remodelación de la plaza y el cierre de la calle de Buen Tono, no fue sino hasta que se cuestionó su concepción de peatonalización que desplegaron toda su capacidad de interlocución con la autoridad.³⁶ La peatonalización de la calle de Aranda

³⁶ La peatonalización es uno de los emblemas de la revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México y es uno de los ejes nodales de la movilidad en la zona. En 2011 se contaba con más de 3,500 m² de calles peatonales, entre los que destacan los corredores Francisco I. Madero, Regina y Topacio-Alhóndiga, en el perímetro A. En el perímetro B es destacable la regeneración del tramo peatonal de la calle Dolores y su callejón, al norte de la zona de estudio (Gobierno

no tenía el mismo efecto que la de Buen Tono, en ésta no había vivienda ni comercio, apenas un grupo de franeleros que usufructuaban poco el espacio por la presencia de camiones y remolques de las pollerías.

La defensa de la peatonalización se convirtió en una bandera desde el momento en que emergió la oposición. Así lo señalan los reportes de los vecinos promotores a la Secretaría de Desarrollo Social: “Está retrasada la peatonalización de Aranda por la negativa de los franeleros (4) que se niegan a abandonar este tramo de la calle” (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2009). Es por esto que se plantean la necesidad de difundir la importancia del proyecto y su significado para obtener apoyo y ejercer presión ante la autoridad. Se hace referencia a la necesidad de rescatar el espacio público de “la insalubridad, la ilegalidad, la insalubridad (*sic*) y el caos de los franeleros, los pandilleros y muchos mafiosos de las Plazas Meave y de la Computación” (Ibíd., 2009). El encono creciente entre los dos grupos alcanzó las agresiones físicas y verbales en la calle, amenazas de diverso tipo que pasaron a formar parte de expedientes judiciales.

Con su organización, los franeleros, vecinos y comerciantes opositores presionaron a las autoridades y sembraron entre los promotores la duda sobre la capacidad de interlocución y el apoyo gubernamental que habían logrado. Esto se hizo visible cuando comenzaron a intervenir en el conflicto otros actores del gobierno, quienes proyectan la necesidad de cambiar la ruta de las obras y la obligación de hacer de los opositores interlocutores reconocidos, como recomendó la Secretaría del Trabajo y Previsión Social del gobierno local. A partir de este momento se hicieron más abiertas las críticas de los promotores sobre la inacción de las autoridades delegacionales, a quienes acusan de “haberse echado para atrás” a raíz de la solicitud de franeleros, polleros y vendedores ambulantes de mantener abierta la calle. La indignación no era menor, para estos vecinos organizados sólo el 2% de los opositores son habitantes de la colonia, mientras que “el resto son franeleros y ambulantes que vienen del estado de México y de la colonia Doctores” (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2010).

del Distrito Federal, 2011a: 80-82). En fechas recientes, el GDF ha propuesto peatonalizar la calle 16 de septiembre, la cual ha sido rechazada por un grupo de vecinos del Perímetro A (*La Jornada*, 12 de febrero de 2013).

El grupo promotor, que hasta entonces había transitado sin muchos problemas los vericuetos de la sobrerregulación del Centro Histórico, se encuentra ahora en sus entrañas. Primero la delegación Cuauhtémoc recomienda no instalar los juegos infantiles y el gimnasio al aire libre frente a una cantina y una pulquería de Aranda, las cuales poseen derechos adquiridos por antigüedad (Oficio DGODU/1788/09). Estas instalaciones deben ser trasladadas al área peatonal de Buen Tono, lugar donde ahora se encuentran. Más tarde se crea una Mesa Interinstitucional de Gobierno para resolver el conflicto. En vista de que el 25 de septiembre de 2009 no se han iniciado los trabajos de peatonalización, los promotores acusan de nuevo a la delegación Cuauhtémoc de no querer “comprometer a tocar intereses creados en la zona que tienen que ver con las mafias de los franeleros” (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2009).

En la búsqueda de una solución al problema tuvieron que hacer varias modificaciones a la propuesta original. Primero se abrió un carril de cinco metros y medio de ancho para el paso de vehículos y se olvidaron de la peatonalización de Puente de Peredo. Hubo también una solicitud del cambio del centro de la plaza por parte del Instituto Nacional Antropología e Historia, y más tarde, el Fideicomiso del Centro Histórico apoyó la propuesta de mantener abierta la calle de Aranda, pues era considerada ruta de desfogue de vehículos tras los cambios del Eje Central creados por el Corredor Cero Emisiones (Oficio FCH/DG/DDI/117/2009). Al final, fue la Autoridad del Centro Histórico la que presenta un nuevo proyecto, aparentemente el definitivo.

Además de estas intervenciones, el grupo de promotores debió enfrentar el cambio de varios funcionarios (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2010). Se le realizaron ocho modificaciones al proyecto original, no obstante, los vecinos promotores mantuvieron la lucha hasta finales de febrero de 2010. En una carta a Marcelo Ebrard, entonces Jefe de Gobierno de la ciudad, solicitan “que de no haber avance en este proyecto nos adelante usted el remosamiento (*sic*) al Perímetro ‘B’ y no nos deje al final, para que también aquí quede ordenado y limpio como en el Perímetro ‘A’ del Centro Histórico de la Capital y dejemos de ser el traspatio del mismo”. Este conflicto detona nuevas representaciones y la activación de todos los capitales disponibles de ambos grupos con la finalidad de ganar la disputa por el espacio. La presión que esta situación ejerció sobre los encuentros cotidianos adquirió formas específicas cuando

miramos los movimientos que hacen las personas para identificarse y confrontarse. Las aspiraciones e intereses de uno y otro grupo de vecinos son el origen de un rompimiento que se podía percibir a finales del 2012 y a principios del 2013. En esta ruptura jugó un papel central la forma como las personas se calificaban entre sí por la postura que tomaban ante los hechos.

Fluctuación y ambivalencia ante el espacio producido

Una de las consecuencias de este conflicto fue la construcción de representaciones de vecinos ligadas a sus posturas sobre la renovación de la plaza, la peatonalización y la definición de los usos apropiados de ambos lugares. En ello se jugaban la permanencia dentro del grupo y el calificativo que les identificaría en el contexto, ya en función de la animadversión o la traición. Se trata de representaciones que perduran y han dejado una huella en las formas de reconocimiento mutuo entre nuevos y viejos residentes. Se han agrupado en torno a referentes simbólicos como la antigüedad o la novedad, su apego o distanciamiento de la norma, y se han singularizado por sus comportamientos durante los momentos álgidos del conflicto.

Lo acontecido posibilitó la estigmatización de algunos vecinos, proceso que deja marcas permanentes sobre el imputado. Se trata de efectos sobre la personalidad que esta investigación no intentó indagar, pero que han sido identificados como parte de los conflictos entre vecinos (Elias y Scotson, 1994).³⁷ Los denuestos se aplicaron en ambos grupos y son componentes simbólicos del espacio construido. Lo que se pudo concretar del proyecto original es el resultado de la pugna, muestra los márgenes de la derrota y el éxito parcial tanto de opositores como de promotores. Estos últimos encuentran en la parte terminada de la plaza un motivo de orgullo al mostrar que la peatonalización ha triplicado la participación vecinal y el disfrute de lo remodelado por más vecinos (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2010).

La animadversión hacia la principal impulsora del proyecto de remodelación fue expresada por distintos actores, quienes la acusaron de utilizar los recursos públicos para su beneficio, para mejorar sólo el entorno inmediato a su vivienda y de no

³⁷ "How far the shame of outsiders produced by the inescapable stigmatisation of an established group turns into paralysing apathy, how far into aggressive norm and lawlessness, depends on the overall situation" (Elias y Scotson, 1994: XXVIII).

reconocer la antigüedad y las necesidades de los otros vecinos. Su estigmatización fue un acto de poder de quienes monopolizan uno de los principales recursos simbólicos del barrio: la pertenencia socioterritorial. Con base en este criterio se le excluye de la participación dentro del grupo que puede justificar sus acciones por la apelación al “antiguo barrio de San Juan Moyotla” como lugar de origen. Los recursos institucionales de esta promotora tienen un peso poco significativo dentro de las lógicas de la vida vecinal y comercial imperantes.

Su presencia está vinculada a prácticas mal vistas por el contraste que provocan frente al orden dominante de años atrás, por ello Gabriel (ca. 45, comerciante, viejo residente) dice: “Si querían cerrar Aranda también, atrás del mercado, se opusieron los vecinos. Yo sé que vive alguien perredista ahí, ahí en ese edificio rojo. También así, sé que vive alguien. Cualquier cosa así, luego, luego, viene la policía, cualquier cosa”. Su participación en la convocatoria se atribuye a una condición cuestionable, a su “viveza”, “egoísmo” y extranjería. Antonio cuestiona: “Los programas barriales que trajo Ebrard los, cómo te diré, los manifestó en un comunicado y alguien lo vio y lo tomó, pero un comunicado muy reducido, de gente que se arrimó, de muy poco criterio, de que no tuvo realmente vivencia aquí”.

Estas representaciones no fueron producidas sólo por los opositores, también entre los promotores hubo clasificaciones estigmatizadoras también. No obstante la distancia construida en el discurso acerca de la insalubridad, la ilegalidad y el vandalismo, uno puede identificar a los actores en cuestión: los polleros, los franeleros y los jóvenes. Un caso singular que ha quedado registrado en los informes fue el de una integrante del comité de supervisión que decidió abandonar el grupo y acercarse al de los opositores. Esta mujer es identificada como una amenaza para quienes han defendido el proyecto. Se trata de:

Una vecina que ya no participa en el Comité de Administración por ya no interesarle el Proyecto (como lo manifestó en una reunión de Comités) no ha presentado su renuncia y no trabaja con nosotros, más bien se ha encargado de proporcionarles a los franeleros todo tipo de comentarios e información tergiversada del Proyecto y los detalles y controversias del quehacer cotidiano de los Comités durante el Proyecto anterior (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2009).

La imagen de esta expromotora a los ojos de los integrantes del grupo pro peatonalización fue más criticada meses más tarde. En 2010 se le identifica como empleada del Fideicomiso del Centro Histórico y se le acusa “de acudir a organizar a

los y las franeleras de la colonia” (Vecinos organizados del Centro Alameda, 2010). Jerónimo Díaz (2012) reporta este incidente y a ella la identifica como Lisa. Ahí se expone que su separación se debió “a diversos motivos”; aunque no los detalla, menciona que una especie de relativización de su posición ante los otros marcó esta decisión: “De una manera muy ingenua pensaba que uno podía hacer algo bueno, con lo ridículo que ahora me suenan ‘algo’ y ‘bueno’, porque es tan amplio, tan vago y tan relativo que lo que puede ser ‘algo bueno’ para mí puede ser algo pésimo para algún vecino” (Díaz, 2012: 14). Esta postura marca su salida del grupo promotor y su asociación con los detractores, que en términos de Díaz, se trataría de una penetración al mundo barrial, a las formas locales populares de la política.

Imagen 16. Elementos de la nueva síntesis del lugar



La remodelación de la plaza San Juan redistribuyó los espacios con la instalación de juegos infantiles, la localización de bancas y la ampliación de la explanada. El gimnasio al aire libre y la cancha de basquetbol fueron evaluados con ambivalencia por los opositores. Foto del autor. 15/10/2012.

A finales de 2010 el área de la plaza San Juan estaba remodelada por completo, con la peatonalización de Buen Tono se extendía y complementaba el área peatonal. En el centro de la plaza, donde antes había árboles y un pequeño kiosco, ahora se abría una amplia explanada rodeada por los bustos de los locutores.³⁸ La Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe “El Buen Tono” se encontraba en restauración, así que

³⁸ En la plaza San Juan están instalados los bustos de connotados locutores del siglo XX, los cuales ahora se encuentran rodeando la explanada que recientemente se remodeló.

pronto se incorporaría a la nueva imagen. Lo construido fue tratado con cierta ambivalencia por los entrevistados, quienes frente a la nueva realidad espacial habían adoptado diferentes posturas. Armando, el comerciante cuyas palabras retomamos porque señalaba la afectación de la peatonalización a los mercados, también consideraba que había algo de positivo en la plaza: reconocía que los juegos beneficiaban a los niños. Carlos, el religioso de 42 años, también observaba las ventajas que traería el arreglo a sus propósitos de consolidar una comunidad católica en la zona. En diversas voces se repetía la opinión de que había una mayor afluencia de personas y que la plaza era limpiada con mayor regularidad, sin embargo, el reconocimiento se extendía al Jefe de Gobierno o al gobierno en abstracto, no al grupo de vecinos que participó en su realización, como nos dice Josefina (ca. 50, empleada, 13 años en el barrio):

sí he notado el cambio de ese parque, me gusta mucho porque veo muchas familias. O sea, yo he notado un cambio aquí que el jefe de gobierno entonces, Marcelo Ebrard, estos proyectos de él, porque fue bajo su mandato, han dado muy buen resultado. Muy poco, pero va muy bien, porque yo noto allí en el parque ya familias, señoras jugando con sus hijos, señores que vienen a hacer ejercicio. O sea, para mí eso es bueno. Los veo sonriendo. Yo de hecho me siento con mi hija allí en una banca, y estoy observando a la gente, entonces ahí se nota el cambio

Este nuevo espacio es el objeto de apreciaciones marcadas por la lucha. Quienes no encuentran beneficio alguno en las obras califican cada elemento del nuevo entorno con los criterios de una imagen pasada positiva, como la del señor Antonio:

Volvemos a lo del Barrial, no se puede hacer un Programa Barrial de una sola calle, de un parque y nada más. Lo deforestaron. Lo deforestaron. Mire, venga usted para que vea [Nos asomamos a la ventana que da a la plaza]. Toda esa área, había un kiosco, que nosotros quitamos. Y sembramos árboles. Ahí había como 20 árboles, en esa área. En el mero centro de la plaza. Ahora no hay más que ese adoquinado, y toda la plaza está adoquinada. Si usted ve no hay grandes áreas en donde haya filtración acuífera. Aquella calle que antes era vehicular [enfrente de la iglesia de Buen Tono] la hicieron peatonal, pero ¿qué es peatonal?, peatonal para que la gente camine, para que pase, no la hicieron para campo de futbol, campo de frontón, campo de juegos, etc. Estos drenes, estas rejillas, son para que cuando cayera el agua se fuera a una cisterna que tiene la señora. Ahí está una fuente, hay una cisterna muy grande, que supuestamente esa agua iba a servir para regar el parque. Usted ve cómo está el parque: ¡seco! Todo eso, eso nada más fue lo que hizo la señora, arreglar el parque. ¡Ah, y quería cerrar la calle de Aranda y hacer unas canchas de futbol rápido!

Con la crítica minuciosa al espacio producido se justifican las acciones pasadas, así adquiere pleno valor el haberse opuesto a la peatonalización de Aranda y Puente de Peredo. De haberse construido la cancha de futbol, dado el “fracaso” de la remodelación de la plaza, se tendría una calle “para vagos, para indigentes, para drogadictos, trata de blancas, prostitución, etcétera”, agrega Antonio. Esta

representación negativa del espacio producido está atravesada por los triunfos parciales de uno y otro grupo de vecinos del barrio, dando pie a nociones relativamente estables de la diferenciación *nosotros/otros* entre quienes que participan en la configuración del futuro vecinal.

Las políticas de defensa del lugar, el arraigo y la nostalgia

El desarrollo del conflicto en torno a la remodelación de la plaza San Juan posee algunas de las características de las políticas de defensa del lugar (Escobar, 2001), en particular por las acciones que emprendieron los opositores al proyecto. En la disputa se pudo observar el carácter dual del lugar: punto de partida de la acción política y objeto primordial de ésta, en cuanto se aspiraba a conservarlo como principio organizador de la vida cotidiana, es decir, como espacio de cultura, naturaleza y economía que contribuye a crear las condiciones de la reproducción de la vida local (Escobar, 2001: 141). En este sentido, la defensa del lugar emprendida por los vecinos opositores al proyecto puede verse como un acto consciente construido a partir del trabajo, las narrativas y el movimiento para impedir que se realicen modificaciones del entorno físico que pudieran tener impactos como la deslocalización subjetiva (Escobar, 2001: 148-149), que es un efecto del despojo al que pueden ser sometidos diversos grupos al perder parte del control en la definición de las reglas que ordenan sus entornos por las prácticas de actores poderosos.

Puede apreciarse de mejor manera en cómo fueron movilizados el arraigo, la memoria y la nostalgia con la intención de hacer presente el deseo de que la producción del espacio público tomara un camino distinto.³⁹ Al instrumentalizarlos, los vecinos los convirtieron en componentes de su resistencia, un proceso que ya había destacado Maurice Halbwachs (en Zamorano 2010: 38), y que para los viejos residentes fue central porque permitió renegociar las condiciones vecinales e institucionales de producción del espacio público, así como contribuyó a expresar las identidades individuales y colectivas asociadas a intereses económicos, políticos,

³⁹ Para la interpretación de la nostalgia es interesante la siguiente observación: “Según [Françoise] Choay, en la época actual, marcada por preocupaciones productivas y consumistas, la ciudad que evoluciona rápidamente se convierte en un espacio hiposignificante, reducido a una pura función económica. Esta reducción semántica del espacio urbano genera la creación de un imaginario llamado compensatorio que transforma la ciudad en un lugar de proyección donde los habitantes expresan sus peculiaridades y nostalgias.” (Jodelet, 2010: 83).

culturales y sociales específicos.⁴⁰ Los vecinos promotores y opositores se enfrentaron en el lugar por el lugar, basados en dos expresiones nostálgicas que retomaban experiencias y representaciones diferentes de la historia local: unos fundaban su derecho en la experiencia de haber nacido o crecido en el “antiguo barrio de San Juan Moyotla”, mientras que otros partían de su derecho a defender un espacio patrimonial, apropiándose de manera distinta de la misma denominación.

La potencia de esta política de defensa del lugar se oponía a lo que Rogério Haesbaert (2011: 195 y 208) ha denominado «desterritorialización a través de la ‘inmovilización’» o «‘desterritorialización’ sin desplazamiento físico», que tiene que ver con despojar del control de un territorio a quienes lo han construido, o con precarizar las condiciones que aseguran ese control, en lo práctico y en lo simbólico. Los vecinos opositores se plantaron en contra de una producción del espacio que limitaba los derechos *de facto* negociados en las últimas décadas con múltiples actores. Si bien en la terminología de los autores que estudian las políticas de defensa del lugar este caso podría identificarse como “conservador”, es posible señalar el despliegue de estrategias de resistencia que hacen predominar aspectos de lo local preexistente frente a un proyecto, también local, que tiene abierta relación con un ordenamiento urbano vinculado al rescate global de centros históricos.

Los iniciadores de esta perspectiva se autoimpusieron el estudio de la “política del lugar transformadora y no [de] las defensas reaccionarias del *statu quo* por parte de grupos subalternos” (Escobar y Harcourt, 2007: 13). Para la investigación aquí realizada, esta postura supone una limitación normativa que restringe la comprensión de procesos sociopolíticos vinculados al territorio, pues espera que los grupos que emprendan la defensa aporten a la lucha en contra de los procesos globales “desterritorializadores” o “precarizadores de la relación territorio-sociedad”. Algunas de las cualidades que atribuyen a estos grupos son las siguientes: reconocer y atender la micropolítica y la diferencia dentro de su organización; construir una política cultural; conformar redes para lidiar con la globalización capitalista; enarbolar una visión ético-política interna y externa; y reinventar las prácticas políticas liberales o autoritarias

⁴⁰ Es necesario aclarar que aquí se distingue *las políticas de defensa del lugar* de *las luchas y resistencias por el espacio “mínimo” cotidiano*, con la intención de señalar las diferencias en el nivel de organización de quienes disputan el espacio. Esto se sustenta en los planteamientos de los respectivos autores de estas perspectivas: Arturo Escobar y Rogério Haesbaert.

(Osterweil, 2007), en la búsqueda de la cohesión social, la permanencia y la convivencia (Horelli, 2007). Se trata, en suma, de una representación de actores *hiperreflexivos*.

Los opositores, vecinos, comerciantes y trabajadores, que han estado en el lugar varias décadas, construyeron su política de defensa del lugar y movilizaron los medios sociales (vecinales) disponibles para limitar la transformación socioespacial emprendida por el otro grupo y el gobierno. Su forma de resistencia, que a los ojos de los promotores constituía una preservación del deterioro, la ilegalidad, la insalubridad y el vandalismo, consistía también en conservar las condiciones de seguridad, estabilidad e identidad, y una respuesta a lo que Safa (2001: 247) ha llamado “la falta de instancias formales de participación ciudadana donde la población pueda *efectivamente* participar en la toma de decisiones sobre la ciudad” (*Subrayado mío*).

Actores y prácticas estigmatizados

Además de estos dos importantes grupos enfrentados alrededor de los criterios de producción del espacio público encontramos otros, con un nivel de organización colectiva menor y una capacidad de acción y resistencia limitada. Su existencia está asociada a un conjunto de prácticas y objetos que en los contextos de la vida cotidiana son dominados por representaciones impuestas por terceros, como el gobierno, que explotan sus capitales buscando controlar ciertos entornos de interacción. Rogério Haesbaert denomina a este grupo «aglomerados de exclusión», a los que asocia en primera instancia con la noción de masa, aunque explica que también incluyen “manifestaciones más difusas o ‘atomizadas’ o dispersas” que contemplan a “pequeños grupos de personas sin techo o mendigos en las ciudades de los países centrales” (Haesbaert, 2011: 277).

Los actores a quienes nos referimos en este apartado son jóvenes, personas sin hogar, dueños de perros, franeleros y comerciantes, quienes están expuestos a las dinámicas de quienes dominan los criterios legítimos de la producción social del espacio público en un contexto determinado. Como integrantes de estos aglomerados, su existencia es motivo de preocupación por “su reproducción biológica, por el espacio que pueden ocupar y por los movimientos que son capaces de promover, ‘amenazando’

el derecho al espacio de los efectivamente ‘incluidos’” (Haesbaert, 2011: 270). En este sentido, se trata de los integrantes más vulnerables de la síntesis espacial existente, lo que estaría expresado en las propiedades básicas de su existencia cotidiana que Haesbaert (2011: 274) sintetiza en: la inestabilidad o la inseguridad socioespacial; la fragilidad de los lazos entre los grupos sociales y de estos con su espacio (tanto en términos de relaciones funcionales como simbólicas); y la movilidad sin dirección definida o la inmovilidad sin un efectivo control territorial.

Uno de los mecanismos simbólicos que afianza esta condición es la estigmatización, por medio de la cual los grupos dominantes en el lugar (incluidos los antagonistas del conflicto relatado), les imponen una serie de características como la indisciplina, la ilegalidad y la desconfianza. Se les opone, por lo general, la limpieza, que ya vimos que también es un elemento constitutivo del proyecto de revitalización. El contacto con ellos es ambiguo, pues la posibilidad de contaminación es un detonante de ansiedad (Leal, 2011a). Bajo estos criterios, la estigmatización se convierte en un instrumento para recordar que el territorio que construyen es frágil, susceptible de “expropiación” para otros usos. Este mecanismo simbólico se convierte en un elemento de las *reglas de exclusión* de las que hablaba Goffman (1966: 10), en la medida que encuentra sentido en la evaluación de la mera presencia del individuo en cuestión, más allá de su comportamiento efectivo.

Esta forma de violencia simbólica se expresa en el espacio público por medio de la sanción de las prácticas de los actores y sus objetos, aprovechando la desigualdad de capitales de la población vulnerable. Esto conjuga tanto el diseño del espacio como la presencia de personal especializado, como la policía, con la finalidad de crear un territorio urbano controlado. La consecuencia inmediata, registrada en diversos trabajos, es, por un lado, el incremento de la vulnerabilidad de estos conglomerados (Nueva Antropología, 2012: 7), por el otro, un refuerzo de la cohesión de los grupos dominantes, como lo han demostrado Elias y Scotson (1994). En el orden socioespacial de la plaza San Juan y su entorno encontramos grupos e individuos cuyo acceso al «recurso espacio» es precaria, inestable y frágil, aún más que el de los viejos residentes, quienes establecen relaciones ambiguas con los jóvenes, las personas sin hogar, los dueños de los animales, los franeleros y ciertos comerciantes. Esto se ha

podido observar en las pretensiones regulatorias del espacio, que como se ha insistido siguiendo a Serge Gruzinski, es también un intento por regular o transformar las costumbres. El impacto más devastador de esta política del espacio es sobre quienes desde el principio se encontraban en una posición de inestabilidad o debilidad territorial, es decir, quienes nunca tuvieron un control efectivo de su territorio, en este caso, el espacio público. Los apartados siguientes ahondarán en esta población, su estigmatización y su forma de vivir el proceso de transformación.

Jóvenes: el desplazamiento como solución

Hasta antes del 10 de septiembre de 2012, un grupo de jóvenes hombres se reunía de forma regular en la plaza San Juan, de preferencia después de las cinco de la tarde, una vez que han terminado sus labores. Se trataba de 15 a 20 jóvenes, vecinos y trabajadores de la zona, entre los 14 y los 30 años. Algunos laboraban en los mercados atendiendo los puestos, eran repartidores o cargadores, unos eran empleados de los negocios de lámparas, muebles de baño o electricidad, y los menos, estudiantes de secundaria o bachillerato. Sus vestimentas eran variadas, aunque todos usaban pantalones de mezclilla. Quienes eran vecinos portaban los atuendos más estilizados, camisetas de diseñador con estampados, zapatos o tenis y cortes de cabello a la moda. Entre ellos había quienes ejercitaban su cuerpo, el cual exhibían con camisetas cortas o despojándose de ellas mientras estuvieran en la plaza.

Su punto de encuentro eran las bancas del lado sur-poniente de la plaza, frente a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe “El Buen Tono”. Unos sentados, otros parados, platicaban de una diversidad de temas relacionados con su vida cotidiana, del trabajo, de mujeres, de la escuela y de los otros amigos. Había quienes apenas llegaban, sacaban la pelota de frontón y hacían “retas”. A veces jugaban en parejas, a veces de manera individual. También estaban los que al llegar sacaban el papel para liar tabaco y lo rellenaban con una porción de marihuana. Estos se sentaban en la escalinata de la iglesia, si estaba cerrada, o en alguna de las bancas. La mayoría de las veces realizaban esta actividad en la plaza de manera abierta. Al comienzo del trabajo de campo este lugar era una especie de “zona franca” a la que asistían personas con la finalidad de fumar un cigarrillo de marihuana, a solas o en compañía, para retirarse

poco después sin mayores asuntos que tratar. Había un margen de tolerancia al consumo. Las competencias de frontón se hacían sobre la pared de la iglesia, pues el amplio paso peatonal construido años atrás permitía que se desplazaran de un lado a otro en la búsqueda de la pelota. Esto implicaba que quienes desearan pasar tuvieran que esperar a que se detuviera el juego o rodear el área. La pelota se impactaba una y otra vez sobre la pared y sobre las rejas que protegían los vitrales de la iglesia, siempre con la posibilidad de que se quedaran allí atoradas. Entre risas, gritos y el humo de la marihuana, platicaban y jugaban largas horas.

Imagen 17. Una solución parcial



La vigilancia policiaca es un elemento al que recurren los vecinos para hacer efectiva su concepción de los usos del espacio transformado. Con ella se intenta inhibir las prácticas de un conjunto de actores estigmatizados. Foto del autor. 22/11/2012.

Las características de este grupo se convirtieron en un factor problemático para entablar cualquier comunicación de forma inmediata porque hicieron emerger mis prejuicios e incertidumbres. El contacto tomó un par de días, y la posibilidad de entrevistarlos otros más. Para presentarme por primera vez lo hice con “El Chori” cuando lo vi pasar por la plaza. Nuestro breve diálogo concluyó con una invitación a pasarme por las bancas cuando yo quisiera para que él me presentara con “la banda”. La tarde que decidí asistir fui objeto de una inspección visual y verbal por parte de un

joven que estaba forjando un cigarro de marihuana: “¿Y cómo sabemos que no eres chiva de la policía?”. Respondí que sólo tenía mi palabra, y “El Chori”, ya bajo el influjo de la yerba, agregó que habíamos hablado antes y que era de fiar. Con esta introducción aposté por una convivencia mayor con el grupo. La estabilidad de mi relación sólo se vio afectada por la llegada de la policía días después, pues temí que vincularan su presencia con mi paso por la plaza y con las conversaciones que sostuvimos. Este temor se esfumó cuando me los volví a encontrar y me contaron las implicaciones de su salida de la plaza.

Imagen 18. Prácticas proscritas



La prohibición expresa de determinadas prácticas responde a la sanción de la presencia de determinados actores, en este caso, jóvenes jugadores de frontón, en aras de hacer valer el respeto al patrimonio del Centro Histórico. Foto del autor. 22/11/2012.

En una de nuestras pláticas, dos jóvenes vecinos del lugar, Enrique (17, estudiante, viejo residente) y Andrés (19, empleado, viejo residente), me contaron la historia de los encuentros en el lugar, a los que ellos se incorporaron 10 años atrás, siendo todavía niños, cuando predominaban las retas de fútbol y se juntaban cerca de 30 personas en el mismo lugar. Aquellos “fundadores” eran reconocidos por sus apodos y por el consumo de marihuana o, en ocasiones, de solventes inhalables. Sólo tiempo

después comenzaron a predominar el frontón y la mariguana como factores del encuentro, junto a las apuestas por “reta”, que a mediados del 2012 era por \$20 pesos.

Esta intensa actividad juvenil poco a poco fue causando estragos sobre los vitrales de la iglesia, las lámparas y las jardineras de la plaza. Los primeros habían sido rotos por los pelotazos, mientras que en las jardineras se veían los rastros de orina de quienes no iban a otro sitio para satisfacer sus necesidades fisiológicas. Estos elementos formaban parte de las prácticas evaluadas por los otros vecinos, daban cuenta de esa masa de jóvenes que se apropiaban de una porción de la plaza por la tarde para realizar actividades sancionadas en forma negativa. Había quienes negociaban con ellos, o con algunos de ellos, como Carlos (42 años, religioso, viejo residente del Centro). Él buscó entrar en comunicación con los jóvenes, en particular con los que habitan en los alrededores, para intentar regular el juego y su impacto sobre el edificio que acababa de ser restaurado.

Todas estas prácticas resultaban “amenazantes” y “dañinas”, razón por la que un grupo de vecinos, viejos residentes y comerciantes, solicitó vigilancia constante a la autoridad. En otras ocasiones los jóvenes se habían burlado de estos intentos intimidatorios frente a los policías que recorrían la plaza: “¡Otra denuncia ciudadana, otra denuncia ciudadana!”, les escuché gritar alguna vez; la diferencia es que ahora estaba siendo efectiva la acción. El mecanismo de vigilancia impedía el juego de frontón y el consumo de mariguana al inhibir su reunión con la presencia de una camioneta con dos policías y la colocación de dos letreros advirtiendo el exclusivo uso peatonal del andador frente a la iglesia. Esta forma de «contención territorial» (Haesbaert, 2012) logró la dispersión de los jóvenes y una transformación de la percepción de quienes habían llegado a negociar con ellos el uso del espacio.

Los jóvenes comenzaron a juntarse en un callejón cercano para continuar con sus prácticas, no sin lamentar la situación, como lo expresó Enrique: “Ya se quemó el parque, ya no dejan jugar... ni fumar. Ya no se juntan todos”. Por su parte, los promotores de la vigilancia dejaron de matizar su discurso, como Carlos, quien se congració con la expulsión de “los vándalos” y señaló que la petición de una pared de frontón o un deportivo se detuvo porque los jóvenes no quisieron dar su nombre, dirección y firma.

Automovilistas y franeleros: tensa codependencia

Pensar en el sentido de las calles nos remite al uso que en ellas predomina. Con el crecimiento de la flota vehicular en la ciudad de México muchas calles comenzaron a ser utilizadas como estacionamiento, una realidad que en los alrededores de la plaza San Juan tuvo su inicio con las transformaciones socioespaciales de los años sesenta y setenta, como una consecuencia de la construcción del Metro y la Torre de Telecomunicaciones y la afluencia de trabajadores especializados. A los efectos de estos procesos, en términos de la cantidad de automóviles que circulaban por la zona, debe añadirse el incremento de la importancia del comercio local como satisfactor de necesidades metropolitanas. En los últimos años, la tendencia a saturar las calles con autos se vio fortalecida con las restricciones que limitan el estacionamiento en el perímetro A y con la construcción de la Línea 4 del Metrobús, que impidió el uso de los carriles laterales de Ayuntamiento como estacionamiento y área de carga y descarga.

Datos recientes indican que en las calles del Centro Histórico se estacionan cerca de 4,522 vehículos, lo que afecta la calidad del servicio de las vialidades y la movilidad de vehículos y peatones (Gobierno del Distrito Federal, 2010: 206). Esta realidad es la norma en los alrededores de la plaza San Juan, donde la saturación de automóviles es doblemente percibida por la angostura de varias de sus calles y el tamaño de los vehículos de carga que lo recorren todos los días. En la construcción de esta percepción participan los automóviles que pertenecen a los trabajadores del Metro y de Telmex, así como a los consumidores de los mercados y a quienes asisten a las escuelas cercanas. Se trata de una congestión vehicular constante, causada por el uso de ambos lados de la calle como estacionamiento, la cual puede agudizarse por la lluvia o las manifestaciones. En algunas calles, como Aranda y Vizcaínas, el que haya tres hileras de automóviles estacionados sobre el arroyo vehicular es la normalidad; en otras partes, como Delicias, los camiones de carga ocupan una amplia porción de la calle, y en Buen Tono, los dejan estacionados varios días.

Aunque no se puede determinar el inicio de la actividad de los franeleros en la zona, es destacable que los actuales se incorporaron gracias a una red de relaciones preexistentes que se reorganizó para distribuirse el espacio y los tiempos de trabajo. Raúl (42, franelero, viejo residente) nos da pistas sobre esta cuestión:

Aquí vinieron y se pusieron los que se pusieron, y ellos dejaron espacio al otro, y luego al otro, y luego al otro. Simplemente el chavo que aquí trabajaba le decían “El Abogado”. Yo no lo llegué a conocer, y si lo llegué a conocer nomás fue de vista. Ese chavo tenía toda la calle. Aquí no había nadie más que él. Él se hizo de su dinerito, su casa, que yo sepa, que me han platicado, que hasta se hizo de unos taxis. Él se fue para hacerla en grande y ya, creo que sí la hizo. Después de que dejó la calle vino mi amigo, uno que le decían “El Cucaracha”, que trajo a Óscar, Alberto y a otro. Y Óscar trajo a Alberto, y Alberto trajo a otro y así.

Realizar este trabajo en el lugar asignado exige una serie de negociaciones muy puntuales que demandan disciplina y constancia. El respeto a las fronteras es la condición para la tranquilidad entre franeleros: uno puede acomodar autos entre determinados puntos y en horarios específicos; pueden ser jornadas que duren más de ocho horas, donde los más antiguos adquieren derechos sobre los horarios en que hay más movimiento de automóviles y por tanto más ingresos. Tanto el largo de la calle como el flujo de automóviles jerarquiza los espacios: el área entre el Mercado de Especialidades y las instalaciones de Telmex tiene más valor que el tramo de Buen Tono entre Ernesto Pugibet y Delicias, por ejemplo. Otro espacio valioso es el tramo de Delicias frente al Metro, entre Luis Moya y Buen Tono, donde decenas de autos son acomodados “en batería”, para aprovechar mejor la extensión de la calle.

Además de la distribución espacio-temporal de los franeleros, existen convenciones en la forma de trabajo que dependen del tipo de “cliente” y vehículo. Esta subdivisión distingue entre locatarios de los mercados, transportistas de pollo, trabajadores del Metro, Telmex y la SEP, y vecinos del barrio, de los cuales, los únicos exceptuados del pago de \$5, \$10, \$15, \$20 o \$30 pesos, son los últimos. Este hecho ha construido formas específicas de codependencia entre los automovilistas y los franeleros, de las cuales depende el retiro de la caja, el bote o cualquier otro objeto con el que se aparta el lugar de estacionamiento.⁴¹ Sobre esta cuestión es importante conocer la percepción del vínculo que han construido entre sí franeleros y “clientes”:

La mayoría de los empleados que no son de confianza se quedan aquí afuera, y para eso estamos en la mañana, para echarles la mano con nuestra propinita que nos dan [...] Aquí usted tiene el derecho, trabaja en la empresa, de acuerdo, puede estar. Aun así, aunque no sea empleado, nada más tiene, más o menos, para que usted sea consciente, también 8 horas, no más. Lo que pasa es que se tienen que tener los espacios para los empleados de aquí [de Telmex] (Raúl, 42, franelero, viejo residente).

⁴¹ Alejandra Leal (2011a: 144) ha destacado dos características centrales de estos encuentros cotidianos, se trata de: 1) construcciones de codependencia entre clases sociales y, 2) un modo de sociabilidad bajo la forma cliente-patrón; “they [las relaciones entre franeleros y automovilistas] are informed by a similar patron-client form of sociability: social classes coming together in relations of hierarchical co-dependency, where each performs his or her place and which, precisely because of this, serve as sites of class formation and differentiation and for the naturalization of inequality”.

A nosotros, por ejemplo, a mí me cuida el carro un señor desde hace más de 10 años. El señor Gus falleció hace dos años, pero quedó su hijo. Entonces, somos como una... [¿familia?] parte de ayuda económica a la gente que vive aquí [...] Yo generalmente he procurado dejárselo, es una forma de darles trabajo. Mira, es gente a la que he conocido durante los últimos quince, veinte años, si les quitamos el trabajo a ellos, ¿a dónde los vas a mandar? (Patricia, ca. 55, empleada, 32 años en la zona)

Imagen 19. Usos del espacio estigmatizados



A través de la memoria de los habitantes del barrio se ha podido rastrear el impacto que ha tenido el incremento del número de automóviles que cada día son estacionados en las calles del antiguo barrio. La calle de Aranda es un ejemplo de administración eficiente del tiempo y el espacio. Foto del autor. 12/10/2012.

El franelero se ha vuelto un depositario de múltiples representaciones, desde la que marca su relación con un vecino hasta la que difunden los medios de comunicación masiva. En este universo de representaciones es fundamental conocer la que él tiene de sí mismo, en cuanto actor social que produce el espacio público y dota de significados a las calles. Es importante saber que ellos parten de cuán indispensable es su presencia para la organización de un espacio saturado de automóviles, lo que confirma una escasez del recurso espacio para este determinado tipo de uso. Apelar a “la calle es de quien la trabaja”, como hace Raúl, establece como principio su derecho a tener un ingreso usufructuando el espacio público, el cual se fundamenta en la necesidad de quienes acuden a los centros de trabajo o consumo de la zona, que son

miles.⁴² Su papel es el de ayudar a aprovechar mejor el espacio, es su trabajo, es su forma de cooperar con un contexto que podría convertirse en un caos. Por esta razón las agresiones que recibieron son consideradas una forma de incomprensión a su derecho a obtener un ingreso y a su forma de ayudar a las personas:

Yo digo, pues todos somos iguales, y está bien que tú tengas tu trabajo, todos andamos sobre de lo mismo, del sustento de la casa, como le dicen vulgarmente, la chuleta o la leche para el chata, o lo que quieras. Eso es lo que mucha gente no lo ve. Ya ni les estás poniendo tarifa. He visto mucho en las noticias y luego acusan a los franeleros de que los roban y eso, y eso no sucede en todas partes. Eso sucede nada más donde [...] la misma gente se da a desear. Si tú eres franelero o algo no le dejas ni las llaves, o sea, yo siento que no soy de confianza. Si estoy en confianza y caigo en la desidia de ellos, de quererme robar o algo, y más si les estoy brillando el dinero, las alhajas. Muchas veces por unos pagamos todos. Por allá nos queman y no somos como nos piensa la gente que somos. Sin tarifa, con principios, tratando de que vayan bien las cosas, porque pues uno vive de eso. Y pues uno se lo quitan, pues uno ya no va a tener de donde tener. Hay que cuidar la chamba, hay que hacer labor para que te ganes una moneda (Raúl, 42, franelero, viejo residente).

El caso extremo de estos desencuentros en los alrededores de la plaza San Juan se dio a causa de la remodelación de la plaza, en el que Gustavo (ca. 45, comerciante-franelero, viejo residente) luchó con total entrega en contra de una acción que le impediría continuar utilizando como estacionamiento cuatro quintas partes de la calle de Aranda, entre Ernesto Pugibet y Ayuntamiento. Tal situación de disputa, única en los varios años que tiene estacionando autos, se encuentra en medio de otros tantos desencuentros cotidianos con sus “clientes”, como el que aconteció un mediodía en el que un automovilista, después de ser apoyado por Gustavo para salir de un cajón, apretó el acelerador y se fue sin pagar \$30 pesos. Tanto Gustavo como Miriam, una franelera con la que comparte el espacio, le gritaron que anotarían la placa y que nunca más le darían un lugar.

Esta negociación constante entre automovilistas y franeleros (nacidos o no en el lugar) dota de sentido a las calles, que por encontrarse en el perímetro B, están sujetas a una menor regulación gubernamental que en el perímetro A. Mientras así sea, los automovilistas (trabajadores o consumidores) tendrán un espacio que podrán utilizar como estacionamiento, no obstante sus implicaciones para la vida local, una sobre las cuales tratará el último apartado de este capítulo. Ello nos lleva a pensar nuevamente en la manera como la revitalización del Centro Histórico, al igual que las otras

⁴² En un conteo realizado por el administrador del edificio Miguel E. Abed en el año 2012 se obtuvo que acuden sólo a las oficinas del lugar entre 2,000 y 2,500 personas diariamente.

transformaciones socioespaciales, tiene efectos directos e indirectos sobre las formas populares de esparcimiento, que a su vez tiene un lugar central en la agenda del derecho a la ciudad, como componente lúdico de la vida social, tema que se tratará más adelante.

Indigentes: la fragilidad de la apropiación

Uno de los actores más vulnerables en la plaza San Juan y sus alrededores es el aglomerado de las personas sin hogar, que en esta zona del Centro Histórico se caracteriza por estar conformado por hombres y mujeres maduros o de avanzada edad. Por su condición etaria, la plaza San Juan adquiere una dinámica distinta a la de aquellos puntos de la ciudad donde predomina una población joven sin hogar (Pérez y Barragán, 2012). Tal singularidad radica en el tipo de actividades que realizan, las necesidades que buscan satisfacer y la experiencia del espacio público que tienen. Como recurso, el espacio es explotado por estos actores en función de las desigualdades y conocimientos acumulados a lo largo de su vida –de su estancia en la calle–, en especial las de esta centralidad de la metrópoli.

Las personas sin hogar que se encontraban de manera regular en la plaza no habían construido un albergue colectivo, sino que allí llegaban a descansar en las amplias bancas o a realizar actividades que les fueran redituables para subsistir, como el reciclado. Esto crea una enorme diferencia de las personas sin hogar de la plaza San Juan con relación a los jóvenes que viven en la calle Artículo 123, en la colonia Juárez, y a aquellos que se encontraban en la plaza Zarco, quienes construyeron refugios donde poder abrigarse y consumir estupefacientes (solventes inhalables), esta última una de las razones por las que son objeto de importantes atenciones por parte de organizaciones de la sociedad civil y del gobierno de la ciudad (*La Jornada*, 4, 5 y 6 de junio, 1 de septiembre, y 18 de noviembre de 2012). En este sentido, el uso intensivo del espacio público que atribuyó a estos jóvenes un funcionario del Fideicomiso del Centro Histórico en la presentación del protocolo de primer contacto con poblaciones callejeras del gobierno de la ciudad el 17 de octubre de 2012, no era observable en la plaza San Juan, donde la presencia de personas sin hogar es aislada y temporal. Sí llegó a tener tales características en años anteriores por la presencia del llamado

“Escuadrón de la Muerte”:⁴³ un grupo de indigentes consumidores de bebidas alcohólicas que se instalaron en la zona nororiente de la plaza. Cuando desapareció este grupo la dinámica de apropiación de las personas sin hogar cambió.

Imagen 20. La plaza: un refugio temporal



Hay actores cuyas prácticas de apropiación del espacio son condenadas de manera generalizada, lo que las hace frágiles ante las presiones de actores con mayor capital social, cultural, escolar, económico o político. Foto del autor. 22/09/2012.

Estas personas han sido objeto de prácticas y representaciones discriminatorias a lo largo de los años, tanto de la autoridad como de los vecinos del barrio. Las críticas se concentran en la manera como se apropian de las bancas, por ejemplo, para dormir; en el uso de los arbustos como resguardo de sus pertenencias y sanitario; y en el consumo de alcohol. Estos usos condenados son expresiones de las estrategias de arraigo en un circuito de parques, jardines y plazas por los que se desplazan a lo largo del día o de la semana, donde realizan tareas como ayudar a los barrenderos o a los comerciantes, ya sea cargando basura, mercancías o agua. La plaza, como recurso, se convierte en una fuente de estabilidad mínima para la sobrevivencia cotidiana: es el espacio de trabajo, en ella se pueden colocar los cartones, las botellas, las latas y los papeles recogidos, allí se come, se negocia y se intercambia: “La plaza representa su espacio de vida y trabajo, cumpliendo una doble función social y económica” (Pérez y Barragán, 2012: 23). En la fuente lavan su ropa, en las bancas la tienden, en ellas

⁴³ Así les denominaron los vecinos porque se decía que morirían debido al alcoholismo y la indigencia.

también comen. Todo bajo el ojo expectante, compasivo, crítico o indiferente de los otros usuarios de la plaza.

Isabel, una mujer de 66 años que pernocta en la plaza Santos Degollado, en la calle de Independencia, se sienta por la mañana en la banca más cercana a Ernesto Pugibet. En ella prefiere tomar el sol y pasar el día, pues en el otro sitio le avergüenza que la observen los empleados de traje de la Secretaría de Relaciones Exteriores y del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal. Su lugar no sólo es vulnerable por la introyección de la violencia simbólica, también lo es por la presencia policial, encargada de desalentar el “estacionamiento” de estas personas. Benjamín, por ejemplo, es un joven que circula por la zona buscando un espacio para descansar. La tarde de nuestra plática decidió tomar una siesta en la banca, hecho que a los pocos minutos le impidieron dos policías, “Ya chavo, incorpórate”. Él considera que los policías eligen a quién “molestar” y hacer “migrar”, dando trato preferencial a los jóvenes del frontón.

La experiencia de quienes se “estacionan” en lo individual es la que muestra con mayor detalle la vulnerabilidad de las formas de apropiación del espacio de las personas sin hogar. Julio (53), a quien conocí una tarde en la plaza San Juan tras acercarme a preguntarle si habría oportunidad de entrevistarlo, instaló en la calle de Buen Tono un pequeño refugio, a un costado del supermercado Chedraui, en la frontera con un edificio de reciente construcción. Allí, en el lapso de tres meses, había acumulado diversos materiales de reciclado y otros objetos que le eran obsequiados por vecinos del lugar, los cuales ocupaban un espacio de aproximadamente cinco metros cúbicos. Su presencia en una calle sin viviendas o negocios que implicaran una gran afluencia de personas no pasó desapercibida para la autoridad, así que Julio primero recibió la visita de un par de policías, de quienes se defendió:

pasó quince días antes una patrulla y me dijo “Mire, don, ya queremos que se retire”. Le digo “¿A petición de quién, de usted? ¿Usted no sabe su reglamento, sus reglas de trabajo? Usted está para cuidarme. Digo, si usted lo sabe, no es necesario que yo le diga cuál es su deber. Usted está para cuidarme a mí, porque yo soy un ciudadano más. No porque no viva en casa y viva en la calle no tengo los mismos derechos. Si usted lo ve de esa forma y yo se lo estoy recalcando”. “Ah, no”, dice, “no es cosa mía. Yo recibo órdenes”. Le digo “¿De quién recibe usted órdenes, que yo me tengo que quitar de acá?”. Dice “Me dicen que usted se ve mal acá”. “Una cosa muy sencilla, no me vea. Estoy en la calle”. “No”, dice. Ya al último supe que según me dijo, ¿quién me dijo?, creo un policía, “No, es que vayan a hacer un boquete y vayan a robar la tienda”. Le dije “No, véame. Tómeme una foto y yo respondo por mí, pero no. Mire, si yo estoy en esto, le digo, sabe qué, yo no soy avaro. Soy humilde. Y yo soy un servidor para quien me necesite. Que ayúdeme acá, ayúdeme allá y, hágame ese trabajo. Yo soy de esas personas, soy voluntario. Y yo no espero recibir la respuesta o que me paguen, lo que quieran pagar”

Su apropiación del espacio fue siempre frágil, no sólo por el tipo de refugio que se construyó con materiales reciclados, sino por el carácter individual de su iniciativa y los lazos de solidaridad efímeros que creó con los franeleros de Buen Tono. A ello se sumaba el rechazo a sus prácticas, como la de un locatario del Mercado de Artesanías que le pidió no dejara sus cosas cerca de ese predio, porque afeaba el lugar, o la desconfianza de los encargados del supermercado ante su negativa a denunciar a quienes tiraban cascajo y basura en la calle. La fragilidad se demostró un día por la mañana a mediados de noviembre cuando fue levantado el refugio en su ausencia. Sin tener certeza sobre los ejecutores de la acción, señaló a las autoridades delegacionales, a quienes dijo haber acudido después sin que le pudieran explicar el destino de sus pertenencias: “no eran cosas, pero sí había cosas de valor. Se llevaron tres candados, y me quedaron las puras llaves. De esos de los modernos. Se llevaron un celular, activado. Se llevaron \$3,000 mil pesos que yo tenía ahorrados. Oye, todo mi trabajo”. Después de esta acción de gobierno, Julio tuvo que trasladarse a otro punto del Centro cercano a la plaza de las Vizcaínas, un lugar donde por las noches se reúnen varias personas sin hogar.

Mascotas y fauna nociva: la irresponsabilidad y las soluciones de los vecinos

Dentro del universo de actores, prácticas y objetos estigmatizados de los alrededores de la plaza San Juan se encuentran los dueños de animales, los animales y sus residuos. Ellos son portadores de cualidades socialmente asignadas con importantes implicaciones en el desarrollo de las actividades cotidianas y en el valor dado a los espacios donde se encuentran. En ocasiones tienen funciones específicas, afectivas o comerciales, en otras, son la consecuencia de las prácticas humanas del lugar. En la zona, la presencia de perros, gatos y roedores se debe a alguna de las anteriores. En cuanto a los primeros, es posible que uno se encuentre con una diversidad de razas y tamaños. Durante el trabajo de campo no observé perros callejeros, todos iban con su dueño, tuvieran o no una correa. A los gatos uno los localiza en los mercados y en las instalaciones de Teléfonos de México. Se trata de una veintena de felinos que son alimentados con croquetas dejadas por los trabajadores en varios puntos de la reja que circunda al predio. En cuanto a los roedores, ratas y ratones por lo general, se les ve

con menor frecuencia durante el día, aunque por las noches rondan el parque, los montones de basura y los mercados.

La relevancia de cada una de estas especies de mamíferos liga prácticas humanas y un conjunto de objetos existentes en el barrio. No puede pensarse la presencia de perros y los paseos matutinos y vespertinos sin las necesidades afectivas de los habitantes, ni la existencia de ratas sin las actividades comerciales del lugar y la basura depositada en la vía pública, tampoco la crianza de gatos sin las ratas como amenaza y los intentos de protección de los bienes resguardados en los mercados. Son elementos entrelazados los unos con los otros, cuyo impacto actual está relacionado con sus desechos y la responsabilidad asumida por los actores implicados en su manejo. Sin duda satisfacen necesidades, aunque paradójicamente causen problemas.

Una escena en una herrería comienza con maquinaria y materiales para soldar dispersos sobre la banqueta. Un amigo del propietario se acerca y dice “Van a pensar que ya nos vamos”. A la pregunta de cuál era el motivo de tanto movimiento me respondieron: “Se metió una pinche rata”. El problema no es que vaya a alimentarse con los cables o la madera del lugar, sino que “vaya a parir y pinche ratonerío”. Estos roedores han estado presentes desde que se erigieron las primeras ciudades, llegaron y se reprodujeron por la gran acumulación de materia orgánica (Scott, 2009).⁴⁴ En vista de que hay cuatro mercados en los alrededores de la plaza, tres de ellos productores de grandes cantidades de materia orgánica, múltiples negocios de comida y bastantes bodegas de pollo, las personas han buscado soluciones para enfrentar esta peste.

En un intento por aminorar la presencia de los roedores, las trabajadoras de Telmex se propusieron criar gatos y alimentarlos, primero con las vísceras que venden los polleros, y después con croquetas. Se trató de una decisión por consenso que gestionaron las delegadas sindicales y que devino una solución parcial al problema. La presencia de los gatos en las inmediaciones del parque y en las calles aledañas tiene implicaciones en términos de su capacidad reproductiva y de su producción de desechos, así como de la afectación de las aves que rondan este nodo de la red

⁴⁴ “Crowding is crucial. And crowding means the concentration not only of people but also of domestic animals and the ‘obligate’ pests that inevitably accompany them: rats, mice, ticks, mosquitoes, fleas, mites, and so on. So far as the diseases in question are spread by proximity (coughing, touch, shared water sources) or through the obligate pests, the density of hosts per se represents an ideal environment for rapidly spreading epidemic diseases.” (Scott, 2009: Loc. 2275-2277).

ecológica urbana (Ernstson, 2013). Los gatos también son vistos en los mercados también como una solución, así que una vez que cierran las puertas del Mercado de Especialidades a las 5 o 6 de la tarde, uno puede mirarlos rondando los pasillos toda la noche hasta que al día siguiente los vigilantes los devuelven a una jaula.

Perros y gatos están marcados con significados asociados a actividades comerciales o de esparcimiento que incluyen un propietario o un encargado. Así que se adjudica al poseedor del animal el impacto negativo que pudieran tener en el espacio público. Como se vio antes, la *irresponsabilidad* de los dueños detona conflictos vecinales, crea disputas y representaciones que distancian a las personas. Uno de los vecinos, Raúl, exclamó en alguna ocasión: “Hasta con los perros se meten”, siendo ésta una forma de sustituir al verdadero receptor de las críticas y las animadversiones. El problema concreto es que los excrementos de estas mascotas pueden ser encontrados en buena parte

Imagen 21. Responsabilidad ciudadana y falta de infraestructura



Los desechos de las mascotas se convierten en un problema ante la inexistencia de infraestructura urbana adecuada para su disposición. Foto del autor. 30/08/2012.

de la zona, pero en particular en las plazas, a donde sus dueños los llevan a pasear. Las consecuencias de estas acciones son juzgadas por la ausencia de civilidad, aunque de una manera laxa, en términos de falta de principios y educación, y no dentro de los marcos sancionadores existentes en la ciudad (Ver Gobierno del Distrito Federal, 2004).

Incluso quienes lo recogen en bolsas de plástico o con un papel se encuentran dentro de la crítica de los vecinos, debido a que la inexistencia de infraestructura apropiada para estos residuos hace que terminen sobre los botes o revueltos con otros

objetos en los cestos de basura. Tanto Julio (53, persona sin hogar) como los trabajadores de limpia de la plazas señalan exasperados que “¡Hay un mosquerío!”, que “Deberían tener vigilados a los que tienen perros, ver si son aptos para tenerlos”. Esto recuerda la opinión de Joan Subirats (2012) acerca de que uno de los problemas más difíciles de resolver es el del esquema de gobierno del espacio público consensuado, el cual, pasaría por la aplicación del reglamento que regula la presencia de los animales de compañía en aspectos tan básicos como el uso de la correa.

El ciclo de interdependencia que existe entre la vida urbana y los animales tiene importantes consecuencias sobre las dinámicas locales. Los procesos reproductivos de las mascotas y de la fauna nociva no pueden dissociarse de prácticas humanas específicas como el consumo o el esparcimiento. En ausencia de la aplicación de las normas que regulan la posesión o la práctica de disposición de la basura, lo que observamos es un círculo de soluciones parciales y de expansión de los problemas. El grado de interdependencia queda más claro cuando echamos un vistazo a las prácticas comerciales populares de los alrededores de la plaza San Juan.

El predominio del comercio popular

El comercio popular establecido es un componente fundamental de esta área del Centro Histórico. Sus dinámicas diarias imponen un ritmo a la vida local por el numeroso contingente de consumidores y por el flujo de mercancías que capta y genera a lo largo del año. Esto implica un tipo de territorialidad marcado por la historia comercial del lugar y los tipos de comercio dominantes en cada momento del tiempo. La territorialidad, definida como una “cualidad necesaria” para la construcción de un territorio, está condicionada por las relaciones de poder que permiten influir o controlar los flujos dentro de un espacio concreto (Robert Sack en Haesbaert, 2011: 73). Antonio, viejo residente, describe esa historia de cambios que vincula el comercio y las calles:

La calle de Ayuntamiento tenía muchos comercios. Había una pastelería que se llamaba la Pastelería Bib, había una lechería, había los cafés, los molinos de café, que era El Emir, Villarías, y otro café que se me escapa hoy el nombre. Había las carnicerías, unas carnicerías, La Fortuna, que era una carnicería muy grande, y había otra enfrente, que no recuerdo ahorita su nombre, y había mucho comercio en la calle de Ayuntamiento [...] En Arcos de Belén también había negocios, hasta Balderas, había tlapalerías, tortillerías, restaurantes, muchas cosas que realmente lo hacían más atractivo a nuestra ciudad de México. [...] La calle de López pues también había toda la camaradería de negocios que la gente se paraba con sus carros, estaba La Pilarica, estaban las ferreterías que antes no eran ferreterías, eran casas comerciales de comida.

Como puede leerse, el pasado comercial que rememora el señor Antonio le es entrañable, de una proximidad que permitía el reconocimiento mutuo. Se trata de su experiencia entre los años cincuenta y sesenta en la que el comercio local no tenía las características del mayoreo que impera en la actualidad. En ella resaltan negocios de los que hoy quedan pocos, como la jarciaría, la carbonería, la pulquería y el molino, que eran parte de lo que es un recuerdo nostálgico: “hay una cosa muy cosmopolita, como muy de aquel tiempo, de que podía usted caminar, como dice la gente ‘podían amarrar a los perros con longaniza y no se la comían’, podía andar usted lleno de joyas y nadie lo asaltaba”. Muchos de estos negocios desaparecieron y sólo algunos de los que quedaron en los alrededores conservan el mobiliario y la maquinaria de entonces. Tal es el caso de un molino de semillas, donde Alma (67, comerciante, viejo residente), su propietaria, reconoce cómo su negocio salió del circuito de comercio que lo sostenía:

Esto ya ha bajado muchísimo. Esto era negocio hace muchos años, ahora ya casi no, ya nomás estoy, ya estoy dando las últimas antes de jubilarme. [Le vendo a] La gente que me conoce o gente que vive por el rumbo, o gente que viene de fuera, o entrego pedidos a restaurantes del centro, pero no es como hace años que vendía muchísimo. Ahora no, ha bajado muchísimo. Por lo mismo que muchos restaurantes han quebrado, cambiado de dueños, ya tienen otro tipo de comida, dan más caro, y quieren un costo más barato para poder dar lo suyo. Yo no puedo meter, venderle mi producto más barato de lo que se los doy porque a mí no me sale.

Este tipo de negocios que caracterizaban la calle décadas atrás fueron desplazados por aquellos que venden al mayoreo. La expansión de este tipo de comercio abarcó calles enteras, con ramos dominantes, como la plomería, los muebles de baño, la electricidad, las lámparas, los utensilios de cocina, las refacciones para electrodomésticos, los motores hidroneumáticos, las ferreterías, los caldos de gallina, las bodegas de pollo, etcétera. El predominio de este tipo de comercio modificaría la dinámica de las calles y su representación actual, al punto de desvanecer una parte de la diversidad de negocios con los que uno puede encontrarse.⁴⁵ Joel (ca. 70, religioso) concibe esta homogeneización parcial de la siguiente manera:

Como te dije, para mí, para muchas personas, pero para otras no, estoy seguro, el Centro vive, tiene una vida especial. Las mismas calles tienen un espíritu propio, por decirlo así, o un humor propio, mejor dicho. Y cada calle como que se va identificando. Si tú hablas de la calle de Dolores, en donde estamos aquí ubicados, estamos en Dolores y Ayuntamiento, la calle de Dolores, tú entiendes que aquí está el Barrio Chino, y los cafés chinos, los restaurantes chinos

⁴⁵ Los negocios que uno encuentra son variados en giros, tamaños y mantenimiento. Hay bares, cantinas, restaurantes, fondas, baños públicos, tortillerías, cafeterías, pollerías, tiendas de enseres domésticos, deportes, de conveniencia, lámparas, telefonía, electrónica, hoteles, ópticas, estacionamientos, cerrajerías, afiladuras, computación, panaderías, farmacias, reparadoras de calzado, paletterías, carnicerías, juegos de azar, abarrotes, estéticas, ferreterías y taquerías.

[...] Y luego hay otras calles que tienen su sentido muy especial. Ya te decía, se identifican por los comercios. Una calle se identifica por los comercios de tuberías, otra calle por los comercios de electrónica, de electricidad, de lámparas, etcétera. Otra calle, ya sabemos que va para los mercados y demás. Calles que van teniendo su propia identidad, ¿no? Yo sí siento que se diferencian. No podemos hablar nosotros que todas las calles son iguales, unas y otras. Si estás en el Centro, uno piensa que la calle de Independencia tiene su especial sintonía, y la calle de Artículo 123 otra, y cada calle tiene su manera especial, su forma especial, su carisma especial.

Esta manera de entreverar el comercio y la representación de las calles tiene efectos sobre la relación que se establece con esa porción del lugar donde se habita. Así, las calles con pocos negocios, como Buen Tono, son susceptibles de expresiones como la de Andrea (20, estudiante, viejo residente): “Esa no me da nada memorable de esa calle. Bueno, mucho son las tiendas de las ópticas, pero así como que... esa se me olvida siempre”.

La estabilidad de estas representaciones ha sido puesta bajo amenaza por los cambios recientes en el comercio de la zona y por el proyecto de revitalización. Ambos han traído la posibilidad de que se sustituya el principio organizador de esta relación: el consumo. Las “plazas comerciales”, como el renovado Cine Teresa, la Plaza Diru, la Plaza Centenario o la Plaza Central, ofrecen a los habitantes y visitantes de la zona telefonía celular, computadoras y otros aparatos electrónicos. Alma dice sobre esto: “Han metido muchas plazas. Solamente el Cine Teresa lo acaban de remodelar, es una cosa de muchos años. Está lleno de plazas adentro, de puros cubículos, son propietarios la gente. Pura telefonía celular. Enfrente, todo alrededor han hecho pura telefonía celular”. Así se trazan nuevos elementos de representación para una avenida como el Eje Central, que había sido un referente en la venta de ropa y zapatos.

Otro cambio importante es el que apenas emerge en la calle de Ayuntamiento a raíz de la construcción del Metrobús y el conjunto de proyectos detonadores que contempla el gobierno, como la restauración del edificio de la XEW o la apertura de un supermercado. La aparición de algunas cafeterías supone un giro en una calle en la que predominan todavía los muebles y las losetas para baños, negocios que han tenido que adecuarse al ordenamiento que el Metrobús impuso y al posible incremento del uso habitacional de la zona. Estos cambios no suponen la erradicación del uso comercial del espacio, sino su reconversión hacia otros giros. Cabe entonces la pregunta sobre cómo es incorporado el comercio popular, especializado y de mayoreo, en una zona periférica del Centro Histórico que está siendo transformada de manera intermitente por

el gobierno y la iniciativa privada. Esto requiere que también se piense en las consecuencias que este predominio tiene sobre la zona, como el flujo constante de bicicletas y motocicletas de repartidores, la afluencia masiva de personas, las cuales saturan banquetas, negocios y transportes, ensucian las plazas y los parques, y consumen recursos básicos como el agua y la electricidad.

Comerciantes estigmatizados

La territorialidad del comercio, los comerciantes y los trabajadores de la zona no se manifiesta de la misma manera en todos los puntos del lugar. Los giros que imperan en cada calle marcan las pautas del control, el dominio, la apropiación y el uso del espacio público. En cada calle se puede mirar esta diversidad como si fueran microcosmos de disputas, de acuerdos tácitos, de indiferencias mutuas. Puede incluso llevarse a una observación minúscula en la que cada negocio representa un universo de apropiaciones con marcadas diferencias con respecto al siguiente. Un caso paradigmático de los alrededores de la plaza San Juan, polémico por las dinámicas que ha impuesto, es el del comercio de pollo de las calles de Aranda, Delicias y Buen Tono.

Estas tres calles se caracterizan por un deterioro generalizado debido a la intensidad del comercio del pollo, el cual puede observarse en las banquetas, las coladeras y el pavimento que se encuentra frente a cada negocio. Se trata no sólo de vísceras esparcidas y encharcamientos putrefactos, sino de infraestructura urbana dañada por el flujo de personas y transportes de carga pesada. Aunque el giro ha tenido una baja con relación a años anteriores, la llegada del supermercado Chedraui ha devuelto algo de vida a los oferentes de pollo, como una paradoja del progreso, que buscó ordenarlo y ahora ha incrementado las afectaciones que provoca su intensificación. Pedro (ca. 30, pollero, 20 años en la zona) lo sintetiza así: “Chedraui jala un poquito más de gente y eso más o menos nos estamos manteniendo [con la venta al menudeo y la distribución del producto al pequeño comercio]”.

Una de las críticas persistentes por parte de los viejos residentes, que termina por construir un estigma sobre su propio hábitat, es la del vínculo entre pollerías, suciedad e insalubridad. Caminar entre las cajas de pollo, los charcos con sangre, las vísceras, el olor de la materia orgánica putrefacta, las bicicletas y los camiones de

carga, es una experiencia cotidiana. Se atraviesa por el territorio de los polleros cuando se va al mercado, la escuela o la iglesia, rumbo al metro o el trolebús. La limpieza que llegan a emprender los trabajadores se limita a arrojar agua a la banqueta y a empujarla con una escoba al pavimento, a veces sin considerar el paso de la gente. A esta práctica debemos añadir un elemento destacado de esta producción del espacio: el olor. En días soleados la pestilencia se extiende a las calles de alrededor, el “perfume de los polleros”, como lo llamó Rebeca, se impregna en el ambiente y algunos se acostumbran, sin que ello lo haga menos molesto. Al compararlo con el antiguo comercio de aves que caracterizó a las calles de Ernesto Pugibet y Buen Tono, el señor Antonio (71, comerciante, viejo residente) comenta: “Pero no había tanta mugre, como ahora la tienen, que llegan a dejar sus tráileres aquí y que los dejan por semanas y es unapestadero y un escurridero de cosa, que no vale la pena”. Esta experiencia puede ser muy intensa, y la aversión aflora de acuerdo a las sensibilidades olfativas y visuales, como la de Sandra (24, estudiante, viejo residente):

A mí las pollerías nunca me han gustado porque aparte de que huelen mal, los polleros siempre han sido muy groseros en el sentido de los piropos y estarte viendo [...] Te digo que ha cambiado porque antes había unos camionsotes, que siempre estaban, ahí, escurriendo. Y toda la calle era como charco de grasita de pollo [...] ¿Cómo olvidar, cómo olvidar? Asqueroso, asqueroso. Ahora ha cambiado, sigue oliendo a pollo, pero no es esa mugre acumulada. Antes pasaban semanas y no le echaban ni una cubetita de agua. Te digo, se obstruía el paso con los enormes tráileres, que siempre han estado en las esquinas, [...] Esa [comercializadora] se me hace que no es tan antigua, como las que estaban al lado de la accesoria. [...] ya dando casi a López, que es Aranda, donde está la panadería. Ahí es donde más, porque toda esa calle estaba atascada también de tráileres y de mugre. [...] A mí siempre me ha dado mucho asquito.

Como nos anuncia el testimonio anterior, las características de los encuentros cotidianos con los trabajadores, los polleros, también determinan el tipo de relación que se establece con la calle. Son “groseros” y “conflictivos”, y se pueden esgrimir las razones de este comportamiento, como dice Raúl (42, franelero, viejo residente): “no son de aquí, no son originarios de aquí [...] No los conocemos, les decimos así toda la gente de por aquí, los polleros, porque en realidad no los conocemos por nombre, no los conocemos donde viven. No tenemos relación con ellos. Muchas veces sí porque uno compra con ellos, pero también los van cambiando, como todo trabajador lo van cambiando, va cambiando”. Se les señala como machistas. Una mujer, al pasar por la calle de Aranda, es llamada con silbidos y piropos, incluso interceptada físicamente, con el pretexto de invitarla a consumir en una u otra pollería. En cerca de 250 metros de

calle se puede mirar esta práctica que es condenada por quienes habitan el barrio: “Muchas veces hacen, o suscitan muchas cosas por el abuso de ellos, que se sienten confiados de que son demasiados o que están trabajando ahí. Ya llegan los demás y comienzan a tirar pico, que ‘te metiste con mi..., insultaste a mi hermana, insultaste a mi prima’, o ‘te metiste con ella groseramente’. Allí es donde empiezan los problemas”.

Imagen 22. Las pollerías



El comercio de pollo en algunas calles del antiguo barrio conlleva un uso intensivo del espacio público que desemboca en una forma de control y dominio que excluye a otros actores que también pasan largas horas del día en la zona. Foto del autor. 15/10/2012.

El espacio público estigmatizado por ciertas prácticas comerciales plantea retos valorativos a los habitantes o comerciantes de otros ramos, abre la posibilidad a expresar el tipo de espacio público que se desea, el cual incluye la erradicación de las pollerías, como dice Josefina (ca. 50, empleada, 13 años en la zona): “Yo sí quisiera que quitaran las pollerías, o sea, no tengo nada en contra de los polleros, pero como que no van de acuerdo a aquí, a parte del Centro. No van. No sé si la palabra sea ‘Se

ven mal'. No se ven bien. No queda [...] Eso sí me gustaría que cambiara, pero pues poco a poco”.

Un tipo de comercio ante el que se tienen posiciones ambiguas es el callejero, que en los últimos cinco años ha sido contenido por la autoridad a través de acuerdos con sus líderes y con la fuerza policial (Bolaños y Martínez, 2012). Esta ambigüedad proviene de la experiencia de sus efectos sobre la vida local, en particular sobre el comercio establecido y el uso de la calle. Por un lado, se trataba de una competencia desleal que se afianzó gracias a la corrupción y al poder que fueron ganando las organizaciones de vendedores callejeros del Centro Histórico, el cual se expandió hacia diversas áreas del espacio público consolidando redes de apoyo locales (“A mí me perjudicaron bastante, bajó mucho la venta, ¿por qué?, porque en la esquina vendían lo mismo que yo vendía. Perjudicó mucho, ya no es lo mismo de años” (Alma, 67, comerciante, viejo residente). Por el otro, se le reconocían ventajas, algunos vecinos de la zona aprovecharon su expansión para instalar un puesto o usufructuar el arroyo vehicular como área de estacionamiento. En esto se tenía en cuenta el ser originario del barrio como un instrumento para negociar con los comerciantes que venían de fuera como parte de las organizaciones de vendedores. Mientras los comerciantes informales aprovechaban la banqueta del Eje Central, los locatarios del Mercado de San Juan – López fueron adaptando sus negocios para satisfacer las necesidades de las miles de personas que arribaban a la zona. El beneficio era inmediato, se trataba de una nueva red que se podía aprovechar, y así lo hizo Iván (53, comerciante, viejo residente) mientras duró:

Y ahorita nos afectó que nos hayan quitado a los ambulantes del Eje Central. Eran los que más nos consumían. Son un mal necesario, bueno, en mi caso. Y sí, por decir algo, todos comen, entonces tú veías que de aquí salían charolas de 20, 30 comidas para repartir [...] Te digo que sí, son un mal necesario, ¿cuánta gente no vivía de eso? Cualquier cosa que pasaras vendiendo, se vendía. En mi caso, luego los líderes les pedían botes para la basura. Entonces ya cualquiera me decía “Oye, van a pedir botes, los van a exigir”. Si ves tengo puro rojo y verde, porque son los colores de ellos. Entonces sí nos ha afectado mucho.

No fue sino hasta el retiro de los comerciantes de la calle que ésta perdió un elemento identitario ligado a lo popular. Al término de cada jornada el lugar quedaba cubierto de basura, como hoy sucede en los pocos puntos donde todavía hay puestos metálicos con lonas rosas y verdes sobre la avenida Arcos de Belén. Parte del reordenamiento se dio con el traslado de los comerciantes a varios edificios

acondicionados para tal propósito, los cuales se han ido especializando en electrónica y telecomunicaciones. Quienes vivieron el cambio en la última década han evaluado la experiencia preguntando a veces si habrá oportunidad de volver a la calle a comerciar sin el peligro de que te lleven al ministerio público, o deseando que permanezca el cuerpo de granaderos en la zona para impedir cualquier retorno e invasión de las calles.⁴⁶

El espacio en el centro de la cuestión

La “falta” de espacio y lo lúdico popular

La percepción de la “falta” de espacio es el producto de una experiencia de pérdida material y simbólica de esos lugares donde acontecían parte de la reproducción de la vida social, entre ellas las actividades lúdicas. Cada una de las transformaciones socioespaciales reconstruidas en el capítulo 1, asociadas a las transformaciones en el orden de la vida vecinal revisadas en el capítulo 2, son componentes de una pérdida progresiva de los espacios para la diversión, el ocio, el descanso y el esparcimiento de estos viejos residentes del Centro Histórico de la Ciudad de México, lo cual se ve bien expresado en la voz de su memoria. Mientras un grupo de vecinos busca “rescatar” la plaza San Juan con el objetivo específico de hacerla cumplir con su papel de lugar de encuentro, vemos que en las últimas tres décadas ha habido una expansión de prácticas espaciales asociadas al automóvil. La paradoja es que en ellas participan los viejos residentes, los cuales, de esta manera, se despojan por la fuerza de las desigualdades y la violencia simbólica, de ese espacio que su memoria asocia a momentos felices de la niñez y la juventud. Su participación en la construcción de esa “falta” de espacio es ineludible, aunque no sean los principales causantes, ya que participan en la reproducción de esa escasez en la medida que de ello depende su reproducción material y la de sus familias.

En las reconstrucciones del pasado asociadas a la calle como espacio de diversión y juego tenemos la contraposición con el presente. Sandra (24, estudiante, viejo residente) cuenta: “Yo no me acuerdo que hubiera tantos autos, eh. Eso es como

⁴⁶ Sobre la avenida Eje Central hay un operativo permanente de resguardo policial con la intención de evitar el retorno de los comerciantes. Ha habido momentos de mucha tensión con enfrentamientos entre las fuerzas del gobierno y los agremiados de las organizaciones de vendedores, las cuales han quedado registradas en la prensa (Martínez, 2012).

que nuevo, porque además yo me acuerdo de esta calle, de Delicias, más amplia, porque había muchos menos coches. Muchos, muchos menos, por eso era fácil jugar. Por eso antes las cascaritas eran allí en Delicias, no había coches, entonces todos podían jugar”. Antes “¡Jugaban!”, los niños, él mismo, dice Ángel, que ahora es un franelero de 55 años. Había quien prefería jugar frontón en la pared del Archivo General del Gobierno del Distrito Federal y quien prefería el fútbol frente a las oficinas del Metro. Ese tiempo ya pasó. La calle se volvía extensa en el pasado y estrecha en el presente a causa del tránsito y el estacionamiento, de las dinámicas de organizaciones y grupos en las que los viejos residentes también participan. Mientras los automovilistas se arrogan el derecho a ocupar el espacio público, el gobierno se avoca a ordenarlo, y en la mitad de estos procesos se vive la experiencia como un conjunto de privaciones: “Ya es el Centro de las prohibiciones, antes era más libre”.

Esta constante presión sobre los espacios públicos por parte de entidades sociales, poderes públicos y comerciales desplaza las formas de territorialización de los vecinos, quienes pueden encontrar en ello nuevas oportunidades o desventajas en el desarrollo de sus actividades cotidianas. En el caso de los niños y jóvenes, al menos en lo que respecta al juego y el esparcimiento, esto requiere de una inversión en la construcción de territorios frágiles e inestables. El «régimen del recurso espacio» dominante (Subirats, 2012: 732) en la plaza San Juan y su entorno posee cuotas de uso de lo público que limitan los de grupos específicos entre los habitantes. Son los acuerdos tácitos y formales de la sociedad y del gobierno los que imponen esos criterios precarizadores de la experiencia del espacio, los mismos que posibilitaron la expulsión de los jóvenes del frontón sin mediar el diálogo, aquellos que desplazaron a los niños del espacio de juego que representaba la calle y construyeron el imperio del automóvil a cada lado de la banqueta, que estigmatizan a las personas sin hogar sin tratar de desvelar las desigualdades que convirtieron la plaza en un refugio.

La regulación progresiva del espacio público que ha estado asociada a su transformación física puede observarse a la luz de otros ámbitos ahora restringidos, como la plazuela dentro de la unidad habitacional, donde también son los niños y jóvenes los principales afectados con el enrejado del jardín. Entonces cabe preguntarse ¿qué es lo que molesta?, ¿qué conduce al control de ciertas prácticas espaciales?,

¿qué tipo de desigualdades se aprovechan para limitar el control o la apropiación de territorios a algunos sectores de la población?, ¿cómo puede nuestra sociedad producir espacios sancionadores y discriminatorios, sobre qué parámetros? En la búsqueda de respuestas, Joan Subirats (2012: 732) nos invita a repensar nuestra manera de gobernar y gestionar el espacio público si es que queremos que sea más abierto y variado. Jordi Borja (2012: 625) trae al frente de la discusión la posibilidad de construir “la ciudad del deseo”, no como ciudad ideal o especulativa, sino como pensada, deseada e inventada para satisfacer nuestras aspiraciones y demandas, que ayude a solventar nuestros intereses y a resolver nuestros conflictos. Finalmente, más cercano a aquel postulado crítico del año de 1968 del derecho a la ciudad, Rogério Haesbaert (2011:306) nos recuerda que lo ludico es un eje rector de la utopía cuando está ligado al amor y a la búsqueda del placer a través de la ciudad producida, por lo que busca la inspiración en la poesía para que nuestros procesos de territorialización “no fuesen simples territorios funcionales de reproducción (explotación) económica y dominación política, sino efectivamente espacios de apropiación e identificación social, en cuya transformación nos sintiésemos de verdad identificados y comprometidos”, es decir, espacios de verdadera reapropiación, de efectiva reterritorialización, donde “no habría más dicotomía entre dominio y apropiación del espacio, o de modo más exacto, en que la apropiación prevalecería sobre la dominación”.

La lucha por el espacio “mínimo” cotidiano y el derecho a la ciudad

La reflexión sobre el derecho a la ciudad y las luchas por el espacio “mínimo” cotidiano representa un reto al momento de hablar de actores estigmatizados como los jóvenes, los niños y las personas sin hogar. Lo es, sobre todo, si consideramos el impacto de sus prácticas en el espacio público sobre el derecho de los otros a usarlo. Sus formas de apropiación, no obstante que son frágiles frente al estado y otros actores organizados, pueden constituirse en formas de control y dominación del espacio, como es el caso de las horas en que los peatones deben rodear el área donde se juega frontón y se fuma marihuana, o resignarse a no utilizar una banca de la plaza mientras una persona sin hogar duerme o pone a secar su ropa. Esto es problemático desde un punto de vista gubernamental, pero lo es aún más en términos de la distribución del uso

del recurso espacio entre habitantes de los alrededores de la plaza San Juan, pues no poseen canales para la participación en condiciones de relativa igualdad.

Los jóvenes, los indigentes y, en cierto modo, los dueños de mascotas y los comerciantes, son agentes que territorializan a costa de los territorios formados por otros sobre el mismo espacio. En cada juego, en cada siesta, están levantando fronteras y significados sobre los usos. Dice Haesbaert, “el territorio es un acto, una acción, una relación, un movimiento [de territorialización y desterritorialización]” (Haesbaert, 2011: 106). Como todos los demás seres humanos, estos grupos estigmatizados existen en función de una forma de territorialidad que se superpone a otras, como un recurso básico que otorga estabilidad y seguridad a su existencia relacional. Esto es lo que se llama «territorialidad mínima», que es la “condición indispensable para estimular a la vez la individualidad y promover la convivencia solidaria de las multiplicidades, de todos y cada uno de nosotros” (Haesbaert, 2011: 17).

Sobre este espacio “mínimo” cotidiano se resuelve una parte importante de la existencia humana. En el caso de las personas sin hogar se trata de uno de sus espacios de reproducción, en el de los jóvenes, independientemente de las formas, en un espacio de socialización y esparcimiento. Joan Subirats (2012) nos recuerda que el espacio público se transforma en una extensión del hogar para los vecinos, en particular de aquellos en cuya vivienda no pueden desarrollar este tipo de actividades lúdicas. La apuesta por su existencia frente a poderes mayores como los que ejercen las organizaciones vecinales y el gobierno no conlleva un grado de reivindicación de la pertenencia al lugar observable en las políticas de defensa del lugar, incluso las rehúyen, como los jóvenes del frontón que no quisieron visibilizarse al dar nombre y firma para apoyar la propuesta de construcción de un deportivo. Se trata de resistencias y luchas que aprovechan los intersticios de la autoridad para seguir usufructuando el recurso espacio, aunque sea en forma precaria. Esto no debe sugerirnos una mera dominación, puede ser también una *elección política*, una acción estratégica para evitar una posible incorporación a la “máquina despótica” de la territorialidad estatal.⁴⁷

⁴⁷ Este enfoque lo retomo de la obra de James C. Scott a propósito de aquellos grupos que se alejaban sistemáticamente del control estatal: “If, instead, many of these ungoverned barbarians had, at one time or another, elected, as a political choice, to take their distance from the state, a new element of political agency enters the picture.” (Scott, 2009: Loc. 247-248).

Aquí cabe preguntarnos cómo desde esta elección política, desde esta forma de resistir, puede hacerse valer una propuesta utópica como el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1978; Harvey, 2008b), que es también una propuesta de derecho al lugar frente a la urbanización capitalista (Borja, 2008: 292; Zeiderman, 2013: 71), en la cual se enfatiza la necesidad de proteger a las poblaciones vulnerables que pudieran ser expulsadas ante nuevas políticas de desarrollo urbano o de rehabilitación de hábitats degradados o marginales. También nos plantea la pregunta de cómo podrían incorporarse estas poblaciones estigmatizadas al marco analítico y político del derecho a la ciudad, dando cuenta de sus prácticas espaciales, su condición vulnerable, su capacidad de agencia y las desigualdades experimentadas a lo largo de su trayectoria de vida. En otras palabras, qué capacidad tienen estos grupos para participar e incluir sus intereses y demandas en una lucha política organizada, en una utopía que aspira a convertir al actor social en un *autor* de su ciudad (Lefebvre, 1978), o en última instancia, y de manera más limitada, en un interlocutor no sometido por la autoridad.

Habría que definir si las prácticas de estos actores estigmatizados pueden incluirse en la dimensión práctico-utópica del derecho a la ciudad dada su capacidad para construir territorios en los márgenes de la resistencia y de los intersticios del poder hegemónico. Esta actividad no cesa, y al tiempo que nos recuerda que ellos siguen allí, muestra las limitaciones de la acción gubernamental para inhibir determinadas prácticas espaciales. Así lo atestigüé apenas unos días después, cuando la vigilancia policial comenzaba a disminuir, entonces fue posible observar cómo parecían desvanecerse las prohibiciones: se juntó la gente en la plaza y en el paso peatonal para jugar fútbol (de hecho, un grupo de niños de la zona la había tomado como cancha de entrenamiento previo a sus partidos sabatinos). Reaparecieron también las bicicletas, las patinetas y, aunque de forma más esporádica, el consumo de marihuana. En otro punto de la plaza un grupo de jóvenes bebía el pulque que acababa de comprar en un negocio cercano, y nuevamente las personas sin hogar tomaban bancas enteras para descansar y resguardar sus pertenencias. De los símbolos de la prohibición sólo quedaban los carteles en la pared de la iglesia, pues la camioneta de la policía ya no se paraba en el andador.

Estos actos de resistencia cotidiana, de permanecer en el lugar, de recobrar el punto de reunión, representan amenazas al orden deseado de otros grupos de vecinos. Frente a los indicios de que el retorno masivo de jóvenes e indigentes podría acontecer en lo inmediato, el encargado de la iglesia solicitó a la policía que mantuvieran la vigilancia para contener esta posibilidad. Aun así, algunos jóvenes se asomaban ocasionalmente buscando a sus compañeros, otros iban a las bancas, y en solitario, se fumaban un cigarrillo de marihuana. En cuestión de semanas, los integrantes de los aglomerados de exclusión y los actores estigmatizados estaban de vuelta produciendo espacio público, mostrándonos que el ejercicio de las reglas formales que ordenan el espacio público convive en una permanente tensión con prácticas urbanas guiadas por reglas tácitas. Los dispositivos temporales (policías) y fijos (letreros y cámaras de vigilancia) colocados para eliminar la ambivalencia de los usos del espacio habían sido sobrepasados por los jugadores de frontón y por los niños futbolistas. Por su parte, los franeleros de la calle Buen Tono y los camioneros que allí se estacionaban habían tenido que aceptar el único uso que imponían los juegos infantiles, la cancha de basquetbol y el gimnasio al aire libre. Los márgenes de éxito y fracaso de cada actor de la disputa eran visibles en una nueva síntesis del lugar, en la que sólo parcialmente se habían materializado las aspiraciones de los viejos y nuevos residentes de los alrededores de la plaza San Juan.

REFLEXIONES FINALES. VIVIR EN EL CAMBIO

El recorrido hecho aquí a través de las transformaciones socioespaciales, los modos de sociabilidad y el espacio público en los alrededores de la plaza San Juan nos ha permitido, ante todo, conocer la voz de un grupo de viejos residentes. Desde sus diferentes posiciones nos han mostrado algunas aristas de la vida local, en particular las que con el análisis se han sintetizado aquí. Como hemos visto, la zona es una porción de la ciudad de México que atraviesa en la actualidad procesos de transformación que la convierten de nuevo en un importante polo de atracción para los investigadores de campos como la antropología, la historia, la geografía, la sociología, el urbanismo y la arquitectura. Lo dicho por los distintos especialistas se une a una polifonía de voces que hacen complejo e irrealizable tener la última palabra en torno a lo que allí acontece. Este trabajo se integra a esta polifonía, tomando como punto de partida los problemas analíticos sobre el territorio y la sociedad, que aunque retoman lo dicho por otras ciencias, se inscribe en un programa de antropología social. Desde allí es que se pueden destacar ahora algunos aportes de este trabajo.

En primer lugar vale decir que esta investigación estuvo siempre abierta a las contingencias del trabajo de campo, con lo que ello implica en términos de establecer una constante comunicación entre la teoría y los datos construidos por medio de la observación, las entrevistas, las fotografías, los croquis, los dibujos y los materiales de archivo. Esto supuso asimilar una serie de elementos nuevos que provenían sobre todo de las narrativas y las prácticas de los actores sociales con quienes se interactuó. Reintegrarlos en un universo conceptual relativamente estable conlleva diversas dificultades, como la traducción y la adecuación de los conceptos a un contexto socio-histórico diferente, acotado a una realidad cultural específica, es decir, a las voces de lo local.

Estas voces son las de los viejos residentes del Centro de la ciudad, cuyas necesidades, expectativas y aspiraciones han sido también el objeto de este estudio, en la medida que están asociadas al conjunto de relaciones cotidianas que establecen con quienes comparten la definición del lugar. Por esto es que se ha intentado mostrar los elementos preexistentes de su vida social, que en muchas ocasiones son omitidos o reducidos a los criterios de un diagnóstico que busca justificar una intervención

gubernamental. La vida preexistente de un lugar, la que nos obliga a nunca pensarlo como un espacio vacío, es mucho más que eso, incorpora un universo de sentido que han construido sus habitantes. Esta es la experiencia de una forma de habitar que nos remite a prácticas desarrolladas en el espacio inmediato. Tratar esta experiencia de los viejos residentes del Centro Histórico es ahora más necesario que nunca, cuando un proyecto de revitalización reactiva el impulso a cambiar lo urbanístico y lo social, las fachadas de los edificios, las prácticas vecinales organizativas y los encuentros cotidianos. Este proceso reciente en el Centro amenaza modos de sociabilidad que están ligados a mundos de significado y a prácticas de supervivencia en una ciudad fragmentada y desigual como la de México.

Por lo anterior es que se ha dado énfasis a la incorporación de la voz de los habitantes en torno a las transformaciones socioespaciales que han marcado la vida local. Al peso que le han atribuido a cada una, se le ha complementado con el saber acumulado en otras fuentes con la intención de mirar más allá del presente. Este trabajo muestra cómo el pasado de estas personas ha adquirido un sentido explicativo que nos permite, a los que vivimos en otra parte de la metrópoli, del país o del mundo, conocer las experiencias posibles en una porción de la ciudad. La historia que se ha reconstruido se sustenta en fuentes secundarias, pero sólo como un componente más de lo que los cambios significaron en términos personales, familiares y grupales. Esta historia espacial, así podríamos denominarla, nos revela la relación de los viejos residentes con *su* lugar, en especial a través de los impactos específicos que han tenido sobre ellos la descentralización del mercado, la construcción del Metro, de la Torre de Telecomunicaciones, de la vivienda popular, y el impulso al proyecto de revitalización del Centro. Cada uno de estos acontecimientos nos permite entender cómo las personas incorporan a su vida de forma activa lo que sucede en su entorno, se integran a los hechos adaptándose o resistiendo, tanto en lo práctico como en lo simbólico. Ellos han encontrado canales para seguir produciendo su espacio en condiciones a veces más adversas que otras, siendo siempre capaces de renovar los criterios que rigen la vida vecinal y la producción de su espacio, para así dotar de nuevos sentidos al conjunto de las relaciones sociales en las que participan. Estas son las que considero parte sustancial del vivir en el cambio.

Al reconstruir algunos acontecimientos de esta historia socioespacial hemos visto cómo las personas ajustan su actuar y pensar a lo largo del tiempo frente a los procesos emprendidos desde escalas socioespaciales diferentes, expresado en una oscilación de evaluaciones que van desde el haber sacado un provecho (como obtener un local, una vivienda o un trabajo informal) hasta haber sido violentado (como al hacer desaparecer un espacio de reunión o esparcimiento). Las palabras que han usado los viejos residentes de los alrededores de la plaza San Juan para hablar de las transformaciones socioespaciales nos han permitido destacar una experiencia acumulada que dota de propiedades materiales y simbólicas al espacio, las cuales no siempre son reconocidas y respetadas. Si se toma en cuenta este saber no sólo se estará comprendiendo el flujo de acciones e ideas que dominan la vida local, sino que se podrá imaginar instrumentos de inclusión que hagan democrática la construcción de nuestras ciudades. La historia de estas generaciones en lo que respecta a lo socioespacial es la de una experiencia vivida en carne propia, caminada todos los días rumbo a la escuela, al mercado, al trabajo, o al encuentro con los amigos y vecinos, es parte integral de los procesos que permiten hacer del *propio* lugar un espacio de seguridad y estabilidad.

Es de esta manera como los viejos residentes contribuyen a darle sentido a la historia del Centro. Se trata de su participación en la reproducción cotidiana de esta centralidad, la cual es necesario destacar para no borrar u omitir la manera como los viejos residentes han contribuido a darle forma y vida al Centro de la ciudad. Cómo se les integra, se les respeta o reconoce, parece que sigue siendo un problema que cruza de forma problemática los debates en los círculos intelectuales y políticos de nuestra ciudad y país. Al mundo asociado a lo popular –sus modos de sociabilidad y sus prácticas espaciales– se le acusa de ser el causante de la destrucción del patrimonio de la cuna de la nación y de la expresión material del mestizaje. Adentrarse en la vida vecinal y en las prácticas espaciales de estos grupos de habitantes nos ha permitido entender que sus dinámicas se construyen en medio de fuertes tensiones y formas de solidaridad que no puede reducirse a unas cuantas categorías generales, sino que es necesario entender dentro de una multiplicidad de representaciones y acciones que se actualizan de acuerdo al contexto que se esté viviendo. Estas formas de actuar y

pensar son parte de eso que llamamos Centro Histórico, lo han mantenido en gran parte con los recursos que han tenido a mano, enfrentando dificultades que hoy parecen no tenerse del todo en cuenta en el afán de abrir el camino hacia la ciudadanización.

Para dar cuenta de esta dimensión de lo local nos hemos adentrado en las características de la vida vecinal. Por un lado se ha buscado romper con el uso indistinto del término vecino y mostrar cómo se construyen matices entre quienes han compartido la vida en la proximidad física. Ahora sabemos que no se trata solamente de un “rol”, sino de una categoría flexible que las personas utilizan para clasificar a aquellos con quienes se encuentran a diario, sea para identificarse o para distinguirse. El vecino, las relaciones entre vecinos y las formas de definir el espacio adquieren cualidades específicas que hacen mucho más compleja la maraña de términos con que buscamos sintetizar la realidad. Tan sólo al hablar de la dimensión espacial de la vida vecinal, hemos visto como fluctúan en el tiempo las formas de pertenencia socioterritorial, que en ocasiones los procesos sociales las difuminan al punto de casi desaparecer, y que en otros momentos, apoyados en la memoria y el arraigo, los vecinos buscan rearticular el espacio, la vida cotidiana y sus denominaciones, como sucede ahora con la defensa y promoción del “antiguo barrio de San Juan Moyotla”, el cual se había perdido entre la nomenclatura oficial (perímetro B, colonia Centro, por ejemplo).

Al estudio de esta dimensión simbólica buscamos agregar las prácticas espaciales para identificar cómo han estado articuladas con las transformaciones socioespaciales y la vida vecinal. Las expresiones concretas que adquieren el control, la dominación, la apropiación y el uso del espacio en el antiguo barrio han sido una pieza sustancial de lo que son las discusiones entre vecinos por el usufructo de un recurso escaso al interior de las viviendas y en los espacios comunes de las unidades habitacionales. Esta dimensión espacial de la vida vecinal no deja de ser problemática aunque se construyan acuerdos tácitos o explícitos sobre la administración de los cuartos, las escaleras, las jardineras, los techos, los pasillos o los patios. La historia específica que les ha dado forma es un aspecto que se ha querido resaltar porque el espacio se ha venido convirtiendo en el centro de las alianzas o las fracturas entre

vecinos, como lo pudimos ver en torno a la regulación de las fiestas y la actividad de los niños, es decir, en torno a las prácticas que se consideran apropiadas para determinados espacios.

Esto se hizo mucho más explícito al adentrarnos al tema de la producción social del espacio público local. A través de los casos de la plaza San Juan y la calle de Aranda, observamos el conjunto de tensiones que emergen entre los habitantes del barrio y otros actores determinantes de su definición material y simbólica. Entre estos últimos, el gobierno o sus dependencias tienen un papel central en la búsqueda de canales para la participación ciudadana en la producción de lo público, sin embargo, como nos muestran los casos, existen dimensiones de la vida vecinal y de la historia socioespacial de un lugar que pasan desapercibidas para la autoridad, las cuales pueden desembocar en una acentuación de los conflictos y los estigmas que pesan sobre poblaciones vulnerables. Esto significa que la acción gubernamental y ciudadana, fundada en la abstracción de la ley, los principios ideológicos y la disputa política, se mueve sobre vacíos de sentido que sólo se adquieren cuando uno se adentra en eso que se denominó los meandros de la política popular.

Al recuperar los aportes hechos sobre las políticas de defensa del lugar y las luchas y resistencias por el espacio “mínimo” cotidiano, se quiso dar a conocer que existe una gestión del espacio que nos revela un pasado de interacciones y acuerdos sobre los que se produce lo público, donde un conjunto de actores se disputan el monopolio de su producción. El orden social inscrito en el espacio público y en las prácticas asociadas a él fue trastocado con el proyecto renovador de la plaza, abriendo las puertas al conflicto y a la emergencia de nuevas reglas para la interacción cotidiana entre los grupos de vecinos antagónicos. Este fenómeno no es nuevo, las disputas por la definición del sentido de la plaza y de las calles ha sido una constante, pero estos casos impulsados por el deseo de un ordenamiento urbano nos permitieron reconocer las implicaciones que tienen para el comercio popular y para ciertas formas de subsistencia o esparcimiento de la población local. Esto nos llevó a pensar en el papel que juegan los discursos que apelan a la construcción democrática de la ciudad y la manera como concibe la apropiación que hacen los viejos residentes de estos planteamientos.

Este último punto no deja de ser problemático para quienes desde la academia buscan soluciones que inevitablemente tendrán que presentarse en términos normativos, como el deseo de que el derecho a la ciudad sea un imperativo de la vida de los ciudadanos. El problema que se nos presenta ahora es cómo incluir prácticas y representaciones sobre los lugares que han emergido en los ámbitos de interacción identificados con lo popular. En el Centro Histórico de la Ciudad de México se busca imponer un nuevo orden espacial y social que de manera tácita define ciertas prácticas populares como progresistas o conservadores, clasifica y jerarquiza los espacios existentes y a sus habitantes, construye una geografía de la desigualdad con fines político-administrativos que vulnera la vida social preexistente y las formas de organización local.

El microcosmos de relaciones que existe en la plaza San Juan y su entorno es un escenario de actividades múltiples que nos permite preguntarnos sobre los detalles de eso que se ha llamado la alienación del lugar o la desterritorialización por precarización del control del espacio. Son actores concretos los que buscan refuncionalizar espacios específicos con fines poco inclusivos para los sectores populares que han predominado en la zona, ya fueran grupos indígenas durante la colonia o integrantes de organizaciones populares que lucharon por la vivienda a finales de los años ochenta. Es un imperativo en nuestros días, en nuestra ciudad, conocer, primero, a los integrantes de estos sectores, y después, reconocer lo que significa no incluirlos de manera efectiva. Es necesario romper con el estereotipo de sus virtudes y defectos, pues la experiencia acumulada y sólo transmitida por su propia voz puede ayudarnos a construir una ciudad y un país distintos.

BIBLIOGRAFÍA

APPADURAI, ARJUN

1996 *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

AUGÉ, MARC

2002 *Los no lugares. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.

AYÚS, RAMFIS

2005 *El habla en situación: conversaciones y pasiones. La vida social en un mercado*, Ecosur-UJAT-UAM-FONCA, México.

BOLAÑOS, CLAUDIA y FERNANDO MARTÍNEZ

2012 "Chocan policías y ambulantes. Operativo contra "toreros" en Eje Central deja 32 detenidos", en <http://www.eluniversaldf.mx/home/nota47236.html>, 13 de Junio de 2012 (Última visita: 17 de Mayo de 2013), México.

BORJA, JORDI

2008 "Los nuevos derechos ciudadanos", en Coalición Internacional para el Hábitat, *El Derecho a la Ciudad en el mundo. Compilación de documentos relevantes para el debate*, HIC-AL, México, pp. 291-297.

2012 "Hacer ciudad en el siglo XXI", en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 601-634.

BOURDIEU, PIERRE

1999 "Efectos de lugar", En Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*, Akal, Madrid, pp. 119-124.

2003 *La distinción. Criterios sociales del gusto*, Taurus, México.

BRAUNŠTAJN, HELENA

2008 *El mapa del Centro Histórico: territorios imaginarios. Un estudio sobre la producción artística en torno al Centro Histórico de la Ciudad de México*, Casa Vecina, México.

CAMBREZY, LUC

1997 "Visión del espacio y representación cartográfica", en Odile Hoffmann y Fernando I. Salmerón (Eds.), *Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación*, SEP-CIESAS-ORSTOM, México, pp. 59-76.

CAMPOS, JOSÉ ÁNGEL

2004 "Historia urbana, tipología y arquitectura. El caso de la Zona Alameda", en *Investigación y Diseño. Anuario de Posgrado 01*, UAM-X/CyAD, México, pp. 45-62.

CARRIÓN, FERNANDO

2012 "Dime quién financia el Centro Histórico y te diré qué Centro Histórico es", en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 517-551.

CHANFÓN, CARLOS

1987 "El Centro Histórico de la Ciudad de México", en Gustavo Garza (comp.), *Atlas de la Ciudad de México*, El Colegio de México-DDF, México, pp. 240-243.

- CORDERA, ROLANDO, PATRICIA RAMÍREZ y ALICIA ZICCARDI
2008 *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, Siglo XXI-IIS-UNAM, México.
- CORONA DEL ROSAL, ALFONSO
1995 *Mis memorias políticas*, Grijalbo, México.
- COULOMB, RENÉ
2000 “El Centro Histórico de la Ciudad de México”, en Gustavo Garza (comp.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, El Colegio de México-GDF, México, pp. 530-537.
- CUENCA, ALBERTO
2008 *Revisa GDF retiro de ambulantes en perímetro B del Centro*, en <http://www.eluniversal.com.mx/notas/497940.html>, 12 de abril de 2008 (Última visita: 17 de Mayo de 2013).
- DAVIS, DIANE. E. y MIA C. WHITE
2012 “El Fideicomiso de Propiedad Comunitaria como recurso para reducir la pobreza urbana: ¿pueden los derechos a la propiedad colectiva ser la clave para alcanzar un futuro incluyente y socialmente sustentable en la ciudad?”, en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 403-457.
- DE ALBA, MARTHA
2010 “Sentido del lugar y memoria urbana: envejecer en el Centro Histórico de la Ciudad de México”, en *Alteridades*, 20, (39), UAM, México, pp. 41-55.
- DELGADILLO, VÍCTOR
2012 *Patrimonio histórico y tugurios. Las políticas habitacionales y de recuperación de los Centros Históricos de Buenos Aires, Ciudad de México y Quito*, UACM, México.
- DÍAZ, JERÓNIMO
2012 “Antiguas fronteras y nuevos frentes en el Centro Histórico de la Ciudad de México: el quehacer de los pioneros”, ponencia, Seminario Internacional 2012 Gentrificación en metrópolis latinoamericanas, 21 de marzo, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- DUHAU, EMILIO
2008 “División social del espacio y exclusión social”, en Rolando Cordera, Patricia Ramírez y Alicia Ziccardi (Eds.), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, Siglo XXI-IIS-UNAM, México, pp. 199-211.
- DUHAU, EMILIO y ANGÉLA GIGLIA
2008 *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*, Siglo XXI-UAM Azcapotzalco, México.
2012 “Entre la fragmentación y la interdependencia. Reflexiones en torno al orden metropolitano contemporáneo”, en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 165-198.
- EIBENSCHUTZ, ROBERTO
2010 “Expansión periférica vs. Reciclamiento”, en Gobierno del Distrito Federal, *Ciudad de México. Transporte y movilidad sustentable*, Alterna, México, pp. 213-216.

- ELIAS, NORBERT y JOHN L. SCOTSON
1994 *The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems*, Sage Publications, Londres.
- ERNSTSON, HENRIK
2013 "The Social Production of Ecosystem Services: A Framework for Studying Environmental Justice and Ecological Complexity in Urbanized Landscapes", en *Landscape and Urban Planning*, (109), pp. 7-17.
- ESCOBAR, ARTURO
2001 "Culture sits in places: reflections on globalism and subaltern strategies of localization", en *Political Geography*, (20), pp. 139-174.
- ESCOBAR, ARTURO y WENDY HARCOURT
2007 "Introducción. Las prácticas de la diferencia", en Wendy Harcourt y Arturo Escobar (coords.), *Las mujeres y las políticas del lugar*, UNAM-PUEG, México, pp. 11-26.
- ESTEINOU, JAVIER
(s/f) *El sistema de satélites Morelos y la sociedad mexicana* (Vol. 9), Universidad Iberoamericana, México.
- FLORES, ALONSO
2009a "¡Pásele, pásele! Mercados. Comida, historia y arte", en *Km.cero*, (9), abril de 2009, México, pp. 1, 4-5.
2009b "Comedores para la población vulnerable", en *Km.cero*, (16), noviembre de 2009, México, p. 3.
- FUNDACIÓN CARLOS SLIM
2011 *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México.
- GALLINO, LUCIANO
1995 "Sociabilidad", en Luciano Gallino, *Diccionario de sociología*, Siglo XXI, México.
- GAYÓN, MARÍA
2000 "Servicios públicos en el siglo XIX", en Gustavo Garza (comp.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, El Colegio de México-GDF, México, pp. 131-136.
- GIGLIA, ANGELA
1998 "Vecinos e instituciones: cultura ciudadana y gestión del espacio compartido", en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la Ciudad de México. Primera parte. Modernidad y multiculturalidad: la Ciudad de México a fin de siglo*, UAM/Grijalbo, México, pp. 133-181.
2012 *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*, Anthropos-UAM-I, Barcelona.
2013 "La renovación del espacio público urbano en la ciudad de México: entre la retórica del *bien común* y la práctica del urbanismo insular", en proceso de dictamen para su publicación en *Alteridades*, UAM, México.
- GIMÉNEZ, GILBERTO
2007 *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, CONACULTA-ITESO, México.

GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL

2004 “Ley de Cultura Cívica del Distrito Federal”, en *Gaceta Oficial del Distrito Federal*, XIV, (48 bis), México, pp. 3-22.

2010 *Ciudad de México. Transporte y movilidad sustentables*, Alterna. México.

2011a “Acuerdo por el que se expide el Plan integral de manejo del Centro Histórico de la Ciudad de México”, en *Gaceta Oficial del Distrito Federal*, (1162), México, pp. 3-125.

2011b “Decreto por el que se expide la ley de la Procuraduría Social del Distrito Federal”, en *Gaceta Oficial del Distrito Federal*, (1026), México, pp. 3-20.

2011c “Ley de propiedad en condominio de inmuebles para el Distrito Federal”, en *Gaceta Oficial del Distrito Federal*, (1021), México, pp. 3-33.

2011d *Metrópolis. Radiografía de la MegaUrbe*, SOA Editores, México.

2011e *Proyecto de planeación participativa para el rescate del patrimonio cultural tangible e intangible del Centro Histórico*, Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México, UNESCO y Universidad del Claustro de Sor Juana, presentación de Powerpoint, México.

2012 *Nuevos significados. Revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México 2006-2012*, Autoridad del Centro Histórico-Scientika, México.

2013 “Programa Comunitario de Mejoramiento Barrial”, en <http://www.programabarrialsds.df.gob.mx> (Última visita: 8 de Mayo de 2013).

GOFFMAN, ERVING

1966 *Behavior in Public Places. Notes on the Social Organization of Gatherings*, Free Press Paperback, Nueva York.

GÓMEZ, LAURA

2013 “Alertan sobre privatización de mercados”, en *La Jornada*, (10238), México, p. 37.

GRUESO, LIBIA y LEYLA ARROYO

2007 “Las mujeres y la defensa del lugar en las luchas del movimiento negro colombiano”, en Wendy Harcourt y Arturo Escobar, *Las mujeres y las políticas del lugar*, UNAM-PUEG, México, pp. 113-130.

GRUZINSKI, SERGE

2012 *La ciudad de México: una historia*, Fondo de Cultura Económica (Kindle Edition), México.

GUBER, ROSANA

2001 *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Norma, Bogotá.

HAESBAERT, ROGÉRIO

2011 *El mito de la desterritorialización. Del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*, Siglo XXI, México.

2012 “Del mito de la desterritorialización a la multi-territorialidad”, en Seminario Permanente Cultura y Representaciones Sociales, 21 de Septiembre de 2012, IIS-UNAM, México.

HALL, EDWARD T.

1965 *The silent language*, Premier Book, Nueva York.

2001 *La dimensión oculta*, Siglo XXI, México.

HARVEY, DAVID

2008a *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires.

- 2008b "The Right to the City", en *New Left Review*, (53), pp. 23-40.
- 2011 *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*, Profile Books (Kindle Edition), Londres.
- 2012 *The Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Verso, Nueva York.
- HENESTROSA, ANDRÉS
2001 *Cara y cruz de una ciudad*, Asamblea Legislativa II Legislatura-Miguel Ángel Porrúa, México.
- HERNÁNDEZ, MARIANA
2012 "Ciegos conquistando la ciudad de México: vulnerabilidad y accesibilidad en un entorno discapacitante", en *Nueva Antropología*, XXV, (76), México, pp. 59-81.
- HERNÁNDEZ, MIRTHA
2011 "Pedimos cocodrilo, ahora buscaré receta", en *Reforma*, (6581), México.
- HIERNAUX, DANIEL
2000a "Morfología del equipamiento cultural" en Gustavo Garza (comp.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, El Colegio de México-GDF, México, pp. 420-426.
2000b "Turismo", en Gustavo Garza (comp.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, El Colegio de México-GDF, México, pp. 427-433.
- HILLMANN, K.-H.
2005 *Diccionario enciclopédico de sociología*, Herder, España.
- HISTORIA DE LA TELEFONÍA EN MÉXICO, 1878-1991
1991 Artes Gráficas Panorama, México.
- HOFFMANN, ODILE y FERNANDO I. SALMERÓN CASTRO
1997 *Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas de apropiación*, SEP-CIESAS-ORSTOM, México.
- HOLSTEIN, JAMES A. y JABER F. GUBRIUM
1995 *The active interview*, (Vol. 37), Sage, Estados Unidos.
- HORELLI, LIISA
2007 "La política basada en el lugar y el significado de las economías diversas para las mujeres y las personas jóvenes en la Finlandia rural", en Wendy Harcourt y Arturo Escobar, *Las mujeres y las políticas del lugar*, UNAM-PUEG, México, pp. 175-190.
- IBARRA, MARIEL y ÓSCAR BALDERAS
2010 "Aquejan a mercados competencia y olvido", en *Reforma*, (6212), México.
- ITURRIAGA, JOSÉ E.
2011 "Al rescate de la grandeza", en Fundación Carlos Slim, *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México, pp. 27-29.
2012 *La categoría de Centro Histórico y su rescate. Ciudad de México*, H. Cámara de Diputados LXI Legislatura-Miguel Ángel Porrúa, México.
- JACQUIN, CÉLINE
2007 "El conjunto habitacional Las Américas, un laboratorio para la edificación de una microsociedad", en *Alteridades*, 17, (34), UAM, México, pp. 57-73.

- JODELET, DENISE
2010 "La memoria de los lugares urbanos", en *Alteridades*, 20, (39), UAM, México, pp. 81-89.
- KELLER, SUZANNE
1979 *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*, Siglo XXI, España.
- KNAPP, MARK. L.
1972 *Nonverbal Communication in Human Interaction*, Holt, Rinehart and Winston, Estados Unidos.
- LEAL, ALEJANDRA
2007 "Peligro, proximidad y diferencia: negociar fronteras en el Centro Histórico de la Ciudad de México", en *Alteridades*, 17, (34), UAM, México, pp. 27-38.
2011a "*For the Enjoyment of All*". *Cosmopolitan Aspirations, Urban Encounters and Class Boundaries in Mexico City*, Columbia University (Doctoral Dissertation), Estados Unidos.
2011b "Las geografías afectivas del espacio público en el Centro Histórico de la Ciudad de México" en Carlos López (coord.), *El retorno de los comunes*, Fractal-CONACULTA, México, pp. 153-176.
- LEFEBVRE, HENRI
1978 *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona.
1991 *The Production of Space*, Blackwell Publishing: Massachusetts.
- LEGORRETA, JORGE (COORD.)
2008 *La ciudad de México a debate*, UAM-Eón, México.
- LEWIS, OSCAR
1961 *The Children of Sanchez*, Vintage Books, Estados Unidos.
2012 *Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LIRA, ANDRÉS
1983 *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*, COLMEX-COLMICH, México.
- LOMNITZ, CLAUDIO
2012 "Prólogo", en Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-24.
- LÓPEZ, RICARDO
2007 "Lo bonito, limpio y seguro: usos del espacio de la Ciudad de México por una fracción de clase media", en *Alteridades*, 17, (34), UAM, México, pp. 9-25.
- MARSHALL, CATHERINE y GRETCHEN B. ROSSMAN
1995 "How to Conduct the Study", en Catherine Marshall y Gretchen B. Rossman, *Designing Qualitative Research*, Sage Publications, Estados Unidos, pp. 38-77.
- MARTÍNEZ, FERNANDO
2012 "Operativo en Eje Central será permanente: GDF", en <http://www.eluniversal.com.mx/notas/853124.html>, 12 de junio de 2012, (Última visita: 17 de mayo de 2013)
- MIER Y TERÁN, MARTA y CECILIA RABELL
1987 "Ciudad de México: características socioeconómicas de los damnificados de los sismos de septiembre", en Gustavo Garza (comp.), *Atlas de la Ciudad de México*, El Colegio de México-DDF, México, pp. 162-166.

- MONROY, FABIOLA P.
2005 *La Selva de Acero. Crónica de la Ciudad de México bajo la primera administración de Ernesto P. Uruchurtu (1952-1958)*, UNAM (Tesis de maestría), México.
- MONSIVÁIS, CARLOS
2011 “El Centro Histórico”, en Fundación Carlos Slim, *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México, pp. 32-38.
- MORALES, PATRICK
2013 “Los Centros Históricos, un desalojo neoliberal”, en Revista Nuevos Días <http://revistanuevosdias.com/index.html>, marzo de 2013, (Última visita: 25 de marzo de 2013).
- MURIEDAS, PILAR
2009 *De la Vía Pública a la Vía Láctea, pasando por Pino Suárez*, Territorios de Cultura para la Equidad A.C., México.
- NOVO, SALVADOR
1974 *Los paseos de la ciudad de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- NUEVA ANTROPOLOGÍA
2012 “Editorial”, en *Nueva Antropología*, XXV, (76), México, pp. 5-11.
- OSTERWEIL, MICHAL
2007 “Globalismo basado en el lugar: la ubicación de las mujeres en el movimiento alternativo por la globalización”, en Wendy Harcourt y Arturo Escobar, *Las mujeres y las políticas del lugar*, UNAM-PUEG, México, pp. 191-204.
- PARNREITER, CHRISTOF
2011 “Formación de la ciudad global, economía inmobiliaria y transnacionalización de espacios urbanos. El caso de Ciudad de México”, en *Eure*, XXXVII, (111), Chile, pp. 5-24.
- PELTO, PERTTI y GRETHEL PELTO
1999 “Units of observation: emic and etic approaches”, en Perti Peltó y Grethel Peltó, *Anthropological Research. The Structure of Inquiry*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 54-66.
- PÉREZ, RUTH y LUCÍA BARRAGÁN
2012 “Construcción social de un espacio público en la ciudad de México: la plaza Zarco y sus jóvenes”, en *Nueva Antropología*, XXV, (76), México, pp. 13-32.
- PÉREZ, MARGARITA
2010 *Santa Fe: ciudad, espacio y globalización*, Universidad Iberoamericana, Puebla.
- PONIATOWSKA, ELENA
2011 *Nada, nadie. Las voces del temblor*, Era, México.
- PRICEWATERHOUSE COOPERS
2005 *Cities of the Future*, en Pricewaterhouse Coopers <http://www.pwc.com/gx/en/government-public-services/issues-trends/index.jhtml>. (Última visita: 11 de junio de 2012).
- RENOVACIÓN HABITACIONAL POPULAR
1988 *Memoria de la Reconstrucción*, Renovación Habitacional Popular, México.

- RIVAS, ALEJANDRO y FERNANDO SALINAS
 1987a “Acciones inmediatas para enfrentar los sismos de 1985 en la ciudad de México”, en Gustavo Garza (comp.), *Atlas de la Ciudad de México*, El Colegio de México-DDF, México, pp. 167-171.
 1987b “La tragedia de los sismos de septiembre de 1985 en la ciudad de México: población afectada y daños infraestructurales”, en Gustavo Garza (comp.), *Atlas de la Ciudad de México*, El Colegio de México-DDF, México, pp. 158-161.
- RIVERA, FROYLÁN y RAFAEL ACOSTA
 (s/a) *Mercado de San Juan Artesanías*, s/e, México.
- RIVERA, NORBERTO
 2011 “Metas arduas se logran con la unidad”, en Fundación Carlos Slim, *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México, pp. 10-11.
- SAFA, PATRICIA
 2001 *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México. Un estudio sobre la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán, D.F.*, CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, México.
- SALAZAR, CLARA E.
 1999 *Espacio y vida cotidiana en la ciudad de México*, El Colegio de México, México.
- SÁNCHEZ, ADOLFO
 2012 “Pobreza y derecho a la ciudad”, en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 673-685.
- SANTOS, MILTON
 1997 *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Ariel, Barcelona.
- SCOTT, JAMES C.
 2009 *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, Yale University Press (Kindle Edition), Londres.
- SECRETARÍA DE DESARROLLO URBANO Y ECOLOGÍA
 1987 *Los actores de la reconstrucción. Reconstrucción de vivienda popular. Sismos del 19 y 20 de septiembre de 1985*, SEDUE, México.
- SECRETARÍA DE LA PRESIDENCIA
 1970 *Inversión Pública Federal 1965-1970*, Dirección de Inversiones Públicas, México.
- SECRETARÍA DE OBRAS PÚBLICAS
 1970 *Memoria de labores 1964-1970*, Secretaría de Obras Públicas, México.
- SIMMEL, GEORG
 1977 *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Alianza, Madrid.
 2002 *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona.
- SLIM, CARLOS
 2011 “La revitalización del Centro Histórico”, en Fundación Carlos Slim, *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México, pp. 18-20.

- SMITH, NEIL
1996 *The New Urban Frontier. Gentrification and the Revanchist City*, Routledge, Nueva York.
- SUÁREZ, SALVADOR
1999 *Análisis de la modernización de los mercados públicos del Distrito Federal en el período de 1994-1997*, UNAM (Tesis de licenciatura), México.
- SUBIRATS, JOAN
2012 “Notas sobre espacio público y ciudadanía. Una mirada europea”, en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 725-738.
- TÉLLEZ, LEÓN F.
2012 *Diario de campo*, s/e, México.
2012 *Vida vecinal en el contexto de revitalización del Centro Histórico de la Ciudad de México: apropiaciones y usos del espacio en la zona sur-poniente*, s/e (Proyecto de investigación), México.
- TERRITORIOS DE CULTURA PARA LA EQUIDAD
2012 “Preceptos y estrategias”, en *Territorios de Cultura para la Equidad: <http://www.territoriosdecultura.org.mx/sys/>*, (Última visita: 25 de marzo de 2013).
- THOMPSON, JOHN B.
2002 *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, UAM, México.
- TOPALOV, CHRISTIAN
2013 “La aventura de las palabras de la ciudad”, conferencia, en Encuentros con Christian Topalov, 27 y 29 de agosto, 2, 3 y 4 de septiembre, UAM, UNAM, El Colegio de México, CIESAS, México.
- TOVAR DE TERESA, GUILLERMO
1991 *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, Vuelta, México.
2011 “El Centro Histórico Capitalino. Referencia esencial de México”, en Fundación Carlos Slim, *Centro Histórico. 10 años de revitalización*, Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México A.C., México, pp. 12-14.
- VÁZQUEZ, JOSÉ M.
1987 “Sociabilidad”, en Saturnino del Campo, *Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales* (Vol. IV), Planeta-Agostini, Barcelona.
- VECINOS ORGANIZADOS DEL CENTRO ALAMEDA
2008 “Plan Comunitario de Mejoramiento Barrial ‘Centro-Alameda Plaza San Juan’”, en Gobierno del Distrito Federal y Secretaría de Desarrollo Social (Solicitud de Información Pública), México.
2009 “Informe Narrativo Junio-Julio 2009”, en Gobierno del Distrito Federal y Secretaría de Desarrollo Social (Solicitud de Información Pública), México.
2010 “Informe Narrativo Julio 2009-Febrero 2010”, en Gobierno del Distrito Federal y Secretaría de Desarrollo Social (Solicitud de Información Pública), México.
- VELÁZQUEZ, MARÍA DE LA LUZ
1997 *Evolución de los mercados en la Ciudad de México hasta 1850*, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, México.

VIDRIO, MANUEL

2010 “Los vaivenes del transporte público en la ciudad de México. Un siglo de avances y retrocesos”, en Gobierno del Distrito Federal, *Ciudad de México. Transporte y movilidad sustentable*, Alterna, México, pp. 41-48.

WEKERLE, GERDA R.

2007 “La domesticación de la ciudad neoliberal: géneros invisibles y la política de lugar”, en Wendy Harcourt y Arturo Escobar, *Las mujeres y las políticas del lugar*, UNAM-PUEG, México, pp. 97-112.

ZAMORANO, CLAUDIA

2007 “Presentación”, en *Alteridades*, 17, (34), UAM, México, pp. 3-6.

2010 “Del Monumento a la Madre Petrolera a El Monolito. Producción del espacio urbano, códigos y memoria”, en *Alteridades*, 20, (39), UAM, México, pp. 29-40.

2012 “Middle-Class Securitizing Strategies in the Historic Center of Mexico City: A New Archipelago in the Gentrification Context”, ponencia, Congreso de la Asociación Americana de Geógrafos, Nueva York.

ZAMORANO, CLAUDIA Y OTROS

2012 “Ser viejo en una metrópoli segregada: adultos mayores en la ciudad de México”, en *Nueva Antropología*, XXV, (76), México, pp. 83-102.

ZAMORANO, REGINA

2010 “La comunidad china en el Centro: una historia agridulce”, en *Km.cero*, (21), abril de 2010, México, pp. 8-9.

ZEIDERMAN, AUSTIN

2013 “Living dangerously: Biopolitics and urban citizenship in Bogotá, Colombia”, en *American Ethnologist*, 40, (1), Estados Unidos, pp. 71-87.

ZICCARDI, ALICIA, ISABEL VÁZQUEZ Y ARTURO MIER Y TERÁN

2012 “Pobreza urbana, segregación residencial y mejoramiento del espacio público en la ciudad de México”, en Alicia Ziccardi (coord.), *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, UNAM, México, pp. 689-724.

ANEXO 1

Lista de entrevistados durante el trabajo de campo

Fecha de entrevista	Nombre	Edad	Actividad	Antigüedad en la zona (años)
02/08/12	Laura	67	Hogar	67
03/08/12	Andrea	20	Estudiante	20
05/08/12	Rebeca	67	Comerciante	45
07/08/12	Alma	67	Comerciante	67
08/08/12	Judith	ca. 40	Empleada de gobierno	NE
08/08/12	Rubén	ca. 50	Empleado de gobierno	NE
08/08/12	Eduardo	ca. 50	Empleado de gobierno	NE
08/08/12	Armando	ca. 60	Comerciante	25
09/08/12	Sandra	24	Estudiante	24
09/08/12	Lucía	59	Empleada	30
10/08/12	Raúl	42	Franelero	42
10/08/12	Iván	53	Comerciante	53
10/08/12	Joel	ca. 70	Religioso	4 meses
14/08/12	Enrique	17	Estudiante/Empleado	17
14/08/12	Andrés	19	Estudiante/Empleado	19
22/08/12	Ángel	55	Franelero	55
24/08/12	Elena	ca. 40	Profesora	2
30/08/12	José Luis	ca. 50	Administrador	5
31/08/12	Pedro	ca. 30	Pollero	20
03/09/12	Ramiro	62	Empleado del gobierno	43
04/09/12	Daniel	59	Comerciante	59
05/09/12	Mauricio	30	Estudiante	30
10/09/12	Antonio	71	Comerciante	62
27/09/12	Manuel	ca. 40	Comerciante	5
05/10/12	Alfredo	ca. 45	Funcionario	6
10/10/12	Patricia	ca. 55	Empleada	32
10/10/12	Ana	ca. 55	Empleada	27
18/10/12	Carlos	42	Religioso	42
22/11/12	Isabel	66	Múltiples (Persona sin hogar)	NE
22/11/12	Néstor	83	Múltiples (Persona sin hogar)	40
22/11/12	Liliana	ca. 20	Estudiante	13
22/11/12	Josefina	ca. 50	Empleada de gobierno	13
23/11/12	Octavio	ca. 30	Empleado	ca. 30
29/11/12	Gustavo	ca. 45	Franelero-Comerciante	ca. 45
10/12/12	Julio	53	Múltiples (Persona sin hogar)	5 meses
16/12/12	Gabriel	ca. 45	Comerciante	ca. 45

ANEXO 2

Guía de entrevista semiestructurada⁴⁸

Fecha	
Lugar	
Nombre	
Edad	
Dirección actual	

I. Cuénteme sobre usted

- A. **Elementos significativos.** ¿Quién es usted, cómo se definiría? ¿Cuál es su edad? ¿Cuál es su ocupación?
- B. ¿Cómo llegó a vivir aquí? ¿Hace cuánto?

II. Vida vecinal

- A. **Vecinos.** ¿Quiénes son sus vecinos dentro/fuera de la unidad habitacional? ¿Cómo son? ¿Cómo los califica? ¿Cómo le gustaría que fueran sus vecinos?
- B. **Encuentros y actividades.** ¿Cómo se lleva con sus vecinos cuándo se los encuentra? ¿Qué cosas hacen juntos? ¿Qué cosas hacen por separado? ¿Cómo se organizan para realizar sus actividades? ¿Hay quienes influyen más para hacer esas actividades?
- C. **Vecindario/Barrio.** ¿Diría que aquí hay un vecindario/barrio? ¿De dónde a dónde llega? ¿Tiene algún nombre en específico el vecindario donde habita? ¿Cómo llamaría a su vecindario/barrio? ¿Cómo se identifican entre vecinos (colonia, barrio, vecindario, calle, vivienda)? (Indagar sobre fronteras y límites; pertenencia socioterritorial)
- D. **Autoridad.** ¿Hay organizaciones/autoridades que influyen en la vida entre vecinos? ¿Cómo influyen?
- E. **Cambio.** ¿Ha cambiado la relación con sus vecinos? ¿En qué cosas ha cambiado, en qué momentos? ¿Tiene nuevos vecinos, cuándo llegaron, cómo son?

⁴⁸ Esta guía fue adecuada en varias ocasiones desde la presentación del proyecto hasta el final del trabajo de campo para poder explorar las temáticas que emergieron durante los encuentros con los entrevistados. El reconocimiento del carácter activo de las entrevistas (Holstein y Gubrium, 1995) fue una premisa que permitió un uso abierto de este instrumento semiestructurado, en particular cuando el interlocutor no era uno de los viejos residentes.

III. Transformaciones

- A. **Antes/después.** ¿Cómo era este lugar cuando llegó? ¿Cómo es ahora? ¿Hábleme de las calles, las plazas, los parques, los edificios, los negocios?
- B. ¿Cuáles serían los cambios más importantes que ha tenido el lugar/zona/barrio donde vive? ¿Por qué son importantes?
- C. **Actores.** ¿Quién o quiénes han impulsado esos cambios? ¿Por qué los impulsaron? ¿A quién beneficiaron esos cambios? ¿Les consultaron para realizar estos cambios?
- D. **Cambios generales.** ¿Qué le parecen esos cambios? ¿Cómo han influido estos cambios en su vida? ¿Cómo lo han hecho? (prácticas/representaciones vecinal/espacial)
- E. **Cambios específicos.** ¿Qué me puede decir de los siguientes cambios: mercados, Torre, Metro, sismo, revitalización (perímetro A, Metrobús, Ecobici, Chedraui, Plaza, Comedor)?

IV. Prácticas espaciales

- A. **Prácticas.** ¿Dónde se junta la gente dentro y fuera de la unidad habitacional? ¿Quiénes hacen cosas en las calles, las plazas, los parques, las esquinas? ¿Por qué cree que se juntan en esos lugares? ¿Cuáles son los recorridos diarios que realizan las personas (consumo, escuela, trabajo, esparcimiento)?
- B. **Usos.** ¿Cómo usan las personas o los grupos los espacios del barrio? ¿Qué le parece lo que hacen esas personas? ¿Le gusta o le desagrada? ¿Por qué? ¿Qué tipo de cosas hacen las personas que trabajan en la zona? ¿Cómo se lleva con ellas, qué le parece lo que hacen (en las calles, mercados, plazas, edificios, etc.)?
- C. **Problemas y usos.** ¿Hay problemas o conflictos por los lugares? ¿Qué tipo de problemas, quiénes están involucrados? ¿Qué tipo de usos generan problemas? ¿Quiénes usan las calles o las plazas para trabajar, divertirse, delinquir, etc.? (distinguir apropiación, dominación y control del espacio)
- D. **Actores específicos.** ¿Qué opina del comercio en la zona donde vive? ¿Qué cosas se hacen aquí que no se hacen en otros lados del Centro? ¿Qué

piensa de lo que hacen los trabajadores de las bodegas de pollo, del supermercado, las personas sin hogar, etc.?

V. Espacio público (plaza San Juan)

- A. ¿Usted va a la plaza San Juan, la visita? ¿Qué le parece su estado actual? ¿Cómo era antes? ¿En qué cosas cambió? ¿Le gustaba más antes o le gusta más ahora? ¿Por qué?
- B. ¿Quiénes se encontraban allí? ¿Quiénes se encuentran ahora? ¿Qué hacen las personas que van a la plaza? ¿Qué opina de lo que hacen?
- C. **Conflicto.** ¿Sabe cómo se realizó la renovación? ¿Usted participó? ¿Quiénes participaron en el cambio? ¿Sabe si hubo conflictos por el proyecto? ¿Quiénes estuvieron involucrados? ¿Sabe cómo participó el gobierno?
- D. ¿Cuál es la importancia de esta renovación de la plaza a la luz de la revitalización del Centro? ¿Qué le hubiera gustado que se hiciera además de esto? ¿Qué cambios le gustaría que se hicieran en el barrio?